

Serie

Nocturnos 1

CALLEJÓN

sin

salida

Leticia Blanco

Lucía Brisbane

JR

Serie

Nocturnos 1

CALLEJÓN

sin
salida

Leticia Blanco

Lucía Brisbane



Callejón sin salida

© 2018, Leticia Blanco y Lucía Brisbane

© Corrección: Lucía Brisbane

© Cubierta e interior: Leticia Blanco

© Imagen cubierta: pexels

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

PARTE 1: EL VIAJE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

PARTE DOS: LA BÚSQUEDA

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

PARTE TRES: EL REENCUENTRO

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[**Epílogo**](#)

[**Agradecimientos**](#)

[**Autoras**](#)

Para nuestras madres por ser el apoyo que necesitamos en los momentos más
difíciles

PARTE 1: EL VIAJE



Capítulo 1

I Raquel! ¡Date prisa por el amor de Dios! ¡Es un vuelo internacional! —se desesperó Melisa—. Son dos horas y no una de antelación, siempre tenemos que esperar por ti —siguió quejándose desde el asiento de copiloto—. Haz el favor de no retrasarte, no quiero perder el avión.

Queríamos mucho a nuestra amiga Raquel, pero en ocasiones podíamos sentir deseos de matarla sin ningún tipo de contemplación. No era precisamente una persona muy puntual y eso lograba sacarnos de quicio.

Aún no habíamos llegado al aeropuerto, iba conduciendo por la autopista y tenía la absoluta certeza de que, por un lado, Emma estaría nerviosa arrastrando a Lara y que, por otro, Raquel seguía en su piso junto a Marta, que se encontraría al margen de cualquier discusión que pudiera producirse; nada podría destruir el estado zen en el que se encontraba siempre.

Todas estábamos entusiasmadas y llenas de energía, ¡Nueva York! Llevábamos mucho tiempo esperando por aquel viaje, ahorrando cada mísero euro que nos sobraba de los recortados sueldos que teníamos; maldita crisis, que no nos dejaba vivir. Pero, por fin, había llegado el día.

—¿Qué hora es, Mel? —le pregunté con la vista centrada en la carretera, altamente transitada a esas horas, apenas quedarían diez minutos para que llegáramos al aeropuerto y estábamos tardando algo más de lo previsto en el cruce de Melenara.

—Las nueve menos cuarto, y estas seguramente no habrán llegado —respondió—. Es más, no creo ni que hayan salido de casa todavía. —Se notaba claramente la desesperación en la cara de mi amiga.

Podía entenderla perfectamente, pues a las demás tan solo les quedaban quince minutos para llegar al aeropuerto si no querían perderse el viaje de sus vidas y, viendo cómo estaba la carretera, costaba trabajo creer que lo lograrán llegar a tiempo.

Aunque, pensándolo con más detenimiento, me habría extrañado que, en primer lugar, Marta no condujera como una loca y, en segundo lugar, que el pobre hombre que estuviera en el puesto del control de seguridad del aeropuerto, pudiera resistirse a los interminables argumentos de Lara para que las dejara pasar.

Lara era una persona de lo más persuasiva y tendía a hablar a gran velocidad,

como una mecanógrafa, pero hablando. Era, con diferencia, la más delgada del grupo, en su constitución menuda no cabía ni un solo gramo de grasa. Nos quedó bastante claro que cuando estudias Medicina, te consumías hasta las entrañas.

—Cuando llegemos a la cafetería del aeropuerto, si no han llegado, las llamas por teléfono tú, que a ti te tienen más miedo y yo estoy cansada ya de que me digan: «que sí Melisa, que ya vamos». Si no están aquí a tiempo, ¡me marchó sin ellas!

El suspiro que soltó al terminar de hablar indicaba que estaba intentando relajarse, al menos lo suficiente como para no matarlas nada más llegar. Sabía por experiencia propia, que una Melisa conteniendo sus impulsos homicidas no era un buen presagio.

Siempre pensé que mi amiga estudió Historia del Arte para poder evadirse contemplando los cuadros y contener esos instintos. Era curiosa la forma en la que mi compañera de piso se perdía dentro de una obra que para mí no eran más que líneas de diferentes colores y sin ningún sentido.

Yo, en cambio, no terminaba de prestarle demasiada atención al retraso de nuestras amigas. Estaba más preocupada por mi pobre perrita, Lua. No sabía cómo podría estar después de pasar tanto tiempo separada de ella. Para mí, esa mata de pelo lo significaba todo y estar lejos de ella me partía el corazón.

El resto del trayecto lo realizamos bastante tranquilas, apenas sin decir nada, aún teníamos los párpados prácticamente pegados por el madrugón. «Mierda, debí acostarme temprano». Melisa me obligó a levantarme a las seis de la mañana para preparar todo lo que quedaba pendiente y poder llevar a Lua y a Salem a casa de mis padres.

Nunca llegaré a entender cómo había conseguido que mi madre accediera a cuidar tanto de un pastor alemán como de un gato en la misma casa. No dudé en esfumarme en cuanto accedió, por miedo a que se arrepintiera.

Nada más llegar al aeropuerto, nos encontramos a Jose y a Fran esperándonos; uno de ellos se llevaría mi coche, me negaba a pagar el carísimo estacionamiento aeroportuario. A ellos, al vivir en Telde, muy cerca de allí, no les importó llevarse el vehículo. Eso y que accediera a que utilizaran mi pobre Opel Corsa en mi ausencia había ayudado a que terminaran de aceptar a la petición.

Tan solo rezaba todo lo que conocía para que me lo devolvieran de una pieza y que mi bolsillo no tuviera que pagar las consecuencias, no estaba segura de poder enfrentarme a un gasto así. Aunque se trataba de un coche viejo y de segunda o tercera mano, seguía siendo mi coche, mi pequeño, el que me llevaba

al trabajo, a la playa y a donde me diera la gana.

Joder, era mío, no podía imaginarme sin él.

Paré a un lado de la carretera, cerca de la entrada a la terminal de vuelos internacionales. Melisa, algo más tranquila, se bajó del asiento del copiloto. Sin apagar el motor y sin quitar las llaves del contacto, me bajé yo también para saludar a nuestros amigos.

—Espero que lo trates con cariño, o de la misma forma te trataré yo a ti a mi regreso, ¿entendido? —le dije a Fran mientras le apuntaba con el índice para enfatizar mis palabras.

Mi amigo me respondió con una sonrisa, lo que no hizo sino ponerme más nerviosa aún. No me fiaba ni un pelo de ellos, pero no tenía otra opción si no quería dejar el coche allí.

—No te preocupes, enana, trataré a tu pequeña tartana con cuidado y respeto —contestó mientras hacía una reverencia de lo más exagerada—. Anda, deja de mosquearte y vete ya, que al final van a perder el avión.

Lentamente, fue entrando en el coche, con Jose situado en el asiento del copiloto. Este último se despidió de nosotras moviendo la mano con sorna y una sonrisa picarona en la cara. Eran buenos amigos después de todo, aunque quisieran sacarme de quicio.

Antes de que se fueran, Melisa y yo sacamos el equipaje del maletero: dos maletas enormes, en las que parecía que hubiera un cadáver escondido en lugar de ropa, y dos más pequeñas de cabina.

No sabía qué llevaría Melisa en la suya, la mía estaba repleta de maquillaje que ni se me pasaba por la cabeza facturar. Había invertido mucho dinero en ellos como para que me lo destrozaran en el trayecto.

Nos despedimos de los chicos y nos dirigimos al interior del aeropuerto, a la zona de facturación. Caminaba rezando para que mi maleta no se pasase del peso permitido. Solo Dios sabía lo que podría pesar mi equipaje que, aunque llevaba tres abrigos puestos, y pareciera el muñeco de Michelin, no me sorprendería que excediese en los kilos. Nunca se me había dado bien calcular lo que iban a pesar mis cosas, yo simplemente llenaba la maleta hasta el punto de tener que forzarla para cerrar.

Melisa, sin embargo, no tendría ese problema. Ella estaba acostumbrada a viajar y tenía una báscula con la que pesar sus bultos en casa. Hizo hincapié en que debería haberla utilizado antes de salir. Yo, obviamente, no le hice caso, me gustaba el riesgo, hacía la vida mucho más interesante.

Por suerte, al poner el maletón sobre la cinta, el numerito rojo indicaba diez

gramos menos del límite. La cara de Melisa al verlo no tenía precio, sus ojos señalaban que me había librado por los pelos y, si hubiesen podido hablar, me habrían dedicado un claro «te lo dije». Sabía perfectamente la retahíla que me habría soltado si me hubiese pasado, y el sermón al que habría tenido que hacer frente, pero, por fortuna, eso no iba a suceder.

Después de que mi compañera de piso entregase al chico del mostrador su documentación y de que me mirase, restregándome con los ojos que su maleta pesaba seis kilos menos del límite, fuimos a sentarnos a una mesita de la cafetería que había junto al control de seguridad. Cuando la camarera trajo los cafés, que nos costaron un ojo de la cara, saqué mi teléfono para llamar a las demás y ver por dónde estaban.

—Dime que no me tengo que enfadar —solté en cuanto dejaron de sonar los tonos del teléfono.

—Estamos entrando ahora mismo al aeropuerto —contestó Lara.

—Eso significa que aún están por Alcampo, ¿no? —Ella seguía hablando a través del auricular—. Ajá. Sí. Vale. De acuerdo, no tarden. —Colgué el teléfono—. Estarán aquí en unos siete minutos más o menos —informé a Melisa.

Mi mejor amiga dirigió la mirada a su reloj de pulsera —el que le había regalado su madre por su último cumpleaños—, lo que me bastó para saber que iba a cronometrar los minutos exactos que tardarían. Habría apostado cualquier cosa a que no despegaría los ojos de la posición del segundero hasta que llegaran.

El café era pésimo, nunca pude entender cómo se lograba que un café supiera tan mal. Ni siquiera comprando el más barato del supermercado conseguiría semejante sabor; de verdad, te producía hasta arcadas con solo olerlo. Aun así, necesitaba cafeína en mi organismo, así que no tenía más remedio que beberlo.

Una de las múltiples veces que se abrieron las puertas automáticas del aeropuerto pudimos escuchar risas y chillidos cuyo volumen iba en aumento. Un agudo y estrepitoso «¡*New York, allá vamos!*» se escuchó y las cabezas de todas las personas que deambulaban por el aeropuerto se giraron de repente en la misma dirección, indicándonos que por fin habían llegado las chicas.

Nos levantamos de la mesa para ir a su encuentro y nos envolvimos en besos y abrazos, a pesar de que nos habíamos visto el día anterior. Finalmente estábamos allí las seis, en el aeropuerto y a pocas horas de coger el avión. Tras dos años de planearlo y fantasear con ello constantemente, íbamos a poder hacer el viaje de nuestras vidas.

Las chicas facturaron sus maletas sin problema alguno y todas pasamos el

tedioso control de seguridad descalzas, con varias capas de ropa menos y sacando todos los aparatos electrónicos de las maletas.

Cuando vi a Lara quitarse dos abrigos, tres chaquetas y un jersey, pensé que a ella le quedaba mejor lo de ser el muñeco de Michelin que a mí. Viviendo en Canarias, donde siempre suele hacer calor, ya pasaba frío, así que me costaba trabajo imaginarla en Central Park, rodeada de nieve en pleno mes de enero.

Nunca llegué a entender cómo logró sobrevivir ese año de Erasmus en Noruega, en el que creí que mi amiga vendría con un pie amputado o como mínimo gangrenado por el frío.

Nos esperaba una hora y media hasta que el vuelo saliera hacia Estocolmo. Menos mal que había decidido traer un juego de cartas metido en el bolsillo del abrigo, justo envuelto por mis guantes negros de peluche para que no se movieran, así podríamos entretenernos antes y durante el trayecto.

Melisa se dirigió al punto de información para averiguar dónde estaba la puerta de embarque. Gracias a Dios, el aeropuerto de Gran Canaria no era demasiado grande, intuía que en Estocolmo no íbamos a tener la misma suerte para encontrar la puerta. Al darse la vuelta, Melisa tenía cara de concentración y precisión, como un sabueso con su objetivo.

—Bueno, chicas, la puerta de embarque está al final de la terminal, podemos ponernos por allí o hacer tiempo en la cafetería —nos informó—. La que quiera, también puede mirar las tiendas, aunque en mi opinión, lo considero un poco tonto si vamos a ir a la gran manzana. —Todas nos miramos, imaginando ese momento.

—Yo voy a ir fuera a coger algo de aire —dijo Raquel—, necesito despejarme un poco. Me estoy asfixiando aquí dentro.

—Yo te acompaño —se ofreció Marta. Emma nos miró con cara de no tener otra opción que seguir las, así que se encogió de hombros y las acompañó en silencio.

—Bueno, ¿dónde está ese café que pretende ser el del Starbucks auténtico? Tenemos que tomarnos uno aquí para diferenciarlo del de allí —preguntó Melisa tratando de romper el incómodo silencio. Una vez se alejaron las chicas lo suficiente, se aventuró a curiosear—: ¿Qué le pasa a Raquel?

—*Boy drama*, seguro —dije con tono de burla.

—Calla, que el último con el que estuvo le ha dado largas sin más —se unió Lara—. Espero que el aire que va a tomar le siente bien, porque doce horas de vuelo con resoplidos y suspiros no creo que sean muy agradables. —Su tono era cada vez más tajante—. ¡A ver si se lía con un yanqui macizorro y se le pasa

rápido la tontería del italiano ese, que no ha hecho más que torearla! ¡Qué se dé una alegría, coño!

Raquel tenía, sin duda alguna, un don para vivir en su propio mundo. Era, y siempre sería, una persona bastante complicada de describir. En su largo y delgado cuerpecito había hueco para tantos estados de ánimo y personalidades, que, si tuvieran una representación de espacio, no le cabrían dentro.

Raquel era de esas personas a las que es imposible no querer, pero a su vez es imposible también no desear en algún momento matarla. Se dejaba llevar demasiado por lo que le dictaba el corazón y muchas veces ignoraba por completo lo que le decía su cerebro.

—*Chill out, my friend*, nos vamos a Nueva York, se le pasará —le resté importancia—. Y si no se le pasa, pues una torta en el culote y listo. Yo pienso disfrutar de estas vacaciones. Creo que es la primera vez en mucho tiempo en la que *todas* —enfaticé— estamos solteras, y hay que aprovecharlo —dije mientras levantaba la mano para llamar a la camarera de la segunda cafetería que pisaba en menos de una hora.

—No. Me. Lo. Puedo. Creer —dijo parándose en cada palabra—. ¿De verdad sigue así por ese subnormal? —Parecía que los ojos de Melisa se le fueran a salir de las órbitas, hasta que resopló y colocó su maleta de cabina encima de una de las sillas.

La camarera se nos acercó despacio, como si no tuviera ninguna prisa y tomó nota de lo que íbamos a tomar. Melisa pidió por todas, aunque Lara especificó que no quería café esta vez, pues, según decía, ya estaba como una moto.

Sus conocimientos médicos le advertían de que no debía tomar muchos estimulantes si no quería sufrir un ataque de histeria en el avión, cosa que sucedería si no frenaba esa adicción a la cafeína que tenía.

A todas nos hacía muchísima ilusión aquel viaje. Habíamos soñado e imaginado infinidad de cosas para hacer o ver: desde que entraríamos en una fiesta de lo más *chic*, hasta salir en el rodaje de alguna película americana y convertirnos en estrellas.

Hubo un momento de silencio entre nosotras, cosa de lo más extraña, pero cada una de nosotras estaba con la cabeza puesta ya en Nueva York. A pesar de los kilómetros solo nos separaban de allí dieciocho horas, tan solo eso para cumplir nuestro sueño.

Una vez estuvieron los cafés sobre la mesa y de vuelta a la realidad, me dispuse a sacar la baraja de cartas de mi bolsillo derecho y comencé a barajarla.

—¿A qué jugamos, pues?

—¿Qué tal a la ronda? —preguntó Lara mientras bebía de su refresco.

—Yo no sé jugar —indicó Melisa—. Bueno, sabía, pero se me ha olvidado por quinta vez.

Me dispuse a explicarle por enésima vez a mi compañera de piso cómo se jugaba a la ronda, no lograba entender cómo era capaz de olvidarlo siempre, pero bueno, a fin de cuentas, teníamos tiempo suficiente. Quedaban dos horas para que el avión saliera de Gran Canaria, si es que no sufría ningún retraso, por lo que no teníamos prisa ninguna.

Cuando acabó la primera partida, regresaron las demás. Raquel estaba mucho más relajada. La expresión de su rostro se había suavizado bastante, aunque aún parecía algo tensa.

Desconocía lo que habían podido hablar entre ellas, pero conociendo a Emma, era poco probable que Raquel volviera a sacar el tema de su frustración con los chicos ese día, estaba segura de que la habría hecho recapacitar. Y, a decir verdad, estaríamos distrayéndola lo suficiente en el viaje como para que no volviera a tocar el asunto al menos hasta regresar a España.

No sabía qué sentían las demás, pero yo tenía la sensación de que el tiempo iba cada vez más despacio y empezaba a sentirme ansiosa e impaciente. Tenía tantas ganas de llegar a Nueva York, que estaba casi convencida de que, aunque estuviéramos veinticuatro horas de viaje y llegásemos de noche, yo querría salir de todos modos, ¡quería verlo todo ya!

Estaba incluso pensando en sedar a mis amigas, para ver si así lograba que durmieran en el avión y evitarme frases del tipo, «es que el *jet lag*» o «estoy muy cansada». Si dormían, me costaría menos convencerlas para salir a explorar la ciudad nada más llegar. Sabía con total seguridad que yo iba a padecer un fuerte insomnio hasta que pisara suelo estadounidense, eso como mínimo.

Emma se unió a la partida de cartas, mientras que el resto optaron por mantenerse al margen. O bien opinaban sobre las jugadas y se reían de nosotras por nuestra falta de coordinación, o bien se ponían a hablar entre ellas de lo que querían hacer al llegar a Estados Unidos.

Marta, nada más tener un hueco, quería visitar el Empire State Building. Debido a su carrera le fascinaba esa idea. Era una apasionada empedernida de la arquitectura, rozaba el friquismo. Raquel, en cambio, quería irse de compras por la gran manzana y sentirse como Carrie Bradshaw en *Sexo en Nueva York*.

Todas teníamos ilusiones y planes allí. Lara tenía cierto interés en visitar algún hospital, quería demostrar que, como bien decía ella, en *Anatomía de Grey* se inventaban lo que era ser un interino. *Nunca* —hacía énfasis en el nunca— se

pasa tan bien en una guardia de cuarenta y ocho horas. Únicamente estabas hasta arriba de cafeína y deseando que el próximo paciente solamente necesitara una receta y se fuera para casa. Se frustraba mucho con cualquier aspecto fuera del realismo en el ámbito de la Medicina, era extremadamente profesional, tanto que rozaba la obsesión.

Melisa era una soñadora, estaba deseosa de visitar las galerías de arte y quería llegar y tener la oportunidad de ver todo tipo de esculturas, pinturas y obras de arte en general o incluso una exposición gastronómica, si era lo único que había a su disposición. El objetivo era hacer turismo cultural.

Yo, en cambio, estaba deseando conocer los lugares de las series que me gustaban y los libros que había leído, cualquier cosa que mi mente hubiese visto o imaginado: el edificio de Carrie, el barrio del Bronx, Manhattan, Central Park... y, por supuesto, todos y cada uno de los locales de moda para salir de fiesta, quería vivir todo lo que vivían los personajes.

Quería comprobar lo diferente que era el sabor de los productos americanos y los de sus réplicas en nuestro perdido rincón de entre África y Europa, sería feliz con algo tan simple como eso.

Lo cierto era que todas nosotras teníamos estilos totalmente diferentes y eso era lo que nos convertían en tan buenas amigas. Habíamos logrado formar un grupo inseparable que se llevaba bien contra todo pronóstico. Aunque, sin tener ningún tipo de duda, Melisa era con la que mayor vínculo afectivo tenía: se había convertido en mi mejor amiga, prácticamente en mi hermana.

Algunas mañanas me metía con ella diciéndole que, siendo tan patilarga como lo era, no lograba entender cómo podía caminar tan despacio y así llegar tarde a trabajar cada día. Aunque sabía que no era cierto, jamás llegaría tarde a ninguna parte ni aunque se lo propusiese, iba en contra de sus principios.

Era la persona más organizada que conocía, no como yo, que era un absoluto desastre y no seguía ningún tipo de orden. Tal vez, ese era el motivo por el que nos llevábamos tan bien, ella era la serenidad que me faltaba y yo la locura que necesitaba en ciertas ocasiones.

—Tierra llamando a Natalia, *hello*. —Las palabras de Lara me hicieron volver a la realidad y me sacaron de la ensoñación en la que me había perdido. Pude observar cómo la cola de pasajeros que iban a embarcar en nuestro vuelo avanzaba cada vez más rápido, parecía que el avión fuera a despegar en menos de dos segundos—. Vámonos, que, aunque los asientos están numerados, hay que encontrar sitio para las maletas y no quiero que nos obliguen a dejarlas en la bodega.

No sabía en qué momento había pasado, ya que me había quedado en la inopia, pero el resto de las chicas ya se encontraban casi al final de la cola, así que agarré mi maletita, me colgué el bolso y me dirigí hacia ellas con paso firme y seguro.

Mientras esperábamos a llegar al lugar donde recogerían nuestra tarjeta de embarque, saqué un espejito del interior del bolso y mi barra de labios roja para retocarme, pues nunca se sabía qué podía sucederte. Había que estar impoluta en todo momento; era mi filosofía de vida.

Pocos minutos después estábamos entregando al personal de la compañía aérea de Norwegian Shuttle Aircraft nuestros pasaportes y billetes de avión. No importaban las horas de vuelo que estaban por venir, todas nos encontrábamos entusiasmadas, nuestras bocas tenían una sonrisa enorme que no parecían cesar bajo ninguna circunstancia.

Lara se apretaba contra el brazo de Emma y soltaba grititos que dejaban ver claramente su alegría. Melisa y yo nos mirábamos con los ojos chispeantes de la emoción, sin decir palabra alguna ya sabíamos las sensaciones que nos recorrían a cada una en el cuerpo. Era fantástico ese viaje que íbamos a realizar entre amigas, un sueño que habíamos visto lejano, pero que se hacía latente en ese momento.

Capítulo 2

Al entrar en el avión nuestro alborotador grupito no tuvo más remedio que separarse. en la tercera fila de la derecha se sentaron Lara, Emma y Melisa. Una fila más atrás y a la izquierda, les tocó a Raquel y a Marta. A mí... me situaron al lado del motor.

Odiaba ese maldito sitio. Por suerte para mí, me había traído un fabuloso libro con el que entretenerme. Esperaba que no me doliera la cabeza por el ruido o sería un viaje de lo más desagradable y tedioso.

Las azafatas se posicionaron en sus respectivos puestos y se dispusieron a mostrar los pasajeros el protocolo de emergencia previo al despegue. Siempre me hacía gracia, hasta cierto punto que nadie les prestara atención, en caso de que hubiera un accidente real, dudaba mucho que la calma fuera precisamente lo que reinara.

Unas pocas filas por delante de mí se escuchaba el llanto de un niño que seguramente se convertiría en la persona más odiada del avión. Por delante había varios pasajeros jugando con sus teléfonos móviles y otros leyendo los panfletos que había en los asientos.

No sabía si los minutos en los que el avión se dedicó a rodar por la pista habían transcurrido a la misma velocidad para todos los pasajeros, pero a mí se me hicieron especialmente insoportables por el dichoso ruido de las hélices. Me dediqué a observar a todo el mundo una vez el avión se había estabilizado en el aire. A mi lado, un hombre trajeado empezó a trabajar con su ordenador y cada una de mis amigas, en sus respectivos asientos, comenzaron a organizarse y a sacar los utensilios que habían traído para entretenerse.

Comprobé cómo la mano de Melisa pasaba una toallita desinfectante por todas las superficies que se encontraban dentro de su espacio personal y sacaba de su neceser crema hidratante y una botella de agua. Conocía bien el hecho de que se tenía que obligar a beber porque siempre se olvidaba de hacerlo, y también su obsesión por la limpieza, así que no pude evitar sonreír al verla.

Emma y Lara enseguida se enzarzaron en una conversación que no llegaba a escuchar debido a la distancia que nos separaba, pero que parecía ser de lo más animada e intensa. Pensé para mis adentros que sería probable que hablasen de política. Marta se puso un solo auricular para poder prestar atención tanto a su música como a la charla incesante de Raquel. Cada una de ellas era todo un mundo.

Me recosté en el asiento, estirando los pies bajo el asiento delantero, trataría de posicionarme lo más cómodamente posible, nos esperaban muchas horas de vuelo y no quería sufrir el síndrome de la clase turista. Además, reconozcámoslo, me encantaba sentirme cómoda a cualquier precio.

Una vez me metí de lleno en el libro que había traído, comenzaron a pasar los carritos de comida y chucherías. Poco después, apareció en el pasillo la cara sonriente de Emma que, para disgusto del atareadísimo hombre trajeado que me acompañaba, había venido a hacerme una visita en mi confinado asiento de ventanilla.

—¿Qué tal, Nati? —Alargó el brazo y me tendió una piruleta—. He traído para todas, para endulzarnos un poco el vuelo. A ti te las he comprado de cereza, que sé que te encantan.

—Qué bien me conoces —le contesté mientras dejaba la piruleta sobre la mesita plegable para saborearla más tarde.

Emma, con sus ojos verdes y su carita aniñada, destacaba por intentar ser siempre la mediadora entre todas las demás. Precisamente por ese motivo, porque se desvivía para que todas nos entendiéramos bien en todo momento, estábamos completamente pendientes de ella cuando en su cara aparecía algún gesto de malestar o preocupación. Resultaba bastante curioso que, a pesar de haber vivido años cambiando de casa constantemente, de colegio e incluso de país, acabara siendo tan responsable como lo era.

Heriberto —así había decidido que se llamaría mi compañero de viaje a partir de aquel momento— puso los ojos en blanco y bufó, tratando de pasar inadvertido, sin lograrlo, por supuesto.

Mi carácter defensivo e impulsivo hizo que no pudiera evitar devolverle la mirada llena de desprecio. Desde luego, si esa actitud no cambiaba, sería un vuelo excesivamente largo para ambos pues odiaba a las personas que eran desagradables sin tener ningún tipo de motivo.

—¿No quieres que preguntemos a la mujer que está junto a Raquel y Marta si te cambia el sitio? —sugirió, preocupándose de que no acabase aburriéndome ahí atrás.

—No te preocupes —le enseñé el libro que tenía entre las manos—. Por lo pronto voy servida, lo acabo de empezar. Pero, si en algún momento, cosa que dudo, me aburriera de este libro, me acercaré a ustedes un rato. Sabes que mi imaginación viaja rápido cuando leo. —Heriberto carraspeó como protesta a nuestra conversación—. ¿Está usted bien, buen hombre? ¿Quiere un caramelito para la garganta?

Pude ver cómo Emma trataba de ocultar una risita. Heriberto se giró bruscamente con cara de haberse asombrado por mi desfachatez, mientras que yo, me limitaba a extender la mano con un caramelo de menta, con una sonrisa burlona en los labios.

—Quizá no te hayas dado cuenta, pero algunos tenemos cosas importantes que hacer. Tengo que concentrarme mucho en este proyecto y ustedes con sus cotorreos no me lo permiten. —Parecía satisfecho con su respuesta. Obviamente, no sabía quién era la persona a la que se estaba dirigiendo de aquella manera y yo estaba más que dispuesta a hacérselo saber.

—Me importa un bledo que usted, caballero antipático con cara de amargado, esté trabajando en un proyecto para monos o para la mismísima NASA —respondí tajantemente—. Haberlo hecho antes.

»Por fin estoy de vacaciones, cumpliendo el sueño que tengo desde que era una niña y ni usted, ni ningún imbécil va a ponerme de mal humor en un día tan bonito. Así que, tiene dos opciones: o es amistoso con nosotras o le advierto que este viaje lo va a recordar para el resto de sus días. —Amplíé aún más mi sonrisa y mi satisfacción llegó al clímax cuando comprobé que mis palabras habían surtido efecto.

A borde no me ganaba nadie. Tuvo que decantarse por la primera opción, pues continuó con lo que estaba haciendo sin añadir nada más y alejándose ligeramente con el cuerpo, queriendo evitar cualquier tipo de contacto.

Para Emma la tensión en el ambiente era demasiada, así que se despidió y salió de allí, repitiéndome que podrían pedirle a la mujer de la cuarta fila que me cambiase el asiento. Cuando la vi llegar a su butaca reí por lo bajo, al apreciar cómo les contaba a las demás lo que acababa de pasar entre Heriberto y yo.

Solo por curiosidad, miré de reojo al ordenador del hombre para comprobar de qué narices era ese trabajo tan importante. Para mi sorpresa, no estaba haciendo más que un sencillísimo PowerPoint que hasta un niño de primaria y sin conocimiento alguno de informática podría haber hecho. Quizá la información fuera más compleja, pero el montaje no era nada del otro mundo.

Las dos primeras horas de vuelo pasaron con bastante rapidez, yo estaba leyendo mi novela y el tiempo transcurrió sin problemas. De hecho, se me había pasado volando, nunca mejor dicho.

Levanté ligeramente la vista de las páginas para observar qué estaban haciendo mis amigas. Marta estaba con los ojos cerrados y con la cabeza totalmente apoyada en el reposacabezas del asiento, algo torcida y con los auriculares puestos, parecía absorta en la música, aunque yo sabía que estaba

completamente dormida. Raquel se veía concentrada, pintándose las uñas de azul eléctrico, al menos, hasta donde alcanzaba a ver. Lara, que al parecer había sido la que recogió las cartas en la cafetería, estaba jugando con Emma y, por último, mi compañera de piso, Melisa, estaba viendo algo en su iPad, probablemente algún episodio de una serie, ya que el día anterior había estado descargando unos cuantos para el trayecto.

Todo parecía estar en calma: el bebé que antes estaba llorando, ahora dormía plácidamente, una pareja de ancianos que estaba situada cerca de mis amigas me resultó adorable. Ella estaba leyendo la prensa rosa y él... bueno, él roncaba a su lado, con la cabeza apoyada sobre su hombro.

Tras haber devorado con gran entusiasmo unos cuantos capítulos, miré el reloj de la pantalla de mi teléfono móvil. Marcaba la una del mediodía, por lo que pospondría mi siesta —ya que me habían entrado ganas de una— para después del almuerzo, que a saber en qué consistiría. Por fortuna, llevaba alguna chokolatina en el bolso por si acaso no me agradaban los platos que servirían en el trayecto.

Heriberto parecía haber terminado su PowerPoint y, por algún extraño motivo, estaba reorganizando carpetas dentro de carpetas en el escritorio de su ordenador. Después del altercado, se le notaba un poco incómodo y me dio lástima aquella situación, así que extendí la mano con un caramelo por segunda vez y se lo ofrecí en señal de paz. Debió entender el gesto, pues lo cogió tímidamente, pero sin decir nada al respecto.

Aproximadamente media hora más tarde, hicieron su aparición las azafatas, repartiendo a los tripulantes las bandejas de la comida que nos ofrecían como almuerzo. Pude darme cuenta de que, a pesar de ser una línea *low cost*, y de que el aspecto no era el mejor, servían un pollo de mejor calidad al que estaba acostumbrada a comer en casa. Con un sueldo de cajera de supermercado, era todo lo que me podía permitir; lujos los justos para poder estar en donde estaba.

Comí con pocas ganas, no tenía hambre y la pinta que tenían los platos tampoco ayudaba, pero de todos modos me obligué a ello, pues sabía que era un viaje largo y me arrepentiría si no lo hacía.

Una vez hube terminado con los tristes filetillos de pollo y el arroz que no sabía a nada, me tomé el yogurt que habían puesto a modo de postre, que sin duda era lo mejor del menú. Al finalizar, cerré los ojos sin poder evitarlo por el cansancio y la sensación de saciedad. Volar resultaba agotador.

De pronto me hallaba en Nueva York. Era precioso, enorme, ruidoso y lleno de vida. No podía creérmelo, la Gran Manzana. ¡Estaba allí al fin! Era tal y

como la había visto tantas veces en las películas.

Los rascacielos lucían más gigantescos incluso de lo que pudiera haberme imaginado, resultaban impresionantes e imponentes, mientras que por las carreteras los coches circulaban a su antojo, generando más ruido de al que estaba acostumbrada, pero eso no importaba.

No podía dejar de mirar a mi alrededor, todo me parecía hermoso. Miraba todos y cada uno de los edificios por los que pasaba, incluso las cabinas de teléfono cuando por casualidad, casi como un accidente, mi mirada se topó con una farola en la que había un hombre apoyado que no parecía quitarme el ojo de encima.

Era muy atractivo, a pesar de que algo en su postura y en su forma de mirar lograba intimidarte. Había algo oscuro en él, algo oculto que me resultaba tanto aterrador como excitante. Era como un magnetismo que te atraía sin remedio alguno.

No cabía duda alguna de que era alguien que estaba en plena forma, su figura era atlética y parecía bastante musculoso, aunque la distancia que nos separaba fuera inmensa. Derrochaba seguridad en sí mismo por cada uno de los poros, con ese pelo rubio que te daban ganas de acariciar y oler como si fueras la peor de las fetichistas. ¿Sería modelo de Calvin Klein o algo parecido?

Me miraba de tal forma que parecía que quisiera devorarme, y no únicamente de una manera carnal. Pero no me incomodaba. Como una tonta, le sonreí mientras notaba a su vez como me ruborizaba. Estaba tan nerviosa como una quinceañera.

El hombre se incorporó y enderezó los músculos, que parecían hechos de acero indestructible. A través de la camiseta negra de licra que llevaba, pude observar cómo se marcaban en todo su esplendor los pectorales y los trapecios, dándole un aire absolutamente viril.

Me tenía completamente hipnotizada. No podía diferenciar el color de sus ojos a la distancia a la que estaba, pero sí apreciaba que tenía una mirada fiera y penetrante, de lo más embaucadora.

Comenzó a andar hacia mí, aproximándose lentamente y, con cada paso que el desconocido daba, mi pulso se aceleraba más y más, haciendo que mi corazón latiera descontrolado. Estábamos tan cerca, casi podíamos tocarnos...

—¡Nati! ¡Despierta, dormilona! Hemos llegado a Estocolmo. —Me zarandeaba con gana Lara—. Vaya siesta te has pegado. Menos mal que dijiste en la cafetería que no dejarías que nos durmiéramos en el primer avión. Debimos vigilarte nosotras a ti. —Se reía de mí—. ¿Con qué estabas soñando? ¿Tenías

una pesadilla? Pareces acelerada, deja que te revise las constantes. —Lo cierto era que estaba desconcertada ¿Qué clase de sueño era ese?

—No, no hace falta —respondí—. Estoy bien.

Tras terminar mi última relación, no había mostrado interés alguno por los hombres, no porque me hubiese vuelto una persona reacia, sino porque nadie era lo que yo andaba buscando ni nadie terminaba de convencerme.

Era mejor estar sola que en compañía de... algunos tíos. Melisa estaba cansada de escucharme ponerles trabas a todos los que aparecían en mi vida, y eso que Carlos, el compañero de trabajo de Lara, parecía el candidato perfecto.

—¡Nati, vamos! —me gritó Lara.

Al llegar al interior de la terminal saqué mi espejito de mano, no sabía qué aspecto podría tener después de quedarme dormida en el avión y temía que fuera un desastre. Siempre que me quedaba traspuesta, me imaginaba a mí misma de la forma más ridícula y eso no me gustaba ni un pelo. Me alisé la melena, me puse un poco de carmín y listo, preparada para continuar con el resto del viaje.

—Creo que no deberíamos separarnos mucho en este aeropuerto, no lo conocemos y no sabemos qué clase de personas pasan por aquí —dije a las chicas.

Tras haber andado apenas unos minutos, divisamos a muchísima gente apiñada en el centro de la terminal. ¿Qué pasaba? No parecía que eso fuera algo normal. De pronto, Localicé en medio del bullicio a una pareja vestida de novios.

¡Se estaban casando en medio del aeropuerto! No podía ser verdad, ni en las películas se veía algo tan cutre y tan poco glamuroso. La mayoría de las chicas soltaron risitas y grititos de exaltación al verlos. No era nada común —al menos para nosotras— ver una boda en medio de un lugar como ese.

La pareja parecía muy ilusionada. Ella tenía el rostro iluminado, irradiaba felicidad, era alta y esbelta. Ambos tenían el pelo rubio, debían de ser suecos. Él tenía cara del típico hijo de papá y mamá, muy aniñada; no se le veía varonil, pero sobre gustos no había nada escrito, algo le habría visto la muchacha.

Gracias a ese tipo de reflexiones, entendía por qué se enfadaba continuamente conmigo Melisa, le buscaba defectos incluso a hombres que nada tenían que ver conmigo. Era increíble, debía cambiar ese comportamiento.

—Miren, ¿no les parece precioso? Ojalá me viera yo así alguna vez —fantaseó Raquel con melancolía.

—¿Cómo? ¿Casándote en un aeropuerto? —Enarqué una ceja—. Jolín, Raquel, te creía con más *glamour* —le respondí a la vez que le sacaba la lengua.

Meterme con ella siempre había sido uno de mis pasatiempos favoritos.

—No, idiota, me refiero al hecho de encontrar a alguien tan especial que quieras compartir el resto de tu vida con esa persona. Llegado a ese punto, me daría igual casarme en un aeropuerto, en una iglesia o en un vertedero —señaló—. Deberías entenderlo mejor que nadie, tú estuviste a punto de hacerlo el año pasado.

—Yo sigo pensando que casarse es un error. Papeleo absurdo para luego divorciarse y gastarse una millonada en abogados —dijo Melisa y después bufó, claramente irritada. El matrimonio era un tema que no le atraía demasiado, sobre todo después de haber vivido la relación de sus padres.

»La mayoría de las relaciones están destinadas al fracaso y una boda solamente complica las cosas... —continuó bajando el tono mientras buscaba a lo lejos las pantallas de información una vez más, ignorando por completo la ceremonia que tenía lugar a pocos metros—. Además, tampoco considero que sea correcto casarse cuando hay muchas personas en el mundo que no tienen ese derecho.

—Volviendo a lo que has dicho y aclarando tus dudas, Raquel: sí, estuve, a punto de cometer el mayor error de mi vida y menos mal que finalmente me da cuenta de que Rubén es un auténtico capullo.

»Habría sido una mujer infeliz, engañada por un maldito desgraciado y sometida a las dictaduras de la sociedad patriarcal, como tener que preparar la comida a un marido que no hacía nada, limpiar y criar a unos hijos que no habría querido tener pero que, por la presión social, habría tenido...

»Habría visto pasar los mejores años de vida. —Estaba totalmente convencida de lo que decía, Lara ponía cara de tristeza al escucharme—. Sin embargo, por fortuna para mí, esquivé esa bala y ahora me voy de viaje con mis amigas, pido pizza cuando me da la gana y si quiero dejo los platos en el fregadero. Menos cuando Melisa me insulta por ello, pero vamos, que hago lo que se me antoja, como se me antoja y con quien se me antoja.

—Con quien se te antoja no, que no te comes un colín desde entonces —dijo Lara de repente—. Nati, sabes que te adoro, pero te has anulado a ti misma desde que lo dejaste con Rubén, no has vuelto a ser la persona que eras.

»No has vuelto a salir con nadie desde la ruptura. La antigua Nati, la que yo conocía, habría dicho algo maravilloso de esta boda, no se habría metido con su amiga y tendría el radar de chicos guapos activado. —La miré como si pudiera desintegrarla con los ojos, pero, tristemente, tenía razón, aunque jamás se lo reconocería en voz alta.

Desde que suspendí la boda porque Rubén me engañaba con la *wedding-planner* que habíamos contratado para que nos ayudase con la organización, no me había vuelto a sentir como antes.

Jamás había podido superar ese momento en el que lo vi allí, sentado en la cafetería junto a la tienda donde teníamos reservados los trajes, dándole un beso apasionado mientras se hacían carantoñas, como si nadie pudiera verlos. Había sido la traición más grande que había experimentado nunca.

—Perdona, Raquel, no he debido hablarte así —me disculpé—. Aún me afecta ver una boda. A pesar de que ha pasado un año ya, sigo acordándome del daño que me hizo ese bastardo. —Raquel no dijo nada, solo se me acercó y me abrazó. Por eso quería tanto a ese remolino de emociones.

De entre todas, yo me diferenciaba por ser la que más carácter tenía, era como una explosión de fuegos artificiales cuando me enfadaba. Si había que bajarle a alguien la cabeza de las nubes porque pasaba demasiado tiempo en ellas, ahí estaba yo. Era de esas personas que no tienen filtros a la hora de hablar; lanzaba las palabras tal y como me venían a la cabeza, aunque después pudiera arrepentirme de lo dicho.

Lara siempre me decía que le encantaba ser mi amiga precisamente por eso, valoraba la sinceridad por encima de cualquier cosa. Aunque fuera como un huracán, en situaciones de mucho estrés, era capaz de permanecer en calma, sin saber muy bien cómo, imaginaba que tendría que ver con el hecho de haber sido criada por un militar de las fuerzas especiales. Mi padre siempre me enseñó técnicas de autocontrol.

El silencio incómodo fue inevitable, pero duró poco. Marta había encontrado la puerta de embarque a la que teníamos que ir y pusimos rumbo hacia ella, confirmando que, a pesar de todo, casarse en un aeropuerto sí que era súper cutre.

Teníamos muy poco tiempo entre vuelo y vuelo para hacer cualquier cosa, así que cuando llegamos a la puerta, entramos al segundo avión y guardamos las maletas en los compartimentos superiores. En esta ocasión, habíamos conseguido sentarnos todas juntas: fila siete, letras de la A la F.

Para esta parte del trayecto, Emma nos sorprendió sacando de su bolso unos sándwiches de crema de cacao y avellana, porque no estaba segura de que nos fueran a dar cena esta vez. Los repartió cuando nos pudimos sentar todas y nos obligó a guardarlos para que nos los comiéramos más adelante, todas a la vez.

De pronto, me sorprendí preguntándome qué sería de Heriberto. ¿Estaría como nosotras en Estocolmo haciendo escala? ¿Se quedaría allí para presentar su

maravilloso PowerPoint? ¿Le gustaría a la empresa a la que se lo mostrara? En el fondo, estaba segura de que nos echaría de menos, nosotras siempre dejábamos huella allá dónde íbamos y, hasta cierto punto, me habría gustado volver a verlo.

Una a una, mis amigas fueron quedándose dormidas, podía escuchar las respiraciones profundas y algún que otro ronquido gracioso saliendo de la boca de Emma. Tras leer varios capítulos de mi novela, sin haberme dado cuenta del tiempo que había pasado, se escuchó por megafonía:

«Señores pasajeros, les informamos de que en breves minutos aterrizaremos en el aeropuerto John F. Kennedy de la ciudad de Nueva York. Por favor, abróchense los cinturones de seguridad, guarden sus mesitas y coloquen los respaldos de sus asientos en posición vertical. Deseamos que hayan disfrutado de su vuelo con Norwegian Shuttle Aircraft y esperamos verlos pronto».

El corazón se me paró por un instante, juraría que se había saltado incluso algún latido. Sin darme cuenta, me había colocado de forma que, en cuanto se abrieran las puertas del avión, saldría corriendo. Al fin estábamos allí.

Capítulo 3

Dios, era como formar parte de una película. Nueva York se veía infinito, increíble y alucinante ante mis ojos. Estaba absorta ante tanta luz que centelleaba en mis pupilas, era como una adicta a las tragaperras, embaucada por las luces brillantes y los sonidos atrayentes de la ciudad.

Emma sacó del bolso el papel donde habíamos apuntado la dirección del apartamento que teníamos alquilado para estas semanas. En Gran Canaria habíamos rezado para que fuera igual que en las imágenes que se mostraban en la página web.

Nos esperaba la dueña del piso frente al portal, que daba la casualidad de que se trataba de una española, natural de Barcelona. Se había mudado a Nueva York hacía unos años y, al parecer, le iba bastante bien.

El apartamento se encontraba relativamente cerca de Central Park. Nos encantó cuando lo vimos por internet, parecía luminoso y espacioso. Tenía tres habitaciones y un sofá cama, por lo que alguna podría dormir sola si así lo deseaba.

—¡Taxi! —gritó Lara a la vez que alzaba la mano con convicción. Un vehículo amarillo se aproximó para recogernos. No estaba segura de si realmente había que gritar para que te hicieran caso, pero aquel gritito le había quedado de maravilla.

El primer taxi lo tomaron Emma, Raquel y Marta; Lara, Melisa y yo iríamos en el siguiente. Cuando nuestro taxi estacionó a la derecha de la calle, pudimos contemplar cómo Emma se encontraba hablando con la que sería nuestra casera y esta, a su vez, le entregaba las llaves del apartamento.

No tenía ni idea de cuánto tardó el taxi en el que ellas iban, pero al parecer todas las personas conducían como unos kamikazes en aquella ciudad, pues me pareció que rebasábamos el límite de velocidad por varios kilómetros hora.

El apartamento estaba en el segundo piso de un edificio de ladrillo rojizo. Parecía bastante sencillo y pequeño, pero para el poco tiempo que pensábamos pasar en él era más que suficiente. Cómo yo me negaba a empezar el día sin mi dosis de cafeína, no necesitábamos más que la cocina, el baño y las camas para sentirnos a gusto.

En cuanto entramos en el interior, comenzamos a curiosearlo todo, ya nos habíamos organizado en cuanto a las camas y los dormitorios; Lara y Emma se

quedarían en el primero, Raquel y Marta en el segundo y Melisa y yo en el del final del pasillo, uno que daba a la típica escalera de incendios que se veía en todas las películas. Era el más pequeño, pero tenía a su favor, esa especie de terraza.

La casa, al parecer, no tenía calefacción, solamente radiadores eléctricos que nos había dejado la dueña, pues se había roto el calefactor hacía unos meses. Se notaba el ambiente bastante frío y eso que todas llevábamos varias capas de abrigo encima.

Las ventanas, o al menos lo que se veía a través de las finas cortinas, mostraban el vaho de la noche neoyorquina. Algunas de las paredes no parecían acabadas de rematar, al menos no del todo. Al mirirlas, tuve un mal presentimiento y recé en silencio para que en el interior de esas paredes no hubiese... otros huéspedes de muchas patas. El resto, estaban cubiertas de papel pintado color vainilla.

Los suelos de madera antigua se encontraban distribuidos por igual en toda la casa, en unas zonas el parqué parecía no haber perdido del todo su brillo natural, mientras que las más cercanas a las ventanas lucían bastante descoloridas y opacas, incluido el del sencillo cuarto de baño.

Se podían ver todas las tuberías, lo que le daba un toque industrial que no estaba convencida del todo de que se hubiera hecho de manera intencionada. Era curioso el mueblecito del espejo, se abría para guardar dentro las medicinas como los de las películas.

Lo cierto era que las imágenes que vimos en el anuncio al alquilar la casa omitían muchos de los detalles que ahora observábamos, aunque nada de gran importancia. Nada podría hacer que perdiéramos la ilusión de estar allí.

Tenía que decir en favor de la casa que el edificio poseía una azotea espectacular de uso común, pero nos avisó la dueña que, siendo la época que era, nadie la usaba. En ella había una mesita maravillosa donde podríamos desayunar todas juntas y ver el día de Nueva York, y puede que incluso el amanecer si algún día nos esforzábamos lo suficiente como para levantarnos temprano y subir cubiertas de mantas.

No les di oportunidad a las chicas de deshacer las maletas, teníamos que aprovechar la ciudad desde el primer al último minuto. En cuanto cada una entró en su habitación correspondiente a dejar sus cosas, las convoqué en el salón metiendo incluso algo de prisa. Necesitaba que me propusieran planes para esa noche y que lo hicieran rápido, antes de que quisieran irse a dormir.

—A ver, ¿quién se ha traído de casa la lista de locales de moda que pedí a

todas que hicieran? —En realidad ni siquiera su colaboración me haría falta, estaba convencida de que la lista más completa iba a ser la mía.

—Eh... Deberíamos comer algo primero, ¿no crees? No es por nada, pero unos sándwiches de cacao no nos han preparado para lo que me temo que nos espera, y mi cuerpecito necesita gasolina —me devolvió a la realidad Mel—. Me extraña que el tuyo no la haya pedido ya —replicó mi amiga haciendo que me rugiese el estómago de inmediato, como si se hubiera puesto de acuerdo con sus palabras.

—Cuando íbamos en el taxi vi un Domino's Pizza a un par de calles de aquí —informó Raquel—. Para la primera noche, puede estar bien, ¿no?

—Es importante que ingiramos una buena cantidad de comida si pretendemos salir hasta tarde —aportó Lara—, y beber alcohol, porque beberemos, eso es un hecho.

Al menos había logrado que nuestra doctora asumiera que no siempre íbamos a poder comer bien. Aunque ella debería estar acostumbrada, con esas incesantes guardias que tenía en el hospital, que no le daban tiempo ni para echarse un sándwich a la boca, su instinto de mamá protectora siempre asomaba con nosotras.

Nadie mostró objeción alguna a la idea de cenar pizza. De hecho, muchos de los estómagos presentes indicaron su interés, así que nos pusimos medianamente de acuerdo para poder ponernos algún modelito más coqueto y retocarnos el maquillaje o transformarlo en alguno más apropiado para las noches de invierno.

No permití que las chicas se demoraran demasiado, si hacía falta las retocaría yo misma más tarde, pero no quería tardar más de lo necesario. De hecho, Melisa —cómplice mía— supervisó a Raquel y yo a Lara. Eran las tardonas del grupo, por lo que había que tenerlas controladas en todo momento. Quince minutos más tarde, y tras varios gritos de urgencia, ya estábamos todas listas para salir.

Todas nos cambiamos de ropa. Yo, por ejemplo, pasé de unos vaqueros ajustados a un vestido rojo con pantis negros y botas altas del mismo color, de tacón ancho. Llevaría abrigo, por supuesto, y guantes, incluso bufanda a juego.

Cada una se había decidido por algo apropiado a su estilo: Lara como yo, Emma como si fuera la imagen de una revista británica, Raquel de chica mala, Marta algo bohemia y Melisa como si saliera en el Vogue, siempre tan chic. No íbamos extremadamente arregladas, pero sí lo suficiente como para que no nos rechazaran la entrada en ningún pub.

Miramos en nuestros teléfonos la distancia que nos separaba del Domino's.

Nos apetecía mucho probar a ir caminando para así conocer un poco la zona, aunque no estábamos muy seguras de si el primer día, de noche, sería recomendable. No era muy largo el recorrido, quizás un kilómetro, pero muchas en el grupo estaban en contra de hacerlo y, tras un pequeño debate entre todas, decidimos que lo más prudente sería que no nos aventurásemos de primeras y de noche.

Salimos a la entrada de la casa, con su gran puerta pesada de madera presidiéndola y unos pequeños escalones para incorporarse desde la acera. Al contrario de lo que había imaginado cuando llegamos al piso, el aire en el exterior no era tan frío, corría una brisa que, a pesar de ser helada, no era nada molesta. Quizá se debiera a que estaba encantada de estar allí y la excitación no me dejaba sentir nada más que esa sensación.

Al avanzar hacia la calle que hacía esquina con la de nuestro apartamento alquilado, comenzamos a notar mucho más bullicio. Los coches no dejaban de pasar, así que no sería difícil encontrar algún taxi y, de hecho, en menos de dos minutos ya los habíamos parado.

Al bajar y pagar a los chóferes con su correspondiente propina, nos dimos cuenta de que probablemente nos saliera más rentable utilizar el metro que teníamos justo enfrente de la casa. Si seguíamos ese ritmo, agotaríamos nuestros recursos en seguida.

Localizamos en el fondo del local una mesa lo suficientemente grande para nosotras y nuestras correspondientes pizzas. Estaba llena de folletos con las distintas opciones del menú y alguna que otra oferta, por no hablar de los restos de servilletas de algún marrano.

Al principio, la cena transcurrió en silencio, todas necesitábamos comer pero, a medida que fuimos llenando nuestros estómagos, fuimos entablando mayor conversación. Lara sacó una lista con locales a los que podríamos ir a continuación; tenía recopilados como mínimo quince y bajo el nombre de cada bar o pub, había anotado lo más característico del sitio.

Nos decidimos por un bar especializado en cócteles de la Avenida Madison, era un bar sencillo pero bonito, con mesas cosmopolitas donde podríamos sentarnos a tomar algo y a la vez mantener una conversación acompañadas de música, algo tranquilo para el primer día, estaría bien.

Marta se acercó a la barra tras memorizar los cócteles que tomaría cada una. Le servía de excusa para poder observar desde otro ángulo cómo estaba diseñado el local. El barman pareció indicarle que uno de los camareros nos acercaría a la

mesa las bebidas, porque volvió con nosotras tras haber escudriñado bien todo, pero con las manos vacías.

Las chicas eran más de tomar bebidas blancas, demasiado flojas para mi gusto, así que yo pedí un estupendo Jack Daniel's con una Coca-Cola aparte. Quería degustar primero el sabor del bourbon sin mezclarlo. Junto con las bebidas, nos sirvieron unos aperitivos crujientes, que no sabía muy bien qué eran, pero tenían un saborcito picante, como a especias.

—No es por nada chicas, pero..., ¿alguna trajo pañuelos de papel? —preguntó tímidamente Emma—. Quiero ir al servicio y no me fío mucho de que, después de usarlo, no vaya a coger cualquier cosa en mi chichi —añadió con sus ojitos de niña buena y la cabeza ladeada como si por decir la palabra “chichi” fuera menos específica.

—Sí, y límpiate bien, que después te huele a cangrejito —le dije riéndome claramente de su incomodidad—, no seas cochina.

—Pues no te rías, Nati, porque habría que preocuparse cuando el asunto huele dulce —me corrigió Lara—. Eso significa que has pillado una enfermedad de transmisión sexual. Y eso sí que es asqueroso.

»Nosotras tenemos nuestra flora vaginal precisamente para defendernos de las enfermedades más suaves —saltó la doctora en defensa de la pobre Emma, que cada vez se iba poniendo más y más colorada.

—¿Has olido muchos? —pregunté burlona. Me encantaba picarla—. Suenas conocedora del asunto.

—Pues los he visto de todos los colores y formas —respondió—. Sí, de todos los colores: los hay desde rosas, hasta violetas. En las prácticas me encontré de todo, yo creía que les pasaba algo raro, pero estaba equivocada. Resulta que hay mucha diversidad de chichis —puntualizó.

—Eso no contesta mi pregunta. —Me miró con rabia.

—Obviamente, si examinas uno y estás lo suficientemente cerca, puedes saber si se ha lavado bien o no. —Tras decir esto último, las demás estallaron en sonoras carcajadas.

—Ay, ¿no podrían sacar un tema de conversación más agradable? —Nos interrumpió Raquel, a la que la conversación no le había hecho gracia.

Emma, aprovechó para levantarse discretamente y caminar hacia el aseo con mi paquetito de pañuelos de papel en la mano, tratando de pasar desapercibida.

—¿Desagradable por qué? —replicó Lara con cara de total incertidumbre. En ese momento Marta comenzó a reírse por lo bajo, indicio de que no iba a poder aportar nada en absoluto a la conversación porque, una vez comenzaban sus

risitas, no era capaz de parar—. Tampoco es nada del otro mundo, Raquel, todas nosotras tenemos uno y no nombrarlo no significa que no exista.

De reojo comprobé cómo unas cuantas personas se giraban a mirarnos. Lástima que Emma se hubiera perdido la respuesta de Lara. Miré alrededor, buscándola sin encontrarla.

Entre todas las carcajadas, resultaba difícil escuchar nada más y la puerta del baño de chicas seguía cerrada. Sin quererlo, vi a un hombre inmenso y rubio dirigirse hacia el pasillo de los baños, desapareciendo en la longitud de este. Me levanté para ir a buscar a Emma y de paso mirar disimuladamente a ese hombre, que me resultaba familiar y no sabía por qué.

Dejé de escuchar a mis amigas e incluso la música en cuanto comencé a aproximarme al pasillo, solamente percibía mi pulso, rítmico y calmado, pero fuerte. Cuando ya solo me separaban escasos metros de aquel extraño, noté como uno de mis pies se quedaba pegado al suelo, miré hacia abajo y vi los restos en forma de mancha de una bebida que se le habría caído a alguien.

Volví a alzar la mirada y ya no había nadie en el pasillo, solo quedaban las puertas negras de los baños, el papel pintado negro y plateado y un teléfono también negro en la pared del fondo como única decoración.

La puerta del aseo de mujeres se abrió sin más y Emma salió al pasillo.

—Todo bien, todo perfecto. El baño estaba sorprendentemente limpio —me dijo sin que yo pudiera fijar en ella la mirada, la tenía clavada en el teléfono, por alguna extraña razón, no podía dejar de mirarlo—. ¿Estás bien? Tienes la cara hecha un asco.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Se me ha borrado el maquillaje?

Toda mi concentración pasó en un instante a mi cara y mi cabello, saqué mi espejito del bolso y me examiné todo el rostro, el maquillaje parecía estar en orden. ¿A qué se refería entonces? Emma empezó a reírse.

—Tranquila, tu maquillaje sigue pareciendo hecho por una profesional. —Enganchó su brazo al mío y comenzó a dirigirnos hacia nuestra mesa—. Estabas blanca como un papel, pero ya te ha vuelto el color.

Se me había quedado una sensación de lo más extraña en el cuerpo, pero en cuanto volví a sentarme en mi sitio y escuché cómo las chicas seguían riéndose con otra burrada de Lara, me volvió el buen humor de antes.

Después de la primera copa ya empezaba a tener algo de calor y me quité la gabardina que llevaba puesta, dejando ver mi vestido rojo de escote cuadrado y mangas tres cuartos. En el proceso de pedir una segunda copa, nos hicimos unas cuantas fotos, no tenía ningún sentido que no lo hubiéramos hecho antes.

Estábamos tan absortas con el viaje que se nos había olvidado.

Sin darme cuenta, a modo de reflejo, volví a mirar hacia el pasillo de los baños. ¿Cómo podía alguien desaparecer como si nada? ¿Me lo habría imaginado? Debía de ser eso pues no había ninguna salida ¿Y por qué mi mente me atormentaba con ese hombre rubio?

No podía creer que estuviera tan pendiente de algo tan trivial. ¿Qué demonios me estaba pasando? No había ido de viaje a Nueva York para ligar, aquella actitud tendría que desaparecer cuanto antes. Intenté controlar mis extrañas emociones y me centré en la conversación de las chicas, aunque me estaba costando un gran esfuerzo.

Dos mesas hacia la derecha se encontraban cuatro fornidos chicos, mirando en nuestra dirección. Yo no me había percatado pues no me parecían tan grandes como el hombre de mis..., es decir, llamativos. Pero Raquel sí que los había visto hacía rato, de ahí su poca participación en la conversación.

Me fijé en ellos cuando uno moreno con el pelo ensortijado se levantó y se dirigió hacia la barra, observé cómo le pedía al barman una copa señalando hacia nuestra mesa y, entonces, se acercó a nosotras con ella en la mano. ¿Tan solo una?

Nos dedicó a todas una sonrisa perfecta, pero sus ojos se posaron en Raquel y su pelo dorado, que le caía despreocupado por uno de los hombros. Con un gran acento neoyorquino, o al menos eso creí, pero en todo caso, en un inglés muy americano dijo:

—¿Sueles venir por aquí, guapa? No te he visto nunca y me pareces lo más bonito del local. —Apoyó lentamente el codo sobre la mesa para poder inclinarse hacia ella ampliando su sonrisa—. Te traigo una copa para que bebas conmigo.

La cara de asco que puso Melisa casi me hace estallar de la risa. Ver a un tío de esas dimensiones rebajarse tanto, resultaba de lo más divertido. El resto de los machitos se dispusieron a levantarse para acercarse hasta nuestra mesa, como si hubiesen sido invitados. Melisa obviamente resopló indignada, no creía que le hiciera la más mínima gracia compartir ni un momento con esos gañanes.

—Pues la verdad es que no, estoy de viaje con mis amigas y es nuestra primera noche en la ciudad. —Ese comentario de Raquel bastó para que el tipo arrastrase una silla y se sentara entre ella y Marta, casi empujando a la segunda para hacerse hueco.

—Eh, que soy pequeña pero tampoco tanto como para que no se me vea —repuso Marta al ser arrastrada por el susodicho.

El guapito del grupo, o al menos, el que se lo creía, ignoró por completo a Marta, y Raquel puso ojitos de disculpa, por lo que nuestra amiga no tuvo más remedio que morderse la lengua. Al parecer, ese estilo de malote de película le gustaba bastante.

Mientras, el chico, que según entendimos, se llamaba Matt, y Raquel comenzaron una conversación de lo más insustancial, con las típicas preguntas de «¿cómo te llamas?» y «¿de dónde eres?», aunque ella parecía encantada con todo aquello. En realidad, a todas nos resultaba adorable el entusiasmo que mostraba siempre Raquel por todo.

Los demás tipos pusieron sobre nuestra mesita sus botellines de cerveza, sin molestarse lo más mínimo en mirar dónde las posaban. De mala manera, consiguieron ir encajando sus sillas con las nuestras para sentarse dejando ver claramente por cuál de nosotras se inclinaban. No disimularon en absoluto que el tiempo que había pasado hasta que se acercaron a nosotras lo habían invertido en repartirnos como chocolatinas entre ellos.

Uno de los tres tenía el pelo castaño claro y muy corto, además de unos ojos de un verde bastante penetrante y la cara rectangular. Me recordaba mucho a los actores de películas que hacían papeles de militares. En realidad era bastante guapo. Se sentó junto a Marta y se presentó como Hugh, pareciendo bastante educado y encantador todo el rato. Había tenido suerte de que no le tocara un engreído.

El tercero tenía el pelo de un rubio que envidiaría cualquiera y los ojos de color azul claro; este, Ian, se acercó a Emma, quien, como la chica extremadamente educada que era, le saludó y contestó sus preguntas con total cordialidad. Pero, conociendo a nuestra amiga, se notaba claramente su desinterés en él.

Finalmente, el cuarto, con el pelo un poco más largo y totalmente negro, se intentó acercar a Melisa y a mí. No obstante, fue fácil ver cómo la cara de mi mejor amiga lo frenaba en seco, él dudó un instante y optó por ser sensato. Se sentó entonces junto a Lara y, por desgracia, también a mi lado. No creía que a Lara le gustase demasiado ser el segundo plato de nadie, pero ya se había bebido dos copas y en ese momento empezaba a ser amable con todo el mundo, todos eran fantásticos a sus ojos.

—Hola, preciosas —nos saludó con una sonrisa socarrona y rodeándonos los hombros con los brazos—. ¿Qué tal estáis^[1] en esta fría noche? —Una de mis cejas se alzó de manera que, si hubiera sido posible, se habría salido de mi cara. Giré la cabeza para mirar su mano posada en mi hombro y, acto seguido, dirigí la

mirada a su rostro.

—¿Qué haces? No me toques —le espeté con brusquedad a medida que su sonrisa se ensanchaba aún más.

—¿Estás de mal humor, guapa? Puedo acabar con tu tensión en un momentito —dijo mientras me apretaba el hombro con la mano en un intento frustrado de masaje. Estaba segura de que la expresión de desagrado de Melisa ante toda esta situación que se había formado sería épica.

—Primero —enumeré quitando a su vez la pesada mano de mi hombro aplastado—, si tuviera la más mínima tensión, iría al *spa* de mi hotel y no a un desconocido de un bar.

—No soy un desconocido, soy Stephan, ya nos habíamos presentado. —«Imbécil», pensé.

—Y segundo, no quiero que me sobes. Así que, si tienes energía excesiva en las manos, te las pones en las rodillitas y masajear ahí. —Su única respuesta fue chasquear la lengua, decepcionado por tener que conformarse solo con una chica, y se giró hacia Lara.

—Chicas —Raquel reclamó nuestra atención en español, con ojos chispeantes de entusiasmo—, me acaba de decir Matty —¿Matty?— que en el local hay una puerta oculta que da a un bar secreto y afirma que es mucho mejor que dónde estamos ahora mismo. ¿Les apetece? —Tras un minuto de silencio y preguntas en las miradas, Lara habló.

—¿Cómo de oculto?

—No lo sé, no ha querido decírmelo, dice que tan solo lo sabremos si vamos.

—¿Y no te parece un poco extraño? Yo no sé si deberíamos fiarnos de estos tipos. ¿Y si lo que quieren es forzarnos? Esto no es España, Raquel, no deberíamos ser tan confiadas —advertí.

—No vamos a violaros, ni a forzaros, ni nada por el estilo, solo es un antiguo local clandestino —nos contestó Hugh, para mi sorpresa el tipo hablaba español. Marta rio por lo bajo, seguramente ella ya lo sabía, al fin y al cabo, era la que estaba hablando con él. El caso es que a mí se me había quedado cara de tonta—. No te preocupes, tu integridad seguirá intacta, quizás hasta te guste nuestra compañía. —Me sonrió. Mierda, encima era encantador.

—Ay, por mí vale. ¿No suena interesante? —le respondió Lara levantándose. A partir de ese momento, se dejaría llevar al mismísimo infierno. Entonces Hugh se puso en pie, tendió la mano a Marta y dijo:

—Vamos, señoritas, os prometo que será la mejor noche de vuestras vidas. —La conversación había vuelto a ser en inglés para que todos nos entiéramos.

Capítulo 4

A medida que nos íbamos dirigiendo a donde los chicos nos llevaban, el estómago no dejaba de darme vuelcos, siempre me ocurría esa sensación de encogimiento en la barriga cuando algo bueno iba a acontecer. Quizás estuviera loca por pensar eso, pero así era, parecía como si mi cuerpo se preparara para lo que iba a venir. En alguna ocasión había pensado que podía predecir el futuro, aunque fuera de locos.

Una a una nos fuimos poniendo de pie, ¿dónde estaría ese misterioso lugar? Si se trataba de un bar clandestino, era más que probable que tuviera muchas actividades ilegales como drogas, prostitución y demás, o simplemente yo tenía demasiada imaginación.

No estaba segura al cien por cien de si deberíamos ir, pero... ¡al diablo! Solo se vivía una vez y desde que había roto el compromiso con Rubén no había hecho nada interesante, arriesgado o intrépido. Necesitaba ser irresponsable por una vez.

No me reconocía a mí misma. En otros tiempos había sido una persona aventurera e intrépida que quería comerse el mundo y a la que no le importaba en absoluto lo que pudieran pensar los demás.

Si había algo que me apeteciera, simplemente iba a por ello, sin pensar demasiado en las consecuencias que pudieran desembocar de la decisión. Mi lema siempre fue: quien no se lanza a la piscina, jamás averiguará que puede nadar. Necesitaba con urgencia esta imprudencia en mi vida, no debía pensar demasiado si quería volver a vivir.

Melisa buscaba en mis ojos una pizca de sensatez ante lo que estábamos dispuestas a hacer, algo de cordura ante todo aquello.

Sin pensar siquiera en su propia súplica, se dio por entendida. Sabía con exactitud a través de mi mirada de corderito que necesitaba no ser adulta por una vez, por algún tiempo, así que mi amiga, haciendo un gran esfuerzo por su parte, comenzó a caminar.

—Bueno, ¿dónde está ese bar tan misterioso? Espero que solo sea eso, misterioso, y no escatimen en la limpieza, no quiero estar en un antro maloliente —dijo Melisa mientras me miraba con ojos complacientes.

—Gracias —articulé sin pronunciar sonido alguno, solo moviendo los labios. Ella me regaló una sonrisa a modo de respuesta.

Los chicos encabezaron la partida en dirección al pasillo de los baños. Rezaba para que tuviésemos que atravesar el servicio masculino, solo Dios sabía lo que podríamos encontrar allí.

En ese momento, Matt se paró frente a la pared que estaba al fondo, la que se encontraba decorada únicamente con el teléfono que tanto me había embelesado minutos antes. Lo descolgó y marcó un número que no alcancé a ver, pues apenas se podía ver nada debido a su ancha espalda.

Clic. Se escuchó poco después y, como si de un mejillón al abrirse se tratara, la pared se separó dejando una rendija visible en la izquierda. El tipo empujó la apertura y allí estaba el bar clandestino, oculto tras los muros.

Entramos asombradas una vez en el interior, pues en España no había locales escondidos de esa forma, al menos no que nosotras conociéramos. Era un local oscuro, con unas pocas luces rojizas que le daban al sitio ambientación un tanto de burdel. La forma del bar era rectangular y en todas las paredes podías encontrar camas de noventa por ciento ochenta centímetros que hacían la función de sofás con sus cojines, todos ellos rojos, y las camas cubiertas con sábanas negras. Frente a ellas, se encontraban unas mesas de cristal rectangulares, donde reposaba un candelabro negro con velas encendidas, haciendo el ambiente bastante cálido.

Estaba claro que la ambientación del lugar era un poco tétrica, aunque en cierta medida seductora, y que fuese sutilmente oscuro invitaba a que se realizasen todo tipo de actos, ya fuesen ilegales o eróticos en aquellas camas que parecían ser bastante cómodas.

Al fondo a la derecha había una pequeña barra con un par de camareros que cumplían eficientemente con su trabajo, sirviendo copas a dos tipos trajeados que parecían hombres de negocios, cosa que no pegaba mucho con el local. En medio de la sala se podía ver unas telas traslúcidas, medianamente finas colgando del techo, similares a las que se usaban para hacer acrobacias. Tal vez, las hacían ahí, quizá no estuviera del todo desencaminada en mis pensamientos.

Los chicos nos llevaron hasta uno de los sofás, nos preguntaron qué nos apetecía tomar y fueron como una manada a pedir las bebidas, dejándonos solas en aquel paraje tan extraño y perturbador.

—¿No les parece de lo más siniestro este sitio? —preguntó Melisa.

—A mí la verdad es que me gusta, aunque cambiaría un poco la decoración ostentosa de las paredes —dijo Marta.

Miré en cuanto lo nombró cómo estaban adornadas, tenían unos cuadros egipcios bastante bonitos a mi parecer. Veía que las molduras de los techos, a

pesar de la escasa luz, estaban talladas con unos jeroglíficos.

Todo lo relacionado con Egipto me gustaba, así que, de pronto, ya no me pareció tan malo el sitio. De hecho, a medida que iba inspeccionándolo me gustaba más.

—Bueno, pero la que me niegue que la mezcla de rojo y negro con lo egipcio no es de lo más hortera, está loca —reprochó de nuevo Melisa, dejándose caer en el “sofá” de manera aparatosa y desordenando con ello todos los cojines—. Los colores característicos del Antiguo Egipto eran el azul, el blanco roto y el dorado.

—Mel, estamos en un local clandestino, no en la sección dedicada a Egipto del Smithsonian —le contestó de nuevo Marta, dejándose llevar por el absorbente ambiente que llenaba aquel sitio.

Nos repartimos entre la cama en la que se había sentado Melisa y la que estaba frente a ella. Entre la combinación de la seda, lo cómodos que eran los sofás, la música y los olores almizclados de ese extraño lugar, era imposible no sentirse cada vez más y más seducida por lo que te rodeaba.

Tras la barra en la que seguían nuestros inesperados acompañantes, se veían botellas de todas las diferentes clases de alcohol que existían, pero las etiquetas y los labrados de estas parecían ser diferentes a los que se exhibían en un pub normal. Algunas de ellas, incluso, carecían de ellas. Me llamaron la atención precisamente esas, unas botellas de color oscuro, que parecían ser de vino.

Todo el local destilaba lujo y sensualidad. Sobre filas y filas de botellas había un cartel de neón rojo que mostraba el que parecía el nombre del pub al que nos habían traído: Dead End. «Callejón sin salida» traduje, podía llegar a resultar incluso irónico si lo pensabas.

Los chicos volvieron sin nuestras bebidas que, según nos transmitieron, las traería un camarero enseguida. Medio segundo más tarde, se nos acercó una mujer con una larga melena cobriza, vestida tan elegantemente que, si la hubiéramos visto en la calle, no habríamos acertado nunca su profesión.

Lo único que realmente permitía distinguir a los camareros de los clientes del Dead End era que todos iban vestidos de manera idéntica; los chicos vestían un traje de chaqueta y pantalón completamente negro, incluida la camisa que llevaban debajo, de cuello italiano, tipo Yves Saint Laurent. Les daba un aire entre elegante y mafioso. Me dio la impresión de que con lo que llevaban ellos de uniforme Mel y yo pagaríamos el alquiler de un mes.

Las chicas llevaban un vestido negro ajustado, de altura midi y con los hombros al descubierto que contrastaba con la gran gargantilla dorada y el

marcado lápiz de ojos, ambos de inspiración egipcia. Lo que más llamaba la atención del atuendo consistía en un cinturón ancho en la cintura de color dorado con jeroglíficos. Lo cierto era que se trataba de un cinturón precioso, muy refinado y elegante.

La camarera dejó sobre la mesa las bebidas y se marchó hacia otro lugar en donde le habían hecho una señal para que acudiera.

Los chicos estaban tomando cervezas. Raquel, para integrarse más con Matt, pidió lo mismo; Lara prefirió vodka, pero no especificó con qué lo quería y ellos dedujeron que sería solo. Ella no le haría asco jamás a un vodka, aunque fuera casero.

En una ocasión, intentó elaborar uno ella misma; yo me negué a probarlo diciéndole que eso era veneno para ratas y que no tenía ningún interés en morir tan joven.

Marta estaba tomando brandy en una copa de balón como si fuera la más esnob del lugar; Emma pidió inocentemente un vodka junto con Lara, pero con zumo; Mel, increíblemente, se pidió un cóctel, un Bloody Mary que, conociéndola, le duraría toda la noche.

Melisa jamás tomaba alcohol y eso me sorprendió tanto que me costaba trabajo creer lo que veían mis ojos, aunque me arriesgaría a decir que lo hacía para no tener que escuchar a nuestros acompañantes. Odiaba la prepotencia de algunas personas, y a nuestro alrededor había mucho imbécil; yo continué tomando a mi amigo Jack, ya que nunca me había fallado, y muchísimo menos durante el último año.

Lo cierto era que Hugh empezaba a caerme bien, no parecía tan gilipollas como los demás, debía de ser el hermano de alguno de ellos, porque no encajaba lo más mínimo con aquel grupo.

Su aspecto era muy desconcertante, pues tenía una cara de facciones rudas, pero en cuanto sonreía le cambiaba el semblante al de un niño travieso. Era alto, en torno a un metro ochenta y mucho, calculaba, y se le veía en forma, tenía un cuerpo atlético. Vestía de forma sencilla: unos vaqueros Levi's y una camiseta verde que hacía que el color de sus ojos resaltaran aún más.

Realmente no parecía interesado en ninguna de nosotras en particular, se mostraba amistoso con todas y, sin pensárselo dos veces, ponía a raya a cualquiera de los chicos si decían alguna obscenidad. Emma parecía estar bastante pendiente de él, sin mostrar ningún interés por Ian, que trataba desesperadamente de reclamar su atención. Cosa que era de lo más lógico, pues Emma era una mujer preciosa.

Al cambiar la canción, confirmé las sospechas que había tenido previamente. En el centro del local se llevaban a cabo espectáculos de acrobacias, pues todo el mundo se apartó de la zona, dejando el espacio libre.

Una mujer y un hombre aparecieron con los cuerpos completamente maquillados en tonos dorados y negros, imitando la joyería egipcia antigua y distintos jeroglíficos. Me dio la impresión de que estaban completamente desnudos, pero, no obstante, cubrían sus zonas íntimas con lo que podía ser una gasa semitransparente de color negro.

Con sorprendente habilidad, se agarraron de sus respectivas telas y, como si una nube los impulsara, fueron ascendiendo hasta la mitad de la tela. Miré hacia arriba para comprobar qué mecanismo les había elevado, si es que se trataba de alguno, pues no visualicé a nadie que tirara de ellos.

Acompañados de música árabe, lenta y sensual, comenzaron su casi mágica danza, enredándose, columpiándose y dejándose caer entre los metros y metros de tela una y otra vez, alcanzándose el uno al otro en todos los movimientos que hacían con total sincronía.

Me sentía extrañamente cómoda en el lugar, mi cuerpo iba poco a poco relajando toda la tensión que lo invadía e iba entrando en un modo de sopor poco común en mí, como si todo el peso de mi ser se hubiera esfumado. Observé mi alrededor completamente relajada, el ambiente se vislumbraba turbio, condensado y ciertamente cargado. Logré ver al fondo a un grupo de personas riendo y fumando de una cachimba, soltando de sus bocas una cantidad de humo alarmante.

Si hubiera estado más cerca de ellos, podría haber visto sus dilatadísimas pupilas, pero desde la distancia a la que estaba solo podía ver ranuras en lugar de ojos. Esas personas estaban fumando algo más que tabaco, de eso estaba segura.

Estaba mareada, mi respiración era lenta y calmada, me pesaba el cuerpo, necesitaba aire, salir de allí si no quería sufrir un ataque de pánico, pues empezaba a agobiarme al notar que me faltaba el oxígeno.

Miré a mis amigas y ninguna parecía estar igual de necesitada de aire como lo estaba yo, así que le pregunté a Hugh cómo podría volver a entrar, ya que necesitaba mandar un mensaje de texto y allí no tenía cobertura. Me explicó que en el teléfono de la entrada tenía que marcar el número novecientos once para que la puerta se abriera. Irónico una vez más, aquel lugar estaba lleno de ironías.

Cogí mi abrigo del guardarropa y salí del bar “no ilegal”. El vaho que salió por mi boca indicaba claramente el aire gélido que corría por allí. Definitivamente enero era un mes muy, pero que muy frío, aunque, gracias a

Dios, en Nueva York se combatía mucho mejor que en Canarias por la ausencia de humedad.

Sentí enseguida cómo se me helaban los dedos, así que intenté sacar de mi bolsillo los guantes, no sin un gran esfuerzo, pues mis manos se movían descontroladas por el temblor ocasionado por el frío.

—¿Tienes fuego? —me preguntaron desde la derecha y me giré bruscamente en busca del interlocutor.

Se trataba de una mujer cuyo ojos azules eran impresionantemente claros, tanto que no me proporcionaron sino más frío aún al verlos, que ya era decir. Tenían un tono azul tan intenso y tan profundo como el color del cielo en pleno verano, haciendo gran contraste con su pelo oscuro y considerablemente corto.

—Eh... —No sabía qué responder. De repente parecía como si me hubiese vuelto muda y mi lengua no pudiera moverse—. Esto... No. Perdona, no fumo. —Era una mujer imponente, lograba dejarme sin habla y eso que yo no solía impresionarme así.

—No hace falta fumar para llevar un mechero encima —me dijo mientras ponía lentamente en su boca un cigarrillo—. No pasa nada, solo será un poco más complicado encenderlo con las cerillas.

Me pareció extraño, no conocía a mucha gente que llevase cerillas encima en estos tiempos, pero se sacó una cajita pequeña de uno de los bolsillos de sus vaqueros negros ajustados y rasgados por los muslos y se encendió el cigarrillo.

Su mirada era penetrante y juiciosa, me ponía muy nerviosa, parecía como si estuviera buscándome pulgas por debajo de la ropa, como si estuviera analizando cada célula de mi cuerpo y yo no pudiera hacer nada para remediarlo.

Incómoda, caminé hacia un banco que se encontraba frente al local y me senté en él, no sin congelarme las nalgas al hacerlo, pues estaba ligeramente húmedo. Ella seguía observándome, con las piernas cruzadas por los tobillos y con el cuerpo relajado sobre la pared. ¿Qué diablos le pasaba y por qué me miraba tanto?

Cuando me di cuenta, se había abierto la puerta del bar exterior y de su interior salió con torpeza “mi amigo” Stephan, que, con una gran sonrisa picarona, se acercó a mí nada más encontrarme. Al llegar junto a mí, se dejó caer en el asiento estrepitosamente, dejando salir todo el aire de su cuerpo mientras lo hacía.

—¿Qué haces aquí fuera tan solita, pastelito? —Igual que había hecho en la antesala, me pasó el brazo por encima y volvió a agarrarme el hombro—. Pareces estar helada. ¿Necesitas un poco de calor? Tal vez, yo pueda ayudarte

con eso. —Resoplé con frustración sin poder reprimirme.

—La verdad es que estoy bastante bien, gracias —le dije apartándome un palmo de él, me crispaba su cercanía—, mi abrigo es bastante calentito, no necesito más. —Stephan no captó la indirecta más bien directa que le había dado y se acercó aún más a mí, frotando su muslo contra el mío.

—Venga, no seas estrecha. —Se inclinó hacia mí con los labios puestos en posición de ataque, acercándose despacio.

«¡Dios mío! ¡Quiere besarme!». Solo con pensar en que sus labios rozaran los míos sentí tal arcada que no pude resistirme. Ver esos morros aproximándose, amenazando con poseerme, era superior a todas mis fuerzas.

Sin saber por qué estaba haciendo lo que estaba haciendo, pero impulsada por una fuerza mayor a mi voluntad, cerré la mano y le di un puñetazo en la boca. No estaba dispuesta a dejar que se acercara ni un solo centímetro más. Dolorido, se llevó la mano a la cara mientras se apartaba bruscamente de mi lado,

—¡¿Qué has hecho, zorra?! ¡¿Quién te crees que eres?! —espetó con rabia—. No sabes lo que has hecho, maldita perra.

—Eso te pasa por ir de Casanova —dijo la mujer extraña mientras se reía del desgraciado—. Tienes una buena derecha, pequeñaja, reconozco que me has sorprendido.

Extrañamente, me sentí complacida con el comentario.

—Gracias —respondí al mismo tiempo que me ponía de pie.

Sin mirar a Stephan, ni tan siquiera girarme, me dirigí hasta la puerta con paso ligero, no fuera que de repente hubiese un segundo asalto inesperado y no contara con el factor sorpresa para defenderme. Tenía que llegar hasta mis amigas antes de que el repugnante Stephan me alcanzase.

Al llegar al teléfono negro, traté torpemente de marcar la numeración que me había dicho Hugh, pero me temblaban tanto las manos por los nervios que no era capaz de lograrlo. Entonces, la pared se abrió sin que yo hubiese conseguido mi cometido. Me imaginé a mí misma, como una estúpida con el teléfono en la mano, cuando por la puerta secreta se asomó Melisa, con la preocupación reflejada en el rostro.

—Precisamente estaba yendo a buscarte, ¿va todo bien? ¿Te has encontrado con Míster Simpatía?

—Sí, sí, acabo de darle un puñetazo —le conté mientras entraba al interior del Dead End, dentro de la protección de sus muros—. ¿Pedimos otra copa?

—¡¿Cómo?!

—Diciéndoselo a los camareros, por supuesto. Que yo sepa, no se piden

enviando un e-mail. —Sabía que mis palabras la irritarían y que me pegaría en pocos segundos por evitar responderle.

Efectivamente así fue, me dio un tortazo en el brazo que, más que dolerme, me hizo gracia.

—Me refiero con Stephan. ¿Qué ha pasado? —Tiró de mí y me arrastró hacia la barra. Me obligó a sentarme a la fuerza en un taburete y pidió nuestras copas al barman con más prisa de la que la había visto actuar jamás.

—A ver, Mel, es Míster Simpatía. ¿Qué crees que ha pasado? —pregunté arqueando un ceja—. Intentó besarme. ¡Besarme!

«Con esa boca, que no debería ni besar a su propia madre», pensé. Solo con revivir el momento, volvían a mí violentamente las ganas de vomitar.

—Bueno, no creo que sea para tanto. —Mel le restó importancia, haciendo que la mirase como si se hubiera vuelto completamente loca—. No por el hecho de que sea Stephan, sino por el simple hecho del beso. Creo que te estás cerrando mucho a cualquier hombre, amiga, y te recuerdo cierto pacto que hicimos antes de salir.

—Por Dios, Mel, no voy a empezar nuestro pacto con ese imbécil.

—No digo que sea él, por Dios, es un gilipollas. Pero hemos empezado el viaje de nuestras vidas y juramos que seríamos salvajes e irresponsables, hasta incluso pendones, y ninguna está cumpliendo con ello —enumeró—. Las convencionalidades debimos dejarlas en el aeropuerto. En Gran Canaria.

—¿Y tú qué? No he visto que te hayas detenido a mirar a nadie.

—Mañana tenemos que ser otras personas, ¿de acuerdo?

—Vale, está bien —accedí.

Cuando decidimos volver a las camas donde estaban nuestras amigas, pensamos que era poco probable que volvieran a pagarnos ninguna copa, así que abrimos nuestras carteras y sufrimos los correspondientes sablazos en las tarjetas. Fue entonces cuando descubrí lo caras eran las bebidas en aquel sitio.

Con el rabillo del ojo, pude ver cómo Raquel y Matt se besaban apasionadamente ante unas incómodas Emma y Marta, que trataban inútilmente de ocultar su incomodidad, mientras que Lara estaba desternillándose entre un Ian y un Hugh, igual de sonrientes. Bueno, quizás Ian era el que más reía ante los comentarios de Lara.

Tan repentinamente como había salido del bar anteriormente, volvió a entrar Stephan, haciendo que todo mi cuerpo se estirara y se tensara, a la espera de su reacción.

Él entró con una compostura mayor a la que le había visto antes de que se me

abalanzara encima. Casi ni se tambaleaba, era como si el golpe le hubiera devuelto la sobriedad. Con los hombros erguidos e ignorando que su labio inferior siguiera enrojecido, se sentó junto a los demás.

—Pues sí que fue un buen golpe, ¿eh? —me susurró al oído Melisa—. Le va a costar que le crean si dice que ha sido de un beso de los buenos. —No pude evitar reírme, el simple hecho de imaginarme las excusas que pudiera dar no tenía precio.

A quién no vi a entrar fue a la chica misteriosa, quizás se quedó en el bar de fuera o quizás se había ido a casa. En cualquiera de los dos casos, estaba agradecida de que no entrara, pues había algo en ella que no me terminaba de convencer, me hacía palidecer con tan solo mirarme.

Nos iba a costar un poco conseguir que Raquel quisiera marcharse, pero sabíamos que, en el fondo, por bien que se lo estuviera pasando, ella no querría pasar la noche con un chico al que acababa de conocer en un bar.

Ni siquiera hacía veinticuatro horas que estábamos en Nueva York, así que se despidieron cariñosamente y nos fuimos todas de allí. Al menos yo ya empezaba a notar los efectos del bourbon, pero, sin importarme demasiado terminar borracha como una cuba, pregunté:

—¿A dónde vamos ahora?

Capítulo 5

«« ¡Dios mío, qué dolor de cabeza!», me iba a estallar. Unos rayos de sol asomaban con ferocidad a través de los pocos huecos que quedaban de la persiana, iluminando prácticamente toda la habitación. Giré la cabeza para ver si Melisa seguía durmiendo. Lo hacía como una auténtica marmota.

—Melisa..., despierta —dije con voz grave, tanto que parecía una camionera de Nebraska y ocasionándome al hacerlo un terrible golpe en la cabeza.

—Mmm..., déjame... —Se puso la almohada por encima de la cabeza tratando de no escucharme.

—Melisa..., me quiero morir —le dije al mismo tiempo que le quitaba la almohada.

—Yo puedo ayudarte con eso si no me devuelves la almohada. —Sin embargo, a pesar de sus amenazas, pareció estirarse e intentar desperezarse un poco.

Sentí cómo mis tripas se revolvían en mi interior, pero no tenía muy claro si se debía a que estaba hambrienta o a la elevada ingesta de alcohol de la noche anterior. Desde que habíamos salido del Dead End no habíamos cesado de tomar chupitos, cosa que en ese dormitorio y por la mañana ya no me parecía tan buena idea.

Ambas nos levantamos de la cama y, mientras Melisa usaba el baño en el que estaría, como siempre, seis minutos y medio, intenté de alguna manera planificar al menos lo que iba a ponerme ese día, pues desde que llegamos no me había molestado ni en sacar la ropa de la maleta.

Cuando mi amiga volvió, yo seguía mirando mi *trolley* abierto en el suelo, sentada en la cama sin tener la capacidad de moverme apenas ni un centímetro. Aquel no sería el día en que pusiese orden a mi caos personal. Me lavé los dientes, me puse unos vaqueros, una camiseta de lana y miré a Melisa, que me esperaba con impaciencia.

—Necesito un café o cuando se despierten las demás habré cometido tres asesinatos —dije, porque nuestras amigas siempre, y cuando decía siempre, era siempre, se levantaban muchísimo más tarde que nosotras.

Así que Mel también se vistió y nos fuimos en busca de un Starbucks. Quería un café y algo grasiento, ya fuera un donut o una hamburguesa, algo que calmara mi estómago y me saciara al mismo tiempo.

Tras enfundarnos nuestros abrigos, salimos a la calle, con el teléfono móvil en mano y el GPS abierto, en busca de la sede de Starbucks Coffee más cercana al apartamento. No parecía estar muy lejos, pero nos tomamos el trayecto con bastante calma. Tardamos más de diez minutos en llegar, pues nos costaba trabajo mover los pies.

La gente circulaba con muchísimo estrés por Nueva York, parecían máquinas programadas para seguir con una tarea determinada, sin detenerse ni un segundo. Nos topamos con muchos hombres trajeados pegados a un teléfono, mujeres que caminaban con pantuflas por la calle y llevando los tacones en las manos, e incluso también con un paseador de perros.

La cafetería fue fácil de identificar gracias a su distintivo logo, que sobresalía de la fachada del edificio y tuvimos suerte, ya que la cola de clientes no era demasiado larga. En las mesas encontrabas personas tanto leyendo periódicos como con portátiles, sumidos también en los noticiarios digitales. El ambiente estaba más o menos tranquilo.

Al llegar al mostrador, pedimos dos capuchinos medianos, un sándwich de beicon de pavo y queso para mí y un *bagel* con mermelada para Melisa y nos sentamos junto a la cristalera que daba a la calle donde continuamos viendo a la gente pasar con prisa y a gran velocidad.

Sumidas en un silencio causado por nuestro agotamiento y el dolor de cabeza, mirábamos a puntos fijos sin prestar demasiada atención a lo que sucedía en nuestro entorno, dando sorbitos cortos a nuestros cafés y dejando pasar los minutos. Sin lugar a duda, la gente nos miraba pensando que probablemente seríamos unas drogadictas, debido a lo poco arregladas que íbamos y al hecho de llevar gafas de sol puestas en pleno invierno y en un lugar cerrado, pero eso nos importaba un bledo, la claridad iba a destrozarnos las córneas.

—¿Qué margen de tiempo le damos a las demás antes de decidir abandonarlas de manera definitiva y seguir nuestro camino? —me preguntó mi compañera dando un generoso bocado a su desayuno. Seguí su ejemplo y probé el mío. ¡Madre mía, estaba delicioso!—. Porque yo no tengo problema en ir a comprar algunas provisiones para desayunar en estos días.

Miré mi reloj, el cual había puesto en hora la noche anterior. Las manecillas indicaban las once y media de la mañana. Aún quedarían unas cuantas horas para que las demás se despertaran, y eso con suerte. Dudaba mucho que se levantaran antes de las tres o las cuatro de la tarde. Entre el vuelo, el *jet lag* y la noche de copas era imposible que lo hicieran. Casi no entendía qué hacíamos nosotras despiertas.

—Creo que podemos ir a comprar algo de comida tú y yo y después ir al apartamento a despertar a esas perezosas —respondí—. No pienso tener ningún tipo de piedad con ellas si siguen durmiendo cuando lleguemos.

—Deja que le envíe un mensaje a Emma diciéndole lo que vamos a hacer, no me gustaría que la pobre se preocupara si se levanta y no nos ve.

—Me parece bien.

Buscamos la ubicación del supermercado más cercano que, por fortuna, estaba a unas pocas manzanas de donde nos encontrábamos, en Malcolm X Boulevard. Parecía un establecimiento pequeño, pero podríamos comprar las suficientes reservas como para sobrevivir durante el día.

Estábamos bastante cerca del apartamento, así que no tendríamos que cargar durante mucho tiempo con las pesadas bolsas y eso nos animó considerablemente.

Compramos un poco de todo, desde golosinas y helados, hasta cervezas y vino. Esa noche sí que tenía planeado volverme loca. Le había prometido a Melisa que lo haría y que me soltaría la melena, así que esa noche sería una persona salvaje, dispuesta a comerse el mundo.

Mi primera medida para llevar a cabo mi plan consistía en ir de compras cuando las chicas se despertaran, me compraría un modelito picante que no pudiera pasar desapercibido para ningún hombre. Quería sentirme sexy, como lo solía hacer en mis viejos tiempos.

Me encantaría ir a un local de hip-hop y R&B, adoraba esa música, pero ir o no a un sitio así sería sometido a votación por todas las demás y, me gustase o no, sería complicado convencerlas. Todas teníamos estilos muy diferentes y ese solo me gustaba a mí.

Llegamos al apartamento agarrando dos bolsas cada una. Sin darnos cuenta, acabamos más cargadas de lo que habíamos previsto y, por supuesto, las demás seguían durmiendo, a pesar de ser la una del mediodía.

Dejé que Melisa colocara la compra porque, según decía, así sabría dónde estaba todo colocado, aunque realmente fuese por ser una maniática del orden. Abrí lentamente la puerta de la habitación en la que estaban Emma y Lara, me acerqué sigilosamente hacia la cama, sin hacer el más mínimo ruido.

La imagen que vi al llegar no tenía desperdicio. Emma se encontraba mirando al techo, con la boca abierta completamente. La manta le cubría tan solo medio cuerpo, quedando el resto de la colcha sobre el suelo y dejando al aire uno de sus pies.

Emma roncaba, y mucho, y después de haber bebido lo hacía incluso más. No

se molestaron en quitarse el maquillaje la noche anterior, por lo tanto, tenían el rímel extendido por las mejillas, como quien restriega un poco de carboncillo en un lienzo.

Dejó un rastro de carmín por toda la almohada y su boca, ahora abierta de par en par, parecía la de un payaso con los restos de pintura roja y un surco de babas que la acompañaba.

Lara la abrazaba y no tenía mejor aspecto que ella. Con el pelo desperdigado por todo el rostro y pegado por el sudor al mismo, había puesto una pierna encima del cuerpo de Emma, como quien está durmiendo con su amante.

Al menos, se quitó el vestido antes de meterse en la cama, pero no debió molestarle en ponerse un pijama, pues estaba en braguitas y parecía de lo más agusto.

El radiador desprendía suficiente calor como para que no se hubiese percatado del frío de la noche. Una idea acudió a mi mente y, sin dudarlo un segundo, saqué mi móvil del bolsillo trasero del vaquero dispuesta a inmortalizar ese momento tan tierno.

—¡Sonrían, bellas durmientes!

El flas saltó justo cuando empezaban a desperezarse, con cara de muertos vivientes y estando completamente desorientadas.

—Maldita sea, Nati, lárgate... —dijo Lara con voz pastosa y ronca.

—No, no, no, no, no pienso moverme de aquí hasta que no se levanten —respondí con una amplia sonrisa—. Hace un día precioso para ir de compras.

Poco después, se escuchó desde la otra habitación a Melisa dando gritos: «¡Arriba chicas!», decía. «¡Es hora de despertarse!». También pude apreciar los quejidos de Raquel y las súplicas de Marta por quedarse durmiendo un poco más.

—Venga, Nati, en cinco minutos nos levantamos —remoloneó Lara. Yo no me moví del sitio en el que estaba y ella ni siquiera se había molestado en abrir los ojos.

—Eres consciente de que no se va a mover de ahí hasta que no nos levantemos, ¿verdad? —le dijo Emma.

—Me da lo mismo, por mí como si quiere convertirse en una estatua. —Se acomodó un poco más entre las sábanas y se abrazó con ganas a la almohada.

—Sé realista, Lara. Es Nati —trató de convencerla—. En cuanto estés entrando otra vez en un maravilloso sueño, te sacaré de él de un susto. A mí casi me da un infarto una vez.

Se escuchó un gruñido salir de la garganta de Lara, acompañado del resoplar

de su boca y, acto seguido, tiró de un empujón la manta al suelo de una sola vez.

—Si mañana vuelves a despertarme, te pincharé una dosis de inyección letal, ¿te ha quedado claro? —me amenazó apuntándome con el dedo índice.

En cambio, yo, mostré una amplia y generosa sonrisa. «Misión cumplida», pensé. Ahora solo faltaría que Mel hiciera el resto.

El movimiento que comenzó a escucharse en el baño anunciaba que Melisa había tenido éxito y las chicas estaban intentando adecentarse un poco, pues estaba segura de que habrían amanecido igual que las demás: sudorosas y hechas un porquería.

Salí de la habitación de Emma y Lara una vez se hubieron puesto en pie y comenzaban a rebuscar ropa entre sus maletas. Por supuesto, Emma estaba intentando colocar algunas cosas en la cómoda que había junto a su lado de la cama, pues era casi tan meticulosa como Melisa.

Cuando volví a mi habitación, comprobé que de alguna manera Melisa había ordenado eficientemente todas sus cosas y había abierto una de las ventanas. Me pregunté a mí misma cuándo le había dado tiempo a hacerlo.

Mel estaba fuera, en la escalera de incendios, algo desabrigada y apoyada en el alféizar, mirando a lo lejos. A veces parecía que encontraba en la lejanía algo que no podíamos ver los demás y que conseguía que desconectase totalmente del mundo que la rodeaba.

Me acerqué hasta ella y la saqué de su ensoñación, no podía permitir que me dejase sola para dirigir el caos que eran nuestras amigas. Ya habría tiempo para estar en soledad.

—¿No te has dado cuenta del frío que hace? ¡Entra y cierra esa ventana, por Dios! —Exageré, haciendo como que me daba un escalofrío mientras, a su vez, daba un tirón del jersey gris que llevaba puesto—. Y como no vengas conmigo, ¡se van a zampar toda nuestra comida! —Esas palabras la hicieron reaccionar enseguida y volvió a entrar por la ventana sin ningún esfuerzo.

—Ah, no. Desde luego que no. Mi comida no la toca nadie. —Puso una cara de enfado fingido mientras cerraba la ventana y se dirigió hacia mí con una sonrisa—: ¡Vamos a proteger las provisiones!

Llegamos a la cocina justo antes de que Lara abriese un paquete de bollos rellenos de chocolate. Engulló uno prácticamente de un bocado y fue entonces cuando se percató de nuestra presencia. La expresión de haber sido pillada *in fraganti* fue inevitable en su rostro, nos miró de reojo y, con la boca totalmente llena, dijo:

—Se compraron para todas, ¿no?

A pesar de la pregunta, no parecía haber ningún tipo de confusión en su semblante, pues continuó devorando los bollos sin ningún tipo de remordimiento, más bien con un ansia devastadora.

—Esta vez sí, mañana o vamos todas o van ustedes a comprar, que el supermercado está cerca y no estoy dispuesta a que mis nachos desaparezcan —dije—. Si te los comes, seré yo la que te ponga la inyección letal.

—Vale, Raquel, coge todo lo demás y deja ahí los nachos —dijo Marta riéndose. Mi mirada bien podría haberla asesinado en el acto, pues no me gustaba que bromearan con respecto a la comida.

Las demás se fueron aproximando a la bolsa de bollos como lobos agazapados a punto de apresar a su víctima y cada una se fue haciendo con dos o tres, mientras se iban acomodando en el sofá con mantas que parecían ser bastante calentitas.

Poco a poco, fueron saciando sus estómagos y los rugidos que salían de ellos cesaron hasta convertirse en apenas un ruidito. Melisa y yo nos sentamos en los taburetes altos de la barra americana que estaba frente al sofá, donde previamente habíamos colocado las bolsas de la compra y, por pura gula más que por hambre, también cogimos un bollito.

—¿A alguien le apetece un café? —pregunté. Sin esperar una respuesta ya me estaba levantando para poner en marcha la cafetera.

Obviamente, todas las muertas vivientes que tenía por amigas quisieron uno, más bien les iba la vida en ello. Lara no se sirvió un café normal, aquello parecía el padre de todos los cafés. Utilizó un bol de cereales como taza. Me parecía increíble, no sabía cómo había podido sobrevivir cuando estudiaba la carrera, teniendo en cuenta que bebía tales cantidades de café, cada día.

—Bueno, ¿cuál es el plan para hoy? ¿A dónde vamos a ir de compras? —preguntó Emma mientras soplaba suavemente su taza con el fin de enfriar la bebida.

—¡La Quinta Avenida! —contestó Raquel muy entusiasmada.

—¿Grandes almacenes? ¿Queremos comprar o llorar desconsoladas porque no podemos permitirnos cosas bonitas y tan caras? —respondió Melisa desde su taburete.

—Yo quiero comprar, lo de llorar lo podemos dejar para otro día —comenté con rapidez—. Además, tengo el propósito de comerme a todos los hombres guapos que me encuentre esta noche o esta tarde, y para eso hay que ir tan divina como las neoyorquinas.

—Esperemos que no corras la misma suerte dos veces seguidas —murmuró

mi compañera de piso de manera que solo yo pude escucharla, era más que evidente que se refería a Stephan—. Pues Macy's, Bloomingdales o Barneys son las opciones más cosmopolitas que se me ocurren.

—¡Barneys! —respondieron Emma y Raquel casi al unísono.

Sin pensarlo mucho cogimos nuestros abrigos y nos pusimos en marcha. Había que moverse rápido para no volver a caer en el sueño que amenazaba por regresar a nuestros cuerpos. Fuimos hacia la parada de metro de la calle 116, era la más cercana a nuestro apartamento y teníamos la predisposición de tratar de descubrir cómo podríamos sacar billetes de las máquinas.

Sabíamos, por lo que habíamos leído antes de viajar, que los neoyorquinos entraban al metro con prisa y de mal humor, así que no nos hacía especial ilusión tardar demasiado y quedar como paletas de pueblo por no poder sacar unos cuantos tiques. Al llegar a la parada, pudimos comprobar que comprar un billete no tenía demasiada ciencia, así que todas nos hicimos con uno y fuimos bajando las escaleras, dejándonos llevar por la multitud.

En el andén del tren que teníamos que coger había un chico tocando la guitarra. Unos cuantos metros más allá, el vagabundo borracho de turno, sentado en el suelo y filosofando sobre la vida. Siempre había uno, fuera cual fuera la ciudad en la que estabas.

La estación estaba bastante limpia, aunque repleta de gente. Me pareció sorprendente que la población estuviese tan concienciada con el medio ambiente, cualquiera pensaría que, a mayor cantidad de personas, mayor sería la acumulación de basura.

Aunque era probable que la pulcritud se debiera al servicio de limpieza del metro y no a los ciudadanos. Aun así, eran pocos los papeles que habían tirados por el suelo y escasas las pegatinas pegadas a las paredes.

Raquel nos señaló al vagabundo, que se levantaba torpemente de su sitio y cuyas palabras cada vez se oían más y más alto. Parecía citar pasajes de la Biblia e invitarnos a alabar a Dios junto con él.

—¡Dios te salvará! Arded en el infierno, pecadores, pues vuestros males no quedarán impunes ante los ojos del todopoderoso —decía a gritos—. Solo los elegidos podrán entrar en el reino de los cielos y contemplar desde arriba el apocalipsis que está a punto de venir.

Nadie parecía prestarle atención, así que me centré en esperar. Llegó el tren metálico y atropelladamente nos pudimos meter en él. No sabía si era hora punta por algún casual, pero íbamos como sardinas en lata, podía jurar que no había una sola parte de mi cuerpo que no estuviese siendo tocada por alguien.

Por puro instinto, agarré mi bolso con fuerza y me lo coloqué sobre el pecho. Me negaba a que me quitaran lo más mínimo, aunque fuese un delineador de ojos o una barra de labios. Gracias al cielo, la asfixia que sentía tras estar dentro de esa caja metálica solo duraría diez minutos, pues el chisme, extremadamente ruidoso, era bastante rápido.

Para bajarnos tuvimos exactamente la misma suerte que para entrar. La gente nos empujaba sin cuidado alguno y salimos disparadas del vagón. Una vez fuera, me alisé la melena y me coloqué bien la chaqueta que me habían aplastado los pasajeros. Cuando salimos a la calle, estaba bastante segura de que todas nos habíamos quedado sin aliento una vez más.

Verdaderamente la ciudad era sobrecogedora, jamás podría compararse con Las Palmas de Gran Canaria pues no tenían nada que ver la una con la otra. El edificio más bajito que vi al llegar a la superficie era mucho más alto que el mayor de nuestra ciudad, y el tráfico diez veces o más abundante que el que acostumbrábamos a ver.

Nuestras seis caras ojerosas se transformaron inmediatamente, iluminándose todas con una gran sonrisa que nos llegaba a cada lado de la cara. Nos miramos con complicidad y pusimos rumbo hacia los grandes almacenes de la Avenida Madison.

Los cinco minutos que tardamos en llegar se me hicieron especialmente cortos, era la primera vez que veía la ciudad a la luz del día y no quería perderme ni un solo detalle de los coches, fachadas y tiendecitas que nos íbamos encontrando por el camino; pero antes de lo que hubiera previsto ya estábamos frente a la puerta de los grandes almacenes.

Todas elevamos una vez más las miradas hacia el cielo, íbamos a acabar con dolores cervicales si seguíamos así. Observé desde los toldos rojos sobre los escaparates en los que se podía leer fácilmente «Barneys New York» hasta el techo casi piramidal del edificio. Marta probablemente estuviera analizando los materiales, la fachada y el alzado de este.

El encantamiento bajo el que parecía estar se volvió aún más potente en cuanto entré y divisé el contenido del edificio en todo su esplendor: los suelos de mármol, las paredes impecablemente blancas y los expositores de cristal que parecían no tener ni una sola mota de polvo encima; era radiante.

Miré al resto de las chicas y todas parecíamos serpientes seducidas por la música de una flauta, mientras muchas correteaban extasiadas de un expositor a otro. Y de pronto ahí estaban, colocados sobre un estante, iluminados de forma perfecta, los zapatos de mi vida: unos Christian Louboutin.

Me acerqué fascinada hacia ellos, casi como una poseída por su magnetismo. Se veían magníficos, con ese tacón fino tan elegante y esa distintiva suela roja que tanto me gustaba. Ya podía imaginarme con ellos puestos.

Los agarré con decisión y entonces, sin previo aviso, me recorrió un sudor frío por el cuerpo cuando de reojo vi la placa con el precio. ¡Mil noventa y cinco dólares! ¡¿Dios, por qué?! No podía permitírmelo y me invadió una sensación de angustia que no me gustó nada. De haber estado en soledad, habría derramado alguna lágrima, de eso estaba segura.

Lara se acercó a mí y a los zapatos con la misma expresión de fascinación que yo había tenido hacía medio minuto. Podía entender perfectamente su comportamiento, yo misma lo había tenido.

—Sigue ahorrando, querida, sigue ahorrando —le dije con compasión—. Cuestan más que el alquiler de tu casa y la mía juntas.

A pesar del desengaño, seguimos un rato más en la tienda por orgullo más que por curiosidad, pues no queríamos que las pijas de la gran manzana se dieran cuenta de nuestro pequeño presupuesto comparado con el que sería el suyo. Acabamos marchándonos sin haber realizado una sola compra.

Salimos de allí dispuestas a buscar tiendas como Topshop y Urban Outfitters, bastante más asequibles para nosotras. Tenía la sensación de que debía pagar solo por el hecho de pisar sus suelos, pero eso no consiguió empeorar mi estado de ánimo. Nada podría desanimarme en ese día que había comenzado con tantas ganas, y yo estaba más que dispuesta a encontrar mi modelito salvaje para esa noche, aunque fuera lo último que hiciera. Con algo de suerte, animaría a Melisa a que también se comprara algo igual de atrevido con lo que conseguirá su próximo ligue.

Una vez fuera de los grandes almacenes, nos pusimos manos a la obra. Lara fue a sacar el móvil para buscar más tiendas, pero yo se lo impedí, estaba harta de seguir los patrones turísticos.

—Probemos al azar, vayamos caminando por ahí viendo tiendas como podríamos hacer en el Centro Comercial Las Arenas, quizás así tengamos algo más de suerte.

—Me parece buena idea, aunque, basándome en la última experiencia, creo que deberíamos huir de escaparates muy bien iluminados y suelos de mármol. Tengo la ligera impresión de que esas tiendas no están hechas para nosotras —respondió Melisa.

Era temprano para mis amigas y para mí, aunque pronto anochecería, pero tampoco nos hizo falta perdernos por la ciudad. Pocas tiendas después, nos

dimos cuenta de que había que cambiar de ruta y, siguiendo por una de las calles perpendiculares a la Avenida Madison, llegamos a la Quinta Avenida, donde las tiendas se acercaban más a lo que nos podíamos permitir.

Al doblar la esquina en un callejón, había un chico vendiendo algo en un top manta. Me acerqué y no podía creerme lo que veía, los mismos Louboutin que había visto en la tienda.

Bueno, exactamente los mismos no eran; sabía que esos eran falsos, pero ¿quién lo iba a notar? Cuando me agaché a examinarlos más de cerca, vi además que eran de mi talla, las estrellas se habían alineado a mi favor y Dios se había apiadado de mí pues tenía una segunda oportunidad para tenerlos.

—¿Cuánto? —pregunté con lo que supuse que sería mi cara de psicópata. Esos zapatos iban a ser míos y nadie podría hacer nada para evitarlo.

El chico no parecía intimidado en lo más mínimo, de hecho, parecía divertido con mi expresión, debía de estar acostumbrado a tratar con piradas como yo.

—Doscientos —respondió con un acento que no supe colocar en el mapa del mundo, y la verdad era que su aspecto físico tampoco me proporcionaba demasiada información.

—Por supuesto que no, eso es mucho dinero por una imitación —protestó Lara. La miré con cara de asesina, no quería perder esos zapatos por nada del mundo, y ella podría echarlo todo a perder.

—Una imitación muy buena. Mira, tócalo, no verás nada mejor en toda Nueva York —decía el hombre con total orgullo.

—Sí, eso está muy bien, pero los estás vendiendo en la calle —argumentó—. Baja el precio o los dejamos aquí mismo. —Estaba a punto de saltarle al cuello cuando de pronto:

—Ciento cincuenta.

—No, amigo, cien y es todo lo que te daremos —finalizó—. Y si te portas bien, quizás hasta te compremos algo más. —El hombre se quedó dubitativo.

—Eres dura de roer, chica. Trato, pero porque me gustan tus pecas

Antes de darle tiempo a Lara a decir nada más, rebusqué en mi bolso, saqué cien dólares de la cartera y se los acerqué rápidamente al chico de identidad extraña.

Agarré mis maravillosos zapatos y los olí como un adicto a la cocaína cuando tiene cerca la droga, pero ya eran míos.

—Me apetece un café, chicas, apenas hemos dormido bien, y necesito meter algo de caféina en mi cuerpecito —había dicho Lara.

—¿En serio, Lara? Si te tomaste todo un estanque esta mañana —respondió

Marta—. Con lo que tú desayunaste, podría haberse despertado un ejército entero.

—Exagerada, era un desayuno mediterráneo, nada más. —Todas estallamos en carcajadas al unísono.

Capítulo 6

I Hugh! —se escuchó estrepitosamente el grito de Marta.
—¿Pero qué haces?! —se quejó Raquel al mismo tiempo que colocaba su pelo, pues intuía que Matt podía estar con él. Hugh miró en todas las direcciones, en busca de la voz que le había gritado.

—¡Yuju, aquí! —gritó nuevamente Marta, al mismo tiempo que agitaba su mano en el aire, saludando al despistado de Hugh—. Anoche intercambiamos los números y hace un rato le comenté que estábamos por la zona.

Marta era así de espontánea. Lo mismo era la persona más tímida del planeta, como de repente se ponía a dar gritos a través de la Quinta Avenida. Logró con ello que Hugh mirase en nuestra dirección, entonces este sonrió al vernos, alzó la mano y se dispuso a acercarse.

—Hola, chicas —nos saludó de manera muy cordial— ¿Estáis de compras? Supongo que no necesitaréis mi ayuda para eso. En cuestiones de ropa, os las podréis arreglar solas, intuyo que seréis como leonas.

La sonrisa aún continuaba dibujada en sus labios. Era un hombre encantador y muy atractivo, sin duda podía decirlo a plena luz del día, ahora que apreciaba mejor sus rasgos. Sus ojos verdes lucían espectaculares y estaban en total sintonía con el mentón cuadrado, que enmarcaba su rostro, y su piel ligeramente morena, que le daba un aire muy caribeño.

—Eso ha sonado un poquito machista, ¿no crees? —le corrigió Lara—. Te lo perdonaré porque eres guapo y nos vas a invitar a un fantástico capuchino.

—Sin problema —respondió—, si queréis añadir un crepé a ese trato, también estaré más que dispuesto —añadió, al mismo tiempo le que ofrecía su brazo a Lara.

—Recuérdame, Lara, que cuando vaya a comprarme un coche nuevo, vengas conmigo —dije.

—¿Qué harías tú sin mí, amiga? —respondió volteando el rostro, ya que había comenzado a andar agarrada del brazo de Hugh.

Todas seguimos a la curiosa pareja. A Lara se la veía increíblemente pequeña en comparación con Hugh. Él, que medía al menos metro ochenta y cinco y su espalda bien podía tener el ancho de una puerta, se movía al mismo compás que ella. Pude apreciar que sus músculos se marcaban incluso a través de la sudadera que llevaba puesta y ella, en cambio, al ser tan delgada parecía una muñequita frágil a su lado.

Ya en el interior de una cafetería que nos había gustado más que el Starbucks, todas pedimos café menos Melisa, que esta vez se inclinó por tomar un chocolate calentito. La mayoría pidieron crepes rellenos de Nutella y dulce de leche, y todos ellos con una bolita de helado de vainilla, espolvoreado con azúcar glas.

Cualquiera diría que estábamos a menos dos grados. No logré entender cómo pidieron eso, solo con mirar a la bola de helado, me entraban escalofríos. Melisa añadió a su pedido un sándwich de aguacate, rúcula, tomate y mayonesa de frambuesa que hizo que se me abriera el apetito, por lo que me uní a ella con otro de pollo al curry con salsa de yogurt.

—Y, bueno, ¿dónde terminaron anoche? —le preguntó Raquel a Hugh, un tanto nerviosa.

—Tú lo que quieres saber realmente es si Matt volvió solo a casa, ¿o me equivoco? —Su sonrisa se ensanchó de tal forma que se extendía por todo el rostro.

—No, no, no, no —negaba al mismo tiempo que lo hacía con la cabeza—, de verdad que no. Tan solo era una pregunta informal, no me importa lo que haya podido hacer Matt. —Miró de pronto su teléfono—. Es libre de hacer lo que quiera.

En el fondo, sus palabras no podrían haber estado más ensayadas, las dijo de tal forma que parecía que se las hubiera aprendido de memoria para un examen. Y por casualidad, como si de magia se tratase y hubiera aparecido para salvarla de aquella incómoda situación, sonó la melodía de su móvil alto y claro.

Era Matt, pude ver su nombre en la pantalla. Ella sonrió como una idiota y se levantó de la silla para alejarse unos metros y poder hablar tranquilamente. Hugh ensanchó aún más la sonrisa al verla.

—Es tan evidente y predecible... —comentó—. Me parece una chica adorable —dijo con la mirada perdida, como si se hubiera alejado de nosotras por un instante—. Oye, Natalia, siento mucho lo que te pasó con Stephan, me enteré poco después de que os marcharais de lo que sucedió fuera del bar.

—Ehm... Esto, yo... —No tenía muy claro qué contestar—. Tengo reacciones un poco extrañas cuando me siento amenazada. —Me lleve la mano a la parte posterior de la cabeza, no sabía si sentirme apenada u orgullosa por lo que había hecho—. ¿Te lo contó?

—Me lo comentó una amiga que fue testigo de cómo lo hacías callar. Además, conoce a Stephan. También tuvo... —parecía estar buscando las palabras adecuadas—, un pequeño incidente con él en su día.

—Ese amigo tuyo es un poco capullo, a decir verdad, y perdona por la

franqueza, pero no entiendo por qué lo soportas —se metió Melisa.

—Digamos que tengo la obligación de seguirlo a todas partes. Tengo que vigilarlo para que no se meta en líos, tiene tendencia a ellos.

—Eso es lo que tiene cuidar de la... ¿familia? —tanteó mi amiga—. ¿Es pariente tuyo? Porque de ser así, debe de ser adoptado.

—No es familiar mío, tranquila. —Se rio—. Pero es el hijo de un conocido de mi tío.

—Entiendo.

Continuamos charlando tranquilamente y comiendo nuestra comida. Después de un rato, volvimos a pedir otra ronda de sándwiches y bebidas. La tarde estaba resultando tan amena que no nos habíamos dado cuenta ni de la hora que sería.

Raquel, sin dudarle ni un instante y sin hacernos partícipe de sus planes, nos comentó que había quedado en verse con Matt esa misma noche, sobre las once más o menos. Algunas pusimos objeción al asunto, pues que no nos hubiera informado a mí me molestó particularmente. Volver a pisar el suelo del Dead End no era precisamente el mayor de mis deseos y así se lo hice saber.

—Iré sola y después os veré —dijo—. Cogeré un taxi, no hace falta que vengáis conmigo

No íbamos a dejarla sola en un país que no conocíamos por mucho que ella insistiera en ello así que me negué rotundamente.

Hugh nos propuso ir a un restaurante árabe que estaba relativamente cerca. Nos comentó que no era especialmente caro y que se comía muy bien. Relató que hubo un día en el que estuvo allí y vio a Ashton Kutcher cenando a tan solo dos mesas de diferencia de él.

Lógicamente, eso me gustó mucho, y estaba segura de que a todas las demás también. A medida que pasaba el tiempo la conversación era mucho más fluida. Nos contó que trabajaba como vendedor en Abbott, una empresa farmacéutica. Para mí no era un nombre que resultara familiar, pero tal como hablaba, parecía ser una gran empresa.

Nos habló un poco de él y de lo que había sido su vida hasta ese momento. Tenía un hermano trabajando en Australia en una reserva natural, parecía un trabajo fascinante y completamente vocacional; también contó que su madre había fallecido en un accidente de tráfico y que ahora su padre vivía en Seattle. Él había nacido y se había criado en Queens, por eso decidió volver a Nueva York en cuanto cumplió la mayoría de edad.

A medida que nos iba contando parte de su vida, se convertía en un hombre extremadamente interesante, además de humilde, desinteresado y muy generoso.

No nos dejó pagar absolutamente nada, a pesar de que éramos seis chicas las que habíamos comido, y por partida doble. Insistí en que debíamos pagar lo que habíamos consumido, pero se negó rotundamente a escucharme.

Algo en él me dio la confianza para sincerarme, así que le hablé de Rubén y, a pesar de que trató de mostrarse imparcial, pude notar en sus ojos el tipo de compasión del que solía huir al hablar del asunto, esa en la que todos pensaban en mí como la pobre víctima. No dijo nada inapropiado sobre el tema, simplemente me dijo que esa clase de hombre debería extinguirse mientras me brindaba su apoyo por haberlo dejado. Me hizo saber que los hombres como Rubén eran unos cobardes miserables que no merecían el amor de ninguna mujer.

Lo cierto, era que aún me costaba mucho hablar de él, se trataba de una etapa de mi vida que dudaba que pudiera olvidar alguna vez, me había dejado una herida abierta en el corazón, que no parecía querer cicatrizar nunca.

Miré despreocupadamente a mi izquierda, fuera del café, alejándome de las conversaciones que surgían entre mis amigas y Hugh y queriendo apartar de mi mente los recuerdos tan dolorosos que me ocasionaba el pensar en Rubén.

Vi a lo lejos el escaparate de una especie de boutique. Era una tienda pequeña, pero había mucha elegancia en su diseño. El maniquí que estaba detrás de la cristalera llevaba unos *shorts* negros de cintura alta, parecían ser de pinzas, para realzar aún más la figura. También lucía una camisa de manga larga roja que quedaba suelta, metida por dentro del pantalón. El conjunto era bastante bonito y me gustaba mucho.

Me excusé con todos y fui directa a comprarme ese modelito que tanto me había llamado la atención. Ahí tenía mi *look* para esa noche, en el lugar que menos me esperaba y cuando ya me había dado por vencida.

Sin darnos cuenta nos dieron las siete de la tarde y el cielo estaba ya bastante oscuro, las nubes, ahora grises, cubrían el espacio que se divisaba a través de los edificios. No llegaba a ser noche cerrada, pero ya no quedaba nada de luz, de eso no había duda. Hacía mucho frío. Me atrevería a decir que las temperaturas habían descendido incluso más de lo que me marcaba el teléfono. El humillo que salía disparado de mis labios al respirar era una señal de que estaba en lo cierto. Jamás había sentido tanto frío.

Una vez pagué a la dependienta de la tienda y me hice con la bolsa que contenía mi ropa nueva, volví con los demás. Las compras resultaron bastante productivas a pesar de que no nos íbamos con las manos llenas de bolsas, se podría decir, que habíamos hecho unas comprar responsables.

—Nos vamos a cenar al restaurante árabe que nos ha recomendado Hugh. Le hemos dicho que esta vez le invitamos. Nos negamos a que pague lo más mínimo, nos toca a nosotras —dijo Lara. Y, sin más dilación, pusimos rumbo hacia el restaurante.

Hugh encaminó la marcha, ya que él conocía el sitio al que nos dirigíamos y se movía mejor a través de las calles de Nueva York que nosotras. Con él, parecía que la velada iba a ser prometedora.

Capítulo 7

La cena había sido exquisita, todas estábamos a reventar de lo que habíamos comido y no podíamos llevarnos un bocado más a la boca, aunque quisiéramos. Ponía incluso en duda que nos sirviera la ropa que nos habíamos comprado tras semejante festín.

Hugh tenía aparcado su coche cerca del restaurante, nos dejó a todas alucinadas al verlo. No sabía demasiado sobre modelos de coches, pero era capaz de diferenciar un BMW cuando lo veía. Eran unos vehículos impresionantes.

Cuando llegamos al apartamento una vez terminada la cena, eran las nueve y Raquel ya se comenzaba a poner nerviosa, no quería llegar tarde a su cita con Matt y nos lo hacía saber a todas con sus constantes movimientos de desesperación. Yo solamente rezaba para que no estuviera Stephan por allí, no tenía demasiado humor como para lidiar con gilipollas, aunque dudaba que tuviera tanta suerte.

Fue algo increíble y extraño ver cómo Raquel consiguió prepararse en cuestión de minutos. Se duchó, se vistió y se maquilló con una rapidez impropia de ella. Era una de las que más se retrasaba siempre del grupo, pero claro, en esa ocasión la estaban esperando. Iba a tener que usar alguna técnica de despiste con ella en el futuro.

Las demás no tardaron casi nada, a excepción de Lara, que cuando yo ya estaba casi arreglada a falta del maquillaje, ni se había vestido y todavía daba vueltas por el apartamento en busca de no sé qué cosas. Nunca lograría entender cómo conseguía ser tan lenta. ¿En qué perdía el tiempo?

En realidad, no me importaba. Lo que sí me gustó fue mi reflejo en el espejo, me encantó verme con mi nuevo conjunto. Cuando me miré se me encogió el estómago, hacía mucho tiempo que no me arreglaba de aquella forma para salir. Bueno, en general.

Me maquillaba, pero no hacía nada más. ¿Y los zapatos? ¡Eran fantásticos! Estaba completamente enamorada de ellos. A pesar de ser una imitación eran sorprendentemente cómodos. Sentía como si llevara unos Christian Louboutin originales y casi, por un instante, me sentí como mi verdadera yo. Solo por un momento.

Lara, como de costumbre, tardó media hora más que el resto de nosotras y Raquel, siendo las once menos cuarto de la noche, estaba al borde de un ataque

de histeria, caminando de un lado para el otro por el pasillo del apartamento.

—¡Jolín, Lara! Siempre tienes que tardar más que el caballo del malo —se quejó Raquel a la vez que hacía un mohín con la boca.

—¿Perdona?! ¿De verdad eres tú la que me está diciendo esto? —preguntó sorprendida—. ¿De verdad? De Nati me lo esperaría, me lo lleva echando en cara toda la vida, ¿pero tú? —añadió mientras la señalaba con el dedo—. ¡Por Dios, Raquel! Si casi tardas más que yo normalmente —le reprochó—. ¿A qué viene esto?

—¡Joder! Sabías perfectamente que había quedado en verme con Matty —le dijo en un tono bastante alto—, se los dije a todas en la cafetería, habíamos quedado a las once y mira la hora que es. ¡Ya no llegamos ni de coña! —Cada vez era más y más alto el tono de voz de Raquel.

—¡Pero bueno! ¡No me jodas, Raquel! ¡No me puedo creer que seas tan arrastrada! Ponerte así solo por el hecho de que vayas a llegar un poco más tarde... Eso es de patéticas. —En ese momento, decidí intervenir ya que, si no lo hacía, probablemente se dirían cosas de las que más tarde se arrepintiesen.

—Bueno, bueno —las frené—. Tengamos la fiesta en paz. Lara, vete a por tu abrigo que vamos a salir ya y tú, Raquel, tranquilízate, Matt no se va a ir a ningún sitio. Hugh dijo que iría con él, así que no pasa nada si llegamos unos minutos tarde.

—Es increíble que tú hayas dicho eso, el mundo al revés —se escuchó decir desde el final del pasillo a Lara.

—¡Te he oído, cabezona! Coge tu abrigo y vamos, o te saco sin él para que te dé una hipotermia.

Se escuchó una risita al fondo del salón. Marta no pudo evitarla y, a continuación, el resto la acompañó, todas nos reíamos con ganas. Por suerte, eso alivió la tensión que se había generado en el ambiente, aunque a Raquel se le notaba aún algo molesta, pero al menos ya no estaba histérica.

Una vez bajamos los peldaños que daban del portal a la calle, Emma se atrevió a proponer que nos acercáramos andando al Dead End, lo que fue un error por su parte, pues Raquel saltó como una tigresa a la que están a punto de quitar la comida. Cambió automáticamente de opinión y, por supuesto, Emma, Lara, Marta y ella cogieron un taxi.

Melisa y yo decidimos dar un paseo y disfrutar de la noche neoyorquina, con sus luces brillantes y su aire frío del invierno, que nos quemaba la nariz al respirar. La realidad era que las calles se parecían mucho las unas a las otras. Probablemente, si no hubiéramos contado con el GPS, no hubiéramos sabido

cuántas veces había que girar y hacia dónde hacerlo, así que intentábamos aparentar decisión al andar y parecer lo menos posible unas turistas.

La caminata resultó de lo más amena y divertida. Melisa y yo íbamos recordando lo nerviosas que estábamos cuando habíamos decidido viajar a Nueva York, por lo peligroso que podría resultar caminar por ahí de noche, dos mujeres solas. Las noticias en España acerca de Estados Unidos no le dejaban a una precisamente el cuerpo tranquilo, pero se alejaba mucho de la realidad. La gente andaba sin ningún miedo y las calles estaban bien iluminadas como para que te asaltasen en mitad de ellas.

Todavía quedaba bastante gente caminando con prisa, curioso para lo tarde que era, pero se veían algunas parejas que parecían volver de sus citas o, tal vez, ir hacia ellas. El ritmo de vida era notable, aunque había descendido bastante en comparación con el que pudimos observar por la mañana.

A medida que nos íbamos acercando a la zona de los bares de copas, se empezaban a notar los efectos del alcohol en algunas personas. Mientras caminábamos, podíamos ver a varias chicas gritando y bailando con diademas en forma de pene en la cabeza. Estaban de despedida de soltera, sin lugar a duda.

Frente a ellas, había unos chicos que parecían ser unos oportunistas, babeando ante la posibilidad de llevarse a alguna de esas desenfundadas mujeres a sus camas, y si eran dos, mejor. Las miraban prácticamente relamiéndose, como si pudiera degustar el premio antes de tenerlo.

Dejándonos llevar por el embrujo de unas calles llenas de vida, Melisa y yo decidimos entrar en otro bar a pedirnos una cerveza. Nadie notaría unos minutos más de retraso y así podíamos conocer un poco más esa zona de fiesta, sentirnos como unas auténticas neoyorquinas.

Miramos en todas las direcciones en busca de algo que nos llamara la atención. De pronto, vimos un letrero enorme en el que ponía Texas Rules y eso fue suficientemente llamativo para nosotras como para querer comprobar qué había en su interior. Nos imaginábamos el típico bar de moteros, o tal vez, ambientado en el oeste.

Una vez dentro, nos sorprendimos al presenciar que la inmensa mayoría de los que estaban allí vestían como vaqueros auténticos, con sus sombreros de *cowboy*, pañuelos en los cuellos, botas con espuelas, chalecos...

Era alucinante, parecían sacados de una película de Clint Eastwood, de indios y vaqueros. De villanos sin miramientos. Lo único que faltaba era que estuvieran mascando tabaco. Me los podía imaginar a todos unos siglos atrás, en el Antiguo Oeste, despotricando del *sheriff* y de que los indios se estaban llevando las pocas

reservas de agua que les quedaban.

La música country sonaba por todo el lugar, pero no muy alta, lo que permitía mantener una conversación perfectamente a gusto al compás de los banyos, sin necesidad de levantar la voz. En medio de la sala te encontrabas con un billar y junto a él, dos individuos enzarzados en lo que parecía una partida de lo más interesante. Posiblemente habrían apostado alguna cosa, pues se la estaban tomando demasiado en serio.

La barra era de madera de caoba, al igual que todas las paredes del local. Estaban bastante desgastadas y en algunas de ellas se podía ver inscripciones hechas con algún objeto punzante. A la derecha, colgada de la pared, había una diana de dardos y un grupo la estaba usando; gritaban, reían y bebían cervezas mientras jugaban. No había duda, eran los más escandalosos del lugar.

Las mesas del bar eran escasas, tres para ser más exactos. Los taburetes también eran redondos hechos también únicamente de madera, sin ningún adorno ni cojín que te diera comodidad al usarlo.

La decoración de las paredes era abundante, con carteles de aluminio de publicidad de bebidas, la cabeza de un búfalo disecada, ruedas de carro e innumerables fotografías de personajes famosos.

Nos dirigimos con paso seguro hacia la barra. Allí un hombre con un chaleco de cuadros y sin camisa debajo se nos acercó. Estaba entrado en carnes y tampoco le faltaban años a su estética. Al hablarnos, notamos cómo su aliento caliente desprendía un olor fuerte a *whisky*.

—¿Qué vais a tomar, forasteras? —preguntó mientras dejaba caer su pesado cuerpo sobre el codo izquierdo.

Tenía un bigote abundante, espeso y canoso, aunque amarillento, supuse que se debería a que fumaba con regularidad. La nariz era redonda y ancha. Tenía los ojos azules, con una mirada profunda, quizá, lo único bonito de su aspecto eran aquellos ojos.

—Una... —comenzó a decir Melisa.

—Tequila por favor, dos chupitos —la interrumpí. El camarero se marchó con rapidez tras el pedido.

—¿Tequila? —parecía asombrada.

—Sí, prometimos volvernos locas, ¿o ya lo has olvidado? —dije al mismo tiempo que de la comisura de mis labios empezaba a asomar una sonrisa—. Empecemos con un par de buenos chupitos.

El camarero volvió con una botella de tequila que desconocía y la verdad es que no daba muy buena impresión el hecho de que no tuviera siquiera etiqueta,

era todo un signo de alarma. Su color era de un amarillo muy oscuro y tenía la ligera impresión de que con tan solo un chupito Melisa y yo ya estaríamos borrachas como cubas. En ese momento, me arrepentí de la decisión tan prematura que había tenido a la hora de escoger.

Mi amiga me miró con terror en los ojos, pero, sin decir nada, cogió el vaso, lo olió, arrugó la nariz con repugnancia y bebió de un solo trago lo que había en el interior. Lo hizo sin mirar atrás y frunciendo el ceño hasta el punto de arrugársele la mayor parte de la cara.

—¡Dios! Está malísimo —dijo—. Pega fuerte, pero ahora te toca a ti.

Intentando parecer valiente y segura de mí misma, tomé mi chupito e imité a Mel, solo que yo no pude disimular las arcadas que me invadieron poco después. Haciendo todo lo posible para que el líquido no saliera de mi cuerpo acompañado del árabe que habíamos cenado, me erguí y respire rápidamente, tomando una gran bocanada de aire.

Eso no me ayudó.

El ambiente estaba cargado y olía como si veinte camioneros hubieran pasado por ahí después de dos largas semanas en la carretera. Después de unos pocos segundos de tragar constantemente saliva y de que Melisa se preocupara por la palidez de mi cara, todo fue mejorando, poco a poco logré recuperar la compostura sin vomitar en el intento.

—¡Joder! Nunca más beberé tequila —me quejé—. Recuérdame que no vaya de valiente por la vida y déjame seguir con mi querido Jack, en la paz del cobarde. —Me senté despacio en uno de los taburetes—. No me dejes hacer estas estupideces —Melisa se empezó a reír e hizo comentarios burlones sobre mi poca tolerancia al alcohol, aunque ambas sabíamos que verme así no era lo normal.

—¡Sírvenos cuatro más, Bernie! —intervino un vaquero bastante joven mientras se colaba entre Melisa y yo, rodeándonos las cinturas con los brazos.

¡Cómo les gustaba tocar a los hombres de aquel país! Bueno, a los hombres en general. El barman nos volvió a llenar los vasos sin dejar que nos diera tiempo a contestar. Aquel tipo nos sonreía maliciosamente, como si fuéramos un trofeo que quiere conseguir.

—¡No, gracias! La verdad es que nos íbamos ya —le dijo Melisa, apartando de su cintura el brazo del *cowboy*.

Antes de que nos diéramos cuenta, otro chico ataviado con un sombrero vaquero igual, pero de otro color, se había unido a nosotras. Si yo tenía que beberme otro chupito, terminaría por vomitar todo lo que tenía en el estómago

encima de alguno de esos desgraciados.

—Vamos, preciosa, tan solo es un trago —trataba de animar a Mel—, no tardas nada en beberlo.

—Claro que sí, rubita. ¿Qué problema hay en tomarse algo a lo que te están invitando? ¿No te enseñó tu madre que rechazar una invitación es de mala educación? —dijo el otro tipo con cara de perro en celo.

No me gustaba nada la manera en que nos miraban era como si pudieran ver a través de nuestra ropa y estuvieran relamiéndose con un festín que aún no habían saboreado. Me sentía sucia solo con la forma con la que me miraban. El vello se me ponía de punta a su lado. Teníamos que salir de allí cuanto antes.

—También me enseñó que no debía acercarme a desconocidos y tú estás más cerca de lo que me gustaría —comenté—. Haz el favor de alejarte, puedo verte hasta los poros —dije con todo el asco que pude mostrar. No pareció molestarle lo más mínimo, de hecho, sonrió con descaro.

—Me encantan las chicas difíciles, suelen ser las más salvajes en la cama —me dijo—, y sé que terminarás cabalgando un buen potro esta noche —añadió riendo y mirando a su compinche.

—¿Nosotras? Ah, no, para nada —dijo Melisa mientras me señalaba la puerta con los ojos—, nosotras somos muy religiosas y estamos esperando hasta el matrimonio.

—Uf, mejor aún, cariño, estarás más apretadita. —Se pasó la lengua por los sucios labios y se tocó la entrepierna—. Dios, cómo me has puesto. —El otro tipo no intervenía, pero parecía igual de excitado que el susodicho.

—Me temo, caballeros, que, hoy no vais a tener suerte. Para no haceros perder el tiempo, os informo de que no me interesa lo más mínimo lo que podáis esconder en la bragueta, si es que tenéis algo que esconder. —Cogí mi bolso, me lo colgué del brazo y empecé a caminar hacia la puerta con la mano de Melisa agarrada.

Era el momento perfecto para salir huyendo de aquel espantoso lugar, y para hacerlo corriendo, pues aquellos dos tipos no me daban buena espina. Debíamos llegar hasta donde estaban las chicas y olvidarnos de aquel horrible antro.

—De verdad, los tíos de este país no me están gustando nada —resopló mi amiga mientras me seguía y se cerraba la puerta tras ella.

—Bueno, querida, a ti no te gusta ningún tío —dije con gracia. Ella me fulminó con la mirada.

Proseguimos la marcha para encontrarnos con las demás. Ya había pasado media hora desde que habíamos entrado en ese tugurio y debían de estar

preocupadas por nosotras. Aligeramos el paso en dirección al Dead End, enganchadas la una al brazo de la otra.

Al poco de dar apenas unos pasos, pudimos escuchar perfectamente unas risas seguidas de las pisadas estrepitosas de unas botas con espuelas. Sin necesidad de girarnos, supimos con toda claridad que aquellos dos hombres repugnantes nos seguían.

El corazón comenzó a palpitarme con violencia. Un sudor frío me recorrió todo el cuerpo. Melisa temblaba bajo mi brazo, pero, aun así, no dejábamos de caminar, el instinto nos lo impedía, estaba segura de que estábamos en peligro. Anduvimos más deprisa, tratando de alejarnos del sonido de aquellas botas.

—Vamos a buscar un giro en alguna calle para despistarlos —le susurré a Mel.

Por desgracia, la calle me parecía desmesuradamente larga, lo que sería consecuencia del pánico que sentía. No tenía demasiado clara la distancia que habría hasta el bar donde estaban nuestras amigas, ya que no podía mirar el móvil sin detenerme, pues lo tenía guardado en el bolso y no nos podíamos permitir reducir el paso.

Tomamos la siguiente calle que encontramos a nuestra derecha con la esperanza de poder rezagarnos en un portal y darles esquinazo finalmente a los vaqueros. Cada vez podía sentirlos más y más cerca de nosotras. Tenía la sensación de que nos pisaban los talones.

Al girar nos quedamos heladas como dos conejitos en la carretera esperando a que una camioneta se abalanzara sobre ellos, paralizadas por completo sin poder hacer nada más que mirar al frente y esperar al terrible final. Estábamos en un callejón sin salida. Únicamente veíamos la salida de emergencia de un edificio y junto a ella un contenedor de basura. La iluminación brillaba precisamente por su ausencia.

—Ey, preciosas, ¿por qué os habéis ido tan rápido? —escuché a mi retaguardia—. Aún no hemos empezado a jugar. —Si el corazón no se me paró en ese momento, no podría haberlo dicho, porque la sensación que tuve fue exactamente esa.

Nos dimos la vuelta, completamente tías, como el mástil de un barco. Tras hacerlo, ahí estaban los dos vaqueros, con sus sombreros a juego, uno negro y otro marrón. Noté cómo los dedos de Melisa se aferraban a mi brazo con fuerza, amenazando con romperme el hueso y con una pregunta muda en los labios: ¿qué hacemos ahora?

En mi mente aparecieron millones de imágenes. Eso que se decía de que

veías tu vida pasar en cuestión de segundos no era más que una burda mentira. Lo que único que vi fue a mis padres, mi hermana y todo lo que en mi vida era importante. Era como si mi mente tratase de guardar una imagen de ellos para inmortalizarlos en mi memoria, como si de alguna forma el subconsciente quisiera despedirse, pues sabía que no los volvería a ver.

Las piernas me temblaban, dudaba que pudieran sostener mi peso durante más tiempo y si Melisa no estaba igual de asustada que yo, lo estaba aún más. La palidez de su cara, ya blanquita de por sí, dejaba claro que pronto entraría en *shock*. Por primera vez desde que los habíamos visto, el amigo del que siempre había hablado nos dirigió la palabra.

—Míralas, Connor, si parecen dos cervatillos asustados —aportó entre carcajadas, el otro se unió a sus risas malévolas.

Uno de ellos se quitó la gruesa chaqueta de cuero marrón y el otro comenzó a desabrocharse lentamente el cinturón, mientras se relamía y se acariciaba la entrepierna.

—No te atrevas a acercarte ni un paso más. Si me tocas, aunque sea un solo pelo, te arrancaré el miembro. —Me armé de valor para amenazarle, pero no surtió efecto, pues su reacción fue reírse más alto todavía.

—Pero ¿qué vas a hacer tú? —preguntó, irónico—. Si no eres más que una cría blandengue. Te hacen falta unos cuantos kilos más para poder ni siquiera plantearte el tumbarme. —Se acercaban lentamente, pero con decisión, a la vez que nosotras retrocedíamos como cobayas a punto de ser sacrificadas en el laboratorio. Sin darnos cuenta, íbamos directas a la pared del fondo del callejón —. Connor, yo me pido a la rebelde, me gusta que se me resistan. Así es más divertido.

—Muy bien, amigo, intenta que esa zorra no te deje demasiadas marcas —respondió el otro vaquero.

El tipo que respondía al nombre de Connor ya tenía los pantalones desabrochados, que con un solo tirón dejarían ver todo lo que escondía en su interior en todo su esplendor. De hecho, ya la cabeza de su asquerosa polla asomaba amenazante a través de él.

Comprobé cómo de los ojos de Melisa empezaron a brotar unas lágrimas y pude sentir que en los míos comenzaba a suceder lo mismo; más que por miedo, se debía a la impotencia que sentía en ese momento. Como si de una subida de tensión se tratase, dejé de ver lo que había mi alrededor, y una furia incontenible me recorrió el cuerpo. Me agaché y cogí del suelo una piedra y, acto seguido, se la lancé al miserable que se me estaba acercando.

—¡Corre, Melisa! —grité con todas mis fuerzas.

Pero mi amiga no se movió ni un centímetro, estaba completamente paralizada y no solo parecía que no le respondían las piernas, sino que, además, tampoco había sido capaz de escucharme. Por desgracia, el del sombrero negro, el amigo de Connor pareció tener buenos reflejos y esquivó la piedra, lo que solo hizo que se riera aún más.

En un abrir y cerrar de ojos, ya estaban a menos de medio metro de nosotras. Connor alargó el brazo y le acarició la cara a Melisa con los nudillos, sonriendo al ver como temblaba con cada una de sus atenciones.

Traté de alejarme un poco más del vaquero que se había acercado a mí, retrocediendo, pero él me agarró con fuerza de la tela de la cintura de mi pantalón nuevo y pegó el cuerpo al mío mientras me daba un tirón de pelo. Noté su paquete duro en la cara interna de mi muslo. Palpitante y caliente.

El dolor que sentí en las sienes por el tirón que me estaba dando fue muy intenso. Por el rabillo del ojo distinguí cómo mi amiga conseguía reaccionar por fin y le daba un empujón al tío, pero apenas se movió y la agarró con fuerza de las muñecas para evitar que volviera a intentarlo. Escuché salir de sus labios un quejido que expresaba tanto miedo como asco.

El que había parecido el amigo tímido aprovechó la manera en la que me tenía agarrada para darme la vuelta y apretarme de espaldas contra él; sin soltarme el pelo, sino agarrándolo con un poco más de fuerza incluso. Deslizó la mano que tenía apoyada en mi cintura hasta mi pecho.

Me aplastó con violencia la mejilla contra la pared sucia del callejón. Sabía que lo que vendría a continuación era algo inevitable; maldita la hora en la que quisimos aventurarnos a conocer otros lugares a solas. Si salía de ahí con vida, no volvería jamás a visitar sitios que no estuvieran recomendados en una guía de turismo, y muchísimo menos bares de vaqueros.

Noté cómo la boca húmeda y caliente del tipo me rozaba el cuello y me lamía con desfachatez, despacio, tomándose todo el tiempo del mundo para degustarme y dejando tras su paso la humedad de su lengua. Podía sentir como la bilis se me acumulaba en la garganta, las náuseas se habían apoderado de mí por completo.

Su mano, que agarraba sin ningún miramiento mi pecho, lo apretó y lo estrujó, produciéndome un daño terrible, haciéndome sentir la mujer más desgraciada del mundo. Me sentía humillada y ultrajada, además de impotente.

—Yo que tú, dejaba esa cosa donde esta —se escuchó la voz de un tercer hombre—. Y si fueras un tío listo te retirarías antes de que pudiera hacerte daño.

No lograba ver nada, las lágrimas me lo impedían, pero algo en aquella voz me tranquilizaba. Pude oír unos pasos estrepitosos aproximarse a nosotras, pero sin demasiada prisa, como si no hubiera ninguna urgencia en nuestra situación. ¿Sería ayuda? ¿O tal vez no y se trataba de otro que venía a unirse a la fiesta?

—¿Y nos vais a obligar tú y cuántos más? —le respondió Connor al tipo que no podía ver. Yo intenté darme la vuelta, pero el vaquero del sombrero negro me apretó violentamente contra la pared, imposibilitándomelo.

—Podría hacerlo yo solo y no tendría ningún problema —respondió con soberbia el desconocido—. Pero no te preocupes por eso, hoy voy acompañado. —Entonces noté cómo mi agresor me soltaba para enfrentarse a quienquiera que nos estuviese intentando defender.

—Ni se te ocurra moverte, zorra, o cuando vuelva a por ti será mucho peor —me susurró al oído antes de separarse del todo de mí. Y, por algún motivo, yo le obedecí, no quería que mi vida corriera peligro.

Apoyé las manos contra la pared y me fui dejando caer hasta acabar de rodillas en el suelo, sin saber muy bien lo que iba a suceder y dejando que las lágrimas rodaran a su antojo por mi rostro.

Desde donde estaba podía ver los zapatos de Melisa, la cual parecía haberse quedado de pie, de nuevo completamente inmóvil. A continuación, se escucharon golpes y ruidos diversos. Escuché como alguien o algo impactaba contra lo que supuse que sería el contenedor de basura, haciendo que las ruedas metálicas del mismo generasen un chirriante ruido.

Me llevé las manos a la cabeza tratando de no escuchar todo lo que sucedía a mí alrededor, la tensión de mi cuerpo era insostenible, sentía que en cualquier momento me desmayaría. Un gritito ahogado salió de la garganta de mi amiga cuando el tipo que estaba con ella la soltó.

—Ahora vas a ver, imbécil —escuché decir a Connor.

—¡Vaya, pero si el niño tiene un cuchillito! —se reía el desconocido— ¿Qué vas a hacer con eso? ¿Canapés? Prefiero un buen chuletón, gracias —se burlaba de él. Se oía cómo silbaba la hoja del cuchillo en el aire al moverse.

Por otro lado, siguieron escuchándose golpes. Parecía que, efectivamente, había más de una persona enfrentándose a los vaqueros. Algunos golpes sonaban como si simplemente impactaran al aire; otros, sin embargo, eran mucho más ruidosos y conseguían dar a su objetivo y, tras algunos quejidos, alguien cayó brutalmente al suelo. El volumen de la pelea descendió considerablemente con una persona menos, pero, en mi estado de tensión, apenas escuché cómo caía un segundo cuerpo.

Se oyeron por lo bajo las voces de quienes habían salido victoriosos y, una vez más, escuché pasos que se aproximaron a nosotras. Mi cuerpo reaccionó tensándose de nuevo sin cambiar de postura, nunca me había sentido tan rígida como en ese momento. Borrosamente, mis ojos vieron cómo un par de botas negras se acercaban a Melisa. Alguien la agarró y la movió con cuidado mientras ella parecía dejarse hacer.

—¿Puedes moverte? —le preguntó—. Voy a llevarla dentro. Le daré un vaso de agua o algo de beber a ver si... reacciona —habló una voz que me resultaba conocida, pero que en ese momento no pude distinguir.

Una figura grande y oscura se agachó a mi lado, demasiado cerca para mi gusto tras una situación así.

—¿Estás bien? —me preguntó—. Bueno, joder... ¿cómo vas a estar bien? Parezco idiota. —Me colocó la mano sobre el hombro. Me aparté automáticamente y despacio fui girando la cabeza para ver a la persona que me hablaba con esa voz dulce y suave.

Cuando vi al interlocutor, me quedé nuevamente paralizada, pero de una manera completamente diferente. Era él. Sin duda era él. Se trataba del mismo hombre con el que había soñado cuando estaba en el avión, ¿cómo era posible? Debía de ser un error, todo esto debía de ser producto de mi imaginación.

Su mirada verde, cálida como los mares de una playa caribeña, me examinaba con preocupación. Su mentón cuadrado parecía tenso, daba la impresión de que su piel estaba en guardia, como si no pudiera dejar atrás la pelea que acababa de suceder.

Con una ligera curvatura en sus cejas, notaba que esperaba que le dijese algo, la arruga que se le formaba en la frente me indicaba que estaba expectante. Tenía el pelo rubio, brillante como el oro, de punta, siendo más largo por la parte delantera. Era magnífico.

Mi primer impulso consistió en querer acariciarlo, pero me abstuve. En ese momento, supe que jamás volvería a ver a nadie de aquella manera en la que lo miraba a él, podría haberme llevado hasta el infierno y no habría opuesto resistencia alguna.

Intenté hablar, pero no lo logré. Él debió entenderlo, pues me tendió la mano para ponerme en pie y la acepté sin reparos. Era una mano firme y fuerte, que me sostenía y hacía casi todo el trabajo que deberían estar haciendo mis piernas. Los músculos de sus grandes bíceps se marcaron por el esfuerzo, aunque apenas le costó trabajo levantarme de la acera fría y maloliente.

—Ven, preciosa, te llevaré con tu amiga. Ya está todo bien, no volverán a

acercarse a vosotras. —Me hablaba despacio y con mucha suavidad. Si no fuera un desconocido, pensaría que me trataba con la mayor delicadeza y ternura que jamás hubiese visto.

Cuando estuvimos los dos de pie, me rodeó la espalda con un brazo y dejó que fuera yo quien empezara a andar, como si no quisiera presionarme, pero fue él quien marcó la dirección.

Nos acercamos a la salida de emergencia que habíamos visto al entrar al callejón sin salida y abrió la puerta. Giré la cabeza hacia la calle y observé aliviada a los dos vaqueros tirados en el asfalto. De no ser porque sabía que allí había habido una pelea, podría decirse que solo eran dos borrachos en el suelo.

El desconocido me miró, invitándome a entrar por la puerta y así lo hice. Estábamos en el Dead End. ¿De verdad estaba tan cerca? Un maldito giro equivocado y...

Capítulo 8

Junto a la música se oían unas risas que habría podido distinguir en cualquier lugar del mundo. En algún rincón del bar estaban mis amigas, pero el extraño de ojos verdes me llevó tras la barra y entramos en un cuarto al que se accedía desde ahí. Las paredes de la sala eran de color rojo oscuro y, aunque probablemente fuera una estancia de descanso o donde se cambiaban los camareros, estaba decorada de la misma manera que el resto del pub.

Melisa estaba sentada en un sillón de cuero negro, envuelta en una manta y con un vaso de agua entre las manos; estaba mirando a la nada, pero, conociéndola, sabía que ya estaba mucho más relajada.

Mi acompañante me dirigió hacia donde estaba ella y me senté a su lado, él se acuclilló frente nosotras y me miró después de echarle una ojeada preocupada también a Mel. Me agarró una mano y acarició su dorso con el pulgar antes de hablar.

—En seguida vuelvo, ¿vale? No tardaré ni un minuto —dijo—. Podéis quedaros aquí hasta que queráis. —La manera en la que me sonrió me inspiró una seguridad y tranquilidad increíbles que escapaban a mi entender.

Entró por una puerta negra que había al fondo de la habitación en la que se podían oír unas cuantas voces hablando sobre algo ininteligible. Desde la barra entró la persona a la que había oído hablar en el callejón, la misma que se había llevado a Melisa.

Era la mujer que había visto mi incidente con Stephan la noche anterior. Me sonrió en cuanto me vio, mostrando una dentadura magnífica y blanca como la nieve y sosteniendo un segundo vaso de agua en una de sus manos.

—¿Todas tus noches son así de moviditas? Menudo ritmo de vida llevas... — Se sentó en una mesita de madera adyacente al sofá y me tendió el vaso de tubo. Agradecida, lo cogí y bebí.

—Sí, tengo por norma dejar que se me acerquen los gilipollas... —contesté mordazmente—. Gracias por ayudarnos, no sé qué habría pasado si no llegáis a aparecer —agregué algo más conscientemente, intentando llevar a mi mente algo más de tranquilidad.

—No me las des... Quien se topase con una situación similar y no reaccionase, sería inhumano —dijo ella, riéndose por algún motivo que no comprendí. Antes de continuar hablando, su expresión cambió por completo; adiós a la sonrisa relajada. Le dedicó a Melisa una mirada examinadora—. Yo

tengo que marcharme, señoritas, pero os dejo en buenas manos.

Señaló con la cabeza a un tipo cuya presencia no había notado en ningún momento, pero estaba de pie al otro lado de la habitación, junto a la puerta por donde salió antes mi salvador, entre las sombras.

Era descomunal, ciertamente, e iba completamente vestido de negro. Llevaba gafas de sol, así que era imposible adivinar el color de sus ojos. No entendía por qué las llevaba dentro de un local, de noche, pero le daban un aire extremadamente serio a su semblante.

Su postura erguida, con las manos cruzadas en la parte delantera, dejaba entrever que podía tratarse de la persona encargada de la seguridad del local, o al menos eso quise pensar yo, pues si no resultaba serlo, me sentiría bastante nerviosa.

Apenas unos instantes después de que la misteriosa mujer se hubiera marchado, volvió a abrirse la puerta negra y entró por ella su compañero —aquel ángel caído del cielo— con una bandeja en las manos. Estaba repleta de... ¿dulces? Apenas pude distinguirlo, pues la bandeja se veía diminuta en sus manos. ¿De dónde habrían salido esos dulces tan apetitosos a esas horas?

Antes de volver a acercarse a nosotras, dirigió unas palabras que no pude escuchar al hombre de negro. Este asintió, pero no se movió ni un milímetro.

Después dejó la bandejita donde unos momentos atrás se había sentado la mujer y se posicionó a mi lado en el sofá, sin apoyarse en el respaldo e inclinado incluso hacia adelante, de manera que podía mirarnos a las dos. Me elevé dando un pequeño saltito cuando él se dejó caer sobre el sillón.

—He supuesto que un poco de azúcar os vendría bien tras..., bueno tras lo que habéis pasado. —Con la mirada nos pedía que comiéramos, así que, aunque sin ganas de hacerlo, las dos cogimos un pastelito y nos dispusimos a devorarlos inconscientemente, dejando atrás la timidez del principio—. Ya he encargado que se lleven a esos tipejos del callejón y nos hemos asegurado de que no se les pase por la mente la idea de volver a hacer algo así, nunca. —Su expresión pasó de la simpatía a la rudeza y viceversa.

—Gracias —le contesté una vez terminé de masticar y tragar y me aseguré de que no me quedaba resto alguno de comida entre los dientes—, por los pastelitos y lo de los tipos. Y por ayudarnos. No sé cómo podría recompensaros. Me siento tan estúpida...

—No digas eso, no podías saberlo. Además, no hay nada que recompensar. Me alegro de que no os pasara nada malo. Por cierto, mi nombre es Ryan —dijo, dejando ver una sonrisa incluso más magnífica que la de la mujer.

—Yo..., yo me llamo Nati. Tu novia y tú habéis estado increíbles ahí fuera ¿Qué sois, militares? —Quería averiguar quién era esa mujer que tan cerca estaba de él. Odiaba la idea de que fuera su pareja, pues un instinto egoísta se adueñó de mí al contemplar aquella posibilidad.

¡Qué ideas más absurdas estaba teniendo! Nueva York me estaba volviendo loca, yo no era así, y jamás había tenido ese tipo de conducta posesiva con nadie, ¿qué diablos me pasaba?

—¿Mi novia? —preguntó riendo—. Que no te oiga ella decirlo, por favor. —Se rio como si le hubiera contado el chiste más divertido del mundo—. Y tenemos prohibido hablar de nuestro trabajo, es secreto de Estado —continuó bromeando, pero juraría que había algo oculto en sus palabras.

—Nati, quizá debería salir y decirle algo a las chicas, nos separamos de ellas hace horas...

Sabía que Melisa en el fondo lo que quería era dejarme a solas con él, no porque quisiera que me desmelenara, sino porque la conversación estaba siendo bastante bidireccional y se solía sentir incómoda en ese tipo de situaciones.

—No, no, es más importante asegurarse de que estéis bien del todo —respondió Ryan sin darme tiempo a mí a decir nada—. Ya os he dicho que podéis quedaros aquí todo el tiempo que haga falta. Nadie os molestará. Os lo prometo,

—Me encuentro mucho mejor, de verdad —insistió ella, levantándose—. Me quedaría mucho más tranquila si hablase con mis amigas. No voy a contarles lo que ha pasado, prefiero no fastidiarles el viaje de esta forma...

—Esta noche os llevaremos a dondequiera que os estéis quedando, no vamos a correr más riesgos.

—Bueno, ya veremos... —Mi mejor amiga me miró al hablar y entendí que no se iba a quedar más tiempo con nosotros.

Se despidió con la mano y se encaminó hacia la zona comercial del bar. Traté de seguirla poniéndome en pie, no quería que estuviera sola ni un segundo después de lo que habíamos pasado, pero mis piernas tomaron la decisión de flaquear y me tambaleé. Ryan me agarró enseguida y volvió a sentarme en el sofá.

—Creo que tú deberías descansar un poco más. ¿Quieres algo de beber? —Se levantó ágilmente, aunque yo no le hubiese respondido aún, y cogió el vaso del que había bebido—. ¿Algo más de agua? —Podía ver la preocupación en sus ojos.

Me limité a asentir, ya que el haberme levantado y sentado tan deprisa me había dejado más mareada de lo que esperaba, y él se fue al bar a traerme otro

vaso. Miré a mi alrededor, el gorila de la puerta seguía ahí, silencioso, podías olvidarte rápidamente de su presencia e incluso podría decirse que casi ni respiraba.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté intentando distraerme. Él miró en mi dirección, pero no articuló palabra alguna—. ¿Hola? Sé que me has escuchado. —Ryan acababa de volver con el vaso de agua, debió de ver en mi cara que esperaba algún tipo de respuesta de aquel hombre, pues miró hacia él y sonrió.

—No se lo tengas en cuenta, solo hace su trabajo. Una vez lo conoces, es un buen tío. —El segundo vaso de agua me lo bebí más despacio que el anterior, sintiéndome observada por mi salvador todo el tiempo—. Bueno, ¿y qué hacéis por aquí? ¿Cómo acabasteis metidas en semejante lío? —me preguntó con una mirada inquisidora—. Ayer no parecías de las que se aventuran a entrar en lugares peligrosos.

—¿Nos viste ayer? —quise saber extrañada.

—Digamos que tus amigas no son precisamente silenciosas cuando se lo están pasando bien —replicó con una amplísima sonrisa que estuvo a punto de dejarme boquiabierta, pero recuperé la compostura, aunque no sin dificultad—. Eso sí, contagian el entusiasmo. Lo que no entiendo es por qué están otra vez con esos imbéciles. Una sola noche de estupidez debería ser suficiente. Con el amiguito de Ash.

—¿Quién es Ash?

—La mujer que creías que era mi novia, nada más lejos de la realidad. No soy precisamente su tipo. —Era un comentario digno de un hombre resentido, pero su tono dejaba ver que hablaba de ella como quién habla de un hermano—. De todos modos, no has contestado mi pregunta.

—¿Qué pregunta? —Sus ojos me distraían de cualquier cosa, eran cristalinos, como esmeraldas, eran los ojos más hermosos que había visto en mi vida.

—No sois de aquí. Aunque habláis un inglés muy bueno, noto el rastro de un acento extranjero, así que quería saber qué os ha traído a esta caótica ciudad —dijo con notable curiosidad en la voz. Yo me tuve que aclarar la garganta, que, a pesar del vaso de agua, se me había quedado seca.

—No, somos españolas, de las Islas Canarias —le dije intentando recordar por qué estábamos allí, con todo lo que había pasado esa noche ya no sabía ni siquiera dónde estaba—. Hemos venido en un viaje de amigas, no hay mucho más. Siempre habíamos querido visitar Nueva York, así que ahorramos y..., aquí nos tienes. —Aún arrastraba las palabras, como si me costara trabajo hablar. Le estaba contestando con la cabeza en otro lado.

—Vaya, venís de muy lejos. ¿Cuánto tiempo os quedáis? —Tardé un par de segundos en pensar la respuesta, segundos que él dedicó a examinarme el rostro—. ¿Te encuentras bien? ¿Quieres irte?

—No, solo sigo algo... conmocionada. Estaremos aquí tres semanas. A pesar de todo lo que nos ha pasado, me encanta esta ciudad. Sé que tengo que sonar como una loca después de lo de hoy, pero..., no me importaría quedarme aquí. —La sonrisa que mostró a continuación era muy similar a la de un niño que recibe su juguete favorito en navidad—. ¿Tú eres neoyorquino?

—Nacido y crecido en Brooklyn, al otro lado del puente y donde se cuecen las cosas más interesantes de toda la ciudad —dijo, probablemente bromeando de nuevo. Por lo que yo sabía, todo el mundo que vivía en Manhattan criticaba Brooklyn por ser el área más insulsa de la ciudad.

—Me encantaría conocer ese distrito tan peculiar —dije. Me miró sonriente.

—Yo puedo enseñártelo, si me dejas.

De pronto, subió por mi cuerpo un calor impropio de la época en la que nos encontrábamos. Su mirada era penetrante, intensa, apenas parpadeaba mientras me miraba. Notaba cómo mi corazón palpitaba descontrolado, amenazando con salirse del pecho, no había otro sonido más que el de mis latidos.

Aprecié cómo sus músculos se tensaban, mostrando toda su firmeza. Sus pectorales, a través de la camiseta, se veían duros y rígidos, poderosos, deseaba acariciar ese torso. En cuestión de un segundo, pude imaginarme tumbada bajo todo ese cuerpo esplendoroso. Fue entonces cuando supe que podría perderme eternamente en el centro de su pecho y morir en su abdomen, entonces, moriría feliz Y, como si el pensamiento hubiera salido de mi cabeza, él apartó de golpe la mirada y se alejó de mí.

—¿Estás bien? —pregunté mientras, preocupada, le puse la mano sobre el hombro, lo que le cortó la respiración del todo—. ¿Ocurre algo?

—No, tranquila, todo está bien —respondió recuperando la compostura y dejándome más confusa aún de lo que ya estaba cuando me volvió a mirar.

—Eh... Vale... Esto, yo..., supongo —balbuceé.

—Voy a buscar un momento a Ash, vuelvo en un segundo. —En ese momento percibí por su parte un rechazo que me hizo sentir muy incómoda. Estaba claro que toda la atracción procedía únicamente de mi persona. Qué tonta había sido al pensar que por salvarme debía de existir algo más entre nosotros.

Desde que salió por la puerta, me dejé vencer por mis pensamientos un instante. Todo el agotamiento de lo sucedido me impactó de golpe, me sentía aturdida, perdida, pero ninguno de esas sensaciones se podía comparar con la

que mejor percibía: me sentía humillada y como una auténtica mierda.

Era lógico, un hombre de semejante atractivo podía estar con quien quisiera, ¿por qué iba a fijarse en mí? Yo no era gran cosa a su lado. No era una mujer impactante ni que tuviera algo que realmente destacara, pero tampoco iba a quedarme para sentirme así de miserable. Me levanté y fui en busca de mis amigas, me iría de allí lo más rápidamente posible y lo más digna que pudiera.

Mientras salía de la salita y de detrás de la barra, la sensación de incomodidad se acrecentó, ya que el gorila había abandonado la habitación junto conmigo como si fuera la persona más conflictiva de todo el local y necesitara supervisión. Tal y como me sentía en ese momento, bien podría serlo.

Pasé de la incertidumbre a la pena y de la pena a la ira. Pero la imagen que vieron mis ojos nada más llegar al centro del bar no tenía precio, disipó todo mal humor que pudiera tener pues, me había impactado tanto que incluso tuve que abrir la boca sorprendida.

En algún momento desde que habíamos entrado Melisa y yo, Emma y Lara habían decidido que esa noche no habría espectáculo de acrobacias aéreas que las eclipsase a ellas como bailarinas exóticas.

Estaban alrededor de las cintas, moviéndose como si trataran de bailar la danza del vientre. Lara se agarraba a las telas y enredaba en ellas tanto piernas como brazos. Presentía que eso no podía llegar a buen puerto, era milagroso que no se hubiera caído ya.

Llegué a las camas donde estaba el resto de las chicas con Matt, Hugh y los otros chicos que habíamos conocido la noche anterior. Stephan sonreía con exagerada intensidad a Raquel mientras hablaba, pero su expresión cambió radicalmente cuando giró la cabeza y me vio.

Su reacción conseguía que me sintiera algo más reconfortada, al menos por esa noche no tendría que enfrentarme a otro capullo. Busqué con la mirada a Mel, que ya había recuperado por completo su color habitual, y me dirigí hacia donde se encontraba para sentarme a su lado, necesitaba tenerla cerca.

—Mel, no sé tú, pero yo quiero irme al apartamento... Necesito olvidar un poco esta noche —le susurré.

—Por favor, sí. Yo solo estoy intentando aguantar por no fastidiar a las demás. —Aunque sí había recuperado el rubor en las mejillas, se le notaba cansada y, en parte, agradecí no ser yo la única que quería marcharse.

—¿Cómo lo hacemos? No quiero contarles nada, les fastidiaría la fiesta y, sobre todo, no dejaría que me olvidara del asunto. Tendremos que inventarnos algo y tú eres más original que yo dando excusas. —Me miró como si estuviera

reprendiendo a su gato, cosa que no me sorprendió lo más mínimo, solía hacerlo cuando le decía alguna verdad que no le gustaba.

—¡Nati! ¡Por fin has llegado también! —me dijo Emma con una sonrisa de oreja a oreja. A juzgar por cómo se contoneaba, diría que no podía dejar de moverse, ya que había venido hacia mí sin dejar de bailar—. ¿Te echaste colorete? ¿Qué tienes en la cara? ¿Nati, es un golpe? —Sus párpados se fueron cerrando cada vez más, dejando ver únicamente una ranura entre ellos al forzar la vista.

—Ah, sí, ya sabes que soy súper torpe. Decidí que la puerta del baño era un ligue apropiado para mí. —A continuación, Melisa intervino sin darle tiempo a nuestra amiga para insistir con sus preguntas.

—Emma, la verdad es que me encuentro fatal, no creo que lo que me dieran en el bar en el que les dije que paramos fuera lo que decía la etiqueta de la botella... —Su rostro, que antes parecía recuperado, mostraba ahora signos crecientes de enfermedad. Había conseguido ponerse hasta verde, nunca entendí cómo mi amiga no se ganaba la vida como actriz—. Le he pedido a Natalia que me acompañe al apartamento, ¿vale? Ustedes quédense aquí sin problema... — Su voz era cada vez más débil y denotaba comienzos de náuseas.

—Sí, claro... Yo se lo digo a las chicas, no pasa nada. —La preocupación de Emma había cambiado de objetivo, ahora examinaba a Mel de arriba abajo—. Nati, cuídala, aunque sé que no hace falta que te lo diga.

Agarré a mi amiga por los hombros, como si no pudiera caminar sola, y la acompañé por toda la sala dispuesta a salir del Dead End. Cuando ya nos encontrábamos casi en la puerta de salida, pude decirle:

—Sigo sin creerte que, con lo bien que se te da mentir, seas tan santurrona.

Giramos una última vez las cabezas para asegurarnos de que nuestras amigas se quedaban bien donde estaban. No me gustaba la idea de dejarlas con Stephan por ahí, pero confiaba en que Hugh no le permitiría hacer nada estúpido. Todas seguían donde las habíamos dejado y Emma se había sentado con el resto.

Antes de empujar la puerta, examiné una última vez el local en busca de Ryan, no quería cruzarme con él antes de salir. Sin embargo, dondequiera que hubiese ido a buscar a Ash no parecía ser la sala principal, porque no había ni rastro de ellos por ningún lado.

Buscándole, pude ver cómo el de seguridad no le quitaba los ojos de encima a Lara. Bueno, lo intuí, pues solo podía imaginarme en qué dirección miraba con esas gafas tan oscuras que llevaba.

El bar legal que había encubriendo el Dead End no estaba ni la mitad de

llo, así que enseguida nos encontramos en la calle de nuevo, justo cuando a lo lejos vimos doblar la esquina a un taxi.

—¡Taxi! —gritó Melisa levantando el brazo. Sin rastro del malestar que había fingido medio minuto antes, se veía vigorosa y muy saludable.

El vehículo amarillo se detuvo a nuestra altura y dimos las buenas noches al conductor, que había bajado la ventanilla. Abrí la puerta trasera del coche, pero, justo antes de poder intentar poner un pie en él, una gran mano guiada por un brazo trajeado la cerró con suavidad.

—Disculpa, señor, pero por lo pronto no vamos a necesitar tus servicios, las señoritas cuentan con transporte privado. —Nos sorprendió una voz penetrante y grave, muy sensual, pero totalmente diferente a aquella que me había tenido cautivada un rato antes—. Ryan dejó muy claro que nosotros nos encargáramos de llevaros a vuestro alojamiento y así será. Es más, también seré el chófer de vuestras amigas cuando decidan marcharse.

La voz del gorila era profunda, con un acento muy marcado y, ahora que lo teníamos tan cerca, pude notar que era de piel morena. Dentro del local apenas había podido diferenciarlo. El largo de su pelo negro azabache hacía pensar que, por alguna razón, se había saltado la última cita de la peluquería y le daba un aire desenfadado que no iba muy acorde con la vestimenta de seguridad que llevaba. Le sentaba bien. Algo en él hizo que me rindiese y no protestase ante la idea. Tenía claro que no íbamos a ganar un enfrentamiento contra un tipo como aquel, quizás otro día, siendo optimistas.

Al mirar un poco más atrás, pude ver cómo Ash estaba apoyada en la pared, con una pierna manteniendo su peso en ella y fumándose un cigarrillo de liar, observando la escena.

—El coche está al otro lado de la calle —nos dijo el hombre del cual no sabíamos nada al mismo tiempo que avanzaba a zancadas en esa dirección.

Miré en todas las direcciones, no había rastro de Ryan. Ni siquiera se iba a molestar en venir con nosotras como había dicho que haría, o al menos a despedirse. En cambio mandaba a su gorila y a esa... matona en su lugar. No había tenido el valor suficiente ni de salir. ¿Tan terrible le pareció cómo le miraba? ¿Tan espantoso era?

—¿Puedes decirme esta vez cómo te llamas? No me gustaría montarme en un coche con un completo desconocido —le dije con el mentón lo suficientemente alzado como para poder mirarle a la cara.

Era tremendamente alto, más incluso que Hugh o que Ryan. Antes de contestar, abrió la puerta trasera de un todoterreno fuera de lo normal. Por

supuesto, también negro, e inclusive los cristales, que estaban tintados.

—Podéis subir, la dirección ya me la iréis dando por el camino, no deberíamos tardar demasiado —dijo sin más, con la puerta abierta y a la espera de que obedeciéramos.

—No pienso entrar en el coche si no me dices cómo te llamas —insistí. Apenas pude ver que se formara ningún tipo de expresión en su rostro, pero sí noté cómo dejaba caer los hombros ligeramente, como cuando uno se deja vencer.

—Me llamo Tarek.

—¿Tan difícil era?

—¿Nos podemos ir ya? Necesito meterme de una vez por todas en la ducha —protestó Melisa ante el tira y afloja que había comenzado, subiéndose en el asiento trasero.

—Al menos una de las dos tiene sentido común —murmuró Tarek mientras subía en el asiento del conductor.

Capítulo 9

No sabía cuánto tiempo había pasado bajo el agua de la ducha cuando por fin conseguí reunir las fuerzas para salir de ella, pero el baño estaba completamente envuelto en vapor y solo había decidido cerrar el grifo porque no quedaba agua caliente. Si hubiera sido por mí, me habría pasado ahí un año entero, aún me sentía llena de porquería.

Tenía la piel enrojecida y me escocía, no había querido dejar ni un solo centímetro de mi cuerpo sin limpiar. Aún podía oler el aroma de ese sucio vaquero sobre mí y me producía arcadas tan solo recordarlo.

Me miré al espejo, borroso por el vapor de la ducha, y lo despejé con la mano sin ningún cuidado. Tenía la mejilla cada vez más hinchada por el golpe de la pared que me había ocasionado aquel despojo de la humanidad. Al día siguiente posiblemente la tendría morada.

Me puse el pijama sin ninguna prisa. A pesar de lo agotada que estaba, no podría dormirme aún, no sintiéndome sucia. Al salir del baño, Melisa dormía con el ceño fruncido y hecha un ovillo en el sofá. El agotamiento parecía haber hecho estragos en ella, así que cogí una manta y la tapé con cuidado para no despertarla.

Al despertarme yo al día siguiente estaba sola en la habitación. Podía escuchar cierto bullicio a lo lejos, así que supuse que unas cuantas de las chicas ya se habrían levantado. Me extrañaba muchísimo, pero comprendí que había acabado agotada como la que más la noche anterior.

Alargué la mano hacia la mesilla de noche para revisar la hora en mi teléfono móvil. Eran pasadas las tres de la tarde y vi en la pantalla un mensaje de texto en inglés de un número desconocido. Lo leería más tarde, en ese momento no tenía ganas ni siquiera de levantarme de la cama, el cuerpo me pesaba tanto como si tuviera mil kilos encima. El cachete me dolía, mis sospechas de la noche anterior estaban bien fundadas, tendría un moratón curioso.

Me desperecé y salí de la cama en busca de mi maletín de maquillaje, menos mal que había traído toda clase de ungüentos. Traté con bastante éxito de disimular el morado de la mejilla, pero la hinchazón no había forma de esconderla. Estaba pálida, así que me puse un poco de polvos bronceadores por el rostro y me maquillé ligeramente. Así, al menos, parecería tener un aspecto más saludable.

Me enfundé unos vaqueros ajustados sobre unos calcetines de lana y un

jersey de punto sobre la camiseta del pijama. Al abrir la puerta de la habitación, el volumen del ruido aumentó considerablemente y me sorprendí aún más al comprobar que todas las chicas estaban ya en pie y en el salón. Era la primera vez que yo era la última.

La cafetera aún tenía café, así que me serví una taza y lo recalenté para después sentarme en el área para ver la televisión con el resto, aún algo zumbada por el sueño.

El aparato estaba encendido, aunque nadie le estuviera prestando especial atención y alguien había puesto un canal de noticias veinticuatro horas. Lara le estaba contando a Melisa cómo las había traído al apartamento en coche al cerrar el pub uno de los hombres de seguridad de lo más cautivador, aunque, ciertamente, poco hablador. Le escuché decir que las acompañó hasta la puerta y que, además, tenía unos ojos preciosos. Así que supe que con ella se había quitado las gafas.

«Han sido arrestados esta pasada noche dos peligrosos individuos por tráfico de estupefacientes alrededor de la una de la madrugada. Fueron hallados en las mediaciones de la Avenida Madison y se les acusa, no solo de intento de atentar contra la salud pública, sino también por antecedentes de agresión sexual y maltrato, cuentan con un largo historial delictivo».

De pronto, la conversación de Lara dejó de tener importancia para mí. Las noticias captaron totalmente mi atención.

«Brian Connor y Alexander Taylor se enfrentan a una condena de veinte años sin posibilidad de libertad condicional debido a su reincidencia. Los acusados afirman no tener nada que ver con los diez y siete kilos de heroína encontrados en sus respectivos domicilios. En cambio, no hacen alusión a sus antecedentes. Su abogado se niega a hacer declaraciones a los medios de comunicación. También se han sucedido en Maryland un sinfín de secuestros. Se dice que Andrew...».

Las noticias continuaron emitiéndose cuando pensé: ¿Diecisiete kilos de heroína? Si a eso era a lo que se había referido Ryan cuando nos dijo que se había encargado de ellos... Me hacía pensar que era un tipo al que había que temer. ¿De dónde habría sacado él, o quienquiera que le hubiese ayudado, semejante cantidad de droga? ¿Era traficante? ¿Proveedor?

Todas las preguntas que se formaron en mi cabeza hicieron que me planteara si podía fiarme de ese hombre, a pesar de que nos hubiese salvado de los tipos que habían sido detenidos y de que me pareciera condenadamente atractivo. ¿Con qué clase de gente nos estábamos mezclando? Bueno, aunque... nada nos

decía que nos fuéramos a volver a mezclar o que simplemente volviera a verlo. Por favor, que me había sentido irremediabilmente atraída por él...

Vi el mando a distancia del televisor y la apagué rápidamente, antes de que Melisa se fijase en la última noticia, no quería que supiera con qué clase de hombre me había dejado a solas.

—¿Hola? ¿Me estás haciendo caso, Nati? Te he preguntado qué por qué tienes el pómulo inflamado. Parece ocasionado por una contusión. ¿Te diste algún golpe? —Lara parecía haberse olvidado de su embriagador guardaespaldas al fijarse en mí.

—Esto... Sí. Ya sabes que soy muy patosa.

—Jolín, amiga, pasas de darte en los tobillos a casi partirte la cara tú sola. Tienes que tener más cuidado, Nati, cualquier día nos das un susto.

Melisa estiró la mano. Dispuesta a coger mi taza de café para llevarla a la cocina, más concretamente al fregadero. Le ponía nerviosa ver las cosas tiradas cuando, de pronto, Lara le agarró el brazo frenándola en seco.

—¿Qué demonios es esto? —La médica me miró claramente enfadada. Había descubierto que mentía, Mel tenía morados en la muñeca—. ¿Me van a contar qué ha pasado realmente o voy a tener que sacárselo a punta de pistola?

Melisa me miró suplicante, ninguna de las dos queríamos pasar por aquello, ya resultaba bastante humillante para nosotras haberlo experimentado como para encima tener que revivirlo al contarlo. La pregunta acusadora que había hecho Lara captó la atención del resto. Todas nos miraban expectantes, a la espera de una verdad arrebatadora.

—¿Lo que les ha pasado tiene que ver con que anoche nos trajeran en coche? —preguntó Marta, claramente preocupada—. Yo creía que era porque nos veían como Vips...

—Sigo esperando una respuesta —insistió Lara con expresión cada vez más ruda—. Está claro que algo les pasó, porque Melisa tiene marcas de una mano bastante grande. Puedo sacar yo mis propias conclusiones, pero quiero que ustedes dos me cuenten la verdad y que lo hagan ahora mismo.

—Anoche nos asaltaron, ¿vale? —contestó Melisa con brusquedad

Mi mejor amiga relató de la manera más breve posible y sin dar demasiados detalles lo que había sucedido la noche anterior; cómo habíamos entrado en un local que nos había llamado la atención y que, por esa falta de criterio, dos tipos nos habían seguido hasta un callejón. Se ahorró las partes más morbosas del suceso y fue directamente al momento en el que Ryan y aquella mujer habían aparecido para quitarnos a los vaqueros de encima.

—No es necesario ir a poner ninguna denuncia —intervine antes de dar tiempo a las demás a hablar—. Ya los han arrestado.

—Espera, ¿no serán los tipos que acaban de salir por las noticias? —dijo Emma, que al parecer sí estaba prestando atención a la televisión.

—Perdona, ¿qué? —preguntó Mel.

—Sí, Mel, han salido por el telediario ahora mismo. Quería evitar que lo vieras y apagué la televisión. Han sido arrestados, los cogieron a medianoche —le informé.

—Bueno, que hayan salido en la televisión no cambia nada. De hecho, me alegro de que los hayan detenido, merecen que les pase lo peor.

A regañadientes y tras algún que otro espantón por mi parte y la de Melisa, nuestras amigas dejaron el tema y el ambiente volvió a ser casi tan distendido como lo había sido cuando las encontré a todas charlando y desayunando. Sin embargo, había algo que no conseguía sacarme de la cabeza.

—Los pillaron con diecisiete kilos de heroína —le susurré a Melisa, procurando que las demás no se enteraran de nuestra conversación.

—Vaya. —Me miró con cara de sospecha, había llegado a las mismas conclusiones que yo—. Pues que hubieran tenido más cuidado. Bueno, que da igual. Esto no ha sucedido nunca, es un hecho que se ha borrado ya de nuestras vidas y de nuestro viaje.

Se notaba que a ella le importaba menos que a mí que hubiesen manipulado la situación de tal manera para conseguir el arresto de los tipos. ¿Tendría yo demasiados prejuicios?

Al echarle un vistazo a la pantalla de mi teléfono móvil por inercia, recordé que tenía un mensaje de un número desconocido, así que lo abrí y lo leí.

«Siento no haberte podido llevar anoche personalmente, preciosa, tuve un asunto que atender y cuando regresé a la habitación tú ya te habías ido. Me habría gustado estar contigo un rato más. Espero verte pronto. Ryan».

Dios mío, ¿cómo había conseguido mi número? Y, aun así, ¿cómo que le habría gustado pasar más tiempo conmigo si fue él el que salió despavorido cuando le rocé el hombro? De verdad, los hombres estadounidenses no me estaban causando para nada una buena impresión.

No iba a responderle, tampoco había nada que decir. Guardé el móvil y fui en busca de algo que me saciara el estómago.

Mientras me preparaba unas tostadas, me fue invadiendo una rabia desconocida. ¿Cómo se atrevía a mandarme un mensaje? Debería dejarme en paz, había dejado claro con su actitud que no le atraía en absoluto.

—Oye, ¿qué tal es el rubio ese? Se llamaba Ryan ¿no? —me preguntó Melisa, sorprendiéndome al sentarse en uno de los taburetes de la barra americana—. Es muy, muy guapo.

—No quiero hablar de eso —dije sin más, tajantemente.

—Pues con un tipo así, no me importaría a mí sellar mi parte del pacto —contraatacó, fingiendo hablar con un tono de total inocencia.

—Quizá sea guapo, pero no quiero saber nada más de él. Por mí como si se quiere liar con la Duquesa de Alba. —Me enfurecía que, por un lado, Mel estuviera jugando a ese juego y, por otro, saber que debía reconocer que ese maldito yanqui estaba consiguiendo volverme loca—. Además, no te veo capaz. ¿O sí, Mel? —La reté, sabiendo que mi amiga no haría tal cosa.

—No sé qué habrá pasado para que reacciones así, pero deberías saber que cuando yo estaba presente, te comía con los ojos —insistió ella.

—Tendría conjuntivitis y no te diste cuenta —repuse. Ella me dio una torta en el brazo.

—Te conozco y he salido contigo mil veces, sé cómo te miran los tíos. Ahí había algo —dijo carraspeando—. Y, ahora, me voy al baño. *Ciao, ciao*

—¡Maldita sea! ¡Siempre haces lo mismo, me dejas con la palabra en la boca! —le grité mientras se alejaba.

Después de desayunar a las cuatro de la tarde, decidí aislarme de las chicas e ir a pasear por mi cuenta. Los acontecimientos del callejón no hacían más que rondarme la cabeza y tenía los músculos agarrotados de la tensión a la que habían sido sometidos. Necesitaba estirar las piernas, así que, bien abrigada, me escabullí del apartamento por la escalera de emergencia y puse rumbo al famoso Central Park.

A lo largo de mi camino me había encontrado con calles mucho más tranquilas que las del ajetreado mundo de las avenidas comerciales y, cuando finalmente llegué al parque, comprendí sin tener que pensarlo dos veces por qué lo apodaban el pulmón de Nueva York. Era magnífico, refrescante. Un pequeño oasis entre bloques de cemento y rascacielos.

Caminé y caminé entre los árboles sin un rumbo fijo. Mis pensamientos estaban completamente alterados, saltaban desde lo más espantoso de la noche hasta el momento en que vi que Ryan apartaba la vista de mí casi con asco. ¡Ni siquiera había intentado disimularlo! Quizás estuviera a punto de ser ingresada en un manicomio, pero me había dolido mucho más no ser deseada por él que ser deseada por un miserable minutos antes.

A medida que seguía mi paseo por los diferentes caminos del parque, había ido percibiendo cómo la cantidad de viandantes se iba reduciendo con la creciente oscuridad de la noche. Ya no quedaban apenas niños y predominaban aquellas personas que iban haciendo ejercicio en torno a las distintas lagunas.

De pronto me sonó el móvil, era un mensaje del chat de grupo que tenía con las chicas. Suponía que Mel o cualquiera de ellas ya se habría percatado de mi ausencia.

«¡¿Dónde diablos estás, Nati?! ¡¿Quieres matarme de un infarto?!».

El mensaje era de Mel, y debía de estar muy furiosa conmigo en ese mismo momento, ella apenas utilizaba aquel chat.

«Estoy en Central Park, necesitaba aclarar las ideas».

Respondí rápidamente para ahorrarles cualquier preocupación, pero no lo volvería a hacer si había más mensajes. Giré bruscamente hacia mi izquierda para continuar el paseo cuando, sin darme tiempo a ver nada o tan siquiera a reaccionar, algo impactó sobre mi hombro con tal fuerza que me tiró de forma aparatosa sobre el camino de tierra. Algunos de los paseantes se giraron para observar lo que había pasado.

—¡Mierda! ¿Estás bien? —me dijo una voz desde mi retaguardia—. Lo siento, no estaba atento. Deja que te ayude.

Ante mis ojos apareció un chico de cara muy jovial, tanto que le hacía parecer la persona más alegre de la ciudad como mínimo. Lo cierto era que me parecía bastante guapo. Llevaba ropa deportiva, así que probablemente se tratara de un corredor nocturno más. Me tendió la mano y me ayudó a incorporarme. Un millar de notificaciones bombardearon mi móvil, las ignoré.

—¿Estás bien? De verdad que lo siento, no suelo ser tan despistado cuando salgo a correr. —Me miraba con preocupación, como si intentara hacerme un examen médico para el que no estaba capacitado.

—Sí, sí, tranquilo, no ha sido nada. —Me sacudí con las manos el abrigo, por si se hubiera manchado o tuviese alguna hoja pegada—. Podría pasarle a cualquiera, no te preocupes.

—Uf, qué alivio, no me habría gustado que me impusieras una demanda. —Sonrió de oreja a oreja ante su propia broma, así que yo no pude evitar devolverle la sonrisa. Parecía un chico muy dulce, con el pelo castaño claro tan revuelto—. ¿Puedo invitarte a algo? Por el disgusto, no es una cita ni nada de eso. —Volvió a sonreír, tenía una sonrisa de lo más contagiosa.

—Vale. De acuerdo, pero no es una cita —le imité—, es solamente para no tener que demandarte. —Le devolví la misma sonrisa burlona que él me había

regalado tan solo unos instantes atrás.

—Perfecto, hay una cafetería por aquí cerca, y, por cierto, mi nombre es Robert. —Mientras le seguía, informé a Mel hacia el lugar que me dirigía.

—Yo soy Nati.

—¿Nati? ¿De dónde viene ese nombre?

—Viene de Natalia, es su diminutivo. Es español.

—Vaya, es la primera vez que lo oigo. —Parecía reflexivo—. A mí suelen llamarme Bobby, dicen que Robert es demasiado serio para un chico como yo. ¿Eres mexicana?

—Noooo, española, de España. —Le aclaré—. ¿Y qué clase de chico es ese?

—Pues no lo sé. Solo soy un tío de un pequeño pueblo de Nueva Jersey que, tras mucho esfuerzo y con el sacrificio de unos padres increíbles, consiguió entrar en Columbia —respondió poniendo expresiones dramáticas mientras contaba su historia.

—Me gustan los hombres así, que se labren su futuro —le respondí premiando su actitud.

Sin darnos cuenta, habíamos llegado a la cafetería, nos dirigimos a una mesa y nos sentamos.

—Vaya, pues me alegro.

—Pero no es una cita. —Cada vez me iba sintiendo más coqueta y más cómoda, sin saber muy bien por qué.

—No, no, por supuesto que no —dijo al mismo tiempo que se reía—. Voy a ir a pedir algo de bebida, ¿me dejas sorprenderte?

—Claro, ¿por qué no?

Bobby se levantó y se encaminó hacia la barra de la cafetería. Yo esperaba sentada cuando sentí que algo me golpeaba con fuerza la nuca. Me giré para ver de dónde procedía, Melisa se encontraba detrás de mí con una mueca de enfado que le desfiguraba el rostro.

Capítulo 10

Cómo te atreves a irte sin decir nada?! ¡¿Qué eres, una niñata — ¡¿irresponsable?! —me decía a voz en grito.

—Necesitaba pensar.

—¿Pensar? ¡Nati, de verdad que me sacas de quicio! Es de noche y después de... —Volteó la cara dolorosamente al recordar lo que habíamos vivido—. No quiero que te vuelvas a ir por ahí tu sola, nunca más.

—Hola —dijo Bobby, que había regresado con dos bebidas enormes, parecían... ¿batidos?

—Pues, como podrás comprobar, no estoy sola —informé a Melisa. La cara del desconcertado Bobby dejaba ver que no entendía nada de la conversación que mi amiga y yo estábamos teniendo, pues, sin que yo me hubiera dado cuenta, nos habíamos puesto a hablar en español.

—Claro, porque precisamente ahora me voy a fiar de cualquier desconocido, ¿verdad? —Su tono de voz no había cambiado, se mantenía en uno neutro, pero me permitía percibir que estaba cada vez más enfadada—. Eres una irresponsable y una confiada.

—Precisamente *tú* deberías entender que quiera estar sola, me agobiaba en el apartamento. —Su actitud me enfurecía cada vez más—. No entiendo por qué tanto drama, al final te dije dónde estaba.

—La cuestión no es el sitio, es la gente —espetó—. Ayer sabíamos perfectamente dónde estábamos, lo que no sabíamos era con quién.

—Creo que me voy a ir a pedir otra bebida, volveré cuando acabéis. No quiero molestar, parece muy enfadada —dijo el pobre Bobby al ver a Melisa.

—Tengo motivos para estarlo —le contestó ella en su inglés con acento británico—. Tu amiguita se ha vuelto loca y se ha pirado, dejando atrás a sus amigas preocupadas por ella en una ciudad extraña. Pero ¿sabes qué? Que haga lo que le dé la gana. —Su mirada cambió de objetivo y se fijó en mí—. Esta noche duermo con Emma.

—Buena suerte con sus ronquidos —me burlé.

Melisa se marchó indignada hacia donde estaba nuestra amiga. Al parecer, Emma la había acompañado y yo no me había dado cuenta. Se había quedado al margen, bastante alejada de nosotras.

Mierda, sabía que había hecho mal en irme sin ellas, pero realmente necesitaba unos minutos de tranquilidad. En ese apartamento con cinco mujeres

más, y a cada cual más escandalosa, era imposible tener un momento de paz.

Vi como poco a poco mis amigas se alejaban. Finalmente, Bobby se sentó en la silla que había libre a mi lado, ciertamente confundido con lo que había ocurrido.

—¿Por qué estaba tan enfadada? —preguntó al tiempo que se sentaba.

—No es asunto tuyo —dije sin más y pude ver cómo quedaba sorprendido por mi respuesta—. Lo siento, son cosas entre nosotras —intenté suavizarlo. O bien surtió efecto o bien nada podía quitarle su buen semblante.

—Bueno, solo espero que no por eso nos lo vayamos a pasar peor tú y yo. —Una vez más, me dirigió una amplia sonrisa. Este chico irradiaba entusiasmo. Juntó su silla a la mía—. Mira, prueba el batido. —Agarró uno de los vasos y lo alzó hacia mi boca. Con timidez, bebí—. ¿A qué está bueno?

—Muy rico.

—Eres una mujer tan guapa... —Me ruboricé, me miraba fijamente—. Te has manchado el labio. —Muy lentamente comenzó a acercarse a mí, era evidente cuáles eran sus intenciones y lo que iba a suceder a continuación.

—¡Vaya, qué sorpresa! —Se escuchó cómo se arrastraba una silla, rompiendo todo el encandilamiento que había entre Bobby y yo. Miré al interlocutor y, acto seguido, perdí todo el buen humor que había conseguido recuperar esa tarde.

—*Ryan*... —arrastré cada una de las letras de su nombre al pronunciarlo.

—Sí, significa “pequeño rey”. Lo eligió mi madre. —En ningún momento intentó disimular la sonrisa de satisfacción le producía saber en qué instante nos había interrumpido—. He visto a Melisa fuera y me dijo que estabas aquí. Quería comprobar si realmente estabas recuperada del todo. —Si antes Bobby estaba confuso, ahora estaba completamente perdido.

—Lo estoy, como habrás podido ver. —De algún rincón de mis adentros me salió el impulso de coger a Bobby de la mano, que cada vez estaba más incómodo—. Estaba tomando un batido con Bobby.

—Genial, pediré otro. —comentó Ryan mientras se sentaba con nosotros—. ¿Bobby? ¿No es un poco infantil? —Al hablar enderezó lentamente la espalda, lo que me hizo fijarme en que llevaba un jersey de punto negro ajustado que le sentaba la mar de bien.

—¿Ryan? ¿No es un poco de chulo? —contestó mi cita-no cita, intentando imitar el movimiento del primero. Mi orgullo acababa de desencadenar una pelea de gallos, cosa que no entendía. Ryan era como el perro del hortelano, ni comía, ni dejaba comer.

—Bueno, al menos puedo decir que, en el caso de querer hacerlo, tengo

motivo para chulear. —Fingiendo un gesto casual, se pasó una mano por el pelo, pero se notaba que lo que quería hacer era mostrar los músculos de su brazo. Era considerablemente más grande que Bobby.

—Mira, engreído... —comenzó a decir este último, pero le interrumpí.

—Bueno, Ryan, ¿y cómo es que estabas por aquí? Algo tendrías que hacer, Nueva York es muy grande. —Mi comentario intentaba demostrarle que quería que se marchase, pero sabía que no iba a hacerlo y, en el fondo, me gustaba la idea de que no quisiera.

—Todo buen neoyorquino sabe que no hay nada mejor que pasear por Central Park en las noches de invierno. —De pronto, habló como si se hubieran derrumbado todas sus barreras defensoras—. Además, pensé que, tras lo que pasó anoche, quizá podría encontrarte intentando despejarte en un sitio como este.

—Mira, Nati, lo siento mucho, pero me voy a ir —anunció Bobby, levantándose y volviéndose a poner el chubasquero deportivo que antes se había quitado—. Me gustas mucho, pero, cuando salgo a correr, la idea suele ser pasar unas horas tranquilas y... esto está siendo de todo menos tranquilo. —Traté de levantarme para que descartara la idea, pero Ryan me puso una mano sobre el hombro para impedírmelo—. Es una lástima que nos hayan interrumpido tan pronto.

Se inclinó hacia mí y me besó la mejilla no magullada antes de dedicarme una última sonrisa y marcharse. A pesar de que claramente Ryan había conseguido lo que quería, no hizo amago de alardear sobre ello en ningún momento, parecía que en el fondo pudiera sentirse... ¿culpable?

No, qué va. Podía notar lo orgulloso que se sentía de su victoria.

—¿Se puede saber quién te crees que eres? —pregunté, frustrada cuando Bobby ya se había alejado lo suficiente—. ¿Te crees que puedes venir aquí y hacer lo que te dé la gana?

—Pues sí —me respondió, dejándome con la boca abierta—. Era un niño para ti, no sabría cómo tratarte, seguro. Te he hecho un favor. —Volvía a ser el prepotente de hacía unos minutos.

—En ese caso, habría sido yo la que hubiera tenido que decidirlo, ¿no crees? —Estaba volviendo a sentirme tan indignada como cuando apareció Melisa. Me levanté y me puse el abrigo de mala manera—. Me voy.

—No digas tonterías, te llevo.

—No me hace falta que me lleves a ningún sitio, puedo perfectamente irme en... — Busqué desesperadamente mi bolso. ¿Dónde estaba? ¡Con tanta

preocupación por ser discreta había salido sin él!

—¿Problemas, preciosa? —Aún sonaba más burlón, si es que eso era posible. En ese momento, me parecía el hombre más odioso del planeta. Guapo, sí, pero detestable—. Venga, deja que te lleve. Puedes seguir paseando todo el tiempo que quieras y no tenemos que hablar en ningún momento, aunque yo preferiría algo de conversación.

—Tal vez te tire al lago por el camino

—¡Por favor, sí! —Estaba poniéndose en pie—. Me muero por verte intentándolo. Prometo dejarme ganar. —Mi enfado se disipó un poco, en el fondo estaba siendo bastante gracioso ver a un hombre de semejante dimensiones ser tan elocuente. En dos zancadas, se puso a mi lado—. ¿Entonces, qué te apetece? ¿Paseo silencioso o con una exquisita conversación?

—Bueno, habría que ver lo de exquisita. —Satisfecho, hizo un gesto con el brazo para invitarme a encaminar la marcha.

Eran alrededor de las ocho y se notaba en lo oscuro que estaba el cielo. Las luces de la ciudad no permitían ver una sola estrella, pero tampoco parecían conseguir iluminar ni una sola nube. El parque estaba bastante más vacío y el frío había arreciado, por lo que, inconscientemente, me abracé a mí misma la cintura. Me fijé en que Ryan solo llevaba sobre el jersey una chupa de cuero con borrego en el cuello. A pesar del forro interior, no creí que fuese lo suficientemente abrigado como para poder paliar el frío que hacía.

—No respondiste a mi mensaje —dijo al mismo tiempo que caminábamos— ¿Te llegó?

—Sí, lo vi. Y no importa.

—¿El qué no importa? —preguntó confuso.

—Que no fueras tú quien nos llevara, entiendo que tuvieras cosas mejores que hacer. —Algo en su rostro cambió, se puso serio al instante.

—Digamos que, por muchas ganas que tuviera de hacerlo, intentar algo contigo después del momento que acababas de vivir no me parecía lo más correcto. —La sangre se me heló, me quedé sin palabras que pudiera añadir—. Por eso no lamento lo más mínimo haber espantado a tu intento de cita. —Yo seguía sin poder articular palabra alguna—. Lo... Lo siento, no quería hacerte sentir incómoda. Pensaba que era mejor decírtelo que inventarme cualquier excusa.

Así que no fue precisamente que no me deseara... La revelación me había pillado de lo más desprevenida y había conseguido dejarme como a una tonta que no sabía hablar. Había enmudecido por completo y no podía hacer nada al

respecto.

—¿Nati, estás bien? Por el amor de Dios, di algo. Pégame, reacciona de alguna forma... Algo que me haga sentir un poco menos estúpido.

—Eres un estúpido —dije al fin. Él sonrió, no sabía cómo había sucedido, pero notaba que sus ojos se habían oscurecido notablemente y habían pasado de ser un verde caribeño al color de los árboles de un bosque.

—Sí, pero guapo. —Se llevó la mano al pelo y se lo peinó con ella.

—De verdad, no te sop... —No pude continuar, pues se abalanzó sobre mí, me acalló por completo con un beso que no fue para nada gentil.

Era apasionado, feroz y dominante. Su mano, ahora en mi cintura, me atraía hacia él, rodeándome con su enorme cuerpo. Agradecí que me sujetara, pues mis piernas pronto quedaron sin fuerzas. Podía sentir todo su cuerpo junto al mío y, por pura mecánica, pasé mis manos por su cuello, acariciándolo. Era un beso exquisito y lleno de deseo.

Notando que no quería apartarse de mí, lo hizo, lentamente y con los párpados entornados. Yo estaba mareada, como en una nube, no sabía si aquello había sido real o producto de mi locura. Ni en mis mejores sueños me habían besado como en aquel momento.

—Lo siento, ¿decías algo? Te he interrumpido, es algo propio de los estúpidos —me dijo con la voz más seductora que jamás podría haber escuchado.

Notaba cómo el corazón me bombeaba a mil por hora, estar cerca de ese hombre iba a conseguir que me diera un colapso. Era como estar en una montaña rusa, a veces arriba y a veces abajo pero siempre en constante movimiento.

—Melisa va a estar tremendamente satisfecha con esto —dije sin pensar demasiado en que estaba hablando en voz alta.

—¿Solo Melisa? ¿Tengo que volver a besarte para demostrarte lo bien que lo puedo hacer?

—Me temo que sí. Para poder examinarte, tiene que haber unas cuantas clases prácticas más. Una sola lección no es concluyente —contesté tratando de mostrarme igual de seductora que él. De pronto, bajé de mi nube al recordar las noticias de esa misma mañana—. Me gustaría irme a casa ya —dije intentando disimular el giro dramático de los acontecimientos. No me hacía especialmente feliz pensar en él como un posible criminal.

—¿Por qué? ¿Lo estás pasando mal? —Una repentina preocupación asomó por su rostro.

—No, no es eso, es que... tengo frío... —Fue la excusa más rápida que se me

ocurrió y, en cierto modo, era verdad, pues pensar en que podía resultar un delincuente me dejaba helada.

Con un ágil movimiento, se quitó la grandiosa chaqueta de cuero y la puso delicadamente sobre mis hombros.

—Para eso tengo solución —me dijo sonriendo.

—Así el que se va a congelar serás tú —le contesté al mismo tiempo que me quedaba anonadada.

¿Cómo podía un criminal ser tan considerado? ¿Y tan endemoniadamente guapo? No paraba de sonreírme, ahora lo hacía con picardía.

—Estoy bien, créeme. A tu lado no puedo tener frío —sin poder controlarlo, me sonrojé

¿Qué me estaba pasando? Yo nunca había sido de esas mujeres que se sonrojan por cualquier cosa o se enternecen por un pequeño gesto caballeroso. Nunca me había dejado embaucar por ese tipo de galanterías, y ahí estaba yo, babeando como una estúpida.

Aún con su chaqueta puesta, me abrazó por detrás. La calidez de su abrazo me sorprendió.

Sin motivo aparente, me sentía segura. Las vistas de Nueva York desde el lago en el que habíamos acabado eran maravillosas; los rascacielos, que antes se veían gigantes a mi lado, ahora lucían diminutos, como sombras a lo lejos. Se podía ver los puntitos amarillos que formaban las luces de los pisos al estar en la distancia. De vez en cuando, podía escuchar el croar de las ranas procedentes de los extremos del lago. Ya no había casi nadie en los alrededores.

Por un segundo quise inmortalizar ese momento en mi mente, todo era absolutamente perfecto. Ojalá nunca acabase ese día.

—Podría quedarme así toda la vida —dije sin pensar, arrepintiéndome en el acto.

El pensamiento había salido inconscientemente de mi boca y, obviamente, mi cuerpo se tensó. Esperaba que no lo hubiera escuchado. Si lo hizo, lo ignoró, cosa que agradecí.

—¿Estás mejor así o sigues prefiriendo marcharte? —Habló con los labios apoyados en mi pelo. Abrazándome por la espalda, también debía estar contemplando lo mismo que yo.

Tenía la sensación de que, por muchos años que llevase alguien viviendo en la ciudad, uno nunca podría acostumbrarse a semejantes vistas. Armándome de valor, decidí que no quería juzgarlo antes de tiempo, así que respondí:

—Sí, estoy mucho mejor ya. —Me giré y le sonreí con descaro— ¿A dónde

vamos ahora?

—Me gustaría llevarte a un sitio, pero antes vamos a tener que ir a por algo más de abrigo.

—¿Por qué? ¿A dónde vamos? —Estaba bastante confusa.

—Es una sorpresa, preciosa. Vamos, te acompañaré a casa.

Capítulo 11

Al salir del apartamento y forrarme entera con abrigos como si fuera la persona más gorda de la historia, me quedé impresionada. Ryan había ido a buscar su motocicleta mientras yo me cambiaba y me esperaba en la calle, apoyado en ella.

¡Madre mía! ¡Era gigantesca!

—Vaya... —dije sin poder disimular mi asombro. Él, con los brazos cruzados sobre el pecho me sonreía.

¿Se podía ser más guapo? No, estaba segura de que sería antinatural ser todavía más guapo. De hecho, debería estar prohibido serlo.

—¿Te gusta esta maravilla? —me dijo, trayéndome de vuelta a la realidad.

—Sí —respondí rápidamente—. Es una pasada, pero ¿no es mucha moto? —pregunté. Lo cierto era que no entendía demasiado sobre el tema, aunque debía reconocer que la velocidad me gustaba.

—¿Mucha? ¡No, por favor! Esta asombrosa belleza tiene ciento cincuenta y seis caballos, es una Ducati XDiavel, preciosa —fanfarroneó—. Se pone de cero a cien en unos segundos, nadie podría alcanzarme en la carretera si me lo propusiera. Pero puedes estar tranquila, cuando llevo niñas bonitas de paquete, no voy rápido —dijo al mismo tiempo que me tendía la mano para ayudarme a bajar los pocos escalones que nos separaban.

—Pues es una lástima, porque yo no soy ninguna niña, y encima me gusta correr.

—Eres increíble. —Se giró y cogió un casco negro y enorme, que cubriría por completo mi cabeza. Ven, toma, ponte esto.

La moto era preciosa, de línea deportiva, también de color negro como los cascos, con ciertos detalles en plateado. Me subí en ella una vez que Ryan ya había montado. Al encenderla, el motor rugió descaradamente, imponente. Era como si quisiera avisar al resto del mundo de su presencia. Me agarré a su cintura con fuerza, pues temía que, en cuanto caminara, el impulso me soltara de él. Y casi sucede. Si Ryan fue más prudente que en otras ocasiones al ponerse en marcha porque yo iba con él, no lo noté.

Enseguida comencé a dejar de distinguir los edificios que pasábamos a nuestro alrededor, todo se volvió una mancha borrosa hasta que llegamos al puente de Brooklyn. Ryan me permitió admirar las luces de todo el distrito mientras atravesábamos el Río Este, pues desaceleró ligeramente su marcha.

Poco después, ya nos encontrábamos dentro de Brooklyn.

Entrecerré los ojos y vislumbré cómo entrábamos a distintas zonas residenciales más o menos acogedoras. Nos fuimos alejando de ellas a medida que llegábamos a un área de bloques de ladrillo y casas adosadas de un tamaño bastante inferior a las primeras que había conseguido ver.

Poco a poco, la velocidad fue descendiendo hasta el punto de pararnos frente a una casa de ladrillos marrones. Parecía tener dos pisos, aunque no podía saberlo con seguridad, ya que no diferenciaba bien si simplemente tenía los techos altos. Era la más pequeña de la zona y, sin duda, de las más desgastadas.

—Bienvenida a mi antiguo hogar.

—¿Vivías en esa casa? —le pregunté asombrada. Ryan no parecía el tipo de persona que se había criado en un ambiente pobre, más bien irradiaba poderío, y bien se notaba que tenía gustos caros—. ¿De verdad? —insistí incrédula. Él asintió.

—Vamos, te la enseñaré por dentro, no nos quedemos aquí como dos tontos. —Bajó de la moto y me ayudó bajarme a mí también—. Quizá huela un poco a humedad, he intentado que desaparezca, pero no sé de dónde sale y siempre vuelve, por más que insista.

—¿Cuánto hace que no vives aquí? —La pregunta pareció pillarlo desprevenido y su expresión me indicaba que hacía ya mucho tiempo, pues parecía que le costaba intentar acordarse.

—La verdad es que ni lo recuerdo ya, quizá quince años.

—¿La has conservado todo este tiempo? —Cada vez estaba más asombrada, parecía vulnerable ante el tema, debió marcharse siendo muy joven, y al parecer, no por su propia voluntad, parecía nostálgico.

—La compré en cuánto gané el dinero suficiente, no quería que la derrumbaran o se la quedara el Estado. Yo crecí aquí —decía al mismo tiempo que encaminaba la marcha hacia la casa—. Hay demasiados recuerdos cuya pérdida no soportaría.

Me sostuvo la cancela de forja una vez él ya había entrado al pequeñísimo jardín delantero. Junto al camino que llevaba hasta la puerta, había varias jardineras con plantas asilvestradas y el pequeño rectángulo con césped que terminaba de formar la entrada a la casa se había vuelto completamente salvaje.

La puerta era azul oscuro y la pintura se había levantado en algunos sitios con el paso del tiempo, además de que se notaban las clareas que el sol había dejado tras su paso. Una vez estuvimos los dos dentro, encendió la luz. Me sorprendió que, aunque ya no viviese allí, se molestase en pagar los recibos de electricidad.

Como si me hubiera leído la mente, hizo una aclaración al respecto.

—Vengo de vez en cuando, si necesito pensar. No consigo despejarme en ningún otro sitio. Además, intento arreglar cosas de la casa yo mismo para mantenerla, como hacía mi padre, pero yo soy un absoluto desastre —carraspeó al hablar, como si estuviera nervioso—. Tiene que estar revolviéndose en su tumba cada vez que me ve coger un martillo. —Se giró hasta quedarse frente a mí—. Fue aquí donde vine anoche.

Aunque era cierto que la casa estaba algo descuidada, solo era porque se notaba un uso habitual en ciertas áreas. Ryan, o alguien de su familia, si ellos también tenían acceso al edificio, la mantenía bastante limpia.

Se dirigió hacia un mueblecito que había en la entrada y de allí sacó un par de mantas que después tendió sobre un sofá descolorido y bastante desgastado. En otros tiempos quizás se podría haber dicho que era de color azul, ahora se veía de un gris apagado y casi ni se distinguía.

—Las mantas están limpias, las traje anoche. Hay aquí al lado una tiendita, doblando la esquina, voy a ir a por unas cervezas. ¿Quieres algo? —El rugido de mi estómago me delató.

—La verdad es que si pudieras traer algo de comer... me convertiría en la mujer más feliz del mundo. —Sonrió ante la idea y, con un gesto de afirmación, se despidió.

—Volveré enseguida, preciosa, ponte cómoda.

Antes de decidirme entre sentarme en el sofá o curiosear un poco la habitación, saqué mi teléfono móvil y le envié a Melisa un mensaje de texto. Estaba enfadada conmigo, pero sabía que, aunque confiase en mi acompañante, seguiría preocupada por mí.

«Sigo con Ryan, me ha llevado en moto a visitar Brooklyn. Pasé por el apartamento, pero no estaban. Un besito, *darling*».

Con eso se quedaría más tranquila. El salón estaba decorado de una manera bastante más anticuada de lo que me esperaba, pensé para mis adentros que no encajaba con la época en la que Ryan había vivido en esa casa, pero quizá se tratase de muebles heredados o a sus padres les gustaran las antigüedades. Había lámparas de pie clásicas en todas las esquinas de la habitación y del papel pintado de las paredes colgaban cuadros, retratos muy elaborados de gente rubia de ojos verdes, probablemente antepasados de Ryan.

Sobre la chimenea, donde si la casa estuviera habitada descansaría probablemente una televisión, había un espejo adornado con un marco labrado en dorado, otra antigüedad., Todas aquellas reliquias debían de valer un buen

dinero, aunque probablemente el valor sentimental fuera mucho mayor.

En el marco de la puerta que daba a la habitación contigua se veían marcas talladas sobre la madera. Parecían las típicas señales que se hacen cuando tu hijo está creciendo para marcar su estatura y conservar su desarrollo. La última llegaba más o menos al metro y medio. Salí de mi escrutinio cuando Ryan llegó con una bolsa de papel marrón en las manos.

—¿Tanta desconfianza te produce mi sofá que sigues de pie? —dijo, dejando sobre una mesita de café la bolsa y sentándose él. Lo abarcaba casi entero, el salón se veía muy pequeño con él dentro o tal vez era yo que solo podía mirarlo a él.

—No, estaba mirando este cuadro. ¿Quién era? ¿Era de tu familia? —Señalé el cuadro que estaba junto a la chimenea de un hombre que tenía un gran parecido con él.

—Mi bisabuelo Eoghan. Como verás, el atractivo es hereditario —señaló de forma burlona.

—Sois prácticamente idénticos... —Saber cuál era exactamente el grado de parentesco hizo que me perdiera aún más en el lienzo.

—Bueno, yo soy mucho más guapo. —Me pilló desprevenida rodeándome la cintura con un brazo desde atrás. Con la mano libre, me hizo el pelo a un lado y me besó con delicadeza el cuello, enviando a todo mi cuerpo un chute de electricidad enorme—. No sería la primera vez que alguien es la viva imagen de un antepasado suyo, ¿no? Venga, ven al sofá, en la tienda me han calentado unas mini pizzas.

Como si estuviera hipnotizada, me dejé guiar por él hasta el desgastado sillón. Cuando me di cuenta, ya estaba sentada a su lado, con la cabeza inclinada hacia el lado donde me había dado el beso, como si quisiera retenerlo ahí por más tiempo. Sacó varias cajitas de la bolsa y me ofreció uno de los botellines de cerveza, que cogí sin apartar los ojos de él y, más concretamente, de su abdomen.

El beso que me había dado en el cuello había acabado por producirme un nudo en el estómago que invitaba a imaginarme qué otras cosas podría hacerme con esos labios y en qué otras zonas. Bebí un gran trago de mi cerveza para intentar paliar esos instintos, pero era inútil, me moría por recorrer su cuerpo entero con las manos.

—Voy a encender la chimenea, va a ser una noche fría —me dijo. Ahora íbamos a aumentar los grados de la estancia, no eran suficientes los que irradiaba mi cuerpo.

Se volvió a levantar e introdujo en la chimenea unos trozos de leña que se acumulaban junto a ella. No vi con qué la prendió o si tenía algún mecanismo que la activara, pero, acto seguido, avivó la llama con un soplador. No le costó nada de trabajo. Si hubiera tenido que hacerlo yo, habríamos muerto congelados.

—Listo —dijo. Se dejó caer de manera atronadora sobre el sofá, haciendo que casi derramara la cerveza por encima de él—. Así no pasarás frío, que ya sé de dónde eres y allí siempre hace calor, por lo que tengo entendido.

—¿Lo has buscado en Google? —me mofé de él.

—Discúlpame por no ser un experto en geografía europea, aquí en los colegios nos centramos en la topografía nacional. —Al contestar, cogió su botellín con el meñique de la mano levantado, haciendo juego con el tono bromista en que me hablaba.

—De todos modos, es un detalle que te intereses tanto por mí. —Le miré con complicidad—. No te imaginaba tan detallista, no estoy acostumbrada a tantas atenciones.

—Por favor, yo soy todo un caballero —se pavoneó con gestos exagerados—. Y quien no te preste todas las atenciones posibles, es un imbécil.

—Puede que otros piensen que sería al revés, que prestarme tantas atenciones sea... precisamente de imbéciles. —Dejé la mirada perdida y, sin más, recordé a Rubén. Era una herida que no había cicatrizado aún y me costaba trabajo creer que una persona tan increíblemente atractiva como Ryan pudiera tener un sincero interés en mí. Mi ánimo disminuyó considerablemente tras aquellos pensamientos.

—Nati. —Me agarró el mentón y me obligó a mirarle. Su mirada se volvió de pronto más intensa que nunca—. No sé qué te habrá ocurrido en el pasado con otros hombres, pero puedo garantizarte que eres perfecta tal y como eres.

—Apenas me conoces, no sabes nada de mí, quizá con el tiempo... llegue a aburrirte.

—¿Quién era? —me preguntó.

—¿Cómo?

—¿Quién fue el infeliz que te hizo daño? ¿Qué te ocurrió? —Estaba expectante, podría decir que incluso indignado—. Puedes hablar conmigo de lo que sea. No sé qué te habrá pasado, pero sea lo que sea, créeme, yo no soy él.

—Mi última pareja me engañó con otra. —No quería ahondar en los detalles por temor a acabar sintiéndome aún más vulnerable—. Estábamos prometidos.

—¿Que un tío decidió desaprovechar la oportunidad de casarse contigo? ¡Menudo estúpido! —Trató de quitarle hierro.

—Tal y como lo dices, parece que estuvieras dispuesto a cambiarte por él.

—Con mi moto en treinta horas estamos en Las Vegas, preciosa. —Su respuesta me dejó desconcertada. Por un lado, porque su voz había perdido cualquier tono de broma, y por otro, porque no podía ignorar la manera en la que me miraba a los labios.

—¿Treinta? ¿Tanto tiempo? —Me reí—. ¡No puedo esperar tanto! —bromeé.

—En las capillas de aquí los trámites son más complicados, pero me gusta tu entusiasmo.

Su sonrisa era terriblemente seductora y su mirada no había cambiado aún de objetivo. Por puro instinto, le miré a labios, ardía en deseos de sentirlos contra los míos. La idea de casarme con él era tremendamente atractiva, a pesar de no ser más que una fantasía.

—Tengo contactos en el aeropuerto, podrían colarnos en el próximo vuelo.

—¿Lo estás diciendo en serio? —No podía creer que sus palabras fueran de verdad. O era muy buen actor y se estaba quedando conmigo, o era un chiflado muy guapo.

—Completamente en serio ¿Tengo cara de estar bromeando? —Parecía esperar una respuesta.

¿Era real? De repente, me sentí aturdida por los acontecimientos. Un cosquilleo me recorría todo el cuerpo, estaba aterrada ante la idea, pero a la vez extasiada.

—¡¿Pero tú estás loco?! —pregunté riéndome. Todo aquello parecía surrealista.

—Completamente.

—Muy bien, busca esos contactos tuyos, voy a Las Vegas contigo —dije sin pensármelo mucho. ¡Era una completa locura!—. Dios, no me puedo creer que esté diciendo que sí —dije sabiendo que, a partir de ese momento, me dejaría arrastrar hasta el infierno por él.

Sacó su teléfono móvil del bolsillo de la chaqueta y le vi buscar algún nombre en su lista de contactos. Como si no pudiera quedarse quieto de tanta energía que tenía en el cuerpo, se puso en pie una vez más cuando pareció darle al botón verde de llamar. Al contestar, pude escuchar la voz de una mujer al otro lado.

—Hola, Charlotte, soy yo. ¿Cuándo sale el próximo vuelo a Las Vegas? Necesito dos billetes.

Estaba increíblemente nerviosa, me frotaba las manos sin parar y notaba cómo me empezaban a sudar. Todo aquello era una locura. Me reconfortaba

pensar que ese tipo de matrimonios no eran legales en España, quedaría solo como una bonita anécdota. ¿Y qué iba a pensar Melisa?

—Perfecto, Charlie, muchas gracias. Envíame un mensaje de texto con los datos —continuó—. Preciosa, tenemos que estar en el aeropuerto en media hora, así que te aconsejo que vuelvas a abrigarte y dirijas ese bonito trasero a la puerta delantera de la casa. —Me puse en pie con bastante dificultad debido al nerviosismo y me terminé la cerveza en un frustrado intento de apaciguarme.

—Vamos allá.

Las Vegas era inmensa y lo que se decía de aquella ciudad era totalmente cierto: todo eran luces que te encandilaban y te dejaban obnubilado junto a los sonidos que te mantenían siempre despierto. Ryan parecía saber con exactitud a dónde se dirigía.

—¿Has hecho esto alguna vez? —le pregunté mientras trataba de seguirle el ritmo, sus zancadas me dejaban bastante atrás y me estaba costando mantenerme a su lado.

—Este es mi séptimo matrimonio. ¿Charlie, la chica que nos ha conseguido los billetes? Fue la tercera. —Frené en seco, él tardó unos segundos en darse cuenta.

—¿Con esa? Ya decía yo que tenía los ojos clavados en ti. —Traté de sonar graciosa, pero, en cambio, se notó que estaba bastante celosa de aquella mujer de ojos azules y sonrisa perfecta.

—Es mi vecina, vive en mi edificio, hace tiempo que nos conocemos. El dueño de la capilla es un tipo con el que he hecho negocios en ocasiones, pero no negocios matrimoniales.

—¿Qué clase de negocios? —quise saber, tenía serias dudas sobre a qué se dedicaba “mi futuro marido”.

—Soy bróker. Vamos —me apremió—. Aunque la capilla esté abierta trescientos sesenta y cinco días al año, se trata de gente seria. Les gusta hacer las cosas bien. —Me miró emocionado y me di cuenta de que hasta ese momento aún esperaba que me dijera que todo era una broma.

A pocos metros estaba la capilla, muy iluminada. En cuanto asomé la cabeza en su interior, pude ver que era exactamente igual que como se veía en las películas, con los bancos de madera a los lados, el arco nupcial blanco al fondo con el “cura” que oficia la boda, todo lleno de lazos y decoraciones ostentosas.

—No estoy vestida para la ocasión, unos vaqueros no son precisamente una buena vestimenta de boda —dije entre risas.

—Yo creo que estás preciosa. —Me sonrió y se acercó a mí para darme un beso corto, acariciándome la mandíbula con ambas manos al sujetarme la cara con ellas—. Pero, si quieres cambiarte..., tienen vestidos que pueden prestarte.

—¡No es verdad! ¿Tienen vestidos? Esta gente está preparada para todo, ¿no? —Me parecía increíble que incluso contaran con eso. A mi parecer, la gente solo se casaba en Las Vegas vestida de Elvis Presley y Marilyn Monroe.

—Para todo, señorita —nos interrumpió el hombre que estaba al fondo de la sala—. Esa puerta que veis a la izquierda da a la habitación de vestuario, puedes elegir lo que quieras. Céline estará allí, puede ayudarte a vestirte. —Ryan me dio un empujoncito en esa dirección, yo estaba completamente alucinada. Al entrar por la puerta, me encontré con la que sería Céline esperándome.

—Buenas noches, tengo un vestido precioso que podría servirte. —Me enseñó un vestido de cola de sirena maravilloso, palabra de honor con pedrería en la zona alta del pecho y recubierto de encajes. Demostrando una gran agilidad, me vistió. Yo no podía decir nada, todo estaba pasando muy deprisa, tanto que me parecía un sueño.

Capítulo 12

Cuando quise darme cuenta, estaba en medio del pasillo con un ramo de margaritas blancas en la mano y escuchando cómo la marcha nupcial comenzaba a sonar. Todo aquello se me hacía mucho más real de lo que esperaba.

Ryan, ya junto al altar, seguía vestido igual que antes de separarnos, pero no me importó demasiado. Se pusiera lo que se pusiera, seguiría pareciéndome el hombre más guapo del planeta.

La expresión de ilusión que iluminaba su rostro era lo único que podía ver. ¿De verdad me estaba casando con él? Llegué a su altura y su característica sonrisa traviesa, como todas las veces que había sonreído en el poco tiempo que nos conocíamos, me dejó sin aliento.

—Estamos aquí reunidos para unir en sagrado matrimonio a Ryan Knight y Natalia Pérez...

Todo lo que dijo a continuación fui incapaz de escucharlo, solo podía mirar a Ryan, ni, aunque hubiese sucedido un holocausto habría podido apartar los ojos de él. No podía creerme lo que estábamos haciendo y lo tremendamente decidido que parecía. Aún esperaba que se echara atrás y saliera corriendo en cualquier momento, pero lo próximo que pudieron distinguir mis oídos fueron dos palabras.

—Sí, acepto.

—¿Y tú, Natalia, aceptas a Ryan como tu esposo, para amarle y respetarle hasta que la muerte os separe? —No podía responder. De nuevo, como me había ocurrido en Central Park, me había quedado muda—. ¿Natalia, hija? ¿Quieres a Ryan como esposo?

—Sí, quiero —dije al fin, sin entender muy bien cómo salieron las palabras de mi boca.

Céline, que había actuado como testigo, nos tendió un pequeño cojín de terciopelo negro con dos alianzas plateadas. Ryan cogió una con seguridad, pero con calma, y me la puso en el dedo anular de la mano izquierda; yo hice lo mismo de manera mucho más torpe, las manos me temblaban, al igual que todo el cuerpo.

—Con el poder que me ha sido otorgado por el estado de Nevada, yo os declaro marido y mujer. Ryan, puedes besar a la novia.

Mi marido me tomó con delicadeza de la cintura y me atrajo hacia él. Con un

gesto firme, me inclinó y me besó con una pasión desenfrenada, ocasionándome una sensación de urgencia por todo el cuerpo. Mi ser lo reclamaba, lo ansiaba más de lo que me habría podido imaginar. No fue un beso tímido, ni dejaba a medias sus intenciones. El deseo corrió por mis venas y el corazón me golpeaba con fuerza el pecho.

Él iba a ser mío y yo sería suya.

Tras un beso que había encendido cada centímetro de mi piel y activado cada molécula de mi cuerpo, pude comprobar que él se sentía igual que yo y que le recorría la misma necesidad que a mí. Unida a él podía sentir cómo su masculinidad amenazaba con salirse de los pantalones y poseerme allí mismo. No me habría importado.

Me miró con ojos vidriosos y llenos de deseo animal. Extasiada y excitada, me aferré a sus hombros como si mi cuerpo temiera que se alejara y como si mi subconsciente temiera que su imagen pudiera desaparecer.

—Vámonos de aquí —me dijo con voz ronca—. Necesito hacerte mía y quiero hacerlo ya, no puedo seguir esperando.

Otro rayo de electricidad me recorrió desde la punta de los dedos de los pies hasta cada uno de mis cabellos al escucharle. Me ayudó a incorporarme y salimos de la capilla prácticamente corriendo.

Llegamos a la *suite* del Bellagio entre besos, coqueteos y con las manos puestas sobre el otro, como si no fuéramos capaces de controlarlas. Las puertas de la habitación se abrieron mientras Ryan me devoraba por entero. Era increíblemente espaciosa y reluciente.

Nada más entrar, veías una sala de estar de paredes color chocolate, con una chimenea de gas en el centro de la habitación. Los sofás de terciopelo beige parecían de lo más mullidos. Tras cerrar la puerta, Ryan tiró sobre uno de ellos su gran chaquetón.

Había un jarrón con flores en todas las superficies planas disponibles y las tupidas cortinas indicaban que, si nosotros queríamos, todo el tiempo que estuviésemos en esa *suite* sería de noche. A fin de cuentas, era la ciudad del pecado.

Un rastro de pétalos color rojo oscuro marcaba el camino al que supuse que sería el dormitorio, pero en ese momento lo último que me apetecía era explorar la *suite*, tenía la intención de explorar otras cosas. Como si me leyera el pensamiento, Ryan me cogió en volandas y avanzó conmigo en brazos hasta tirarme sobre la inmensa cama nupcial, llena de pétalos, y se tumbó a mi lado.

Lentamente, como si toda la prisa que nos había invadido hubiera desaparecido, sus manos fueron acariciando todo mi costado, deteniéndose en mis muslos y acariciando mi entrepierna. Despacio, sus labios húmedos y calientes se acercaron hasta mi cuello y lo rozaban sumiéndome en la más lenta de las agonías.

Podía sentir cómo mis pezones se endurecían hasta el punto de parecer que querían salirse a través de la superficie de tela que los cubría. Con una caricia de su firme mano, puso fin a las súplicas de mis senos, acariciándolos con suavidad.

Se colocó por encima de mí, apoyándose en sus brazos para tratar de no aplastarme y, con una ternura increíble, marcó un sendero de besos desde mi clavícula hasta llegar a los labios. Notaba cómo su flequillo me hacía cosquillas en la piel. Yo jadeaba, lo único que lograba sentir eran sus labios, decididos y poderosos sobre mí.

Mi cuerpo estaba preparado para recibirlo y mis piernas se abrieron, decididas a darle paso. En ese momento, hice lo que tanto deseaba hacer y colé las manos bajo su jersey y su camiseta, deslizándolas lentamente por toda su espalda. Era tan grande y tan suave como la había imaginado. Él se tomó mi gesto como una invitación para, rápidamente, deshacerse de ambas prendas.

Con decisión, intenté desabrocharle los pantalones, quería sentirlo entero sobre mí. Al notar mi torpeza, él se los quitó de un tirón, dejando ver su miembro tan duro y tan erecto bajo su ropa interior que me sobresaltó. Aquella reacción debió satisfacerle, pues me dedicó una sonrisa ladeada y pude notar como su erección palpitaba al pegarse a mi cuerpo. A pesar de la necesidad que sentía él, se hizo a un lado y empezó a desabrocharme el vestido sin ninguna prisa, botón a botón, acariciando cada parte de mi cuerpo que quedaba al descubierto.

—Tienes una piel tan hermosa... —le escuché decir con voz apagada—, y hueles tan bien...

Los primeros instantes se dedicó a rozar con la yema de los dedos toda mi espalda y, sin ni siquiera esperarlo, agarrándome del trasero me puso a horcajadas sobre él, rompiendo así la cola de sirena del vestido que antes me habían prestado.

—Ryan..., el vestido... se ha roto —le dije con preocupación.

—No me importa el vestido, lo pagaré.

Casi con ansia, subió las manos por mi espalda, me agarró con una de ellas por la nuca y me apretó contra él para devorarme con un beso. Su boca era exigente, su lengua se movía decidida en mi interior. Me sentía a punto de perder

la cordura estando en sus brazos.

—Au. —Noté una especie de agujonazo en el labio inferior. El duro cuerpo de Ryan se tensó inmediatamente debajo de mí, asustándome—. ¿Estás bien? —Tenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad—. ¿Ryan? ¿Qué ocurre?

Sin saber qué había pasado ni qué podía hacer por él, traté de calmarlo acariciándole con suavidad el rostro. Cuando sus ojos se abrieron de par en par, se habían oscurecido hasta parecer más negros que verdes.

—¿Qué te pasa en los ojos? —le pregunté alarmada.

Él giró bruscamente el rostro, ocultándome de nuevo su mirada. ¿Qué diablos le pasaba? Le tomé del mentón y traté inútilmente de que me mirase antes de volver a hablarle.

—Mírame, Ryan. ¿Qué ocurre?

Le acaricié la mandíbula por puro instinto, intentando que relajase la expresión tan dura que se había formado en su cara. Despacio, volvió a abrir los ojos, que casi habían recuperado del todo su verde original. Llevé los dedos a sus labios y se los tracé una y otra vez con las yemas, esa era la zona que más rigidez seguía mostrando.

—¿Me disculpas un segundo? —preguntó.

Con total delicadeza, me dejó tumbada sobre el colchón. Con la respiración aún agitada y sin saber qué había ocurrido. Me acarició los labios y se dirigió al baño con rapidez, tanta, que ni siquiera se dio cuenta de que no había cerrado la puerta del todo.

Al escuchar una especie de gruñido de detrás de la puerta, decidí ir a comprobar cómo estaba. Me deshice del vestido roto, que quedó sobre la moqueta a los pies de la cama, y me encaminé hacia el baño.

A través de la rendija, encontré a Ryan inclinado sobre el lavabo, con las manos apoyadas sobre la encimera de mármol de carrara. Tenía la mirada fija en su reflejo en el espejo. Durante unos segundos me olvidé de lo que acababa de suceder y me perdí en los músculos definidos de su espalda.

—No puedo hacerlo —se decía—. No con ella, no puedo contenerme.

¿De qué hablaba? De pronto, trató de coger aire por la boca y pude ver... ¿Qué? ¿Colmillos? Sin duda, se trataba de unos puntiagudos colmillos que antes no estaban ahí. ¿Estaba viendo bien o me habría vuelto loca? Al darme cuenta de aquellos caninos eran reales, mis piernas flaquearon y caí de forma ruidosa sobre el suelo, captando por completo su atención.

—Mierda, Nati —dijo al tiempo que se acercaba a mí—. No quería que esto acabara así.

—¿Así cómo? ¿Ryan, qué es lo que he visto? —logré articular desde el suelo.

Él parecía aterrado ante mi reacción. Yo, sin embargo, no sabía muy bien por qué, pero no tenía miedo, por mucho que hubiese visto lo que había visto.

Estaba claramente enfadada por no saber qué estaba pasando más que con los hechos, pero, fuera como fuese, no podía tenerle miedo. Ryan se agachó y, con facilidad, me puso en pie. Agarrándome de la mano, me llevó hasta la cama, en la que ambos nos sentamos.

—¿Qué es lo que crees haber visto? —Su preocupación y su pánico eran casi palpables.

—Tenías... He... Sabes muy bien lo que he visto, Ryan. —Trataba de sonar lo más calmada que fuera posible.

—Te prometo que no tienes nada de lo que asustarte. Nunca te haría daño. No podría.

—¿Entonces..., son reales? —Era más una afirmación que una pregunta.

—Sí —dijo, suspirando de tal manera que parecía que su enorme cuerpo fuera a desinflarse—, son reales.

—Pero... no son así... siempre, ¿no? —Hasta el momento, nunca le había visto los colmillos así de afilados.

—No, crecen en cuanto mis labios detectan un mínimo contacto con la sangre. —Se frotó los ojos como si de ese modo pudiera aclararse las ideas— Yo... no he podido controlar la fuerza cuando te he mordido. También ocurre cuando... —Parecía bastante nervioso, tal vez incómodo.

—Te excitas, ¿no? Por eso saliste corriendo en el bar —concluí. Él asintió—. Y, bueno... ¿Recordaré esto mañana o quedará todo como un sueño? —Me daba mucha lástima pensar que no recordaría el día tan maravilloso que había vivido a su lado—. No me gustaría olvidarme de este día —dije, mirando a la nada, como si fuera inevitable la pérdida de aquellos recuerdos.

—¿Por qué no ibas a recordarlo? —Me miró con confusión, no parecía entender la gravedad de lo que acababa de pasar.

—Porque eres un vampiro y yo una humana, Ryan, y, una de dos: o me matas o borras mis recuerdos, si es que todo lo que sé sobre vampiros es cierto. —Ninguna de las dos opciones me gustaba—. Ya no sé qué creer...

—Podría hacer que lo olvidaras, eso es verdad. Pero, a estas alturas, hemos dejado claro que, por guapo que sea, mi estupidez a veces es recurrente y no quiero hacerlo. —Me reí como una tonta sin poder evitarlo, relajando ligeramente los músculos.

—Eres increíble —respondí—. Y sí, también eres inhumanamente guapo,

ahora lo entiendo. —Me miré el anillo de matrimonio, reluciente en mi dedo anular—. Y también eres... mi marido... Aún me cuesta creerlo.

—Si decides echarte atrás..., el divorcio es igual de complicado que uno normal, te lo advierto. —Me gustaba que hubiese vuelto a ser el bromista de antes—. No pienso firmar los papeles y dejarte escapar.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Hablaba con cuidado—. Bueno, en realidad..., varias.

—Entiendo que tengas muchas preguntas que hacerme. —Parecía totalmente dispuesto a resolver cualquier duda que pudiera estar en mi cabeza.

—¿De qué te alimentas? Te he visto comer..., así que no sé si es por aparentar o algo más.

—Puedo comer de todo y, de hecho, lo hago. Comer es un placer exquisito. La sangre es como las calorías en los humanos, es lo que nos mantiene con fuerza, aunque podamos consumirla con menos frecuencia. —Tal cual hablábamos, parecía una conversación de lo más natural—. Si tardas demasiado en tomarla, te debilitas.

—Y... ¿has matado a alguien alguna vez? Alimentándote, digo...

—Solo al principio, antes de poder controlarme. Ash me ayudó mucho. —Mostraba un respeto admirable hacia su amiga.

—¿Ash también...? —Podía imaginarme la respuesta, era más que evidente.

—Sí, ella también es como yo.

—Me temo que no le caigo demasiado bien, por alguna razón. —Las veces que me había topado con ella, habían sido situaciones de lo más incómodas.

—No es que no le caigas bien, pero es como si fuera mi hermana. Ninguna mujer le parece lo suficientemente buena para mí, y menos siendo humana. —Se rio por lo bajo—. Pero digamos que soy yo quien decide con quién me caso o dejo de casarme.

—No creo que le guste la noticia —le dije mientras volvía a mirarme el anillo.

—No me importa demasiado, se acostumbrará a la idea en cuanto comience a venir a comer a casa los domingos.

Su comentario me recordó a unas horas atrás, cuando no tenía muy claro si verdaderamente me estaba proponiendo matrimonio. Se quedó mirándome fijamente a la cara y llevó su mano hacia mi mejilla magullada, me había olvidado completamente de ella.

—Los tipos del callejón... ¿Fuisteis vosotros? —Repentinamente, recordé las noticias de la mañana y, ante este descubrimiento, no sabía si habrían tenido algo

que ver.

—Dije que nos encargáramos de ellos y lo hicimos. Solo hubo que echar un vistazo a su apartamento y sus antecedentes penales y exagerarlo todo un poco —respondió, disipando por completo las dudas que tenía sobre él. No era ningún delincuente, solo un poco perspicaz.

Me subí a horcajadas encima de él, dejándole sorprendido. Lo besé con la misma delicadeza con la que me había besado él al inicio. Quería demostrarle que no me importaba que fuera un vampiro, sino que, de hecho, lo hacía incluso más atractivo. Me abrazó con fuerza, como si tuviera miedo de que desapareciera. En cuestión de segundos, pude notar cómo su erección volvía a aparecer y se hacía hueco entre mis piernas.

Con un gruñido, me tumbó bajo su cuerpo, tomando el control de la situación. Su mano juguetona acariciaba mis pechos desnudos, mientras su boca ardía junto a mía, llameantes de una pasión desenfrenada que nos controlaba a ambos. Esta vez sus colmillos salieron a la luz sin esconderse tras las sombras. No sentí miedo, sino necesidad.

—Muérdeme —le dije con ansiedad. Noté cómo sus caninos se alargaban aún más.

—No puedo hacer eso —dijo jadeante junto a mi cuello, impidiéndose a sí mismo llevar a cabo la tarea, aunque su cuerpo se lo pedía a gritos. Notaba que estaba desesperado por hacerlo—. No sé si sería capaz de controlarme.

—Yo confío en ti... —le supliqué, ofreciéndole mi cuello por completo y, al mismo tiempo, atrayéndole con las manos hacía el lugar en el que quería que me mordiera.

Tras un pinchazo, un pequeño dolor me recorrió por entero, seguido de un escalofrío. El hormigueo de su lengua en mi garganta era la sensación más exquisita que jamás había experimentado, estaba tan mojada que bien podría entregarme a él en ese mismo momento.

Ryan comenzó a acariciarme por encima de la braguita, notando cómo mi cuerpo estaba listo para recibirlo, empapado, ansioso y caliente. Un gruñido animal salió de su interior y se separó de mi cuello. Con su lengua y sus labios fue calmando mi ansiedad, con besos que bajaban lentamente a través de todo mi cuerpo. Se detuvo en mi abdomen, haciéndome cosquillas con su aliento cálido. Con las manos me acariciaba el interior de los muslos, como quien está tocando la más exquisita de las telas.

—Quiero saborearte —me decía mientras besaba la zona más baja de mi vientre, rozándome el pubis con los labios.

—Creo que eso ya lo has hecho... —le confirmé.

—No como yo quiero hacerlo. —Sin aviso, sentí cómo apartaba la tela de mi ropa interior y pasaba lentamente la lengua por mi clítoris, ocasionando un estallido de placer que amenazaba con partirme en dos.

Todo me temblaba, su lengua experta se movía con precisión, penetraba y salía, lamía, relamía, causando una urgencia en mi interior que se acrecentaba cada vez más. Cuando me mordió suavemente, junto al roce de sus colmillos, fue mi perdición. La cabeza me daba vueltas. Exploté, dejándome llevar por el más puro placer.

Percibí su sonrisa entre mis piernas. Sin poder verlo bien, se incorporó sobre mí y me besó con ternura. A mí ya me costaba trabajo seguir respirando. Me parecía que todo mi cuerpo flotaba, el mundo dejaba de importarme.

Él rozaba su enorme cuerpo contra el mío, sentía la cabeza de su miembro entre la humedad de mis piernas, palpitando, ansioso por rellenar el vacío que había en mi interior. Notaba como la punta de su capullo se deslizaba sobre mi piel, dejándome aún más excitada de lo que ya estaba.

A continuación, volvió la sensación de urgencia a mí, con más fuerza que antes. Deseoso de cumplir mis deseos, me penetró de una sola estocada. La sensación al sentir cómo me llenaba fue esplendorosa. Él dejó escapar todo el aire que tenía en los pulmones, con la cabeza alzada, saboreando el momento.

Sus embestidas comenzaron siendo tiernas y lentas, marcando el ritmo. Yo me retorcí bajo su cuerpo, embriagada por el placer que sentía, quería más, necesitaba más de él. Con cada acometida, cada vez más rápida y profunda, me agarraba con más fuerza a sus hombros y espalda, atrayéndolo hacia mí.

La pasión salvaje se apoderaba de mi ser, llevándome a lugares desconocidos hasta el momento. Jamás había sentido tanto placer en las manos de un hombre. Sin los prejuicios del inicio, me clavó los colmillos, arremetiendo con fuerza sus caderas contra mi pelvis. Mis jadeos eran lo único que me permitían respirar, llenar mis pulmones. En cualquier momento, volvería a tener otro orgasmo.

Apreté el lazo de mis piernas a su cintura, rodeándolo, obligándole a que me penetrara más profundamente. Tras acelerar el ritmo de las apasionadas embestidas, le mordí el cuello sin miramientos, llegando al más puro éxtasis. Él, satisfecho con las sensaciones que había provocado en mí, se dejó llevar hasta alcanzar su propio orgasmo.

Envueltos en sudor, se desplomó sobre mí, exhaustos como estábamos. Le acaricé la espalda con suavidad, sentía que éramos uno. Se dejó caer hacia un lado para evitar aplastarme y entonces aprecié cómo su pecho se inflaba y se

desinflaba al ritmo de su respiración.

—¿Estás bien? —me preguntó con una nota de preocupación.

—Mejor que bien. —Me incliné y le besé el pecho, brillante y sin el más mínimo rastro de vello. Él me examinó detenidamente el cuello.

—Apenas tienes marca, en una hora más o menos desaparecerá. Lo siento mucho, no fui capaz de contenerme —se disculpó, afligido.

—Fui yo quien te lo pidió... y resultó ser una experiencia increíble —repuse al mismo tiempo que trataba de incorporarme en la gigantesca cama.

—No te levantes todavía —me advirtió con los ojos cerrados, como si estuviera dormido, y llevando una mano hasta mi pecho para impedírmelo.

—¿Por qué? —quise saber.

—¿Has donado sangre alguna vez? Te vas a marear. —Al incorporarme, ignorando completamente su consejo, noté cómo la cabeza me bailaba ligeramente. Una consecuencia de la pasión sin límites que acababa de tener.

Miré la hora, el reloj que había sobre la mesita de noche marcaba las cinco de la madrugada.

—Debería llamar a Melisa antes de que piense que me has secuestrado y me has hecho trocitos.

—Podría haberlo hecho —rio—. No te preocupes por eso, preciosa, ya me he encargado yo de hablar con ella cuando estábamos de camino hacia aquí —informó—. De hecho, la invité a venir con tus amigas, llegarán en dos horas, más o menos.

—¿Qué? —Me encontraba perpleja.

—No quería que, mientras yo no pueda salir de esta habitación, estuvieras aburrida aquí sin poder hacer nada.

¿Y por qué no iba a salir conmigo? Oh, claro..., habría sido un vampiro a la luz del día.

—No tenías por qué hacerlo... A mí no me habría importado...

—Todo por mi señora Knight. —Sonrió y me besó con ternura en la frente al mismo tiempo que se levantaba de la cama—. Creo que nos da tiempo de darnos un baño antes de que lleguen. —Su voz denotaba picardía.

Me dio un último beso antes de encaminarse al cuarto de baño, pero yo estaba demasiado agotada como para ir tras él. Lo último que conseguí escuchar antes de quedarme dormida fue cómo el agua de la bañera empezaba a correr.

Ryan me zarandeaba con cuidado. Intenté pesadamente abrir los ojos, aunque me costaba mucho trabajo hacerlo. Mi flamante marido me sonrió y noté cómo

sus musculosos brazos me alzaban de la cama para llevarme a un apenas iluminado baño. Me aferré a su cuello, dejando caer todo mi peso en su pecho, aún adormilada. Lentamente, entró en la gran bañera, conmigo aún en volandas. El agua resultaba tremendamente placentera, el calor invadió todo mi cuerpo y la sensación de estar completamente abarcada por él en el agua era deliciosa.

Me mojaba una y otra vez la espalda con el agua tibia que caía de sus dedos, dejando que todos mis músculos se relajaran. Tomó una esponja y comenzó a masajearme con delicadeza el cuello y los hombros, como quien traza las más delicadas líneas de un cuadro.

Con los ojos cerrados, me dejaba bañar por él. Las atenciones que me prestaba eran fantásticas, cuidaba de mí con total veneración. Ni en mis más insólitos sueños, habría imaginado algo así. Me encontraba tan sumamente a gusto y relajada, que no lograba producir sonido alguno que no fuera una expresión gutural y notaba cómo a él le gustaba mi estado de semiinconsciencia en su modo de respirar, pues intuía que no dejaba de sonreír.

Con una delicadeza que me sorprendió gratamente, me sacó de la bañera, me cubrió con un albornoz, volvió a alzarme y me llevó hasta la inmensa cama, depositándome en ella una vez seca y arropándome con ternura. A su vez, se tumbó junto a mí. Sentía el calor corporal que desprendía, sumiéndome aún más en el sopor en el que ya me encontraba. Mi mente luchaba por no quedarse dormida, tenía miedo de que al despertar todo hubiera resultado ser un magnífico sueño.

—Duerme tranquila, te despertaré cuando lleguen tus amigas.

—Tengo miedo de despertarme y que no estés, que todo sea producto de mi imaginación... —dije, más sonámbula de lo que esperaba.

—No me iré a ninguna parte, estaré aquí cuando despiertes.

Capítulo 13

A pesar de haberles pedido que fueran lo más discretas que les fuera posible, sabía que lo único que podía haber impedido que Ryan escuchase los chillidos que soltaron mis amigas era que se hubiese dormido profundamente nada más salir yo por la puerta. Era plenamente consciente de que eso era muy improbable.

—¿Perdona, Nati? ¿Qué es esa protuberancia que te sale del dedo? —me preguntaba Mel al mismo tiempo que su cara reflejaba una inmensa mezcla entre ira y sorpresa—. Dime que no es verdad lo que estoy pensando. Estás en Las Vegas... Dime que me equivoco. Dime que es una baratija de un chino.

—Me he casado. Sí, en Las Vegas —dije sin adornos.

—¡¡¿Qué te has quéeee?!! —soltaron las demás al unísono. Si lo hubieran tenido preparado, no les habría salido mejor.

—No me lo puedo creer, esta no te la perdono, juraste que sería tu dama de honor —decía Lara de lo más indignada—. Además, no sabes nada de este chico, ¡todo lo que te haya dicho podría ser mentira!

—Bueno mentira o no... me ha dado esto para nosotras. —Les enseñé una tarjeta American Express Black—. Quiere que lo pasemos bien, sin preocuparnos por el dinero.

—Yo sigo indignada porque la primera boda del grupo ya se ha celebrado y no estuviéramos invitadas —dijo Raquel con una expresión que no pude descifrar—. ¿Ustedes no?

—Bueno —soltó Marta con impasibilidad, quitándome la tarjeta de crédito de la mano—, con este trozo de plástico no me importa no haber asistido. Te lo perdono.

—Venga, Raquel, no me tortures. Hasta esta mañana yo pensaba que todo era una broma, siempre pensé que se estaba quedando conmigo y que se echaría atrás en cualquier momento. Nunca creí que me tomara en serio. —La agarré de las manos—. ¿Crees que no habría querido que estuvieras? ¿Todas ustedes?

—Ah, que encima fue idea tuya. Yo ya no sé en qué creer en este mundo —contestó Melisa con sarcasmo.

—Yo solo lo reté —me defendí—. Para cualquier hombre habría sido una bonita invitación a marcharse. —Los comentarios de mi mejor amiga no iban a conseguir arruinar mi buenísimo humor—. Mentira, no habría querido que estuviera Melisa. —Me reí y le enseñé con sorna la lengua.

Marta, inocentemente, con la tarjeta en la mano, empezó a moverla por las caras de todas nosotras mientras hacía un bailecito con las piernas, como queriendo captar por completo nuestra atención.

—Hay muchas cosas que ver en Las Vegas... ¿Seguimos discutiendo o empezamos la juerga? —dijo con su particular cara de sinvergüenza.

—¿Y tu galán no viene? —quiso saber Lara.

—Mejor que no. Maldita la hora en la que me fie de él... —escuché decir a mi compañera de piso por lo bajo.

—Vamos, Melisa, sabes que vas a adorarle. Ahora es como un cuñado para ti. —Empecé a hacerle cosquillas, me encontraba sencillamente radiante, sobre una nube—. Venga, que sé que te mueres por prepararle tu famosa lasaña de verduras el próximo domingo.

—Hablando de comida... ¿Nadie más tiene hambre? —preguntó Raquel con cara de corderito.

—Venga, vamos, que el restaurante de un sitio como este tiene que estar reconocido en algún catálogo.

Todas seguimos caminando mientras hablábamos. Algunas me hacían preguntas del tipo: «¿y ya lo has consumado?», «¿es bueno en la cama?». No quise entrar en muchos detalles. Mis amigas no tenían por qué saber que me había dejado morder por un vampiro, por muy guapo que este fuera.

Para poder disimularlo, llevaba un pañuelo en el cuello que había logrado apañar con el velo del vestido. A pesar de que apenas se percibía la marca, no quería correr riesgos, Melisa y Lara eran muy observadoras. También llevaba unas gafas de sol que me cubrían las ojeras y mis ojos sin maquillar.

Por desgracia, como mi plan no había sido en ningún momento realizar un viaje exprés a Las Vegas y había tenido tanta prisa al volver al apartamento, me había dejado atrás mi kit de emergencia. Tendría que hacerme con otro enseguida y, como mínimo, con una muda de ropa si no quería ir por Las Vegas como una mendiga.

Llegamos al restaurante. Los cansados jugadores de Las Vegas debían estar durmiendo aún. Apenas había gente en el lugar, sin contar las caras de algunas personas que podía jurar, sin duda, que tenían un problema serio de ludopatía.

Enseguida se acercó a nosotras un camarero trajeado de manera exquisita y tomó nota de todo lo que nos apetecía a las seis, por lo que, unos minutos después, la mesa en la que nos habíamos sentado estaba repleta de platos de tortitas, huevos revueltos, tostadas, fruta... Probablemente habíamos pedido más comida de la que podíamos consumir, pero, económicamente hablando, eso no

era problema de ninguna; invitaba mi recién estrenado marido, al que no me quitaba de la cabeza.

—Cualquiera hubiera dicho que nuestro viaje a Nueva York iba a incluir una escapada con todos los gastos pagados a Las Vegas, ¿eh? —Raquel rompió el silencio producido por nuestras bocas llenas de comida.

—Oye, Mel, ¿qué te dijo Ryan anoche cuando te llamó? —pregunté con curiosidad, captando la atención de todas y no solo la de Melisa.

—Al principio me dijo que iban a casarse, pero creí que era broma —contestó con desdén—. Luego me dijo que no dormirías en el apartamento, que te quedabas con él y que le dejara los datos de todas, que quería darte una sorpresa. Dos horas después, me llamó una tal Charlie para informarme de los billetes.

«Maldita Charlie», pensé.

—Solo les dije a las demás que nos veníamos aquí a verte, no les dije el motivo —continuó—. Tenía que comprobar primero que toda esa insensatez de la boda no era cierta. Al parecer, el aire estadounidense no te sienta nada bien —añadió mordaz—. Te ha vuelto una inconsciente.

—Oh venga ya, Mel. A mí gusta este marido de Nati, nos paga las tortitas. ¡Gracias, Ryan! —dijo Marta con la boca llena de comida—. Puede venir a casa cuando quiera.

—Marta, a ti te gustan las motos, deberías ver la que tiene —le dije, animando aún más su conversación y tratando de no mirar a los ojos enfadados de Melisa.

Con la comida y el tiempo, la charla se hizo cada vez más ligera. Una vez terminado el gran desayuno, nos decantamos por dar un paseo por el inmenso hotel. Era bastante temprano y nos llamaba la atención la idea de visitar el casino, aunque no estaba demasiado segura de si alguna de nosotras se atrevería a apostar algo. Quizá de noche y con alguna copa encima.

Sin embargo, nuestros planes cambiaron cuando vimos que una de las alas del vestíbulo llevaba a un área comercial de lujo en la que se encontraban mis adorados Gucci, Dior, Tiffany & Co... Decidí que no me haría daño mirar un rato, aunque fuera solo para desconsolarme. Luego iríamos a probar las famosas atracciones del Stratosphere y comeríamos en el lujoso restaurante giratorio.

Ninguna de nosotras se atrevió a comprar nada en aquellas tiendas de precios desorbitados. Aunque Ryan me había dado carta blanca con su tarjeta, me parecía demasiado osado por mi parte gastarme su dinero en tonterías. Había pensado en ir a la habitación para ver cómo estaba mi marido a la hora del

almuerzo y llevarle algo del restaurante para que comiera. Por supuesto, alimentos, no ninguna rubia, ni nada de eso. Comida normal, que para postre ya estaba yo.

Tanto las chicas como yo estábamos fascinadas con el Bellagio, era gigantesco. Se podían pasar horas recorriéndolo entero. Vimos que el hotel contaba con veladas de boxeo como atractivo para el público, además de tener planeadas diversas actividades tanto dentro como fuera del recinto.

Entendí entonces cómo la gente se sentía atraída hacia Las Vegas, siempre había algo que hacer, alguna cosa que te atrapase. Los neones estaban encendidos incluso de día, todo era llamativo y estaba hecho para atraer a la gente como las luces a las polillas.

—Por cierto, Nati —me distrajo Emma—, no sabemos nada de tu nuevo marido. ¿Cómo es? No lo hemos visto y quiero detalles —dijo poniendo un énfasis bastante considerable en la palabra detalles.

—Desde luego, responsable no—soltó Melisa. Deseando estaba que se tranquilizara con respecto al tema.

—Ya vale, Mel, se acabaron las pullitas —le advertí algo molesta—. Lo hecho, hecho está. Estoy feliz y quiero poder disfrutar del momento, nadie ha dicho que esto sea para siempre, ¿vale? —aclaré, aunque una parte de mí se entristeció al decirlo—. En España ni siquiera es legal este matrimonio, así que ya está bien con el temita. Quiero que seas simpática con él y punto —dije, cada vez más acelerada y más alto.

—Jolín, yo solo quería saber si era guapo o no —dijo sin más Emma.

—Lo es, créeme que lo es. —Melisa optó por contestar ella misma—. Y sabes que yo soy muy selectiva.

—Emma, sabes que siempre he estado enamorada de Brad Pitt cuando era joven, ¿verdad? —le pregunté.

—Ahá... —Negó con la cabeza, desconfiando de mi respuesta—. No te creo, solo exageras porque estas recién casada. —Hizo un gesto exagerado y comenzó a caminar—. No eres objetiva.

Al parecer, había perdido todo interés en lo que yo pudiera responder. Al mismo tiempo, Lara me miraba detenidamente, a saber, qué estaría maquinando. Normalmente sentía un auténtico terror por cómo funcionaba aquella cabecita, cuando miraba así solía ser porque quería averiguar algo.

—¿Qué pasa? Suéltalo ya —le dije al ver que no me dejaba de mirar.

—Estoy pensando que, ya que no nos dejaste estar el día de tu boda..., deberías darnos la despedida de soltera al menos. —Me respondió haciendo que

el resto empezara a reír—. Estamos en Las Vegas, no creo que sea muy difícil contratar a un *stripper*.

—No, no, no, no —dije al tiempo que negaba tanto con la mano como con la cabeza—, yo no quiero ningún *stripper*, ni ninguna despedida.

—¡Aja! ¡Lo sabía! —gritó—. Tú te has pillado por ese tío, maldita —dijo mientras me señalaba con el dedo—. Tienes que ser realista, aunque me duela decírtelo, Nati. —Ahora su tono de voz se había vuelto apesadumbrado—. No vives aquí y a él no lo conoces lo suficiente como para arriesgarlo todo.

En eso mi amiga tenía razón. Maldita sea, siempre la tenía. Melisa hizo ademán de decir algo, pero se controló al ver mi cara triste y afligida. Una pena terrible me invadió al pensar en las palabras tan acertadas de Lara. Tarde o temprano me tendría que alejar de él, y eso me desgarraba el alma.

—Sé que no es más que una loca fantasía, pero ¿me dejan vivirla un poco más, por favor? —supliqué—. ¿Podemos hacer como que eso no va a pasar durante al menos unos días?

—Lo que no queremos es que cuando las cosas vuelvan a la normalidad, te afecte más de lo que debería hacerlo una fantasía, cielo. —Mel trató de consolarme—. Y no estoy tan segura de que sea simplemente eso —dijo, con un tono completamente diferente al de todas las veces que había comentado algo respecto a mi boda desde su llegada a Las Vegas—. Te dije que veía cómo te miraba, pero también vi cómo lo mirabas tú a él. Y no era... normal. —No dije nada tras ese comentario, me limité a mirar a las chicas con cara de querer terminar aquella conversación. Me hacía sentir extremadamente incómoda.

—¿Y cómo es que tú lo has visto, Mel, y nosotras no? —rompió de pronto Marta el incómodo silencio que se había formado entre nosotras—. ¿Dónde se escondía?

—Fue uno de los que nos sacó del... apuro de hace dos noches —respondió—. Pero venga, no nos quedemos aquí paradas, parece que estemos esperando que las fuentes se pongan en marcha y no se activan hasta las tres, así que a moverse.

—Espera, ¿uno de ellos? ¿Había más de uno? —preguntó Lara

—¡Me lo pido! —dijo Emma, dando por hecho tanto que el acompañante de Ryan sería igual de guapo como que sería un hombre.

—Siento informaros que, a pesar de la idea que podáis tener, no se trata de *más de uno*. La persona que iba con Ryan era una mujer —dijo Melisa, con cierta satisfacción en la voz al fastidiar las fantasías de nuestras amigas.

—Oh, qué pena —dijeron a la vez.

Todas seguíamos caminando por las inmensas calles de Las Vegas. Tras horas de visitas a las tiendas del Bellagio y haber comprobado que nos iba a ser imposible comer en el Stratosphere —tenían todas las mesas reservadas durante una semana—, nos dirigimos a uno de los restaurantes de nuestro propio hotel con intención de pedir una y que no nos volviese a pasar lo mismo.

Miré el móvil para ver la hora: las dos y media ¿Estaría ya despierto Ryan? En mi fuero interno, lo echaba de menos, por pocas horas que hubiese estado separada de él.

Ya se iba acrecentando la actividad del hotel. Más y más personas iban apareciendo por las zonas comunes, el *hall* estaba abarrotado. A esto, Marta continuaba llevando la tarjeta de crédito, se había negado en rotundo a soltarla.

—Chicas, ese tipo que está en la puerta del casino no nos quita el ojo de encima — comentó Raquel un tanto incómoda—. Vale que sea guapo, pero parece que nos fuera a comer.

—¿Quién es ese tío que está tan tremendo? —dijo asombrada Lara al verlo, golpeando a Emma en el hombro con la mano—. Vaya regalo para la vista.

Giré la cabeza y allí estaba Ryan, tan descansado como el que ha dormido toda la noche plácidamente. Iba vestido con unos vaqueros negros, sus botas militares, a las que ya comenzaba a acostumbrarme, y una camiseta de algodón de manga larga de lo más simple, pero que me hizo perder el aliento solo con verlo.

Él nos observaba mientras estaba apoyado en el marco de la entrada al casino, con los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas en los tobillos. Alzó la mano y nos saludó con una sonrisa cautivadora.

—¿Nos está saludando? —preguntó Marta igual de extrañada que Raquel.

Ryan se nos acercó con paso decidido, yo no pude evitar sonreír como una tonta mientras se acercaba. A pesar de solo haber pasado unas horas sin él, me moría de ganas de volver a besarle.

Sus ojos verdes cristalinos, los cuales me tenían tan hipnotizadas, estaban puestos en mí. Cuando me agarró de la cintura y me besó sin miramientos al llegar a nosotras, el resto del mundo desapareció con él. Las caras de asombro de las chicas cuando las volví a mirar no tenían desperdicio. Aún mirándome a los ojos dijo:

—Soy Ryan, aunque supongo que ya lo habréis deducido. —Sin ningún tipo de disimulo, Lara tenía la boca abierta.

—Sí, eso hemos supuesto —contestó Emma, intentando recomponerse ante el asombro—. Yo soy Emma, y estas son Lara, Raquel y Marta —continuó,

señalando a cada una de mis amigas a las que todavía no conocía.

—Melisa, puedes dejar de taladrarme la nuca, quizás quieras empezar con el discurso ahora mismo. —Le dijo sonriéndome, notando como Mel lo fulminaba con la mirada.

—Paso —respondió de la forma más distante que pudo.

—Bueno, en mi defensa diré que no tenía elección. No podía ser como ese imbécil que la dejó escapar. —Puso la cara tremendamente seria—. Y te prometo que jamás le haré daño. No te equivocaste en confiar en mí, créeme. —Me miró de nuevo—. Es un regalo para mí que aparecieras.

A continuación, escuché cómo un corrillo de chicas se derretía ante las palabras de Ryan. Era inevitable dejarse llevar por su encanto natural. Melisa, en cambio, no parecía seducida por él como lo estábamos el resto.

—¿Y qué vas a hacer cuando se vaya? No se va a quedar aquí, deberías saberlo. ¿Lo has pensado? —lo bombardeó de repente.

Él pareció impasible, pero percibí a través de mi mano que abrazaba su cintura cómo se ponía tenso. Melisa puso expresión de satisfacción, sabía que había tocado un tema delicado y estaba dispuesta a seguir hurgando en la herida.

—No hemos hablado de ello, pero, si es necesario, iré donde ella me quiera. —Su cuerpo se tensaba aún más—. Y si me quiere fuera de su vida, me iré sin más. —Le acaricié la parte trasera de la espalda, tratando de relajar los músculos que ahora estaban rígidos.

—Ya veremos —concluyó mi compañera de piso—. Sea como sea, te advierto que si mi amiga llora por ti, te partiré la cara y no me va a importar que midas dos metros. —No era una amenaza insustancial, Melisa lo decía completamente en serio.

—Trato hecho —dijo tras una breve pausa—. Cambiando de tema, ¿os parece que comamos en el casino?

Todas asintieron y comenzaron la marcha hacia el interior del salón, fascinadas por las mesas de blackjack, las ruletas y las máquinas tragaperras que no cesaban de hacer ruidos de campanas y sirenas, acompañadas del sonido de monedas cayendo sin control. Era el paraíso del juego. Ryan y yo íbamos en la retaguardia, más pendientes el uno del otro de lo que estábamos a las máquinas.

—No pienso dejar que te vayas —me susurró al oído.

—¿Cómo? —imité su tono suave—. ¿Irme de dónde? ¿Del casino?

—De Nueva York, te quedarás aquí conmigo. —Volvió a erguirse—. Ya hablaremos de eso después.

No me gustó la manera en la que se imponía. Ni siquiera me había planteado

semejante cosa. Pensándolo fríamente, yo no tenía ningún futuro en este país.

Poco después, estábamos en medio del casino. Ryan desapareció durante unos minutos y volvió con una bolsa llena de fichas, que repartió con ánimo a mis amigas. Melisa se disculpó, diciendo que estaba cansada y se fue la habitación que Ryan había contratado para ellas a dormir un rato.

El resto nos acercamos a una de las mesas en las que jugaban a la ruleta como espectadoras. Antes de animarnos a jugar, observaríamos una partida. Me giré para echar un vistazo a Ryan, quería hablar con él sobre la breve conversación que habíamos tenido un rato antes, pero Marta y Lara lo tenían completamente acaparado y él parecía estar encantado. Marta le había devuelto ya la American Express y probablemente le estuviesen haciendo todo tipo de preguntas sobre su vida.

Un camarero de etiqueta se acercó a la mesa de la ruleta con una bandeja de margaritas, vasos de *whisky* y todo tipo de cócteles. Mis amigas cogieron uno cada una y yo fui a por el *whisky*. No lo mezclaría, necesitaba reunir el valor suficiente para enfrentarme a mi marido.

Si esperaba a que mis amigas lo dejaran tranquilo, iba a tardar años en poder plantarle cara. Aproveché el fin de la partida de ruleta, cuando todas se pusieron a debatir sobre las apuestas que harían y, aunque Lara y Marta no se separaron de él, conseguí separarlo de ellas.

—Vamos a pedir comida mientras ellas juegan un poco —le comenté a Ryan, tirándole del brazo para sacarlo de las garras de mis amigas.

—No te lo lleves, Nati, va a ser nuestro amuleto de la suerte —dijo Lara protestando. Ryan sonreía muy complacido, tantas mujeres prestándole atención tenía que ser el paraíso para él.

—Lo siento, pero quiero tenerlo un ratito para mí. A pesar de que estéis aquí, es como si fuera nuestra luna de miel —le dije para evitar que insistiera. Hizo un gesto de disgusto, pero no agregó ningún comentario.

—Señoritas... —Ryan inclinó la cabeza en una pequeña y cortés reverencia y me llevó, agarrada de la cintura, a la barra de bar más cercana. Me tomé mi *whisky* de un solo trago. ¿Cómo empezar?

—Con respecto a lo que me dijiste antes... —comencé a decir medio titubeando.

—Creo que lo dejé bastante claro —me interrumpió—, no te irás de Nueva York, no pienso dejarte ir.

—¿Perdona? ¿Y mi opinión no cuenta? —Su autoridad me había dejado boquiabierta—. Me parece que estás bastante equivocado, a mí no se me

gobierna. —Alcé la cabeza para mirarlo directamente a los ojos—. Yo haré lo que me dé la gana, no eres nadie para decirme lo que tengo que hacer.

—Soy tu marido —me respondió.

Capítulo 14

Me fui de allí tan rápido como me lo permitieron las piernas, dejándole plantado en medio del vestíbulo. No quería ni mirar hacia atrás, iba directa a la habitación a recoger las pocas cosas que podía tener allí.

Me marchaba.

Antes de poder llegar siquiera a pulsar el botón de llamada del ascensor, Ryan me agarró con fuerza del brazo, haciéndome girar sobre mis talones. En contra de mi voluntad, quedé frente a él, obligándome así a mirarlo directamente.

—¿Qué quieres?! —le grité a la cara.

—Maldita sea, Natalia. ¡¿Qué demonios creías que iba a pasar tras casarnos?! —Me levantó también la voz—. Conmigo es todo o nada, y yo lo quiero todo.

Sin contestarle, volví a girarme para llamar al ascensor. ¿Quién se creía que era para hablarme así?

Él seguía tras mi espalda, esperando una respuesta. El ascensor llegó. Entré, me di la vuelta y pulsé el botón. Las puertas comenzaron a cerrarse, Ryan continuaba fuera, con la boca abierta.

—Ryan... —me despedí al tiempo que cerraban las puertas y desviaba la mirada para no verlo. Él no podía ser consciente de que había despertado a la bestia; a mí nadie me controlaba, por mucho que nos unieran unos papeles.

El viaje en el ascensor se me hizo exageradamente largo y tenía ganas de hablar con Melisa de lo que acababa de suceder. Sabía que, a pesar de que nuestras últimas conversaciones hubieran sido tensas, ella me entendería, pero no tenía ni idea de en qué habitación estaba y no me quería arriesgar a volver a bajar al casino para preguntar a las chicas y toparme con él.

Sin más dilación, cuando las puertas se abrieron, con paso decidido me encaminé a la que había sido mi *suite* nupcial, pero, una vez abierta la puerta de la habitación, ahí volvía a estar él, de brazos cruzados y apoyado sobre el respaldo de un sofá que miraba hacia las ventanas. Me miraba como quien espera castigar a un niño maleducado y caprichoso.

—Sinceramente, me da igual saber cómo diablos has llegado aquí antes que yo, pero, si crees que vas a conseguir que cambie de parecer, vas muy, muy mal encaminado, guapito —espeté disimulando mi sorpresa y yendo directa al dormitorio.

—Me alegra saber que al menos sigo pareciéndote atractivo —respondió con el ceño aún fruncido, siguiéndome hasta el marco de la puerta.

—Vete a la mierda —le solté recogiendo mi bolso y abrigo del pie de la cama en el que los había dejado. Tan enfadada como me encontraba en ese momento, me quité el anillo de la mano y lo tiré en su dirección—. Esto puedes dárselo a Charlie, que seguro que está más dispuesta que yo a quedárselo. —Le escupí las palabras a la cara. Vi cómo su expresión pasaba del disgusto a una rabia sumamente importante.

—Vuelve a poner eso en su sitio —dijo en un tono muy seco—. Y jamás vuelvas a sugerir que le dé nada tuyo a otra mujer.

—No pienso quedarme aquí para recibir órdenes, no soy un soldado y tú no eres mi general. —Ese habría sido el momento perfecto para salir por la puerta, pero su enorme cuerpo me bloqueaba el paso—. Déjame salir o gritaré.

—Es una *suite* en el Bellagio, preciosa..., está insonorizada. —Cada vez me apetecía más y más golpearlo en la entrepierna de la frustración que me generaba—. Natalia, si no quiero que te vayas es porque no podría imaginarme una vida sin ti. Quizá te suene absurdo, teniendo en cuenta que nos acabamos de conocer, pero los vampiros funcionamos así. Cuando aparece nuestra *luaidh*, sabemos que es ella.

—No sé qué significa eso y tampoco lo que implica, pero no me gusta cómo van las cosas —dije suavizando el tono de voz. Me había resultado increíblemente tierno, pero no iba a dejarme vencer por unas palabras bonitas.

—Significa el ser amado, nuestra alma gemela.

—¿Amado? Tienes razón, suena absurdo —bufé—. Hace dos días que nos conocemos —dije, intentando crear una barrera defensiva ante las emociones que estaba despertando en mí—. ¿Cómo voy a amarte? Solo somos dos desconocidos que han cometido la estupidez de casarse.

Con mis palabras, su semblante cambió por completo, no quedaba en su expresión rastro alguno de todas esas sonrisas divertidas que en tan poco tiempo me había dedicado. En su lugar, una pena inmensa decoró su aura. Sus ojos también habían cambiado de color, pasando a ser de un verde pantanoso y perdiendo así todo su brillo.

No sabía por qué lo que le había dicho le había causado tanta impresión, era de lo más lógico, nadie se enamora en tan poco tiempo. Aun así, no podía dejar de sentirme un miserable y una mentirosa, pues en tan pocos días, había despertado sentimientos que tenía más que dormidos.

—Había oído hablar de casos en los que el *luadhadh* no era mutuo, pero nunca había conocido a nadie a quien le hubiera pasado... —Retrocedió un paso hacia la sala de estar y se apartó de la puerta del dormitorio—. Lo entiendo.

Puede que tu *luaidh* sea otro. —Escucharle decir aquellas palabras me desgarró el corazón—. De todos modos, no creía merecerme algo así, era demasiado bueno para ser cierto —dijo más para sí mismo que para mí. Había dejado de mirarme, su vista estaba fija en la nada, perdida y distante—. Puedes irte, no te retendré. —Se dirigió al baño, cerrando la puerta tras de sí.

Por unos instantes, dudé en si debía marcharme o correr a su encuentro. Quería comprobar si estaba bien, no quería que las cosas terminaran así. Pero en lugar de ir hacerlo, tomé mis cosas y me fui rápidamente de la habitación.

En cuanto estuve fuera de la *suite*, pude sentir cómo mis lágrimas caían descontroladas por mis mejillas. ¿Por qué puñetas estaba llorando y por qué me dolía tanto irme? Lo que estaba haciendo era lo correcto, mejor quitar la tirita de un solo tirón, así el dolor no sería prolongado. Enjuagué mis lágrimas con la manga del suéter que llevaba y empecé a caminar sin rumbo. Me costaba diferenciar por dónde iba, mi vista era borrosa.

—¿Cariño? ¿Pero qué ha pasado? —Escuché de pronto la voz de Melisa.

Sin previo aviso, me derrumbé sobre ella, dejando escapar los llantos más profundos de mi ser, los sollozos y toda la angustia que tenía en mi interior y que amenazaba con partirme por la mitad. Ella me acariciaba el pelo con ternura, sabía que eso me tranquilizaba. Tras lo que para mí fue una eternidad, logré hablar.

—Se acabó. Quiero irme a casa. Llévame a casa, Mel —le dije entre lágrimas mientras la abrazaba. Notaba cómo a mis pulmones les costaba cada vez más llenarse de aire.

—Cabrón... —maldijo entre dientes—. Ven, vamos a mi habitación. Tendré que dejarte sola mientras voy a buscar a las demás—Me alzó la cabeza por el mentón y me secó las lágrimas con un pañuelo de papel que se sacó del bolsillo—. No vamos a permitir que se te corra por nadie la máscara de pestañas.

—Es *waterproof*, por si acaso. —Mel me sonrió.

—Tú siempre tan precavida.

Al parecer, había conseguido llegar al pasillo en el que se encontraba la habitación de mis amigas, otra *suite* decorada en tonos azules y con dos dormitorios en vez de uno. Melisa me dirigió, sin dejar de intentar consolarme, al cuarto de baño, donde me obligó a lavarme la cara para deshacerme de los churretes que se me habían formado en las mejillas. Tras hacerlo, me llevó de la mano como a un niño pequeño a la cama. Me tumbé, haciendo de mi cuerpo un ovillo mientras ella se marchaba a buscar al resto.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que Melisa desapareció por la

puerta hasta que volvió con la marabunta que eran mis amigas, podían haber sido tanto cinco minutos como cinco horas, mis percepciones sensoriales se habían anulado.

Si alguna de las chicas se dirigió a mí en algún momento, tampoco me di cuenta hasta que Mel se sentó a mi lado y me dijo que ya estaban todas listas para volver a Nueva York. Todas parecían perplejas, pero nadie se atrevía a hablar, no sabía si por miedo a la respuesta o simplemente por respeto. De pronto, me agobié con tanta gente mirándome, me asfixiaba estar allí.

Me levanté rápidamente de la cama y me encaminé hacia la salida. Todas me siguieron en silencio, salvo Melisa, que, de un solo salto, se había colocado a mi lado. Sabía con total exactitud que mi amiga no se alejaría de mí ni un centímetro a partir de ese momento.

Aún era de día, me alegraba pensar que mientras nos marchábamos de allí Ryan no podría seguirnos, así ganaría tiempo suficiente para llegar al apartamento. Al salir por la puerta principal, el botones del hotel se acercó a mí.

—¿Se marcha ya, señora Knight? ¿Quiere que avisemos a su esposo? — Podría haberlo carbonizado con la mirada.

—Sí, la señorita Pérez se marcha ya —contestó con rapidez Melisa—. Y no se preocupe, el señor Knight ya está avisado.

—Entiendo —dijo el pobre botones. Suponía que estaría acostumbrado a este tipo de situaciones—. ¿Querrá la señorita Pérez que llamemos a un taxi? —Volví a colocar las gafas de sol que había llevado durante la mañana sobre mis ahora enturbiados y enrojecidos ojos.

—Sí, por favor, uno con capacidad para seis personas.

Dejé que Melisa se encargara de todo, yo solo podía dejarme llevar. A pesar de saber que estaba haciendo lo correcto, algo en mis adentros me decía que me equivocaba. Era como una voz interior, mi propia conciencia, avisándome de lo estúpida que estaba siendo.

Luchar contra ese impulso no era fácil, ese que me pedía a gritos que diera la vuelta y fuera a por él, el mismo que me decía que era el hombre de mi vida. Tendría que poner un océano de por medio para olvidarlo. Jamás olvidaría ese día en el que, en mitad de un barrio de Brooklyn, alguien como Ryan estuvo dispuesto a casarse conmigo y cómo, pocas horas después, todo había terminado de manera catastrófica. ¿Realmente era lo correcto lo que estaba haciendo? Si era así, ¿por qué dolía tanto?

Nuestro grupito de amigas nunca había estado tan callado, parecía un milagro. El número de conversaciones que se produjeron desde que nos subimos

al taxi en Las Vegas hasta que llegamos al apartamento que habíamos alquilado en la Gran Manzana podían contarse quizá con los dedos de ambas manos. Después de haber llegado al apartamento, entré en el dormitorio y lo cerré, solo quería dormir, dormir para siempre y no despertar nunca más.

Mel entró pasado un tiempo, ¿qué hora sería? Ya empezaba a anochecer y eso hizo que me acordara de él. A pesar del agotamiento que tenía, me resultaba imposible conciliar el sueño, cada vez que cerraba los ojos lo veía, unas veces sonriendo y otras con la cara desolada con la que lo dejé atrás.

—Deberías comer algo. Desde esta mañana no has probado bocado y eso me preocupa más en ti que el hecho de que no hables absolutamente nada —me dijo Mel—. Te he traído una sopa, algo suave que puedas tomar.

—No quiero comer nada. —Lo único que quería era que Ryan desapareciera de mi cabeza, sin poder conseguirlo.

—Venga, tómatela y no te vuelvo a molestar hasta mañana por la mañana. — La verdad es que tenía buena pinta, no podía negar que era buena cocinera. ¿Eso que olía era calabaza?—. Me la hacía mi madre cuando estaba resfriada de pequeña, ayuda a dormir.

De mala gana cogí la cuchara y probé la sopa mientras Melisa se quedaba a supervisar que me la tomaba. Mi estómago rugió enfadado, no había notado la ausencia de alimentos hasta ese momento. Mel sonrió satisfecha al escucharlo. Una vez me acabé el cuenco, mi amiga se permitió quitarme los ojos de encima.

—Estaré leyendo en el salón si me necesitas en algún momento —añadió antes de marcharse.

Cuando la habitación volvió a quedar a oscuras, regresaron las imágenes de Ryan, impidiéndome dormir una vez más. ¿Cómo podía sentirme tan sola y tan desgraciada? No tenía ningún sentido, ni siquiera había sufrido la mitad con Rubén. ¿Qué me había pasado? ¿Qué me había hecho? Sentía que jamás volvería a ser la misma sin él. Era como si fuera a desfallecer si él ya no me sostenía.

La sopa milagrosa de Mel comenzaba a hacer efecto. Sentía cómo los párpados iban cayendo pesadamente y el agotamiento iba ganando la batalla a los pensamientos. Pronto las imágenes fueron volviéndose turbias y borrosas, dando paso a un estado de relajación absoluta. No quería despertar, me quedaría ahí para siempre.

El pasillo que tenía delante exactamente igual que el anterior. Maldita sea, estaba perdida y las filas y filas de setos amenazaban con volverme loca. Por más caminos que recorría, no lograba encontrar la salida. La luna, álgida en el

cielo, apenas iluminaba la densa capa de follaje que me rodeaba. Se escuchaban solo el viento meciendo las hojas y mis pasos acelerados sobre la hierba descuidada.

La respiración agitada y el corazón desbocado me mostraban el camino al desequilibrio. Alguien me seguía, me atormentaba y no podía escapar. No estaba sola, sabía que me observaban, su risa me perforaba los pasillos mi cabeza.

Yo corría y corría, no podía parar, tenía que escapar. Pero ¿de quién? Las espinas de los arbustos me arañaban las muñecas al pasar como cuchillas enfurecidas. Nada me importaba, ni el dolor, ni la sangre que emanaba de mis heridas. La presencia estaba cerca, a la vuelta de la esquina.

Un frío helado me recorrió la nuca, erizando cada uno de mis vellos, me sentía como un ratón de laboratorio, encerrado en un laberinto sin fin. Me di la vuelta para volver por donde había venido, pero un seto había crecido sin que yo lo escuchase siquiera, bloqueando el pasillo que acababa de atravesar segundos atrás. Traté de ir hacia mi izquierda, otro inmenso seto creció en ese mismo lugar, y a mi derecha, de pronto ramas desbocadas se alzaban frente a mí. Querían apresarme. Estaba atrapada, era el fin. No pude hacer nada más que gritar.

La angustia me despertó de golpe. Mi respiración estaba tan acelerada como mi pulso y el calor invadía todo mi cuerpo. Me incorporé con la intención de poder coger aire con más comodidad, pero hubo algo que me arrebató del todo el aliento.

La ventana que daba a la escalera de incendios estaba abierta de par en par, había notado el frío que entraba por ella a raíz de mi sueño. Pensé que probablemente Melisa se la habría dejado abierta en un despiste, pero, cuando miré su lado de la cama, ella no estaba allí, las sábanas seguían intactas. Sin embargo, no estaba sola. Repentinamente, mis músculos se pusieron en alerta.

Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, fui capaz de percibir una silueta oscura junto a la ventana. ¿Ryan? No, esta sombra era más delgada, daba la impresión de ser un cuerpo más alargado, aunque más pequeño que el suyo. Fuera quien fuera, mi instinto me urgía a correr, pero mis piernas se negaban a hacerlo.

—No entiendo qué ha podido ver en ti, eres patética incluso en tus sueños — me dijo la voz de la silueta—. Tienes suerte de que me hiciera prometerle que no te haría daño, aunque no dijo nada de atormentarte. —Sin duda, se trataba de alguien a quien había escuchado antes, Ash.

Avanzó con lentitud hacia la cama, los rayos de escasa luz que entraban por la ventana cayeron momentáneamente sobre su rostro y vi sus gélidos ojos azules. Si la primera noche que la había visto me habían parecido fríos, esa noche eran glaciales. Me pegué al cabecero de la cama como un animalillo indefenso ante una encerrona de su depredador.

—Bingo, soy un depredador, ya lo sabes. Y sí, antes de que digas nada, puedo entrar en tu cabeza —me decía sonriente, con sus colmillos afilados como si estuviera acechando a una presa. Alargó el brazo cuando estuvo a mi altura hasta acariciarme el cuello con cinismo. Con un valor que no pude explicarme, le aparté la mano sin vacilar—. No me extraña que tu ex te dejara por otra, no sabrías ver algo bueno ni aunque lo tuvieras delante. Te mereces estar sola.

—Vete —logré decir.

—¿O qué? ¿Sacarás un crucifijo? Eso no funciona, lo lamento. —Empezó a reírse—. Ni siquiera sabes dónde te has metido.

—Me da igual. ¿Quieres acabar conmigo? Muy bien, hazlo, no me importa, nada me importa.

—No te voy a hacer ese favor, al fin y al cabo, hice una promesa. Pero no creo que a los demás les haga ilusión descubrir que alguien como tú sabe que existimos. Ellos no han prometido nada.

—Te repito que no me importa —dije al tiempo que fui capaz de coger valentía y ponerme en pie para plantarle cara. No sabía cómo, pero había perdido todo tipo de temor hacia ella.

—¿Qué me vas a hacer, niñita? —Me superaba en altura perfectamente por una cabeza y media y estaba convencida de que, aunque no fuese mucho más grande que yo, también lo hacía en fuerza.

—No tengo intenciones de hacerte nada, deberías saberlo. ¿No podías entrar en mi cabeza? ¿Por qué no indagas un poco más y ves por ti misma que nada me importa ya? —Trataba de mostrarme igual de fría que ella, aunque se me quebró la voz al final.

—Me aburre tu actitud de valiente cuando no eres más que una cobarde —espetó con rabia—. Habrás seducido a Ryan, pero a mí no puedes engañarme, las tías como tú al final terminan rindiéndose. No alargues lo inevitable.

Sus palabras revolucionaron mi fuero interno y la empujé, sin conseguir moverla ni un centímetro. Quería que acabara con todo, no podía soportarlo más. Ella me sonrió con desprecio.

Por debajo de la puerta de la habitación entró una luz que hizo que la imagen del dormitorio se envolviese en sombras. Probablemente sería Melisa. Si las

demás hubiesen regresado, habría sido imposible que no me despertasen con su bullicio. Arrastraba los pies por el pasillo camino a nuestro cuarto.

Súbitamente, dejé de notar el frío entrando por la ventana, miré en su dirección y estaba cerrada. En la habitación ya no quedaba nadie conmigo, únicamente estaba yo plantada en medio de la sala, de pie, encarando a la nada.

Capítulo 15

¿Cuánto tiempo había dormido? ¿Había venido Ash por la noche o lo había soñado? Ya no sabía diferenciar lo que era real de lo que no, mi mente estaba sumida en la confusión. ¿Y si solo era una mala jugada de mi inconsciencia todo aquello? ¿Y si Ryan no era real y simplemente estaba volviéndome loca? Pero no, cuando me levanté de la cama, vi mis cosas y las de Melisa donde las habíamos dejado al regresar a Nueva York desde Las Vegas, todo estaba exactamente en el mismo sitio, como si nadie se hubiera atrevido a modificar el entorno que me rodeaba.

Miré a la escalera de incendios, la ventana continuaba sellada. Escuchaba cómo, a través de la puerta cerrada del dormitorio, mis amigas hacían ruido en la cocina, voces entretenidas hablaban en armonía. Había una voz que no era de las chicas, una masculina que sabía que no era la de Ryan, la habría reconocido enseguida.

Con una lentitud impropia de mí, me vestí, me aseo en el baño y fui hacia donde mis amigas mantenían una conversación más o menos amena, al menos, a mí me lo parecía. Al llegar al salón, todas las miradas se dirigieron hacia mí, preguntándome cómo estaba sin decir nada. Odiaba ser el centro de atención. El olor a café me despertó por completo.

—Hola, Nati, he traído café y *bagels* —me saludó un Hugh risueño—. Pasaba por aquí y decidí haceros una visita, espero que no te importe.

—Siempre que vengas con café, serás bien recibido —dije recuperando parte de mi sentido del humor. Melisa me miraba satisfecha. Después de todo, llevaba prácticamente un día entero sin decir palabra alguna y sin salir de la habitación.

Agarré el vaso de papel que me ofrecía, agradeciendo que aún siguiese caliente, y me senté en uno de los taburetes de la barra americana. Raquel me acercó un plato con un *bagel*.

—¿Qué tal con Matt? —le pregunté queriendo no pensar en nada en particular.

—¿De verdad quieres hablar de eso ahora? —repuso algo confundida.

—¿Por qué no? Que yo no tenga suerte, no significa que no quiera que la tengas tú. —Me sentía increíblemente observada—. Vamos, no es la primera vez, chicas, se me pasará.

—Resultó no ser tan interesante como parecía en un principio y hemos quedado como amigos —contestó con sinceridad, encogiéndose de hombros.

—Qué pena, Raquel, se os veía bien —le dije—. Al menos habéis quedado como amigos, eso es importante.

—Dudo mucho que volvamos a hablar cuando volvamos a casa, así que no merece la pena dedicar mucho tiempo a pensar en ello.

—Oye, Hugh, ¿cómo conociste a Ash? —le pregunté cautelosa.

—Oh, en el trabajo. Hemos coincidido en algún que otro proyecto. Es muy eficaz en lo que hace —respondió llevándose un *bagel* a la boca. Ciertamente, su contestación no me satisfizo demasiado, pero decidí dejarlo correr.

—¿Y cuánto tiempo lleva enamorada de Ryan? —Por algún motivo, mi pregunta le hizo atragantarse.

Me di cuenta de que no solo había pillado de improviso a Hugh. La pregunta parecía coger por sorpresa a todos los presentes. El hombre tosió antes de poder volver a hablar.

—¿Ash enamorada de Ryan? —Dio un sorbo a un vaso de café para recomponerse un poco—. No sé qué te ha podido dar esa impresión, pero estás muy equivocada.

—No creo que me equivoque, siempre va con él y sé de primera instancia que me odia. —Bebí tranquilamente de mi vaso, ya nada parecía alterarme—. Me dijo textualmente que no me lo merecía, eso solo lo dice una mujer enamorada. Lo que no sé es por qué él no siente lo mismo.

—Créeme, nada le daría más asco que estar enamorada de su mejor amigo.

—Lo siento, pero no, no me lo creo —dije sin más—. Que lo disfrute, yo me quité de en medio.

Hugh parecía bastante incómodo con la conversación. Aun así, carraspeó y añadió unas palabras más.

—Te equivocas, Nati, a Ash... —No sabía cómo proceder—. Ash es... Joder, no debería decirte nada, no es cosa mía.

—¿Decirme qué, Hugh? Me estás poniendo bastante nerviosa. —Me había vuelto brusca al hablar, quería que se dejara de rodeos de una vez—. Sea lo que sea, suéltalo.

—A Ash le gustan las mujeres. Y mucho —soltó secamente.

—¿Qué? —Estaba perpleja, debía estar diciendo eso solo para que me callara.

—¿Recuerdas la noche que nos trajeron en coche? Cuando se fue, la estaba esperando una mujer que no le quitaba los ojos encima, se marcharon juntas —aportó Melisa con mofa a la conversación.

—Pareces algo molesta con el tema, Melisa. ¿Eres... homófoba? —preguntó

un ignorante Hugh.

Los ojos de mi mejor amiga estaban a punto de salirse de las órbitas ante semejante acusación. No obstante, Lara intervino sin darle tiempo a contestar, evitando así que se desencadenara un huracán.

—Haya paz, señores. —La médica le puso a Melisa una mano sobre el hombro para tranquilizarla—. En esta casa no hay homófobos, Hugh, no te preocupes.

Al margen de la conversación, yo había tomado una decisión. Después de comer, cogería un autobús a Brooklyn. Iba a dejarle una nota de despedida a Ryan en la puerta de su casa, así no pasaría por el dolor de verlo, pero al menos podría decirle lo que pensaba sin derrumbarme.

—Hugh, ¿cómo puedo llegar hasta Flatlands en transporte público? — Interrumpí la conversación. Todos los ojos se fijaron en mí, todas sabían lo que me esperaba allí y querían impedirme ir a esa zona de la ciudad.

El metro fue el medio de transporte más rápido para llegar. Había conseguido ir sola diciendo a mis insistentes amigas que tenía que firmar los papeles del divorcio, que no quería una demanda por abandono del hogar.

El camino se me había hecho desmesuradamente largo, estaba muy nerviosa, pronto se haría de noche y no quería encontrarme con él allí, o aún peor, con Ash. Quería tener la ventaja de poder irme sin que me vieran.

Había escrito una carta dándole las gracias por haberme hecho feliz, aunque solo fuera unos instantes. Tardé mucho en poder escribirla, pero finalmente dejé que hablara el corazón.

Querido Ryan:

A pesar de que el destino no quiera que estemos juntos, quiero que sepas que esos días junto a ti han sido los mejores de mi vida. Lo nuestro era un amor imposible por infinidad de razones: continentes nos separan e incluso la biología está en nuestra contra, pero, aun así, deberías saber que he sido tremendamente feliz a tu lado. Me he sentido mujer y eso te lo agradezco enormemente. Tarde o temprano me olvidarás, es inevitable que el tiempo juegue su papel. Yo siempre recordaré que me devolviste las ganas de vivir. Espero que seas feliz.

Con cariño, Nati.

Sentía que no le decía todo lo que quería en esa nota. Me habría encantado poner en ella que me estaba enamorando de él y que, a pesar de que me había

devuelto las ganas de vivir, sin él no quería hacerlo, que jamás volvería a sentir lo mismo por nadie más y que tenía un vacío en el pecho que no me dejaba respirar. Pero no sería justa con él, tenía que dejarlo ir, no teníamos futuro. Él seguiría existiendo mucho después de que yo muriera.

Al salir de la boca de metro, comencé a caminar en dirección a la casa, o al menos en lo que yo creía que era la dirección correcta. Maldita sea, ¿en qué estaba pensando? Solo había ido una vez, me sentía tremendamente perdida, sola, en un barrio que no parecía ser de muchos amigos. Quizá tendría que haberme quedado en el apartamento, la noche ya estaba a punto de caer, el cielo comenzaba a oscurecer y el aire cada vez era mucho más frío.

Pandillas de jóvenes bailaban en las calles. Algunos me miraban con caras amenazantes. Me sentía como una mancha en una camisa blanca, completamente fuera de lugar. Seguí avanzando por calles mal iluminadas en las que todas las casas se parecían mucho las unas a las otras, roídas por el tiempo. De vez en cuando, pasaba ante un jardín cuyo perro guardián no dejaba de ladrar y ocasionaba que mi corazón se acelerara de tal manera que pensaba que en cualquier momento se pararía de un infarto.

A pesar de lo diferente que era el escenario, las sensaciones que recorrían mi cuerpo eran extrañamente similares a las del sueño que había tenido esa noche. Me sentía observada y perseguida, aunque no se escuchaban más pasos que los míos a mi alrededor.

Me limitaba a girar en las esquinas que parecían sonarme un poco. Lo cierto era que la velocidad de la moto no me había permitido observar demasiado el distrito, pero, con suerte y guiándome por los carteles luminosos de algunas tiendas, encontré el pequeño parquecito que había visto al otro extremo de la calle en la que estaba la antigua casa del que había sido mi marido durante menos de veinticuatro horas. Estaba desierto y los columpios se movían con el viento.

Al final de la calle, entre dos casas en las que las luces estaban apagadas, se encontraba la desgastada construcción en la que había estado hacía dos noches. Tampoco en ella parecía haber nadie, lo que me suponía un gran alivio.

Abrí la cancela metálica, que chirrió, y subí los dos escalones que me llevaron a la puerta. Durante mi primera visita a esa casa, no me había fijado en el felpudo que daba la bienvenida a quien se acercase a él. Me pareció un buen sitio donde dejar encajada la carta, así la vería y no se volaría con el viento frío de las noches neoyorquinas. Al inclinarme para depositar allí mi despedida, noté cómo un sudor frío me recorría toda la espina dorsal. Había alguien detrás de mí.

—No es un buen sitio para andar por ahí sola. ¿Y tus amigas? —El corazón se me había parado—. ¿Te han dejado venir sin compañía? ¿Y dónde está ahora tu perro guardián? —Estaba completamente paralizada mientras hablaba—. Ryan, Ryan... qué estúpido has sido dejando a tu mujercita deambular sola, sabiendo que teníamos cuentas por ajustar... —Me giré lentamente para ver quién me hablaba. Jamás había visto a aquel hombre, pero el que estaba junto a él sí que me sonaba. ¿Qué demonios?

—Hola, pajarito. ¿Me recuerdas? —Era Taylor, el asqueroso vaquero del sombrero negro, con un brillo diferente en los ojos.

Sin entender lo que había pasado, me caí de bruces sobre el felpudo al que me había inclinado.

—No es demasiado difícil modificar los pensamientos de una mente humana, ¿sabes? El agente que arrestó a Alexander... entendió que era mejor dejarlo en libertad. Después me sirvió de cena —continuó el hombre siniestro al que no conocía.

Era curioso, el aspecto del susodicho no era del todo amenazador, era alto y delgado, vestía con ropa elegante, pero nada de trajes. Sus ojos eran de un color negro muy profundo.

—Verás, Natalia, creí oportuno regalarle la inmortalidad a este imbécil —dijo relamiéndose los dedos. Poco a poco, sus palabras iban encajando en mi mente.

—Oye, ¿cómo que imbécil? —se quejó el ofendido. El desconocido le golpeó la cara con el dorso de la mano.

—¡Cállate mientras esté hablando! —le gritó—. No te atrevas a interrumpirme o, de la misma manera que reviviste, morirás. —El vaquero, que seguía llevando el mismo atuendo de la noche que le había visto, se calló inmediatamente—. Como te decía, creí oportuno que este individuo hiciera mi trabajo sucio. Tenía que vigilarte ¿sabes? Ryan me habría encontrado enseguida. —Parecía pensar en algo—. Nadie se mete en mis negocios para destrozarnos y sale impune.

—¿Y qué tengo que ver yo con todo esto? —pregunté con el poco valor que pude reunir.

—Roisín era mía y él se la llevó de mi lado —continuó con la historia que tenía en su cabeza, ignorando por completo mi pregunta. Yo solo podía observar y temblar al mismo tiempo, algo en él me generaba un pavor inexplicable—. Él no entendía nuestro *luadhadh*, por eso la apartó de mí, pero era mía y ese inútil no tenía derecho alguno a quitármela. —El tono con el que hablaba rozaba la psicosis—. Ojo por ojo, diente por diente, ¿no crees?

El hombre había ido acercándose a mí a medida que iba hablando, estábamos a escasos centímetros el uno del otro. Apeataba a alcohol y naftalina. Se inclinó lo suficiente como para llegar hasta mi oreja y entonces susurró:

—Tu *luaidh* debe de estar a punto de llegar. Quiero que vea cómo me voy contigo.

En ese momento, el pánico me invadió. A aquel lunático no le importaba en absoluto la vida de nadie, primaban sus intereses y, por alguna razón que no había llegado a entender, quería hacerle daño a Ryan.

Mi primer instinto fue intentar abrir la puerta de la casa para encerrarme en ella, pero la llave estaba echada. Tan pronto como intenté moverme, se me echó encima el vaquero, impidiendo cualquier movimiento que quisiera hacer.

—Yo no intentaré escaparme, querida, te alcanzaría con rapidez y no me gustaría tener que enfadarme —me dijo el lunático. Ignorando su amenaza disfrazada de consejo, traté de huir dando golpes al asqueroso vaquero por donde pudiera.

—Maldita sea, estate quieta.

A lo lejos, logré escuchar el motor de una moto.

Sin más dilación, las manos del desconocido me agarraron con fuerza del pelo y la nuca, justo cuando la moto negra de Ryan se paró frente a la verja de entrada a la casa. Podía sentir la embriaguez que le producía la situación.

Alexander Taylor, que con sus rápidos movimientos había perdido el sombrero, se plantó como un árbol entre mi marido y nosotros.

—Suéltala, James, o te haré a ti lo mismo que le hice a tus amiguitos la última noche que viste a mi hermana —dijo Ryan con un tono de voz que no pretendía sonar amistoso en absoluto.

—Encárgate de él, Taylor —ordenó el tal James.

Un fuerte dolor me había acometido en la parte trasera de la cabeza. Todo se volvió negro a partir de ese momento.

PARTE DOS: LA BÚSQUEDA



Capítulo 16

Había decidido no pasar por mi ático cuando regresé de Las Vegas. No tenía fuerzas. Mi conversación telefónica con Ash no me había ayudado lo más mínimo, así que fui directo a la casa de Brooklyn. Quizás estar un rato en compañía del recuerdo de mis padres me calmaría un poco, aunque no estaba seguro de que los últimos momentos vividos allí me ayudaran a hacerlo. Ella estaba aún muy presente en esa casa... tanto que aún podía olerla, incluso después de tantas horas.

¿Por qué coño me habría mezclado con una humana? Ash había tratado de advertírmelo a lo largo de estos días. Los botellines de las cervezas que había tomado con Natalia aún seguían allí. Al verlos, recordaba su sonrisa, cómo se movía nerviosa sobre el sofá y se frotaba las manos tratando de disimularlo. Vi cómo el carmín de sus labios se había quedado impreso en la boca de la botella.

Cogí los botellines con rabia y los lancé al interior de la chimenea deseando no haber ido al Dead End aquella noche, aquella en la que la había visto en los baños. Maldita sea, supe que era ella desde que la vi sonreír por primera vez con aquellos imbéciles que andaban con Hugh.

Pero la seguridad de un final feliz era mentira, el *luadhadh* que yo sentía por ella no era correspondido. Nadie podía ignorar la conexión cuando aparecía. Cuando la sentías era como si tu corazón no funcionara sin la otra persona, como si cada constelación, cada molécula, cada cosa, no tuviera sentido sin ella. Por todo eso, sabía que ella simplemente no me amaba, era imposible que lo hiciera y hubiese podido dejarme como lo había hecho.

Dios, incluso en aquellas circunstancias... quería que volviera.

No aguanté en la casa de mi infancia ni diez minutos. Esta vez los retratos de mi hermana pequeña no me consolaron, estaba seguro de que nada podría hacerlo, así que me fui de allí para acabar una noche más en el Dead End, aunque esta vez no como un mero espectador.

La música árabe que se repetía cada tres noches en el local me aburría. Había llegado a un punto en el que ya no la escuchaba, ni siquiera me daba cuenta de ella. Todas las malditas noches eran igual. Además, el sitio ya no me parecía lo mismo si no podía ver allí a Natalia. Jamás volvería sabiendo que yo estaría allí.

Tarek estaba delante de la puerta donde habitualmente teníamos nuestras reuniones. Me imaginaba que Ash ya estaría dentro. Antes de entrar, pedí un *whisky* que me tomé de un solo trago, la noche iba a ser larga y yo quería estar

borracho. Cuanto antes mejor.

En efecto, Ash estaba sentada cómodamente en uno de los sillones, cigarrillo en mano, como siempre, y con las piernas cruzadas por la rodilla. La pequeña habitación olía demasiado a tabaco para mi gusto, pero era algo a lo que ya me había acostumbrado. Pedí otra copa antes de encaminarme hacia ella.

—Menuda cara traes, das pena —dijo en un tono que no pude distinguir del todo, creí notar en él algo parecido a la decepción. Me senté en el mismo sillón y no le contesté, no me encontraba de humor para sus burlas—. Vaya, has perdido hasta la educación, no te molestas ni en saludar.

—¿Qué quieres, Ash? No estoy para tus sarcasmos esta noche, solo quiero que pase rápido, ya me darás la charla mañana.

—Por favor, cuánto patetismo acumulado —se mofó—. ¿Quién eres y qué has hecho con Ryan?

Sus comentarios no hacían sino empeorar las cosas, nunca había sido demasiado asertiva. La miré de reojo, apático, me daba igual si le molestaba o no, me daba igual todo.

—Déjalo ya, Ash, vete por ahí a buscarte alguna rubita —le sugerí—, hoy quiero estar solo. —Llamé al camarero para que me rellenara el vaso, pues había acabado con su contenido una vez más.

Por lo general, nos servíamos nosotros mismos si estábamos dentro, pero esta vez había visto mi expresión al entrar y no iba a decir nada al respecto. Me quedaría allí, bebiendo y a la espera de que acabara aquella espantosa noche.

—Mala suerte para ti. —La miré de reojo, expectante—. Esta noche ya me he desquitado lo suficiente. —Apagó la colilla del cigarrillo en el cenicero y, para mi desgracia, volvió a hablarme—: Sabes que no ibas a sacar nada bueno de ahí, las relaciones estables con humanos solo nos traen problemas y no suelen funcionar.

—No quiero hablar del tema y, sinceramente, no me importa lo que puedas opinar al respecto.

—Uf, sois los dos igual de deprimentes. —Se levantó y se dirigió a la puerta con intención de marcharse.

—¿Cómo has dicho? —Mi pregunta la paró en seco—. ¿Cómo que los dos? ¿Qué has hecho, Ash? Te dije que no te acercaras a ella.

—Solo mantuvimos una conversación relajada y distendida en su habitación —repuso sonriente, satisfecha por haber conseguido alguna reacción por mi parte—. Llevaba un pijamita muy sexy y tenía unas piernas preciosas, no me extraña que la quisieras en tu cama.

De no haber sido por la amistad que nos unía, podría haberle partido el cuello en ese mismo instante sin importarme que fuera una mujer. Tratando de contenerme por no empezar una brutal pelea, vi cómo se marchaba de la habitación. No obstante, preso de una furia que no podía controlar, fui tras ella. Iba a exigirle una explicación, había sido lo suficientemente claro cuando hablamos por última vez: no quería que le hiciera más daño del que yo podía haberle ocasionado ya.

Tras la barra, vi cómo una rubia bastante alta pedía algo al barman que me había servido los *whiskies*. Durante un instante, recé para que Ash se fijara en ella y se marchase, así no tendría que empeorar la situación entre nosotros, pero reaccioné en cuanto la rubia se dirigió a mí.

—¿Se puede saber qué demonios haces tú aquí? —me preguntó Melisa con brusquedad.

—¿Cómo dices? Vengo aquí todas las noches —respondí—, y, por si aún no lo sabías, tu amiga me dejó muy claro que no quería volver a verme. —Volví a pedir otra bebida—. ¿Qué haces *tú* aquí? ¿Y Nati? ¿Está...? —Alcé la vista para intentar localizarla. Ella parecía extrañada.

—En Brooklyn, contigo, intentando anular este absurdo matrimonio. —No sabía qué me había sentado peor, su comentario o que Natalia realmente hubiera ido a buscarme a mi antigua casa con esa intención.

—Obviamente, con él no está, ¿no te parece, rubia? —intervino Ash—. Tu amiga te habrá mentido y se habrá ido a buscar a otro al que engañar. —Esto no iba a tener un buen desenlace.

—¿Perdona? —Melisa contestó completamente seria y fría—: Mira, morena, no sé qué te habrá contado este imbécil, al que le dije que le partiría la cara si hacía llorar a mi mejor amiga, pero una cosa te voy a decir. Si tuvimos que gastarnos el presupuesto casi al completo de este viaje para volver de Las Vegas cuando se cansó de jugar con ella, no fue precisamente por capricho ni por otro tío. Fue porque *esto* —dijo señalándome de arriba abajo—, fue un error. —Definitivamente me molestaban mucho más las palabras de Melisa que las de Ash. Harían una buena pareja, las dos resultaban igual de insoportables.

—Yo no me harté de ella, Melisa —dije soltando todo el aire que tenía en los pulmones—. ¿Y dices que fue a Brooklyn? ¿Hace cuánto? —Sin saber el motivo, estaba ansioso, mis instintos me decían que algo no iba bien—. ¿Con quién fue?

—No hace más de una hora. Fuimos con ella hasta la parada de metro, pero insistió en ir sola, nos dijo que había quedado contigo.

Sin escuchar lo que pudieran seguir diciendo ninguna de las dos, saqué el teléfono del bolsillo de la chaqueta y llamé al número de Natalia, pero no hubo respuesta alguna, ni siquiera tenía señal. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, algo no iba bien. Podía sentirlo ¿O simplemente no quería hablar conmigo?

—Melisa, ¿has llamado a Nati desde entonces? —pregunté con ansiedad en la voz, Ash notó claramente mi angustia.

—Le dije que me escribiera un mensaje en cuanto estuviera contigo, pero aquí no siempre me va bien la cobertura —respondió mirando su dispositivo—. De todos modos, de poco serviría que me lo hubiese mandado, estás aquí.

No le di tiempo a decir nada más, me encaminé directamente a la salida de emergencia que daba al callejón, donde tenía aparcada mi moto. Al parecer Ash me había seguido hasta la calle.

—¿Qué pasa, Ryan? Voy contigo —dijo con cierta preocupación en su siempre impasible rostro.

—No, Ash, tú ya has hecho bastante, voy solo.

Tras estas últimas palabras, me subí a mi Ducati y arranqué como alma que lleva el diablo, dejando atrás a una Ash confundida. Algo en mi interior me decía que Natalia estaba en peligro, tenía la misma sensación que cuando ese desgraciado se había llevado a mi hermana Roisín.

Preso de un pánico inverosímil, puse mi moto a doscientos kilómetros por hora, tenía que llegar a Brooklyn cuanto antes y quitarme aquella amarga sensación. De pronto recordé una imagen, la de Natalia frente al lago de Central Park, sonriendo mientras contemplaba los edificios de Manhattan cuando, sin darse cuenta, dijo que podría quedarse toda una vida así.

Ahí supe que era mi *luaidh* y que aquel siglo de soledad había sido porque estaba esperándola sin saberlo. Me negaba rotundamente a perderla, ahora que por fin lo había la había encontrado.

El metro tardaba cerca de una hora y media en llegar desde Manhattan hasta Brooklyn, yo tardaría cerca de veinte minutos en aparecer, con la rapidez a la que iba. Debería encontrarla allí, tenía que estar allí.

En cuestión de minutos, me vi atravesando el puente a una velocidad cada vez más reducida, no quería atropellar a nadie en Flatlands. A pesar de que normalmente tenía unos reflejos increíbles, ahora estaba histérico y no estaba seguro de poder controlarme, tan solo era capaz de visualizar una cosa: a mi *luaidh*.

Al llegar, pude distinguir frente a la puerta de la casa a tres figuras: una en pie, otra encima de... ¡No! ¡Maldito bastardo! ¡Iba a arrancarle las manos!

Tiré la moto al suelo al bajarme bruscamente de ella. La sangre me hervía por segundos al acercarme a la casa de mi infancia, mataría a todo aquel que se interpusiera en mi camino y tenía pensado algo peor que la muerte para aquel desgraciado.

—Suéltala, James, o te haré a ti lo mismo que le hice a tus amiguitos la última noche que viste a mi hermana. —Sentía el miedo de Natalia en mis propias carnes.

Las lágrimas que le caían por las mejillas me helaban la sangre. Estaba en aquella situación por mi culpa y eso me hizo palidecer. Me destrozaba verla tan indefensa en manos de aquel malnacido. Iba a matar a ese desgraciado, debí haberlo hecho hacía ya mucho tiempo.

—Encárgate de él, Taylor. —Tras esas palabras dichas por la boca del malnacido, el asqueroso vaquero se dirigió hacia mí.

Me resultó sencillo acabar con él, solo hicieron falta unos cuantos puñetazos para dejarlo inerte en el suelo como la escoria que era. Todo iba bien hasta que sentí cómo el corazón se me paraba en seco. James entraba en un Mercedes granate con el cuerpo inerte de Natalia.

Sentí cómo mi cuerpo perdía la fuerza, cómo todo mi mundo se venía abajo en cuestión de segundos; ese desgraciado había matado a mi *luaidh*. Derrotado, me dejé caer sobre mis rodillas, ya no podía hacer nada, había llegado tarde. Una mano se posó en mi hombro y me sostuvo. Nada me importaba ya, me daba igual si querían acabar conmigo.

—La encontraremos, Ryan, te lo prometo —sonó la voz de mi amiga Ash—. Y nos cargaremos a ese hijo de puta.

—He llegado tarde. —Era lo único que se repetía una y otra vez como un mantra en mi cabeza—. Ya no está.

—Siento no haber podido llegar antes —me decía—. Tenía que asegurarme de que su amiga no hiciera ninguna estupidez, es muy insistente.

El sonido de algo que se arrastraba me sacó de mi estado vegetativo, giré la cabeza para ver qué pasaba, aunque más por instinto que por intención de hacerlo. Ash ya tenía agarrado por la camisa al estúpido vaquero. ¿Acaso no había muerto? La ira volvió a mi cuerpo, tan rápido y tan fuerte que pensé que acabaría volviéndome un lunático como James.

—¿Qué demonios hacías aquí y por qué no estás en la puta cárcel?! —le grité al mismo tiempo que le golpeaba con rudeza el rostro, desencajándole la mandíbula tras el golpe—. ¿Por qué estabas con esa rata asquerosa de James?!

—Cálmate, Ryan, cojámoslo y llevémoslo al Dead End. De una manera o de

otra, cantará —dijo Ash.

—Dame una sola razón para que no te mate ahora mismo —decía ignorando por completo a mi compañera—, ¡una sola razón! Porque tengo muchas ganas de arrancarte la garganta. ¡Habla, maldita sea! ¡Habla o te mataré! —Lo levanté por el cuello de la camisa, dejando sus pies colgando sin tocar el suelo. —¡He dicho que hables, maldita escoria!

—¡Ryan, le has desplazado la mandíbula, no puede hablar! —me gritó Ash—. Mételo en el maldito coche y vámonos —me apuró—. Tarek se encargará de él, vamos, antes de que nadie nos vea. —Con un gruñido que me salió de las entrañas, lo empujé hasta el coche, no me importaba si le partía algún hueso en el trayecto.

Una vez en el interior del Ford Mustang de Ash, me aseguré de atar bien a ese bastardo, no podría mover ni una pestaña durante el camino. No iba a permitir que se escapara, tenía planeado para él más dolor del que pudiera imaginar y después haría lo mismo con James.

No descansaría hasta que consiguiera vengar la muerte de Natalia. Pensar en ella y su cuerpo deshecho en manos de aquel maldito bastardo me enajenaba por completo. Nada me haría parar hasta que la encontrara. No podía dejar que James se quedara con su cuerpo, le debía al menos un entierro digno.

Iría en la retaguardia, seguiría el coche de Ash desde atrás. Levanté mi moto del suelo, el retrovisor se había roto pero no me importaba lo más mínimo, en aquel momento lo único que deseaba era vengar la muerte de Natalia. Esos malditos bastardos pagarían por lo que habían hecho. Prefería mil veces el dolor de que no me amara a saber que ya... no respiraba, que no volvería a verla sonreír nunca más.

Me sacó de mi delirio ver cómo el Mustang negro comenzaba a avanzar por la calle a una velocidad más que moderada. Me sentía tremendamente irritado, quería correr con la moto, llegar cuanto antes al Dead End y soltar toda la ira que me estaba asfixiando, pero, en el fondo, sabía que eso no era una buena idea, debía tener la cabeza fría para encontrar a James. Seguí con calma a Ash por las calles de Nueva York hasta llegar al local.

Entramos por la puerta de emergencia con el tipo prácticamente colgando de nuestros hombros. Ash lo llevaba como si se tratara de un mísero borracho que no podía mantenerse en pie. Ella tenía muy en cuenta no llamar la atención de los humanos, sobre todo sabiendo que Melisa aún seguía por allí con sus amigas. Solo nos faltaba que pudiera reconocer al tipejo que traíamos auestas.

Le entregamos a Tarek al individuo y sin preguntas lo llevó al interior de la

sala de reuniones. Nos avisaría en cuanto recobrarla la consciencia para poder interrogarlo. Cuando traté de recobrar la compostura tras la barra, Melisa se encaminó hacia a mí llena de rabia y preocupación. No necesitaba mirarla para darme cuenta de lo disgustada que estaba conmigo.

—¿Por qué Nati no me coge el teléfono y por qué no está contigo? —Sabía que aquella iba a ser su primera pregunta—. Ryan, ¿dónde está mi amiga? —Al darme la vuelta y verle el rostro, se me partió el corazón.

Los ojos cuajados de Melisa reflejaban una angustia casi tan inmensa como la mía propia. No iba a ser capaz de decirle nada sin que se me notara, sabía que desde que abriera la boca para hablar, sería para decirle la verdad, por mucho que me doliera recordarla. Escuchaba los latidos de su corazón desbocado. Jamás quise que las cosas fueran así para ellas.

—Está con el abogado de Ryan en su casa, rellenando todos los papeles para el divorcio —intervino Ash—. Se quedará allí, esta noche.

—¿Cómo que se quedará allí? —Sus ojos pasaban con rapidez de la cara de Ash a la mía—. ¿Y por qué no me ha llamado para contármelo?

—Se quedó sin batería en el móvil, nos dijo que te avisáramos. —Ash se encogió de hombros—. Como se hará tarde, dormirá allí. Puedes quedarte tranquila, Ryan se quedará en mi casa, así no tendrá que verla —seguía mintiendo Ash.

La forma en la que mi amiga había hablado llegó incluso a molestarme. Nada me habría gustado más que poder volver a ver a Natalia, pero sabía que había dicho aquello con tal de sonar convincente. Melisa tenía ciertas dudas que se reflejaban en su rostro, aunque no hacía más preguntas. Parecía reflexionar sobre las mentiras de Ash y yo rezaba para que no sospechara nada y simplemente se las hubiera creído.

Pareció colar, pues se dio la vuelta y volvió con sus amigas sin añadir nada más. Estaban con ese pedante y modosito humano, Hugh. No entendía cómo Ash podía defenderlo continuamente, era un completo imbécil.

—Gracias —le dije sin más a mi amiga.

—Al menos así ganamos algo de tiempo.

—Podías haber actuado de otra manera, por eso te doy las gracias. —Me miró con un matiz algo extraño en los ojos.

—Quizás así no me sienta tan responsable de lo que ha pasado hoy. —Aprecié un arrepentimiento poco habitual en ella.

Tarek nos llamó.

—El pajarito está listo para cantar —nos informó. Genial, ese tipejo iba a

desear no haber nacido.

Capítulo 17

Ash decidió quedarse fuera, vigilando el local. Tarek era quién se encargaba normalmente de sacar la información a quienquiera que estuviera en la habitación, pero esta vez yo había insistido en estar presente, iba a realizar el interrogatorio personalmente.

La asquerosa rata de cloaca estaba sentada en la oficina de Anubis, la dueña del local. La llamaban así porque la muerte siempre andaba cerca de ella. Solía cedernos el despacho gustosa en ese tipo de ocasiones, ya que las paredes contaban con un sistema doble de insonorización y siempre que alguien sufriera, ella disfrutaba. Le gustaba que las personas que entraban en ese lugar gritaran.

Tarek había atado las muñecas del vaquero tras su espalda y los tobillos a las patas de la silla de madera, en una posición de lo más incómoda y antinatural. Sin embargo, a pesar de su situación de cautividad, no borraba del rostro esa sonrisa macabra que le había visto siempre que nos habíamos encontrado con él... Pronto se le borraría, me pensaba encargar de ello.

Nuestro colega El Egipcio le había hecho un apaño en la mandíbula con un paño para que pudiera hablar. El cerdo del vaquero ya estaba casi curado al completo. Tarek era nuestro curandero, por así llamarlo. Siempre que había que coser alguna herida o colocar algún hueso, ahí estaba él para hacerlo.

—Voy a darte la oportunidad de hablar antes de empezar a partirte todos y cada uno de los huesos de tu miserable cuerpo —advertí al preso—. ¿A dónde se la ha llevado? —dije arrastrando la otra silla que había delante de la mesa y sentándome frente a él.

—¿No te interesa más saber por qué me eligió a mí para ayudarme?

El aire de soberbia con el que hablaba me resultaba de lo más irritante, le habría vuelto a partir la boca en ese mismo momento de no haber necesitado que pudiera utilizarla para darme las respuestas que quería.

—La verdad es que no —respondí tajantemente—. No sé qué es lo que te habrá dicho el malnacido de James, pero lo cierto es que a él le importas lo mismo vivo, que muerto. Si no lo estás ahora es porque a mí me eres útil. Hasta que dejes de serlo, claro —Tras decirle esto último, pareció algo ofendido, como si no entendiera el porqué era un estorbo.

—Aunque consiguieras hacerme hablar, no lograrías salvar a tu putita. —Sin previo aviso, El Egipcio le golpeó entre las costillas, consiguiendo a su vez que el vaquero escupiera todo el aire que tenía en los pulmones.

—Verás, amigo... —Me levanté despacio de la silla—. Tanto si estás dispuesto a colaborar como si no, nosotros vamos a seguir preguntando. Tenemos todo el tiempo del mundo. Podrá ser a las buenas o a las malas, tú decides —iba diciendo al mismo tiempo que me dirigía al cajón del escritorio que se encontraba en el despacho—. Por supuesto, sería mucho más sencillo si colaboraras. —Lentamente, saqué un abrecartas del interior—. Pero tenemos otros métodos para hacerte hablar. ¿Qué me dices? ¿A las buenas o malas?

—Me encantan unos buenos azotes, y más de señoritas como tú —contestó provocándome.

Molesto por tener que estar perdiendo el tiempo con aquella sabandija, le clavé el abrecartas en la rodilla con un solo movimiento, perforándosela hasta el tendón. Su grito de dolor me resultó de lo más placentero, había sido como música para mis oídos ya que quería que sufriera por todo el daño causado a mi *luaidh*.

—Verás, la cosa es que no funciona así —dije—. Nosotros no damos azotes, somos... más creativos. Así que volveré a realizar la pregunta una vez más: ¿a dónde se la ha llevado? —El muy estúpido trató inútilmente de encogerse para tratar de quitar el abrecartas de su rodilla. Tarek hizo presión, hundiéndolo más aún. Se notaba el dolor que sentía, su cara lo reflejaba a la perfección—. Haré una cosa: por cada minuto que tardes en responder, volveré a hacer lo mismo en otras partes máspreciadas de tu cuerpo. ¿Qué te parece?

—Se me pone dura solo de pensarlo. —Antes de contestar, el tipo había hecho un esfuerzo por recomponerse.

—Muy bien, entonces. Tarek, que no vuelva a sucederle. —Muy lentamente, El Egipcio fue sacando el abrecartas. Podía escuchar el desgarrar de la carne al salir la hoja de la pierna. Con un solo corte, rompió el cinturón del desgraciado, haciendo que se le aflojaran los pantalones—. Nadie te oirá gritar, está todo insonorizado. —Me acerqué hasta su oreja—. Me encantará verte chillar. —Miré a El Egipcio—. Córtasela, Tarek. —Vi el pánico pasar a través de sus ojos mientras El Egipcio se las había apañado para poner el abrecartas sobre su entrepierna—. Por cierto, no está nada afilada, no creo que sea un corte limpio.

—¡Espera! ¡Para! ¡No sé dónde se la ha llevado, joder! —Tarek cada vez se acercaba más—. ¡Te juro que digo la verdad! ¡No sé dónde cojones está! —Lágrimas de desesperación empezaron a brotar de sus ojos—. Todo lo que sé es que quiere que vayas a por ella. No sé dónde la tiene escondida. —El Egipcio retrocedió unos centímetros. La rata hiperventiló y trató de apartarse, arrastrando la silla con él.

—Muy bien, vamos avanzando, solo un poco más. —Me coloqué más cerca de él—. Ahora cuéntame todos y cada uno de los detalles que sepas o me veré obligado a repetir la escena —le dije, esperando que comenzara a hablar. Vengaría la muerte de mi *luaidh* fuera como fuera.

—Lo único que sé es que ese tío está obsesionado contigo, dice que le quitaste lo que era suyo y él hará lo mismo contigo.

—No me estás contando nada que no sepa —empezaba a desquiciarme.

—Creo que quiere hacer un trueque contigo.

—¿Qué puede querer esa sabandija de mí?

Me había extrañado sobremanera esa información. A James, lo único que le importaba era él mismo y hacerse con unas cuantas hembras que dieran guerra en sus combates. Desde hacía años organizaba peleas ilegales entre vampiras. Las hacía pelear hasta la muerte, siempre y cuando no se le antojara alguna de ellas. Había empezado con aquella práctica poco después de la muerte de Roisín.

—Quiere a la zorra que tienes por amiga, dice que sería una candidata estupenda para las peleas. —Empezó a reír como los locos, incluso salivando, resultaba repugnante.

—Jamás entregaré a Ash. Ya puede ir olvidándose de hacer ningún trato. Y ahora tú has dejado de serme útil. Tarek, apártalo de mi vista —dije al mismo tiempo que me ponía en pie.

Ese vaquero había acabado con mi paciencia y ya no quería saber nada más de él ni de James, ni de nadie. El Egipcio, aún con el abrecartas en la mano, se fue acercando y las risotadas del desgraciado aumentaron en volumen.

—¿Ni siquiera la entregarás a cambio de tu putita?

—¿Cómo has dicho? —Frené en seco. ¿De qué coño estaba hablando ese cabrón?—. ¿Qué has querido decir? Natalia está muerta, cuidado con lo que juegas —amenacé, harto de sus sandeces.

—No está muerta, estúpido —respondió casi molesto. La ira se apoderó de mí al escucharlo, haciendo que le golpeará en la cara con fuerza. Aprecié cómo su boca comenzaba a llenarse de sangre. Volvió a reír, ese tipo estaba completamente loco o estaba buscando su propia muerte—. La tiene retenida en algún lugar. No me dijo dónde, solo que tarde o temprano irías allí. Sabía que me traerías aquí y que intentarías hacerme hablar. —Tosió—. Así que te daré su mensaje: Si en tres días no le das a tu amiguita, ella morirá

Sus risas demoníacas retumbaron por toda la sala. Mi cuerpo y mi mente estaban en *shock*, tratando de asimilar lo que había escuchado. Tarek dejó inconsciente de un solo golpe al vaquero.

¿De verdad Natalia estaba viva?

Me dejé caer sin fuerzas sobre el sofá de cuero negro de la sala. No podía creerlo. ¿En qué condiciones estaría? ¿Dónde? ¿Qué le habría hecho James?

Era un maldito hijo de puta, iba a matarlo con mis propias manos.

¿Y cómo coño iba a encontrarla sin vender a Ash? Como si hubiese entrado en mi mente, la puerta se abrió, dando paso a mi querida amiga y haciendo que me sintiera aún más en una encrucijada, ¿debía decírselo?

—Veo que os habéis encargado de él. —Dirigió una mirada insustancial al cuerpo inconsciente del vaquero—. ¿Os ha dicho algo?

—Me temo que no demasiado —dijo El Egipcio con voz grave y con su característico acento.

—¿Y por qué tiene este cara de haber sufrido un ataque?

—Natalia está viva —dije sin mirar a ninguna parte en concreto.

—Debí imaginármelo —se dijo—. ¿Has conseguido averiguar dónde la tiene?

La decisión en sus palabras me reconfortaba, pero no podía decirle todo lo que había averiguado. Primero buscaría a esa escoria por mí mismo, jamás vendería a Ash, no podría vivir si hiciera algo así.

—Ryan, ¿qué ocurre? —me preguntó

—Nada, necesito pensar, me voy a Brooklyn. —El Egipcio me miró con cierto reproche en la mirada.

Sabía que no estaba de acuerdo con que le ocultara información, pero también sabía que él no le diría nada. Era la primera vez que no le contábamos algo a Ash. Entre nosotros nunca había habido secretos.

—De acuerdo —dijo Ash vacilando—. Me llevaré a este desgraciado de aquí, me encargaré de él. Después de eso, pondré a mis contactos a trabajar. —Se acercó con paso firme hacia mí y apoyó la mano sobre mi hombro antes de que me pusiera en pie—. La encontraré, te lo prometo, y jamás incumplo una promesa —me dio su palabra—. Esté donde esté, no habrá rincón de esta ciudad donde no la busque.

Tras estas palabras que trataban de ser alentadoras, me marché. Necesitaba poner espacio entre nosotros y pensar. Me subí pesadamente a mi moto y volví a la casa de mi infancia, donde intentaría aclarar el caos que se había formado en mi cabeza. Quedaba poco tiempo para que amaneciera, no me quedaría más remedio que quedarme en la casa hasta que volviera anochecer. Me inquietaba perder tanto tiempo, más sabiendo que Natalia estaba en manos del lunático de James.

Por fortuna, había asegurado bien el sótano de la casa para que no entrara ningún rayo de sol sería como estar en un búnker. Sería un día tremendamente largo para mí, no podría dormir sabiendo que ella estaba viva y sufriendo. Al llegar a la calle de mi casa en Flatlands, cada vez me sentía más angustiado, no podía quitarme de la cabeza la imagen de ese desgraciado llevándose inconsciente a Natalia.

¡Estúpido de mí por no haber ido tras él!

Metí la moto en el jardín privado de la parte delantera de la casa. La maleza había crecido notablemente en él y cubría gran parte de las ruedas. Al llegar a las pequeñas escaleras de la entrada, vi que, en una parte del jardín, donde el césped estaba tremendamente alto y enredado entre sí, había algo, algún tipo de objeto. Me acerqué para averiguar de qué se trataba. Era el teléfono móvil de Natalia y tenía la pantalla rota, debió ocurrir cuando ese hijo de puta se abalanzó sobre ella. Debajo del felpudo había algo más, era una carta.

Querido Ryan:

A pesar de que el destino no quiera que estemos juntos, quiero que sepas que esos días junto a ti han sido los mejores de mi vida. Lo nuestro era un amor imposible por infinidad de razones: continentes nos separan e incluso la biología está en nuestra contra, pero, aun así, deberías saber que he sido tremendamente feliz a tu lado. Me he sentido mujer y eso te lo agradezco enormemente. Tarde o temprano me olvidarás, es inevitable que el tiempo juegue su papel. Yo siempre recordaré que me devolviste las ganas de vivir. Espero que seas feliz.

Con cariño, Nati.

¿Feliz? ¿Cómo podía ni siquiera pensar que podría ser feliz después de lo que nos había pasado en Las Vegas? Maldita sea, sin ella no volvería a ser feliz jamás, aunque lo intentase. Todos sabían que la mayoría de los vampiros no correspondidos acababan viviendo en una espiral de desesperación que les atormentaba durante siglos, terminaría volviéndome loco como James.

A pesar de saber cuál sería mi terrible destino sin ella..., tenía que respetar su decisión y dejarla marchar. Pero primero debía ponerla a salvo.

Volví a leer una y otra vez la carta después de encender la chimenea. Acariciaba aquellas letras plasmadas en el papel con los dedos, pensando en lo que le habría llevado a escribirlas. Vi que una de las palabras estaba borrosa, como si un poco de agua hubiera caído sobre ellas, haciendo más difícil su lectura. Había llorado cuando la escribió. ¿Cómo no podía amarla?

Me negaba a pensar que el destino no nos quería juntos, y si era así, lucharía

contra él con todas mis fuerzas. Nada lograría jamás que dejara de quererla, ni el tiempo, ni las arruguitas que pudieran salirle por el paso de los años. Podría tener una vida grandiosa junto a ella y, llegado el momento, morir en paz.

Guardé la carta en el bolsillo interior de la chaqueta, la conservaría hasta encontrarla, para que después pudiera leérmela ella misma. Si Natalia me quería fuera de su vida, iba a tener que decírmelo a la cara y, sobre todo, yo iba a tener que creerme lo que me dijera.

Miré mi reloj de pulsera. Todavía quedaban muchas horas que pasar en vela. Si James quería que fuera a por él, tenía que tener a mi mujer en algún sitio que yo conociera, pero ¿dónde?

Tenía más de cien años de existencia. Los lugares en los que había estado y recordaba eran casi infinitos. Sabía que era probable que estuviera relacionado con mi hermana, pero la conexión no sería directa, así que podía descartar unos cuantos sitios: su casa, el pueblecito donde solían pasar los meses de verano... «¿Dónde diablos estás, Nati?».

La cabeza me daba vueltas, no paraba de pensar en lugares, posibilidades, parques... lo que fuera. Sitios donde pudiera retenerla. Todo lo que tenía en el estómago parecía querer salir, me mataba la incertidumbre. No tenía nada, ninguna pista que seguir, el puto vaquero no me había dado nada. Cogí el teléfono desquiciado y llamé a Ash. Apenas se escuchó el primer tono cuando contestó.

—Aún no tengo noticias. He soltado a Taylor con la intención de seguirle, pero no me servirá haberlo hecho hasta esta noche. Tengo a Hugh vigilando el sitio donde se ha quedado. Me notificará si se mueve antes de que pueda encargarme personalmente —me soltó sin yo decir palabra alguna.

—Gracias, Ashley.

—Si vuelves a llamarme así, te arrancaré las pelotas. —Sabía que odiaba que la llamaran por su nombre de pila, le recordaba a su exnovia Kendra. Colgó.

Había llegado a una conclusión en las horas que transcurrieron: en cuanto anoheciera, iría a la antigua casa de James y Roisín. Sabía que no estaría allí, era demasiado obvio incluso para él, pero quizás allí podría empezar a buscar alguna pista, algo que hubiera descuidado y me condujera hacia él. La obsesión que tenía con el recuerdo de mi hermana era enfermiza, así que nunca permanecía demasiado tiempo lejos de allí. Como último recurso, podría enfrentarme a él directamente.

Eran las cinco de la tarde, quedaban al menos dos horas más para que oscureciera, me sentía como una rata enjaulada que no puede hacer

absolutamente nada. No había logrado cerrar los ojos ni siquiera un momento.

A pesar de estar tumbado en el colchón que tenía en el sótano, podía sentir todos mis músculos tensos y rígidos. Tenía la mandíbula tan apretada que llegué a pensar que en algún momento podría partirme algún diente. Solo podía pensar en qué clase de cosas podría estar haciéndole a Natalia. Si le ponía un asqueroso dedo encima, le cortaría todos y cada uno de ellos.

Las seis. Todavía.

No me gustaba tener que coger las reservas de sangre que guardaba escondidas en una nevera, pero tendría que estar fuerte si quería ir en busca de Natalia. Así que tome un paquetito que previamente habíamos robado del hospital para emergencias. Normalmente, podía estar semanas sin probar ni gota, pero eso nos debilitaba bastante y necesitaba todas mis energías para enfrentarme a James.

Ese bastardo, a pesar de ser un lunático retorcido, era bastante fuerte. Con cierta repulsión hacia el sabor de la sangre fría, me bebí la bolsa de un solo trago. Se notaba que llevaba bastante tiempo fuera del cuerpo humano, se había vuelto amarga. Acabé con un segundo paquete sin saborearlo siquiera.

Las siete. Por fin estaba empezando a oscurecer, quedaban los restos de una claridad que pronto desaparecería. Estaba ansioso, nervioso, necesitaba salir de ahí cuanto antes. Subí a la planta principal, la oscuridad que había era suficiente para que no me ocurriese nada, solo tendría que esperar unos minutos a que fuera noche completa y podría ser libre.

Al subirme finalmente a la moto, no me molesté en ponerme el casco. Tal y como tenía activados los sentidos, era poco probable que el viento me afectase la visión. En menos media hora, ya estaba ante la casa en la que mi hermana había pasado sus últimas décadas de vida.

El ambiente que atravesaba la puerta de entrada apestaba a una mezcla de alcohol, sudor y tabaco. Me pareció extraño, James siempre había sido lo suficientemente esnob como para no dejar su peculiar rastro a perfume de marica, pero quizá su trastorno psicológico le hubiera afectado hasta ese punto. Suponía que la casa tendría algún sistema de seguridad, así que miré en todas direcciones en busca de las cámaras y, efectivamente, había una apuntando hacia la puerta.

No me importaba que ese cabrón estuviera vigilándome, pero sí necesitaba desactivar la alarma, pues no quería a la policía merodeando por la zona. Abrí la puerta con la misma American Express que había prestado a Natalia y sus amigas en Las Vegas y me dispuse a intentar averiguar el código antes de los

cinco segundos que te dejaba de margen la sirena sonora. El código resultó obvio, el año del nacimiento de Roisín, 1920. La alarma se desactivó.

El muy bastardo vivía en una mansión impresionante. La que había sido su familia, le había dejado una fortuna, tanto en inmuebles, como en metálico y siempre pensé que él mismo los había matado para heredarlo todo.

El recibidor de la mansión era enorme, lleno de alfombras que ahora lucían extremadamente descuidadas y descoloridas. A la derecha, en el típico mueble para dejar las llaves, había una botella de *whisky* completamente vacía, volcada por completo, había dejado un surco pegajoso sobre el suelo. Continué avanzando con cautela, no quería llevarme ninguna sorpresa.

La mansión se dividía en dos plantas. En la parte de arriba estaba el dormitorio principal, empezaría por ahí. Subí a zancadas la imponente escalera de caoba y enseguida supe hacia dónde debía dirigirme. El olor a tabaco de mascar y alcohol se concentraba en una habitación a la derecha del todo, su pestazo indicaba que James pasaba en ella todo el tiempo que estaba en la casa.

Sobre todas las superficies del dormitorio descansaban bandejas vacías de comida precocinada. Entre ellas, en una de las mesillas de noche, podía apreciar una fotografía de mi hermana en sus mejores días, cuando su pelo rubio y sus ojos verdes aún no se habían apagado. Maldito bastardo, acabaría con él, aunque fuera lo último que hiciera.

No parecía que James estuviera viviendo en esa casa. La cama seguía hecha y se notaba que el desorden que reinaba allí era momentáneo. La cantidad de bandejas de comida que había evidenciaban que no estaba solo y los restos aún estaban a medio descomponer, por lo que no habrían pasado muchos días.

¿Con quién se reunía?

Indagué un poco más por la inmensa habitación. Si yo fuera James, ¿dónde guardaría las cosas de valor? Seguramente no se esforzaría en esconderlas demasiado, siempre había presumido que la mejor forma de hacer que algo pasase desapercibido era no ocultarlo, pero iba a ser especialmente complicado encontrar nada en el caos en el que se había sumido esa habitación.

Media hora después de rebuscar entre bandejas y miles de papeles no había encontrado nada; había acabado por revolverlo todo al completo, colchón incluido, haciendo que toda la ropa depositada encima cayera al suelo. Quería que supiera que andaba tras él, que iba a encontrarle.

Salí de la habitación y enseguida me dispuse a entrar en la siguiente puerta a echar otro vistazo, pero estaba completamente vacía; era la habitación que Roisín planeaba transformar en un dormitorio infantil en algún momento. Se

apreciaban los primeros dibujos de unicornios desgastados por el tiempo en la pared. Me vine abajo, era demasiado doloroso pensar en mi hermana en esa casa. Ella había estado llena de vida, quería formar una familia y ese desgraciado había acabado con toda su alegría. Y ahora tenía Natalia... A saber en qué condiciones, o si seguiría viva.

De pronto, me vino una intuición: tal vez en la cocina. Ese cabrón quizás guardaba algo allí. Un hombre de nuestras características pasaría mucho tiempo en la cocina y en su dormitorio, comiendo y durmiendo. Volví a bajar las inmensas escaleras de caoba y entré a la cocina. Era clásica y muy amplia, tirando a estilo rústico, con muebles de madera blanca, encimera de granito y cortinas de ganchillo vistiendo las ventanas. A mi hermana siempre le gustó la sensación de claridad, aunque no pudiera disfrutarla.

Bingo.

En el carrito para el café había una tarjeta, se trataba de un local que conocía cerca de la Avenida Madison, a escasas manzanas del Dead End y su tapadera, el Texas Rules. No era más que un bar de tejanos con pinta de vaqueros, no era el tipo de locales que James podría frecuentar, de ahí debió salir el tipejo al que habíamos torturado.

Tomé la tarjeta y me la guardé en el bolsillo trasero del pantalón. Revisé superficialmente la cocina de nuevo, no parecía haber nada más, así que pondría rumbo a ese local de mala muerte de inmediato. Mi teléfono sonó estrepitosamente, sorprendiéndome el ruido estridente que generó en la habitación.

—Ash —dije al tiempo que me llevaba el aparato a la oreja.

—Estamos vigilando a ese desgraciado de Taylor, se ha trasladado a las afueras de la ciudad, pero no ha salido todavía. Desde donde estamos parece estar nervioso, voy a meterme en la habitación de al lado para escuchar lo que pueda decir —me informó de carrerilla, sin tomar apenas aire para respirar.

—¿Estamos?

—Hugh está conmigo, a él no le ha visto nunca y va a tratar de pincharle el teléfono. —Estaba tremendamente decidida, pero a mí no me hacía especialmente feliz que estuviera involucrado ese pijo prepotente.

—Ash, pero ¿qué te pasa? —dije molesto—. ¿Desde cuándo dejamos que los humanos metan las narices en nuestras cosas? —Su inconsciencia me cabreaba demasiado.

—Puede oírte, Ryan, está el manos libres del coche puesto.

—Hola, Ryan, yo también me alegro de ser de ayuda —dijo el aludido—.

Prefiero mil veces estar aquí que por ahí haciendo mis cosas. —Maldito arrogante—. Que conste que esto lo estoy haciendo por Natalia y, si eres lo suficientemente hombre..., o lo que seas, deberías dejarla en paz cuando salga de esta, se merece a alguien mejor que tú.

—Que te jodan, Hugh —dije, colgando a su vez el teléfono. No me molesté en contarle a Ash lo que pensaba hacer a continuación.

Llamé a Tarek y le informé de mis planes de acercarme al bar tejano, alguien tenía que estar informado de mi localización por si en un improbable caso necesitaba ayuda. Ni siquiera cerré la puerta al salir de la casa, me encaminé hacia mi moto y, con escasos movimientos, ya estaba de nuevo en marcha y a máxima velocidad; a esa hora ya no quedaba nadie en la calle que me supusiera un problema.

El tiempo que tardé en llegar al bar, lo dediqué a intentar pensar en qué demonios haría una vez entrase, no sabía qué pretendía encontrar y tampoco tenía plan alguno en mente. Lo único que se me ocurría era tratar de averiguar si conocían a Taylor y si lo habían visto con alguien. Al llegar a la puerta del local, Tarek estaba esperándome.

—No creerías que iba dejarte venir solo, ¿verdad, Ken? ¿Dónde has dejado a Barbie? —preguntó mofándose El Egipcio. Había cogido la costumbre de llamarnos así en los años sesenta.

—No le he dicho nada a Ash, quiero averiguar unas cuantas cosas primero.

—Debe importarte mucho esa humana, es la segunda vez que le mientes a Barbie. No es propio de vosotros el no contarse las cosas, ¿seguro que estás bien?

—No le he mentado —espeté—. Y estoy todo lo bien que se puede estar.

—Solo omite datos de interés, ¿no? Vamos, Ken, los dos sabemos que significa lo mismo, pero tranquilo, soy una tumba. —Tras estas palabras, empujó la puerta con su enorme mano, sin ningún tipo de esfuerzo—. Vamos, princesa, tú primero.

Capítulo 18

Enseguida reconocí en el bar el mismo olor que inundaba la casa de James, pero diez veces más fuerte. Joder, el sitio apestaba, era peor que un vertedero, pero al menos, confirmé que mi cuñado había pasado algún tiempo allí dentro. Los vaqueros que llenaban el local no tenían cara de muchos amigos, iba a resultar complicado que respondiesen a mis preguntas sin oponerse, al menos al principio, y el hecho de estar en compañía de un armario tampoco me ayudaría en el asunto.

Al acercarnos a la barra, se aproximó hacia nosotros un hombre de algo más de mediana edad, con el pelo blanquecino y un bigote espeso y amarillo. No diferenciaba muy bien si ese color se debía a la suciedad que habían dejado los restos de bebida o por el abuso de los puros con el paso de los años. Fuere como fuere, su aspecto resultaba desagradable y, con ese ambiente, no me extrañaba no haber visto ni una sola mujer en el recinto.

—¿Qué os pongo? —preguntó sin disimular un ápice el desagrado que le provocaba nuestra presencia.

—Déjanos unas cervezas —dije al mismo tiempo que me sentaba en uno de los mugrientos taburetes. Estaban pegajosos y roñosos, tendría que quemar los pantalones pasada la noche.

Sin dirigirnos una mirada, el barman nos puso dos botellines y se marchó para continuar repasando unas jarras opacas de cerveza. Tarek parecía relajado. Sin lugar a duda, podría con cualquiera del lugar, incluso con tres o cuatro a la vez, y los clientes parecían saberlo, pues evitaban acercarse mucho a él.

¿Por dónde empezar? ¿Cómo diablos iba a buscar información en aquel espantoso sitio? Al inspeccionar de manera más o menos detenida a todos los tipejos que había en aquel bar de mala muerte, tuve una sensación repentina de *déjà vu*. Vi a un vaquero pelirrojo, más o menos del mismo tamaño y edad de Taylor y su coleguita. Ambos llevaban el mismo tatuaje en el cuello, una serpiente de cascabel enroscada en un revolver.

El tipo se recolocó el chaquetón de cuero para luego inclinarse sobre una mesa de billar y observé la hebilla de su cinturón, igual a la que había visto a Taylor abrocharse antes de intentar atacarme en el callejón del Dead End. Era una hebilla con la forma clásica del cráneo de una vaca, pero debajo tenía grabado algo. No podía diferenciarlo bien, pero tenía pinta de ser uno de esos atuendos personalizados.

Fingiéndolo interés en la partida de billar que se estaba desarrollando, cogí mi botellín de cerveza y me acerqué a la mesa. Tarek ni se movió del taburete. Una vez más cerca, logré finalmente descifrar las palabras labradas en la hebilla: Old 1984-Johnson. Al leerla, recordé con total claridad la del esbirro de James, Old 1984-Taylor. Podría haber apostado que la de su amigo pondría lo mismo con su apellido.

—Vaya, chicos, ¿queréis apostar algo en una partida? —dije al mismo tiempo que depositaba mi botellín sobre la mesa de billar. El vaquero y sus acompañantes me dirigieron una mirada vacilante y a su vez precavida.

—No nos interesa —dijo golpeando con el taco la bola blanca.

—¡Vamos, será divertido! —El Egipcio giró su enorme cuerpo sobre el taburete para mirar en nuestra dirección, diría que incluso estaba sonriendo—. ¿O es que acaso os da miedo perder?

—Lárgate, tío, no queremos la compañía de un pijo por aquí —espetó su amigo.

—¿Pijo yo? —pregunté al tiempo que me acercaba despacio hacia ellos—. ¿De verdad te parezco un pijo? Mira, amigo... —Apoyé la mano sobre su hombro.

—¡No me toques! —gritó el susodicho—. ¿Pero qué te pasa, estás sordo? He dicho que no me toques.

—¿O qué? —Me encaré hacia el tipo que, con cierta gracia para mí, se quitó su sombrero vaquero para dejarlo sobre la mesa.

—O acabarás muy mal parado —amenazó. Había que reconocer que el tipejo tenía huevos. Era la mitad que yo, y su amigo, el de la hebilla del cráneo, era incluso más pequeño que este.

—¿De verdad queréis dar esa clase de espectáculo delante de todos vuestros amiguitos? —añadí con sorna—. ¿Tan hombres os creéis? Apenas tendréis la edad legal para beber.

—¿Qué sois, polis? —Sus cuerpos se alertaron. Percibí que, por un instante, habían sentido miedo. Con agilidad, Tarek se colocó detrás de los dos individuos. Los agarró suavemente de las nuca.

—Señoritas, no queremos formar un espectáculo, así que, ¿por qué no sois dos buenos chicos y nos acompañáis fuera? —sugirió Tarek—. Solo os haremos unas pocas preguntas. Después podréis marcharos y, como habréis sido buenos, no me veré obligado a partiros el cuello. —Los muchachos se miraron. El Egipcio les sacaba al menos tres cabezas de altura. Al parecer, tenían algo de sentido común, pues asintieron y empezaron a caminar—. ¿Ves, Ken? Me

necesitas, soy mucho más práctico que tú.

Mientras estábamos en el interior del bar, había empezado a nevar. Los pequeños copos empezaban a dejar un ligero rastro sobre la acera y la calzada. Los dos chiquillos se encendieron cada uno un cigarrillo al salir, como si intentaran parecer más duros de lo que eran. No fuimos demasiado lejos, doblamos la esquina y entramos en el callejón más cercano, aquella zona de la ciudad estaba repleta de ellos.

—¿Qué coño queréis y por qué nos incumbe a nosotros? —preguntó el que casi inicia la pelea en el bar. Parecía el mayor de los dos.

—Estamos buscando a Alexander Taylor. —No me anduve por las ramas.

—¿Y deberíamos saber quién es, porque...? —intervino el de la hebilla algo nervioso.

—Porque lleváis cinturones a juego, así que intuyo que ambos pertenezcáis a la misma pandilla cutre de degenerados.

—Eso no significa nada...

—Maldita sea —se quejó de pronto Tarek y, sin esperármelo, agarró al muchacho por el cuello, levantándolo un palmo del suelo—. ¿Dónde cojones está? ¡Quiero saber dónde vive, qué come y hasta, joder, cómo mea! —vociferó—. Me lo vas a contar todo o no volverás a hablar jamás.

El muchacho comenzaba a ponerse rojo debido a la asfixia. El otro tío intentó en vano huir, pues me hice fácilmente con él antes de que pudiera hacerlo.

—Lo vas a matar y no nos va a contar nada —regañé a mi amigo cuando tuve al segundo vaquero inmovilizado.

Tarek aflojó la presión que ejercía su mano sobre la tráquea del chico, que aspiró una gran bocanada de aire en cuanto sus pies tocaron el suelo.

—No sabem... —empezó a decir el que tenía yo agarrado, pero una mirada de El Egipcio le hizo callar.

—Tú eliges si sales de aquí con o sin lengua —volvió a amenazar Tarek.

—No sé mucho de él, es de los mayores y apenas nos dirigen la palabra —contestó casi entre sollozos.

—¿Qué ha estado haciendo últimamente? ¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Hace unos días, en el bar. Estaba hablando con un tío muy raro. No pude escuchar bien la conversación —relataba—, pero el tipo hablaba de un *ring* y de alguien que quería reclutar. De verdad que no sé más —se quejó—. Después ese tío se fue y entraron dos chicas. Taylor y Connor se cegaron con ellas, se fueron cuando ellas se piraron y es todo lo que sé.

—¿Cómo que un *ring* y reclutar a alguien? ¿Qué pinta tenía ese tipo? —intervino Tarek.

—De verdad, solo dijo eso, y que se trataba de una zorra que está siempre en un bar de por la zona —Tarek y yo nos miramos. Sin duda, hablaban de Ash—. También dijo que él no podía ir por allí porque lo buscaban.

—Ofrecía cincuenta mil dólares —dijo de pronto el tipo al que yo tenía agarrado—. Al principio me lo ofreció a mí, pero el hijo de puta de Connor me apartó. Me alegro de que ese cabrón esté pudriéndose en la cárcel. —Al parecer sabía más de lo que parecía—. Suéltalo y te contaré todo lo que sé.

Tarek y yo nos miramos dudosos. ¿Estaría diciendo la verdad o no sería más que una artimaña? La única forma de saberlo con certeza era metiéndonos en su cabeza, así que eso hice. Indagué en sus recuerdos. Estaba claro que había sido James el que trató de contratarlo.

Estaba en el bar hablando con él, era cierto que había ofrecido una cantidad desmesurada de dinero por capturar a Ash, lo que no sabían aquellos infelices es que no les iba a ser fácil. James debió pensar que Connor y Taylor serían una mejor opción y por eso los dejó fuera del trato. Aun así, dejé que el tipo hablara e hice un gesto para que El Egipcio soltara al muchacho.

—Vino el pasado jueves al bar, habló con Bernie, el dueño del Rules es un tío de confianza. Bernie le dijo que nosotros éramos los más adecuados para ese trabajo, así que nos hizo llamar —contaba el tipo.

—¿Podrías ir más al grano? Tengo algo de prisa —le dije.

—Bueno, el caso es que Bernie pensó en nosotros por nuestro “historial”, digamos que se nos da bien poner trampas. El asunto es que ese imbécil de Connor escuchó la cifra que el tipo nos ofrecía y se metió de lleno. —Hizo una pausa para encenderse otro cigarrillo—. Aquel tipo no debió confiar en ellos, son como dos perros ansiosos y, en cuanto aparecieron dos zorritas en el bar, se olvidaron de todo. Tengo entendido que se llevaron una buena paliza por culpa de aquellas putas, seguramente su chulo los trincó. —Odiaba a aquel tipo, pero no iba a perder el tiempo con sandeces—. Al final no completaron el trabajo y aquel tipo no volvió por aquí.

—¿Dónde podemos encontrar a Taylor? —le preguntó Tarek.

—No tengo ni idea. Ese imbécil pasaba casi todo el tiempo aquí con Connor, me sorprende que lo dejaran salir tan rápido de la cárcel. Seguro que cantó como un pajarito, el muy cabrón.

—Muy bien, señoritas —dijo Tarek al mismo tiempo que juntaba sus cabezas en un golpe seco, haciendo que cayeran al suelo de forma aparatosa,

inconscientes—. Bueno, Ken, hay que moverse, no vas a conseguir nada más de estos dos.

El Egipcio y yo nos pusimos de acuerdo para dividirnos, al menos lo que quedaba de noche. Él volvería con Ash y le contaría lo que habíamos averiguado. Aunque me cabrease que ella hubiera involucrado a Hugh en el asunto, entendería por qué no había sido informada antes y no compartiría esa parte de la información con nadie.

Había tomado una decisión sobre siguiente paso a seguir. Me colaría en la comisaría que había procesado los casos de Taylor y Connor y averiguaría a qué correccional habían enviado al último hasta que se celebrase el juicio.

Una vez más, me subí a mi moto y circulé por las calles de Nueva York, sobrepasando el límite de velocidad hasta que llegué a la comisaría. Cada vez estaba más desesperado, cada minuto contaba para el rescate de Natalia.

Antes de darme tiempo a bajar de la moto, me estaba sonando el teléfono. Pulsé el botón para activar el manos libres del casco. Se trataba de Ash. Para no variar, habló y colgó sin dejarme decir nada. Tarek había sido tan rápido como siempre en contarle las cosas, así que a mi amiga le había dado tiempo suficiente para inmiscuir a Hugh más de la cuenta y él le había dicho en qué prisión estaba Connor.

El vaquero estaba encerrado en el Centro Correccional Metropolitano, al sur de Manhattan. No me costaría demasiado esfuerzo colarme en el interior. Había pensado en engañar a cualquiera de los guardias y hacerme con un uniforme, así harían menos preguntas y no tendría que jugar con la mente de tanta gente, algo que resultaba agotador.

Aún me quedaba suficiente tiempo como para llegar al centro correccional antes de que el amanecer pusiera en pausa la búsqueda de mi *luaidh*. Aun así, no quería correr riesgos, así que aceleré como un endemoniado y llegué allí en pocos minutos.

Entrar fue extremadamente fácil. Todos los guardias de seguridad ante los que pasaba abrían la puerta sin problemas, tenían una voluntad muy maleable. Entré en el cuarto de los uniformes y me hice con uno con rapidez. No quería seguir vestido con mi ropa, ya era suficiente tener que borrar de las cámaras los pocos minutos que habían pasado, como para tener que hacerlo por todo el trayecto hasta Connor.

En una de las oficinas de administración en las que no había nadie, me colé en la base de datos del correccional, busqué el nombre del preso al que venía a visitar y comprobé que dormía en una celda compartida. Pero ni él ni sus

compañeros me recordarían cuando se despertasen por la mañana.

En la misma oficina averigüé quién era el guardia que hacía cada ronda, así que me encargué de encontrar al que pasaría por la celda de Connor y le dejé inconsciente durante unas horas.

Al llegar finalmente a la celda, me cuidé de no hacer demasiado ruido al abrir la reja. Una aparición tenebrosa después de la paliza del callejón haría que estuviese más que dispuesto a colaborar. El indeseable dormía plácidamente en la litera de abajo, lo que me ayudaría aún más a resultarle imponente. Me agaché a su lado y le silbé al oído. Él abrió los ojos inmediatamente, consciente de que algo estaba molestándolo.

—Buenos días, bella durmiente. ¿Me recuerdas? —le saludé. Parecía que el corazón se le fuera a salir por la boca, notaba cómo se estremecía por el miedo, no conseguía articular palabra. Sus ojos se abrieron de par en par y su respiración pasó a ser agitada. Miró en todas las direcciones en búsqueda de algo que pudiera ayudarle—. Tranquilo, estamos solos, nadie va a venir.

—¿Qué...? —Intentó hablar, pero no consiguió producir más sonido que el de la garganta seca al tragar con dificultad—. ¿Cómo...?

—¿Cómo estoy aquí? Te estarás preguntando si soy fruto de tu imaginación. Aclararé tus dudas.

Sin molestarme en disimular lo más mínimo, dejé que mis colmillos salieran a la luz. El pánico que le inundaba era estremecedor y, sin preocuparme de que me descubrieran..., le mordí. Con la mente había bloqueado la posibilidad de que gritara, estaba completamente a mi merced. Odiaba el sabor de la sangre de personas como él, que amargaban su sabor con el miedo que sentían, aun así, noté cómo me llenaba de energía. No era lo mismo beber directamente de la vena que de una bolsita refrigerada. Ni mucho menos.

—Ahora me vas a hablar con tranquilidad y muy bajito de lo que mi amiguito James os contó a ti y a Taylor la otra noche en el Texas Rules. La noche que casi te mato por tocar a mi mujer y su amiga —continué diciendo una vez me separé de su garganta, dejando que unas gotas de sangre cayeran por mis labios.

—No sé de qué me estás hablando... —contestó apresuradamente.

—¿De verdad quieres que te lo saque a las malas? —Me sorprendía que fuera tan estúpido—. Podríamos ahorrar mucho tiempo si colaboras. Voy a saber qué te dijo de una forma u otra. ¿Por qué os empeñáis todos en complicarlo? —Me exasperaba la actitud de la gente.

Connor parecía dudoso. Indagando en su mente, pude ver que no terminaba de fiarse de mí. Como era lógico, creía que lo mataría en cuanto supiera todo. Lo

que él no sabía es que podía entrar en sus recuerdos y averiguarlo por mí mismo. No obstante, aquello nos dejaba agotados, así que los vampiros preferíamos que la gente colaborase y hablara por las buenas.

Sin embargo, su mente parecía ser bastante simple, manipulable, así que podría hacerlo como último recurso. Un gruñido inconsciente salió de mi garganta, alarmando aún más al preso, pero logrando que me prestara atención.

—Me temo que no me he explicado con claridad —dije al tiempo que me sentaba en el camastro junto a él—. Verás, Brian, en otras circunstancias, habría tenido más paciencia, pero a estas alturas de la noche ya apenas me queda. Sé que tienes un hermano pequeño por ahí y supongo que no querrás que le ocurra nada malo. —Por supuesto, jamás le haría daño a nadie inocente, pero eso él no tenía por qué saberlo.

—¿Estás amenazándome? —dijo en un intento inútil por parecer seguro de sí mismo, pero el miedo se había instalado y vivía en su cuerpo.

—No querría tener que hacerlo —dije al tiempo que le pasaba el brazo por el hombro—. Pero no me estás dejando otra alternativa. Ahora, no me hagas perder más el tiempo y habla.

—Mira, tío, ya me da igual, estoy en la puta cárcel. ¿Qué vas a hacerme? ¿Matarme? Me condenarán a diez años si mi abogado no hace bien su trabajo, igual me haces un favor —dijo mostrándose distante.

—Oh, no, nadie ha hablado de matar, pero puede haber cosas peores que la muerte.

—Vaya, vaya, vaya, mira que eres predecible —escuché por detrás—. Estás aquí perdiendo el tiempo mientras tu pobre mujercita está sufriendo en soledad.

Podría reconocer esa odiosa voz en cualquier sitio. James. Anulé todas las capacidades del humano antes de girarme hasta quedar frente a él.

—¿Cómo tienes el valor de presentarte aquí miserable gusano? —le espeté.

—Porque sé que no serás tan estúpido como para intentar matarme aquí, sabes perfectamente que cuentas con poco tiempo hasta que el imbécil del guardia al que dejaste inconsciente en el armario se despierte, y entonces se dé cuenta de que las cámaras están desactivadas. —El muy infeliz tenía razón, era cuestión de tiempo que se despertara.

—¿Ya no puedes defenderte tú solito? —Me acerqué a él al hablar; la celda era pequeña y no nos separaba más de un metro—. Ni siquiera puedes atrapar sin ayuda a tus vampiras... Qué mal te han sentado los años.

Mi nueva estrategia sería conseguir causar un enfrentamiento físico y seguirle cuando saliera del correccional. Era un método drástico, pero, si le enfurecía lo

suficiente, quizá fuera directo a donde tenía a Natalia y así la encontraría. No iba a permitir que le pusiese ni un solo dedo encima.

—Me gusta el trabajo en grupo, así no me divierto yo solo. Lo recordarás bien, era como mejor se lo pasaba tu hermanita, cuando me dejaba en ridículo delante de mis amigos y yo tenía que reprenderla. —Su comentario me afectó sin que pudiera evitarlo y le asesté un puñetazo en la boca.

—Cuidado con lo que dices, tus palabras te pueden causar malformaciones de por vida.

Soltó una carcajada, tanto ante mi golpe como ante mi comentario, que me recordó lo realmente perturbado que había acabado tras los años. Si ya llevaba una década odiándolo, en esa celda lo quería muerto.

—Eres patético, Ryan. Después de tanto tiempo no has podido acabar conmigo. ¿Qué te hace pensar que ahora podrás? Serás más fuerte, pero jamás has sido más listo. —La sonrisa macabra que tenía en la cara me resultaba de lo más irritante—. Estás siguiendo los pasos equivocados. Recuerda, vas por donde yo quiero que vayas.

De pronto, me di cuenta de algo. Giré la cabeza en dirección al humano, estaba muerto. James empezó a reír escandalosamente, le había causado un ataque al corazón. Genial, iba a tener que hacer uso de ciertos contactos de Anubis.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿A quién vas a perseguir? —se burlaba—. Se te acaba el tiempo, cuñado, tu puta estará muy decepcionada contigo, quizás hasta termine prefiriéndome. —La sangre me hervía por dentro—. Puede que me divierta con ella, seguro que también le va lo duro, como a tu hermana.

Me abalancé contra él, ese desgraciado iba a morir en aquel instante, pero cegado por la ira, me estrellé contra los barrotes metálicos de la celda del humano. Una nubecilla de motas de polvo ocupó el lugar donde antes había estado James y en el eco de la prisión sus risas resonaban una y otra vez.

Mierda, me había vuelto a quedar sin pistas, no había conseguido sacarle nada al maldito de Connor antes de que James se lo cargara. Y encima no tenía nada con qué descargar mi frustración. En ese momento hubiera sido de gran ayuda una de mis antiguas sesiones de boxeo con Ash para desfogarme, pero ya nos conocíamos tanto que éramos capaces de esquivar todos los movimientos del otro.

Después de una breve llamada a los matones de Anubis, durante la que me dejaron claro que deshacerse del cadáver del vaquero iba a tener un precio, me encaminé hacia la salida como si mi existencia dependiera de ello. Sonó el

teléfono, era Ash. No lo cogí, estaba tan furioso que solo podía pensar en romper todos y cada uno de los coches que había fuera del correccional. Un minuto después, sonó el tono de mensaje.

«Joder, Ryan. ¿Por qué no me has contado toda la verdad? He hablado con Tarek y lo sé todo, puedes irte a la mierda».

Genial, Ash sabía que James iba tras ella. Pero, pensándolo fríamente, o todo lo fríamente que podía, eso me daba la excusa perfecta para descargar toda mi rabia con El Egipcio, unos cuantos golpes no le matarían, ni unos pocos de los suyos a mí. Antes de volver a guardar el móvil, llamé a Tarek.

—¿Dónde coño estás? —le pregunté sin darle siquiera la oportunidad de decir una palabra.

—Sigo con Barbie, te envío nuestra ubicación.

La llamada no llegó a durar ni un minuto y pocos segundos después, ya me había llegado un mensaje con sus coordenadas exactas.

Capítulo 19

Mis amigos estaban un motel de carretera. Al parecer, el hijo de puta de Taylor no se había movido en toda la noche y, por desgracia, quedaban apenas dos horas para que amaneciera. Cuando llegué al lugar indicado, vi el tanque que tenía Tarek por coche, aparcado a unos cincuenta metros de la entrada al motel.

En el mensaje de texto me habían indicado también el número de habitación, por lo que subí utilizando la escalera exterior. Agudicé el oído al pasar ante la puerta de Taylor, solo se escuchaba una respiración profunda y el murmullo de un televisor viejo, así que supuse que estaría durmiendo. Golpeé tres veces la puerta ciento cinco con rudeza, me abrió Hugh.

—Genial, el que me faltaba.

—Yo también me alegro de verte, siempre es un placer —dijo de forma sarcástica.

—Sí, sí, aparte. —Le quité de mi camino con suavidad, mi objetivo esa noche no era él, sino Tarek, que estaba sentado sobre un butacón roído—. Cualquiera diría que en tu trabajo sueles estar calladito cuando no sabes sino abrir esa boca.

—Tenía que saberlo, Ken, ya me darás las gracias —dijo sin apartar la vista del televisor.

—No me vengas con *Ken*. —Apoyé una de mis botas en el reposabrazos del sillón y lo empujé, desplazándolo un poco—. Era asunto mío, no tuyo.

—Muy bien, princesa. —El Egipcio alzó las manos en señal de rendición—. Es asunto tuyo hasta que pasa a ser asunto mío, parece que te olvidas de que somos una familia. —Se puso en pie, me sacaba al menos una cabeza—. La familia se protege, no se mienten unos a otros.

—¿Y por qué crees que decidí no contárselo? La estaba protegiendo, no iba a ganar nada sabiendo que James quería que la entregase porque yo no iba a hacerlo. —A pesar de que fuera más fuerte que yo, le planté cara.

—Uh, parece que va a haber espectáculo —dijo el estúpido de Hugh al tiempo que se dejaba caer sobre la cama, adoptando la pose de un espectador.

—Escúchame, Ken, tenía derecho a saberlo. ¿No te parece que estando informada puede ser más precavida? Ese cerdo de James no se anda con chiquitas, más vale que tengamos los ojos bien abiertos —dijo Tarek con toda la tranquilidad del mundo. En ese momento, Ash salió del baño de la habitación

completamente vestida, pero con el pelo mojado.

—¿Hay pelea de chicas y no estoy invitada? —se burló intentando disipar la tensión ambiente.

Hugh intentó contestarle, pero no se lo permití. Le interrumpí en cuanto abrió la boca.

—En boca cerrada no entran moscas, poli. No pintas nada aquí —repuse.

Tarek, impasible como siempre, se giró y volvió a acomodarse en el sillón, dejando que este se hundiera por su peso. El policía, a su vez, bufó.

—Creo que pinto más aquí yo que tú mismo, Ryan. ¿Qué harás cuando encuentres a Natalia? Hasta donde yo sé, todo esto es culpa tuya.

—¿Culpa mía? Fuiste tú, con tus estúpidos amiguitos, quien las llevó al Dead End en un primer momento. ¿En qué coño estabas pensando?

—Maldita sea, no fui yo quien las invitó, fueron los tipos a los que estaba investigando. Parecían buenas chicas, como para dejarlas solas con ellos. —Se levantó de la cama enfurecido—. Pero, desde luego, no fui yo quien se la llevó a Las Vegas y la expuso a ese lunático. Ese tío quiere joderte a ti, no a mí. ¡Mierda, ni siquiera sabemos si sigue viva!

Iba a matarlo en ese mismo momento, pero escuchar cómo la puerta de la habitación de al lado se abría, hizo que todos nos quedáramos en absoluto silencio, olvidando lo que acababa de ocurrir hacía apenas unos segundos. Parecía que nos habíamos quedado sin respiración, pues ni eso se escuchaba en la habitación, solo los pasos provenientes del descansillo.

Hugh se sacó lentamente la Dan Wesson de la parte trasera de su cinturón. Era un revólver espectacular, pocos policías lo llevaban, me sorprendía que lo tuviera. Ash se acercó con cautela a la puerta de la habitación, era la más silenciosa de nosotros. Pasados unos pocos segundos, volvimos a escuchar cómo la puerta de al lado se abría y cerraba de nuevo.

—Ha llamado a una puta, por lo que he podido ver a través de la mirilla —dijo Ash con cierto grado de insatisfacción en la voz. Hugh volvió a guardar el arma.

—De poco te iba a servir ese revolver con unos de los nuestros —le dije, aunque no fuera del todo cierto.

—Al menos lo habría dejado como un queso gruyer.

—Basta ya, nos queda un día por delante en una habitación diminuta, vamos a llevarnos bien—dijo secamente El Egipto aún sin apartar la vista del televisor. Parecía hipnotizado, aunque yo sabía que no le prestaba demasiada atención.

Ash se dejó caer junto al arrogante del policía y sacó de la mesilla de noche

que tenía a su izquierda un paquete de patatas fritas que ofreció amistosamente a ese imbécil. Yo me senté en el otro silloncito que había junto al de Tarek. Al parecer, íbamos a quedarnos todos ahí metidos, cuando lo fácil habría sido entrar en la habitación contigua.

Me mataba pensar qué podría estar haciéndole James a Natalia, no me lo quitaba de la cabeza, y muchísimo menos después de lo que me había dicho en la prisión. Rezaba para que ese infeliz no le pusiera un dedo encima. Jamás me perdonaría por lo que estaría sufriendo en estos momentos.

Pensé en Melisa. No estaba seguro de que no estuviera poniendo en alerta a toda la policía de Nueva York, no parecía la clase de persona que se conformaba con la explicación de un desconocido. Porque, a pesar de mis sentimientos por Natalia..., era eso..., un desconocido.

Al quitarme la chaqueta me di cuenta de que aún guardaba el teléfono de mi mujer en el bolsillo. Lo guardaría hasta encontrarla.

Me dejé llevar por mis pensamientos, quería estar con ella. Pero ¿cómo iba a querer ella estar conmigo después de todo aquello? Mi mundo era demasiado complicado como para que pudiera funcionar con una humana. Ash tenía razón, lo más razonable era desaparecer y dejar que hiciera su vida. Una vida feliz. Sin mí.

—Ryan, no te preocupes, la encontraremos —dijo Ash al darse cuenta de lo que estaba pensando.

—Sé que la encontraremos —dije apenado.

—Entonces, ¿qué te preocupa?

—Acabo de darme cuenta de que tenías razón. No debí intentar nada con una humana —me lamenté—. Nada de esto habría pasado si te hubiera hecho caso desde un principio. —Me levanté para ir en dirección a la calle, necesitaba algo de alcohol con el que ahogar la realidad.

—Oye, chupasangre, no me caes bien y me arrepentiré de decirte esto, pero no tienes la culpa. Y... Natalia... Estoy seguro de que te quiere, vi cómo se quedó tras la vuelta de Las Vegas —dijo Hugh. No pude contestarle. Salí de la habitación cerrando la puerta tras de mí.

Justo debajo del motel había un bar pequeño y prácticamente vacío. En el interior había una pareja, se notaba que ella iba mucho más ebria, algo que él, con pinta de depredador, parecía disfrutar. El barman, de unos cuarenta años aproximadamente, los ignoraba. También había dos chicos que parecían demasiado jóvenes como para beber. Serían dos estudiantes universitarios que habían parado en el motel por una noche.

Me acerqué a la barra y pedí una botella de *whisky* entera, quería que la dejara ahí.

—¿Una mala noche? —preguntó el camarero tratando de empatizar—. ¿Una mujer, quizá?

—No es asunto tuyo —repuse secamente.

—Diría que sí, que se trata de una mujer. —Pasó un paño húmedo por la barra del bar—. Es muy común últimamente. Anoche había otro tipo, también sufriendo por una mujer. La había perdido el pobre hombre, murió.

—¿Cómo dices? —Tras sus palabras volví a tener una sensación extraña en el cuerpo, como cuando supe que Natalia estaba en peligro.

—Perdona, no quería ser atrevido. Solo quería darte un poco de conversación, parecías necesitarla, pero ya te dejó —me dijo asombrado el hombre.

—¿Qué pinta tenía ese tipo? —Traté de suavizar el rostro, parecía que quisiera matar al camarero con los ojos.

Mi intento de cambio de expresión fue exitoso, el hombre se me acercó.

—Pues iba con traje. Parecía un hombre de negocios, aunque, para serte honesto, daba un poco de miedo. No creo que los negocios que llevase a cabo fueran legales. —Asentí, tratando de animarle a continuar—. Llevaba un Rolex en la muñeca, pude fijarme en eso. Decía que había perdido a su mujer por culpa de su cuñado, que la había dejado morir enferma. —Sin duda se trataba de James. El muy hijo de puta.

—Vaya. ¿Y dijo si estaba aquí por negocios? Quizás, si siguiera por el motel, podría invitarle a un trago. ¡Por los desdichados! —Intentaba disimular.

—No, no se quedaba en el motel.

—Pues, tal y como me lo describe, me parece hasta raro que parase por aquí a tomar algo, entonces —insistí. Era posible que hubiese descubierto algo más.

—Eso mismo le dije yo. —Sonrió, ya bastante más cómodo—. Y me puso mala cara, pero dijo que tenía un asunto de trabajo por la zona. ¿Por aquí? Ilegal, te lo digo yo.

¿Negocios por la zona y al día siguiente aparecía Taylor por ahí? Me había quedado claro que no era casualidad. La verdadera cuestión era si Natalia estaba retenida por los alrededores.

Pagué al barman y volví a subir a la habitación. La luz del sol estaba comenzando a salir y nos esperaba un largo día antes de que el ayudante de James pasase a la acción.

Cuando llegué a la habitación, expliqué lo que acababa de acontecer a los

demás, así que decidimos repartirnos los objetivos a seguir. Hugh saldría a investigar la zona, ya que era el único que podía moverse de día. Ash revisaría las grabaciones del teléfono que previamente Hugh le había pinchado cuándo se hizo pasar por técnico. Tarek haría guardia y yo trataría descansar algo, llevaba dos días en los que no podía ni siquiera pestañear y lo empezaba a notar en mi pérdida de visión periférica.

Estaba agotado, el oído había perdido considerablemente su agudeza, sentía los músculos tensos, agarrotados. De no estar tan preocupado, estaba seguro de que tendría calambres. A pesar de haberme alimentado, notaba cómo mi cuerpo pedía más sangre. El dolor de cabeza era insistente. No obstante, a no ser que decidiera volver a Brooklyn a por más bolsas, era probable que permaneciese un par de días en ayunas. Ash y Tarek seguramente decidieran alimentarse en algún momento, pero yo no pensaba distraerme ni un solo segundo.

No recordaba haber dormido peor en décadas. No había tenido sueños especialmente claros, pero todas las veces que me desperté durante el día, lo hice con imágenes de aquellas personas a quienes tanto me había dolido perder: mis padres, mi hermana pequeña, Natalia...

La vieja habitación estropeada del motel hizo todo lo que pudo por mí y mi falta absoluta de sueño. Algunas de las veces que me desperté, pude oír a Tarek hablando con alguien por teléfono en un tono que llegaba a ser preocupante, pero mi estado de semiinconsciencia no me permitía prestar la suficiente atención como para averiguar de qué se trataba o tan siquiera para preocuparme.

Ash no pareció dejar de lado su ordenador en ningún momento, estaba completamente concentrada en sus tareas y Hugh iba y venía incontables veces del exterior del motel. La última vez que me desperté, con todos los músculos de la espalda doloridos debido a la tensión del cuerpo, fue cuando Ash me zarandeó. Me pesaban los párpados, pero su tez apesadumbrada me hizo prestar atención enseguida, quizá sabían algo.

—Hugh ha investigado todos los terrenos de los alrededores, todos los almacenes, las naves industriales abandonadas, las casas... Nada —dijo con cautela, como si le preocupase mi reacción a sus palabras—. No hay rastro ni de James ni de ella, es como si se los hubiera tragado la tierra.

—Es posible que solo hablase de negocios por la zona para callar al barman, o simplemente para despistar a Ryan —añadió Hugh, que se había sentado en la segunda cama con una expresión algo críptica.

—No creo que se trate de una simple casualidad —dije—. James no deja

nunca cabos sueltos. Sigo pensando que tiene que andar cerca, sino no querría a su esbirro por aquí. Algo se nos está escapando, está jugando conmigo y eso tiene que terminar.

—¿Y qué sugieres que hagamos, Ken? —preguntó de pronto mi amigo El Egipcio—. Sé que estás nervioso, hermano, pero estamos partiendo de la nada. No sabemos cómo localizarla, podría estar en cualquier parte. —En su rostro cubierto por las gafas de sol oscuras que siempre llevaba se podía vislumbrar un atisbo de tristeza.

—¿Has escuchado algo en las grabaciones, Ash? —quise saber.

—Todavía nada, solo cómo llamaba a la puta, pero aún me quedan por revisar un par de horas de audio.

Ese maldito bastardo iba a acabar con mi paciencia, no sabía qué juego macabro se traía James entre manos, pero tenía que acabar con él. Era como los hongos, un problema que hay que erradicar desde la raíz o volvería a aparecer.

No podía aguantar más la agonía que me corroía por dentro. Sentía que la sangre me hervía, podría estallar en cualquier momento. Necesitaba encontrar a Natalia enseguida y cerciorarme de que estaba sana y salva. James quería que, de algún modo, me pusiese en contacto con él para ofrecerle un intercambio entre Ash y Nati, así que tendría que partir de ahí, averiguar cómo encontrarle. No podía ser tan difícil, si no le llamaba yo, seguramente lo hiciera él.

Lo que más loco me volvía era pensar en que ese hijo de puta debía de estar cerca, vigilando mis movimientos, iba un paso por delante de nosotros y me sacaba de quicio. El hecho de saber que Natalia podría estar a unos pocos kilómetros hacía que quisiera gritar.

Sonó inesperadamente un teléfono en la habitación, todos nos quedamos paralizados. Era el mío. ¿Sería él? Las únicas personas con las que me comunicaba por teléfono estaban presentes en la sala. Más nervioso de lo que me gustaría, descolgué.

—Hola, cuñado. ¿Cómo marcha esa búsqueda frustrada que lleváis? Sabes perfectamente que no puedes encontrarme si yo no quiero que lo hagas. —Maldito cerdo. Activé el manos libres—. ¿Ya has tomado la decisión? ¿Qué prefieres: a esa zorrita o a tu pequeña humana? El tiempo se acaba. Tictac, tictac, te quedan 24 horas.

Ash enseguida trato de localizar la llamada y Hugh se acercó a ella de un salto, tomando el control del aparato. Su experiencia como policía haría que fuera diez veces más ágil que ella. Con un gesto de la mano, me indicó que siguiese hablando, que alargase la conversación.

—Conoces de sobra la respuesta, James. No voy a intercambiarlas, así que propón una alternativa algo más razonable. Tu problema es conmigo, no con Natalia, ni con Ash —contesté. Él se rio escandalosamente, con esa risa de lunático perturbado que tanto le caracterizaba y que tanto me desagradaba.

—Por favor, Ryan, estás luchando en una guerra que no puedes ganar, aprende a librar tus batallas de una vez por todas. —Suspiró—. Quiero que me des a esa zorra, y que me la entregues hoy mismo. Eso o tu humana no tendrá la suerte de celebrar el próximo día de Martin Luther King. Me estoy cansando de esperar.

—¡Como le pongas un solo dedo encima, James, te arrepentirás de haber nacido! —Volvió a reír, esta vez de forma más acalorada—. No te atrevas a tocarla o te garantizo que tendrás una muerte lenta y dolorosa, no habrá rincón en la Tierra en el que puedas esconderte.

—Bueno, querido, para eso es necesario que me encuentres primero. —Vi cómo Hugh me hacía un gesto de ok con el pulgar. Lo teníamos.

—Pues juguemos al escondite, entonces. Yo la llevo, escóndete bien. —Colgué bruscamente.

En la habitación, nadie medió palabra alguna. Tarek y yo nos acercamos a Ash y Hugh en el ordenador, que había conseguido rastrear la llamada utilizando un programa de la policía. Era cierto que a veces el amiguito inoportuno de Ash podía aportar algo positivo; aunque me molestara reconocerlo, ese dichoso humano en ocasiones era útil. La llamada provenía del distrito del Bronx. Según podíamos apreciar, del interior de un edificio abandonado.

—¿Entonces este motel no es más que un señuelo? —comentó Hugh con notable indignación.

Ninguno de nosotros veía relación alguna entre el motelucho en el que estábamos y el sitio desde el que se había hecho la llamada. Pero con James, nada tenía sentido nunca.

—Eso, o el señuelo es ese edificio abandonado —sugirió Tarek—. No perdemos nada por ir a investigar, aunque alguien debería vigilar al vaquero. O podemos llevárnoslo con nosotros de excursión al Bronx. Creo que ese cabrón lo único que quiere es alejarnos de él.

—Yo me quedaré aquí —propuso Ash—, soy la más silenciosa y vosotros acabaréis haciéndoos notar. —No me hacía mucha gracia dejarla atrás, pero tenía sentido lo que decía—. Y Hugh debería descansar, aguanta menos que nosotros y lleva en pie más de veinticuatro horas.

Ni Hugh ni Tarek mostraron objeción alguna, ambos asintieron y se

dispusieron a recoger sus abrigos. El policía, junto con el tres cuartos, agarró su pistola reglamentaria.

—No dudes en zurrarle un poco si se presenta la ocasión —le dije a Ash cuando los otros hombres me esperaban ya en la puerta.

—Tranquilo, lo haré. —Me disponía a salir—. Ryan, que la fuerza te acompañe —se burló.

—Claro que sí, Ash, lo que tú digas. —Cerré de un portazo la puerta tras de mí, no sin escuchar primero un sonoro “imbécil” por parte de mi amiga.

En el aparcamiento del motel, Hugh me dejó las llaves de su BMW. Su coche era el más rápido de los vehículos con los que contábamos y él se refugiaría en casa de Tarek para descansar, por lo que se llevó su tanque y yo dejé aparcada la moto en un lugar poco vistoso, no me hacía especialmente feliz la idea de que la robaran.

El Egipto conduciría. Yo no estaba seguro de poder girar bien en las curvas con la adrenalina que me recorría el cuerpo de pies a cabeza, solo podía pensar en lo cerca que estaba de recuperar a Natalia y en las ganas que tenía de ponerla a salvo, lejos de las manos de James.

Capítulo 20

El trayecto hasta el Bronx iba a resultar jodidamente largo. Durante los veinte minutos que tardamos en llegar a ese barrio urbano, Tarek no dijo palabra alguna. A pesar de ser un hombre extremadamente tranquilo, podía sentir en la piel que él también estaba algo nervioso. Lo que había planeado James no era ningún juego y, por supuesto, no era ningún tonto. En el caso de que estuviera allí, estaría muy bien preparado.

Pasamos de largo manzanas y manzanas llenas de bloques de hormigón. Habíamos comprobado en el ordenador de Ash que el edificio abandonado se encontraba en el linde de la ciudad. Las casas de los alrededores no eran de lo peor que habíamos visto, aunque la limpieza escaseaba notablemente en este distrito y abundaban los grafitis en prácticamente todas las paredes.

El edificio abandonado al que nos había llevado el rastro de la llamada no era más que un montón de bloques, cables y cristalerías destrozadas en su mayoría. Más que un edificio abandonado, parecía que si se trataba de una construcción sin terminar. Las paredes no estaban rematadas del todo, se podían ver huecos importantes a través de ellas. Apostaría a que era el lugar de residencia de muchos vagabundos y drogadictos. ¿Dónde demonios tenía a Natalia?

Dejamos el coche estacionado junto al solar. Si alguien intentaba robarlo, tendría que vérselas con nosotros, pues llegaríamos a él tan rápidos como un rayo; ese maldito humano tenía un coche de niño pijo que por allí resultaba tremendamente sugerente y lo menos que queríamos aquel este momento era llamar la atención. Era como tener un cartel colgado que pusiera: róbame, soy idiota.

Los ruidos que lograba escuchar no provenían del interior del edificio sino de los alrededores. No parecía que hubiese nadie por la zona a excepción de unos cuantos gatos callejeros que buscaban cobijo del frío y algo de comer entre la basura, eran los principales causantes del alboroto.

El lugar estaba extrañamente tranquilo y deshabitado, algo poco usual en el Bronx. Tenía pinta de ser el sitio perfecto para que bandas organizadas llevaran a cabo sus transacciones o donde dejar el cadáver de un asesinato. Algo no marchaba bien. Allí había gato encerrado. Miré a los alrededores, no veía ni rastro del Mercedes de James, claro que a ese maldito bastardo no le hacía falta un coche para moverse.

—Esto es muy raro, Ken —confirmó mis sospechas El Egipcio—. Me

reafirmo en que ese desgraciado ha jugado con nosotros y no me gusta que jueguen conmigo —dijo al mismo tiempo que se frotaba los puños en un gesto amenazador.

Nada, ni un solo indicio de James ni de Natalia en el interior del mugriento edificio. Solo conseguí encontrar un par de latas de cerveza vacías y envoltorios de comida basura, pero no eran recientes. Unos pocos indigentes dormían en la planta baja del edificio. Tras hacerles las preguntas pertinentes, confirmaron lo que Tarek y yo estábamos pensando: jamás habían visto a James por la zona. Ese cabrón nos había llevado allí para hacernos perder el tiempo.

Me sentía patético. Frustrado, me dejé caer en un bloque con las manos en las sienes. ¿Cómo podía haberle fallado a Natalia de aquella forma? Todo era por mi culpa... Tarek me puso su enorme mano sobre el hombro.

—¿Estas llorando, Ken? —Apenas me había dado cuenta de las lágrimas que habían caído tanto inesperada como inoportunamente por mis mejillas.

—De frustración, hermano, rabia, ira... Mataré a ese hijo de puta —contesté cada vez más colérico.

—Lo sé.

Sin pensármelo dos veces, me encaminé hacia el coche del poli y esta vez me subí yo en el asiento del conductor. Un momento después, Tarek se había acomodado en el de copiloto y me estaba tendiendo las llaves. Me importó una mierda las señales de velocidad máxima permitida y los radares, sabía que no iba a tener ningún accidente y necesitaba desahogarme con algo, aunque fuese el acelerador de ese BMW.

Eran mis reflejos los que me indicaban hacia dónde tenía que girar en cada intersección, pero mi estado emocional lo único que quería era destruir cosas y reventar el maldito coche.

Tardé la mitad de tiempo en llegar al estúpido motel del que había tardado en ir al Bronx, iba a matar a ese vaquero para que hablase en cuanto llegara y no me iba a importar hacerlo de forma lenta y dolorosa. Quería sangre.

—Tienes que tranquilizarte, hermano, así no lograrás nada —trató de apaciguarme El Egipcio.

Yo le ignoré completamente, estacioné el coche entre dos plazas de aparcamiento y me bajé de él sin molestarme en cerrar la puerta. Tarek no iba a detenerme, de haberlo querido hacer, ya lo habría hecho. Era muy efectivo en sus métodos cuando quería algo. Sin embargo, cuando llegué a la habitación del vaquero, pude ver por la ventana que no había nadie dentro. La habitación estaba hecha un asco, pero no encontraba señales de vida, tampoco en el baño que logré

vislumbrar al fondo.

Saqué del bolsillo de mi chaquetón de cuero el teléfono móvil para comprobar por qué Ash no me había informado de la salida de ese tipejo. No tenía ningún mensaje. ¿Qué coño estaba pasando? Cuando miré en dirección a nuestra habitación, la puerta estaba algo abierta. Debido a la enajenación en la que me encontraba, no lo había notado, pero las luces seguían encendidas y las vi a través de la rendija que quedaba visible.

Enseguida me decidí a abrirla. La puerta golpeó la pared con un ruido seco. Ash ya no estaba allí y solo quedaban los envoltorios de la comida que Hugh y ella habían consumido.

El corazón se me paró en seco. El vaquero había descubierto que estaba allí y se la había llevado consigo. Sabía que no tenía que haberla dejado sola. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? La sangre me había hervido tanto durante esos últimos días, que no sabía cómo no se me había evaporado del todo. Tarek apareció en el marco de la puerta poco después. La expresión de preocupación que invadía su rostro era comparable a la mía. Juraría que no tenía nada bueno que decir.

—Tu moto no está, Ken. —Y encima me habían robado la puta moto.

—Joder, que alguien me mate... —protesté—. Voy a acabar con el hijo de puta que se haya atrevido a quitarme la moto. ¿Qué cojones puede salir mal ahora? Ya nada puede ir a peor, Tarek.

La desesperación se había apoderado de mí, seguida por un pesimismo impropio de mi carácter. Ya no estaban ni Ash, ni Natalia, ni mi moto...

—Algo me resulta extraño, hermano... La habitación del vaquero está bastante revuelta, como si se hubiera marchado con prisa... —me dijo El Egipcio—. Creo que se nos está escapando algo.

Tarek tenía razón, había algo raro en toda esa situación. Tampoco había indicios de que hubieran forzado o arrastrado a Ash en nuestro cuarto, todo estaba muy a su estilo... desordenado. Ella no habría cedido, habría luchado contra ese hijo de puta antes de que consiguiera llevársela y no se veían restos de lucha, por mínima que fuera. Conociéndola, la habitación habría acabado siendo un desastre y el mobiliario habría sufrido grandes desperfectos.

Repentinamente me invadió un mal presentimiento. Como un desquiciado, me revisé los bolsillos de la chaqueta y el pantalón vaquero, cada vez más ansioso. No me lo podía creer, maldita hija de perra... ¡Me había quitado las llaves de la moto! ¿Qué coño quería hacer? ¡Estaba loca! No tardé ni un segundo en marcar su número de teléfono y llamarla, pero, como era de esperar, no me

contestó.

—No sé qué pretendes hacer, Ashley. —Esperaba que el uso de su nombre completo sumado a mi tono de voz le mostraran el nivel de mi enfado en un simple mensaje—. Pero no te espera nada agradable cuando vuelvas. —Colgué el teléfono y me dirigí a Tarek—. Me la ha birlado ella, así que vamos a por el poli. Tenemos que localizarla y pienso darle tantos azotes en el culo que le va a costar sentarse durante un mes.

Las carcajadas de Tarek me enfurecieron aún más.

—No me lo puedo creer, Ken, Barbie se ha fugado con tu moto, es para partirse —decía burlón El Egipcio—. Igual ha ido a buscar al Action Man. ¿Tú qué opinas?

—Vete a la mierda.

—Venga, hombre, ¿dónde está tu sentido del humor? —Le fulminé con la mirada—. Bueno, vale, ¿ahora qué? ¿Vamos a por el poli y lo zarandeamos?

No me encontraba con ánimos como para responder a sus bromas, simplemente esperé a que me siguiera hasta el coche que nos habían prestado. Cuando giré las llaves en el contacto, El Egipcio ya estaba dentro. El acelerador de ese maldito BMW se me iba a quedar corto. Esperaba, por la seguridad de Ash, que mi moto no tuviera ni un rasguño cuando la encontrara, o no solo recibiría unos simples azotes.

La casa de Tarek estaba en Tribeca, uno de los barrios más caros de Nueva York. Por un motivo que desconocía, ya que éramos intolerantes a la luz, se había comprado un *loft* a doble altura; El Egipcio no escatimaba en gastos.

La decoración era exquisita. Las pocas paredes que había en la casa estaban decoradas con auténticas obras de arte. El resto estaban forradas de ventanas cuyas persianas, al estar ya muy entrada la noche, estaban subidas.

A través de ellas podían verse todas las luces de Nueva York. Las vistas eran increíbles, cualquier mujer se derretiría en un *loft* como ese, era el lujo hecho hogar. Sin embargo, esa majestuosa casa jamás había conocido hembra, Tarek no llevaba a mujeres allí y no porque el cabrón no tuviera oportunidad. Después de conocer a Natalia, podía llegar a entender que quisiera esperar, aunque nunca podíamos estar seguros de que llegara nuestro *luaidh*.

Cuando entramos al salón del *loft*, vimos al poli durmiendo a pierna suelta. Cualquiera diría que podría matar a alguien en ese estado, parecía un niño exhausto y a la vez un gordo a punto de morir entre ronquidos. ¡Por todos los cielos! Esos gruñidos debían escucharse en todo el edificio.

—¡Arriba, poli! Tenemos problemas —dijo Tarek quitándole de un tirón la

manta de encima. Pude ver cómo un hilillo de baba caía de su boca, era asqueroso hasta para él.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? —respondió aún medio dormido y bastante desorientado.

—Tu amiguita se ha ido por ahí tras el vaquero, con mi moto —le solté de sopetón—, y tú eres el único que dispone de la tecnología adecuada para localizarla.

—¿Mi amiguita? Vaya, pensaba que todo el odio que desprendes hacia mí era porque estabas celoso —contestó con sarcasmo, frotándose los ojos. Sin embargo, enseguida vi en cómo en su rostro la expresión se tornaba seria—. Supongo que habréis venido en mi coche, tengo ahí guardado un ordenador como el que le dejé a ella, puedo intentar rastrearla a través de tu matrícula desde ahí. ¿Tu moto tiene GPS?

—Claro que sí, poli, pero Ash también tiene cerebro, lo habrá desconectado. —Me sacaba de quicio—. Tendrás que pensar en otra cosa.

—El teléfono del vaquero —contestó de manera automática.

Cinco minutos después, estábamos los tres sentados alrededor de la gigantesca mesa de comedor de El Egipto con una Blue Moon en las manos. Hugh estaba maquinando en su ordenador, como si su vida dependiera de ello, mientras que Tarek y yo rezábamos para que a la imbécil de Ash no le pasara nada. James la quería y, sin nuestra protección, sería muy difícil que no cumpliera su objetivo de poseerla como trofeo.

—Cuando estuve en la habitación del motel de Taylor, conseguí conectar el localizador de su móvil a mi servidor de la comisaría. —Hugh se llevó las manos a la parte trasera de la cabeza, con aires de satisfacción—. No debería de tardar más de dos minutos en encontrarlos.

—Vamos, poli, no me cuentes películas y dime dónde está —le espeté.

—Tranquilo, rubito, esto es última tecnología y lleva un poco de tiempo. Aquí está, la señal de intensidad del IMSI es alta en la zona de... ¿Brooklyn?

—¿Estás seguro? —pregunté acercándome a su ordenador, pero en su pantalla no vi nada que pudiera entender—. ¿Qué coño es esto, poli? ¿Quieres decirme qué cojones dice esta mierda?

—Son puntos de antenas de telefonía, se marcan las que más cerca están del móvil, y según esto, está en Brooklyn. Ryan, mira la intensidad de esta señal. —Escudriñé la pantalla del portátil, podía ver ciertos puntos que se marcaban en rojo, algunos con un color algo más intenso, suponía que a eso se refería el humano—. Están en la Avenida Franklin, no sé muy bien en qué número; la

señal es buena, pero no tanto.

—Pues manos a la obra —se escuchó decir de pronto a Tarek, mientras se ponía en pie de la robusta silla. Había permanecido en silencio todo este momento, tomando con tranquilidad su cerveza—. Vayamos a buscar a la Barbie rebelde.

—Vamos en mi coche —dijo Hugh, que a su vez comenzó a buscar en los bolsillos de su pantalón unas llaves que, al parecer, había olvidado que teníamos nosotros—. ¿Dónde he puesto mis llaves? —Se dijo a sí mismo.

—Las tengo yo, poli. —Agité las llaves delante de su cara. Intentó cogerlas, pero se lo impedí—. Olvídalo, conduzco yo.

—Pero es mi coche —protestó.

—Me trae sin cuidado que sea tuyo, yo lo llevaré. Y da gracias a que te dejen venir y no te tiro por el puente de Brooklyn.

—Me estás hinchando las pelotas, Ryan...

—Tengamos la fiesta en paz, señoritas. Vámonos ya, no podemos perder más tiempo —nos regañó El Egipcio—. Déjale las llaves, Ken, tú ya has tenido suficiente velocidad por hoy.

A regañadientes, cedí y, una vez estuvimos en el aparcamiento del edificio, me subí en el asiento de copiloto. Solo faltaba que me obligaran a sentarme detrás, como si fuera un niño castigado. A esas horas de la noche ya solo quedaban taxis en la carretera, por lo que el trayecto fue corto, aunque me sentía como si fuera a reventar de todos modos.

La zona de Brooklyn por la que pasamos con el coche no parecía apropiada para familias con niños. La Avenida Franklin era una calle extremadamente larga y llena de grafitis por todos lados. La mayor parte del mobiliario urbano estaba maltratado, las farolas, los contenedores de basura, las paradas de autobús... Se veía claramente que los lugareños no tenían demasiado respeto por las zonas comunes. Pero dudaba mucho que nos encontráramos con algo a lo que no pudiéramos enfrentarnos.

El poli traía consigo el portátil, paró en el número seiscientos seis de la calle para volver a comprobar la señal del teléfono. Entonces fue cuando Tarek le sugirió que lo dejara conducir, así él podría dedicarse enteramente a rastrear.

—La señal es mucho más intensa, diría que están a poquísimos metros —nos dijo entusiasmado el poli.

El Egipcio estacionó el coche junto a una parada de autobuses sin importarle las normas de seguridad vial que lo impedían. Al salir, tanto él como yo, nos quedamos paralizados sin que Hugh entendiera absolutamente nada.

—No me gusta nada esto, Ken —dijo disgustado Tarek.

—A mí tampoco, hermano.

—¿Qué coño pasa? ¿Qué es lo que no os gusta? Vamos, antes de que le pase nada a Ash o a Natalia —nos decía Hugh.

—¿Lo hueles? —Me preguntó mi colega.

Sin pensármelo dos veces, eché a correr en dirección al olor que tan aterrorizado me tenía. Lo que percibíamos mi amigo y yo era sangre.

No me importaba dejarlos atrás, era el más rápido sin lugar a duda y llegaría allí antes que ninguno de ellos. «Por favor, Ash, no estés muerta».

Tardé apenas unos instantes en llegar a una especie de almacén lleno de pintadas, con tablones en las ventanas y puertas. El olor procedía del interior, pero, sin embargo, las tablas de las puertas no parecían haberse manipulado para entrar. Desesperado, miré en todas las direcciones. Había una reja rota a la izquierda, llena de maleza, por ahí debían haber entrado. Me introduje en el interior del descuidado camino y, al mirar en el suelo de este, vislumbré un rastro de sangre. Me quedé helado.

La angustia que sentía en el pecho era devastadora. No podía perder a la bastarda de Ash, maldita sea. ¿Por qué no se había quedado donde le habíamos dicho? Nada de esto habría ocurrido si hubiera obedecido, su cabezonería iba a costarle la vida.

El reguero de sangre comenzaba a verse a escasos metros del sitio por el que había entrado. Las marcas lo dejaban bastante claro: alguien había arrastrado un cuerpo bastante maltrecho y el olor a mi mejor amiga impregnaba el lugar. Tuve que detenerme a coger aire antes de poder seguir avanzando, lo que le dio tiempo a Tarek para entrar y detenerse a mi retaguardia.

Continué adentrándome. La cantidad de sangre era tal, que sería imposible no encontrar un cadáver al final del camino, o al menos a alguien en muy mal estado. Al final del pequeño jardín, una puerta abierta daba acceso a la nave y el olor se volvía cada vez más intenso. A pesar de que la sala estaba a oscuras, distinguí fácilmente un cuerpo sin vida.

Colgaba boca abajo, atado por los pies a una viga de acero; los brazos no llegaban a tocar el suelo. La cabeza pendía en una postura antinatural, lo que explicaba la cantidad de sangre: le habían hecho un corte muy profundo en la garganta. Y justo debajo del cuerpo, que caía en peso muerto, el del vaquero, se encontraba la chupa de cuero de Ash.

No sentía ningún tipo de lástima por ese gilipollas. Por los diversos cortes que encontré en su cuerpo, había sido torturado. Su ojo izquierdo estaba

completamente hinchado y morado, recubierto del líquido carmesí que brotaba del labio. La sangre era fresca, aún no había coagulado del todo, lo que me informaba de que habría muerto haría apenas unos quince minutos.

A la derecha del susodicho había una mesa con herramientas bastante oxidadas. De haber sobrevivido a la tortura, habría muerto por el tétanos. Quienquiera que lo hubiera torturado, no había usado muchas de las herramientas, más bien había obtenido cierta satisfacción con lo que parecía una especie de sacacorchos, el cual aún estaba clavado en la garganta del vaquero. El teléfono que habíamos estado rastreando estaba ahora destrozado en el suelo junto al charco de sangre y el resto de las pertenencias del cadáver.

Maldita sea, la chaqueta de Ash estaba ahí, pero no había ni rastro de ella. No me hubiera extrañado nada que James se la hubiera llevado antes de matar a aquel infeliz, pues no podía distinguir muy bien los olores de sangre que había. Apenas percibía el aroma de Ash de manera aislada. Teníamos buen olfato, pero los olores se dispersaban en el aire con rapidez y los perdíamos. Y yo estaba mal alimentado. Escuché cómo Tarek y Hugh entraban en la nave.

—¡Joder! ¿Qué coño ha pasado aquí? —exclamó el poli nada más entrar, yo no podía quitar la vista del espectáculo que tenía delante—. Mierda, Ryan, ¿y Ash?

—Me temo que se ha ido de aquí.

—¿Cómo dices, Tarek? —Me sorprendió la afirmación que acababa de hacer, yo no podía distinguir si estaba en el lugar o no.

—Hermano, te lo he dicho antes, si no tomas a menudo de una buena vena, pierdes facultades. Solo hay sangre de este hijo de puta, Barbie se fue dejando su tufo por el camino. —Hacía días que no me alimentaba de verdad, lo que decía tenía sentido, ya que lo poco que había tragado del asqueroso de Connor no era suficiente—. Diría que no hace más de diez minutos, a juzgar por el estado de este.

—Vamos a buscarla —dije sin vacilar.

—Ryan... —Yo ya había comenzado a caminar hacia la salida, pero me detuve—. Creo que deberías alimentarte primero, estás demasiado débil como para enfrentarte a James y yo no sé si podré cubrirte a ti y a este saco de huesos humano.

—Yo puedo cuidarme solo —dijo Hugh recogiendo la chupa ensangrentada del suelo.

Tarek rio de forma escandalosa, cosa que hacía en contadas ocasiones.

—Venga ya, poli. Esto no se trata de pandilleros que venden droga en

Queens, aquí pueden hacerte algo más que una pupita.

—No pienso alimentarme de la vena de nadie, si es lo que estás insinuando —le respondí bruscamente.

—Entonces no vendrás a buscar a Ash.No quiero que entorpezcas o que te maten. —Su tono de voz no invitaba a discusión. Hugh nos miraba sin decir palabra alguna.

—No tienes forma de impedírmelo.

Le arranqué la chaqueta de las manos al poli y volví a dirigirme a la salida. Sin apenas dar un paso, sentí cómo una mano enorme me agarraba del brazo, haciéndome girar sobre mis talones.

—No te vas a mover de aquí sin que antes me garantices que vas a alimentarte. No me hagas obligarte, Ken. —Estaba tan cabreado, que la tensión de su cuerpo se transmitía a mi brazo—. Te meteré la sangre por la garganta si es necesario. —El sonido gutural que salió de mí en respuesta no se parecía a ninguno que hubiera producido jamás.

—Se trata de mi *luaidh* y de lo más parecido que me queda a una hermana, Tarek, a una familia —le dije mirándole a los ojos con severidad—. Ni tú ni nadie vais a conseguir que desperdicie un solo minuto.

—Es por ellas que tienes que estar fuerte, imbécil, ¿o quieres que cuando las encuentres vean cómo te matan? ¡Por favor, Ken! ¡Si pareces un fantasma de lo pálido que estás!

—Esto... —se escuchó balbucear el poli—. Podrías alimentarte de mi muñeca..., si eso hace que nos vayamos ya...

—¿Y arriesgarme a que me dé una reacción alérgica? ¡Ja! —La idea nunca se me hubiera pasado por la cabeza, era totalmente ridícula y asquerosa.

—¡Qué te den por culo! No eres más que un niño malcriado. Es la vida de dos personas lo que estás arriesgando ahora mismo. Maldito pijo de mierda... — Fue maldiciéndome mientras se alejaba indignado.

—Al menos ha tenido una idea, Ken.

—Por mí, como si tiene *whisky* en las venas, no lo tocaré ni muerto.

—Muy bien, pues entonces vámonos —me dijo, al parecer había entrado en razón.

Me di la vuelta dispuesto a marcharme cuando sentí un tremendo dolor en la nuca, seguido de una inestabilidad poco tranquilizadora. Maldito hijo de puta.

Capítulo 21

Sentía un cosquilleo en los labios que me tenía completamente relajado. ¿Dónde estaba? Un calor muy agradable me recorría la garganta, estaba como en una nube y, poco a poco, cada vez más lleno de vida. Mi cuerpo, tenso por la sed, me hacía temer que parase, la sangre resultaba tan exquisita... Nati... Tenía que detenerme.

Abrí los ojos de golpe debido a la angustia que me generaba el pensar que no iba poder frenarme a tiempo antes de acabar con la última gota de sangre del cuerpo de mi *luaidh*... Pero, en cambio, lo que vi fue a una desgarrada mujer pelirroja en su lugar.

Ella no era mi Natalia. La mujer menuda, de apenas unos veinte años, estaba ofreciéndome su vena y, a juzgar por su mirada insinuante, estaba dispuesta a darme algo más que eso. Sabía que le excitaba la idea.

Solté la muñeca de la mujer con un desagrado que incluso a mí me pareció brusco. La chiquilla, decepcionada y a su vez sorprendida ante mi rechazo, se levantó despacio del suelo. Yo estaba en el asiento trasero del BMW de Hugh. Tarek debió de ir en busca de una prostituta que me alimentara mientras estaba inconsciente. La habría sometido con sus trucos mentales, aunque la atracción sexual que sentía ante lo perverso era cosecha de ella misma. El Egipcio le borró la memoria antes de pagarle y dejar que se marchara.

—Maldito cabrón... —logré decirle.

Cada vez me sentía más vigoroso, notaba cómo todos mis músculos se fortalecían con rapidez ante el líquido que esa prostituta me había ofrecido. Era asombrosa la forma en la que los vampiros lográbamos recuperar toda la fuerza en tan solo unos minutos de...

—Tenías que alimentarte, Ken.

—He de decir que esto me ha dado mucho asco y no estoy de acuerdo con jugar con las neuronas de una pobre chica —se quejaba el poli.

—Sabías dónde te metías —dije al mismo tiempo que me incorporaba para estirar un momento las piernas—. Que sepas que pienso devolvértela —amenacé a El Egipcio, apuntándole con el dedo índice. Él me respondió mostrando una sonrisa amplia y reluciente—. Ahora vamos a por mis chicas.

—Oh, por favor, ni que fueran de tu propiedad —se mofó Hugh.

—Vamos, poli, ya tendré tiempo de patearte el culo cuando encontremos a mi esposa. —Todos nos subimos con rapidez al BMW, esta vez con algo más de

esperanzas.

Pensaba darle una paliza a Ash en cuanto la encontrase, pero me reconfortaba el pensar que seguía con vida. No tenía del todo claro lo que había ocurrido con Taylor, y, a decir verdad, en el fondo me daba pena el terrible final que había tenido; tras una vida miserable, una muerte miserable.

—Mientras estabas durmiendo plácidamente, revisamos el almacén de la Avenida Franklin —comenzó a hablar Tarek.

—Un sueño inducido, querrás decir. Aún me duele el cuello —me quejé exageradamente—. ¿Encontrasteis algo?

—Lo cierto es que sí. Barbie es muy lista, pero no precisamente discreta.

—¿El qué? —Le animé a seguir, ya que no parecía que quisiera continuar hablando.

—Había otro teléfono móvil tirado en medio de la nave. Estaba manchado de sangre, por lo que Barbie debió de utilizarlo. Llamé al último número, era un gimnasio... Está bastante cerca.

—¿Cómo que un gimnasio? ¿Estás de coña? —Estaba completamente sorprendido.

—Piénsalo por un momento, Ken. El cabrón de James quiere a Ash precisamente para sus combates, los que le dan la pasta. ¿Y qué mejor sitio que un gimnasio de un barrio conflictivo para captar gente? —Lo que decía El Egipcio tenía sentido—. Creo que es posible que Barbie haya pensado buscar pistas por ahí. Es eso o va a hacer una estupidez.

—No creo que sea tan imbécil como para entregarse. ¿O sí?

—Bueno, estamos hablando de Ash, no brilla especialmente por su inteligencia.

—Ejem... No te pases, Tarek, es mi amiga —protestó de pronto el callado Hugh.

—¿Dónde está ese gimnasio? —pregunté, no tenía tiempo para discusiones absurdas.

El cuerpo de Hugh irradiaba calor debido al estado de nerviosismo en el que se encontraba. Haberme alimentado de una vena tenía ciertas ventajas, casi podría decir que olía su miedo. Escuchaba con suma claridad los latidos de su corazón y el flujo de sangre cuando este bombeaba, cómo se trasladaba de un lugar a otro a través de sus venas. La desventaja era que la sed aumentaba y el control disminuía si llevabas mucho tiempo en ayunas. Dudaba mucho que, si el humano me sacaba de mis casillas, no me abalanzara sobre su yugular.

—Olvida lo que estás pensando —me susurró El Egipcio—, tienes mirada de

depredador.

Daba gracias a que Hugh estaba en el asiento delantero del coche y a que Tarek estuviera con nosotros. En caso de perder el control, él sería el único que podría pararme y no estaba seguro de que fuera capaz de serenarme en esos momentos.

No era lo mismo alimentarse de una desconocida que de tu propia *luaidh*. A Natalia jamás podría hacerle daño, nunca me lo perdonaría, estaba seguro de que jamás perdería el control con ella. El policía respiró profundamente con intención de relajarse.

—Hay que ir a Williamsburg, cerca del puente. —Su mirada se perdió a lo lejos, a través de la luna del coche. No quería saber en qué estaría pensando para tener semejante expresión de congoja—. Vamos allá.

Nadie dijo una sola palabra durante los quince o veinte minutos que duró el trayecto hasta el puente de Williamsburg, se notaba cómo el aire que nos rodeaba se iba volviendo cada vez más denso. Los únicos sonidos que se escuchaban procedían de nuestras respiraciones y de cómo nos removíamos en los asientos, lo que no ayudaba a que nos relajásemos. Pensé que todos teníamos la misma sensación, era como si veinte millones de hormigas nos estuvieran mordisqueando el culo. El sentimiento de urgencia era insostenible.

A veces me preguntaba cómo podían haberse hecho amigos Ash y Hugh. Él era un pijo con una moral bastante alta y unos principios que poco importarían a Ash. Eran como el día y la noche, el bien y el mal, el azúcar y la sal y todas esas cosas. En un mundo de probabilidades, era ínfima la posibilidad de que pudieran acabar siendo tan leales el uno al otro.

A pesar de mi desprecio por ese saco de huesos, sabía que daría su vida por proteger a mi amiga y eso hacía que se ganara cierto grado de respeto. Podría arriesgarme a decir incluso que, si a ella no le gustaran las mujeres, él habría intentado tener algo con ella. Eran, como poco, una pareja muy peculiar.

Nosotros, sin embargo, nos habíamos conocido hacía décadas. Yo me había convertido en vampiro solo dos años antes, no era más que un neonato. Ella me ayudó a controlar el ardor y el dolor que sentía en la garganta cuando no cedía al impulso de desgarrar un cuello humano.

Cuando Ash me encontró, no era más que un hombre de treinta y cuatro años, solo y asustado por su nueva condición; una condición que, a pesar de los meses y meses, aún no sabía cómo había adquirido. Años después, encontré a mi querida hermana Roisín, que había pasado por lo mismo que yo. Ya desde entonces James estaba a su lado. Nunca supe cómo se conocieron, ella jamás

quiso contármelo.

—Hemos llegado. Es en ese garaje. —La voz de Hugh me sacó de mis recuerdos más enterrados.

Un portón metálico nos esperaba al otro lado de la calzada, verde y desteñido. No tenía pinta de gimnasio ni nada por el estilo, al menos no desde fuera, ni siquiera había demasiada luz como para que te permitiera moverte con tranquilidad.

Nos bajamos del coche y Hugh, con mucho pesar, le dio unas palmaditas al capó del BMW antes de seguirnos hacia el local, como si estuviera despidiéndose de él de manera definitiva.

—Tranquilo, poli, ha estado en sitios peores —le dije tratando de hacerme el gracioso. Un coche como ese no debería estar en un lugar como aquel.

—¿Cómo? ¿Qué habéis hecho con mi coche? —Su cara parecía desconcertada, pero su ceño fruncido indicaba un grado de indignación notable. Justo lo que quería. Apartó la cabeza bruscamente para no mirarnos directamente —. Ryan, ¿eso de ahí es tu moto? —dijo al mismo tiempo que señalaba a un bulto multicolor que se encontraba en mitad del asfalto, a nuestra izquierda.

—¿Cómo va a ser eso mi moto, poli? No digas estupideces... —Al mirar más detenidamente, me di cuenta de que, en efecto, se trataba de mi moto.

¡Mi pequeña! ¿Qué coño hacía en el suelo?

Me acerqué rápidamente. Mi pobre moto estaba en unas condiciones lamentables, tenía manchurrónes por toda la carrocería, de todos los colores, desde el rosa chicle hasta el verde neón. Iba matar al hijo de puta que le hubiera hecho eso a mi pobre niña. El retrovisor izquierdo, bueno, lo que antes había sido el retrovisor izquierdo, estaba destrozado, el cristal del espejo esparcido por todo el pavimento. El depósito tenía abolladuras por todas partes, dudaba que pudiera ni siquiera arrancarla después de cómo la habían dejado. Una ira incontrolable me recorrió todo el cuerpo, de los pies a la cabeza.

—¡Maldito hijo de puta! ¡La culpa es tuya! —le grité al policía mientras me abalanzaba sobre él. Pero, al tratar de agarrarlo, me estampé contra lo que pareció un muro de hormigón, aunque no era sino Tarek—. ¡Déjame, hermano, voy a matarlo!

—No eres tú quién habla, Ryan, es la sed, contrólate.

Me agarró del hombro con firmeza y a la vez con suavidad, invitándome a relajarme, con sus ojos dorados clavados en los míos. Con todo lo que estaba pasando, no me había dado cuenta de que se había quitado las gafas de sol, algo que no hacía casi nunca fuera de su casa.

Cerré los ojos y me concentré tanto como pude en momentos que recordase de calma absoluta, todos esos recuerdos me transportaban a cuando era niño, con mi madre y mi hermana, cuyos rostros eran prácticamente idénticos. Cuando quise darme cuenta, estaba hiperventilando, notaba cómo costaba que el aire entrara a través de mi nariz, por lo que me veía en la obligación de abrir la boca para dejar que mis pulmones se llenaran, siendo consciente de que los colmillos habrían crecido.

—Oye, Ryan, yo no tengo la culpa de que te haya pasado esto —me dijo Hugh.

—Mejor mantén la boca cerrada por unos minutos, poli, o no me hago responsable de lo que pueda suceder —dijo Tarek.

Yo aún continuaba con las imágenes de mi familia, hasta que la imagen de Natalia en Central Park acudió a mi mente. Juraría que el corazón se me había detenido en ese momento y noté cómo la calma me invadía repentinamente el cuerpo. Su sonrisa era lo que me reconfortaba, lo que me daba la serenidad que necesitaba.

—Ya estoy mejor, hermano. Vamos, falta poco para que amanezca —le apremié.

Los tres anduvimos en dirección a la puerta de garaje. Por debajo de la misma se podía escuchar rap, bastante malo, a decir verdad. Quedaba muy claro que no tenían buen gusto musical. La puerta estaba entreabierta, la atravesamos con facilidad y así comprobamos que el sitio no era un gimnasio legal y que las condiciones en las que se encontraba eran pésimas.

Contaban con un equipamiento que claramente no cumplía con las normativas exigidas. Podías ver cómo algunos de los boxeadores se escondían en el interior de los guantes puños americanos y cómo los más novatos no se daban cuenta de lo que pasaba, para a continuación pasar a ser los *sparrings* de los más avanzados.

Era un clásico; alguien debía de estar ganando bastante dinero en ese sitio para mantenerlo abierto. Hacía unas décadas, Ash y yo habíamos sido de esos que se ganaban la vida en el *ring*, por pura diversión más que por los beneficios, nos ayudaba a controlar los impulsos de la sangre. En esa ocasión, la violencia sí era el camino. Me preguntaba qué habría traído a Ash a recordar aquellos tiempos en ese sitio, no creía que a estas alturas tuviera necesidad de pelear en un combate, ni por control, ni por dinero.

Cuando abrimos la puerta del garaje-gimnasio, esta había chirriado, haciendo que todos los presentes se girasen hasta quedar mirando en nuestra dirección, a

excepción de un par de individuos que andaban entrenado con algo más que entusiasmo a los que no les importó nuestra intromisión. Seguramente, si alguno giraba la cabeza para mirar, el otro aprovecharía la ventaja.

Era de entender que todos tuvieran cierto grado de curiosidad. Solo con la presencia de Tarek yo ya me habría sentido intimidado si fuera alguno de esos chicos. Por mi experiencia, sabía que gran parte entrenaba por el dinero, pero otros simplemente lo hacían por pura diversión. Por desgracia, alguno siempre podía morir en el *ring* y me daba muchísima pena el destino de esos pobres muchachos.

Todos los socios del gimnasio fueron volviendo poco a poco a lo que estaban haciendo, probablemente para no llamar nuestra atención. Algunos incluso evitaban mirarnos directamente. Todos salvo un tipo cuya pinta era extraña. Se encontraba tras un mostrador contando un fajo de billetes, de forma que todos pudieran verlo, queriendo demostrar el poderío.

La camisilla blanca que llevaba estaba manchada con un surco de sudor bajo las axilas, tenía peor aspecto incluso que los que estaban entrenando, sin estar haciendo nada de ejercicio. Levantó ligeramente la vista de los billetes y nos dirigió una mirada en la que se mezclaban precaución y curiosidad, como cuando te has electrocutado los dedos con un enchufe y aun así sientes el impulso de volver a tocarlo.

Nos aproximamos a la mesa alta y destartalada que hacía de mostrador, llena de papeles de distintos colores, con la intención de obtener de él alguna clase de información. Era el que más posibilidades tenía de saber si Ash había estado allí o no, aunque, a juzgar por mi moto, ya sabíamos la respuesta.

—¿Quién coño sois y qué cojones queréis? —dijo el tipo sin poder remediar la curiosidad que sentía por los intrusos, se reflejaba con claridad en sus ojos. Hugh hizo ademán de hablar, pero El Egipcio se le adelantó.

—Estoy buscando a mi boxeadora estrella. Me temo que quiere cambiar de agente, y eso me haría perder mucho dinero —habló seriamente—. No es algo que pueda permitir, tú ya me entiendes, ¿verdad?

—¿Y qué te hace pensar que ha venido aquí? ¿Y tú qué? ¿Quién puñetas eres tú? —preguntó en renacuajo al tiempo que fijaba la mirada en mí.

—Aquí las preguntas las hago yo —le cortó Tarek con brusquedad—. Su moto está aparcada fuera. —El corazón se me subió a la garganta al volver a recordar a mi preciosidad destrozada en el suelo—. Es morena, de pelo corto, alta, guapa y con cara de sociópata.

—De haberla visto, la recordarías, créeme —dijo Hugh en un intento de

integrarse en la conversación. El tipo lo escudriñó con algo de cautela.

—Tu cara me resulta familiar. ¿Nos hemos visto antes? —quiso saber. Se paró frente a Hugh y lo recorrió despacio con la mirada, como si no quisiera perderse ningún detalle de la imagen—. ¿Cómo has dicho que te llamabas? —El tío, al parecer, siempre hacía más de una pregunta en la misma frase.

—Nuestra amiga. —Chasquéé los dedos delante de su cara para que me prestara atención—. Que si has visto a nuestra amiga —insistí. Me apoyé despacio con el codo sobre el mostrador y me incliné lo suficiente como para quedar bien cerca del tipo.

—¿Hasta dónde estás dispuesto a llegar para lo que quieres saber? — preguntó al mismo tiempo que arqueaba una de sus cejas.

—Perdona, ¿cómo dices? —No tenía ni idea de a dónde quería ir a parar ese tío, pero si estaba haciéndome una proposición, íbamos a tener un serio problema.

—Te diré todo lo que quieras saber, si eres capaz de tumbar a mi mejor luchador en el *ring*, tienes pinta de ser un buen espectáculo. —Sin poder contenerse, Tarek empezó a reír de forma que atrajo la atención de todos los presentes.

—Pero vamos a ver, pequeñajo, ¿con qué clase de personas te crees que estás tratando? —profirió El Egipcio de pronto, sin rastro de las risas que acababa de soltar. Si no lo conociera, habría creído que se le había ido la pinza—. Dime lo que quiero saber o lo averiguaré yo mismo, no necesito tu permiso.

—¿Y qué vas a hacer, payaso?! —comenzó a gritar el renacuajo, nervioso—. ¿Te crees que puedes venir a mi casa y hacer lo que te dé la gana!? ¡Que te jodan!

—A ver, pedazo de mierda... —De un tirón aparté la mesa del mostrador y, agarrándole de la camisilla, levanté sin esfuerzo al tipejo de la silla en la que estaba sentado.

—¿Qué coño está pasando aquí? —Se escuchó de pronto una voz grave al fondo de la sala de entrenamiento. Mis acompañantes y yo nos dimos la vuelta de inmediato, yo con la camisilla sucia aún agarrada, por lo que desplacé al recepcionista conmigo.

De una puerta cuya pintura empezaba a desconcharse, había aparecido un hombre de traje azul marino de raya diplomática, un tupé canoso engominado y unos mocasines más brillantes de lo normal. En un ademán de imponerse ante nosotros, se remangó las mangas del traje y la camisa antes de acercarse. Todos los chicos que estaban entrenando se detuvieron una vez más a observar lo que

sucedía a su alrededor, aunque notablemente nerviosos y esta vez sin intentar disimular las ganas de saber lo que estaba pasando. El hombre trajeado olía a humo de habano y carraspeó al llegar a nuestra altura, antes de volver a hablar.

—¿Qué desean estos señores, Miller? ¿Y por qué me han hecho salir de mi despacho? —preguntó mirando de reojo a Tarek mientras le hablaba al renacuajo. Dejé que el tipejo apoyara los pies en el suelo para que pudiera responder, sin llegar a soltarlo por completo de la camisilla.

—Han venido buscando problemas, jefe —respondió intimidado—. Yo les he ofrecido que amablemente prueben nuestros servicios y se han puesto como fieras —mintió el recepcionista que respondía al nombre de Miller.

Tarek, en un intento de parecer un hombre de negocios, se estiró la chaqueta del traje de etiqueta que siempre llevaba antes de dirigirse al tipo con pintas de mafioso italiano de los años veinte.

—Tenemos ciertas sospechas de que una de mis clientes ha venido por aquí y estamos buscándola. Y... este individuo no ha querido colaborar. Mis chicos se exasperan con facilidad —dijo mirando en nuestra dirección Tarek—. Ryan, por favor, suéltalo. —Automáticamente solté al tipo, su camisilla notablemente estirada. Él intentó recobrar la compostura con dignidad, pero aún se le notaba algo agitado.

—Gracias, caballero —respondió el tipo que olía a habano—. Si queréis acompañarme a mi despacho, allí podremos hablar más cómodamente de esa cliente insatisfecha.

Había algo extraño en ese hombre, parecía desconfiar claramente de nuestra presencia, a pesar de mostrarse complaciente, y yo no lograba descubrir el por qué. Sin mediar ninguna palabra más, se volvió a encaminar al sitio de donde había salido y nosotros avanzamos tras él con paso firme. De haber sido posible vernos a nosotros mismos, habría jurado que parecíamos los protagonistas de una película de gánsteres.

Sería mejor ir con pies de plomo.

Capítulo 22

E stábamos ya en el interior de la oficina del tipo. No había demasiadas cosas dentro: una mesa caoba al fondo la habitación, un sillón de poli piel negro algo desgastado por la parte superior del respaldo, donde se notaba que dejaban caer el peso del cuerpo y un cenicero encima de la mesa con lo que quedaba de medio puro.

El aire estaba condensado, se notaba fácilmente que se fumaba con intensidad en el lugar y ese no era el único factor que hacía que estar allí no fuera nada agradable. La mezcla de olores, que te impregnaba tanto la piel como la nariz, hacía que quisieras salir de allí cuanto antes.

El supuesto jefe se acercó a su sillón, sobre el que se dejó caer aparatosamente, no sin antes haberse parado a acariciar unos helechos algo resecos que tenía sobre una cajonera metálica. Enseguida sacó de uno de los bolsillos de su chaqueta un puro que encendió con una cerilla, lentamente, alargando el momento.

De pronto, le cambió el semblante. Si antes mostraba desconfianza, ahora lo que reflejaba era una notable cólera, su cara se había vuelto hasta roja al mirarnos. Sus ojos chispeaban llenos de rabia.

—¿Y qué clase de agente de combates... poco ortodoxos mete a la policía en el asunto? —Había dejado de mirar a El Egipcio para centrar toda su ira sobre el callado Hugh—. Ahora me vais a decir qué coño hacéis en mi local y por qué no voy a hacer que os maten.

Tras decir esto, sacó del cajón una Beretta de nueve milímetros que dejó sobre la mesa de manera que nos apuntara y, a continuación, cruzó los brazos sobre el pecho, desafiante. También noté que dos de sus matones se colocaron a nuestras espaldas, en la misma posición que lo haría un guardaespaldas. Genial, iba a haber movida, quizá eso me entretuviera un poco.

—¿Policía? —pregunté incrédulo—. Aquí no hay ningún policía. ¿Nos crees tan estúpidos como para mezclarnos con ese tipo de escoria? —dije tratando de hacerme el tonto.

—¿Me tomas por un paleta de pueblo? —La yugular comenzaba a hincharse. Eso no ayudó a que me relajase lo más mínimo, de hecho, sentí cómo se me alargaban los colmillos, haciendo que tuviera que mantener la boca cerrada—. Sé perfectamente que eres el agente Donovan. Metiste entre rejas a mi pupilo Connor. La pregunta ahora es, ¿por qué no tengo que matarte? —

Lentamente, agarró su Beretta y la situó junto a él, manteniéndola junto a su costado—. ¿Has venido a joderme, Donovan? —Sonaba tranquilo, a pesar de tener la vena del cuello a punto de estallarle.

—Nadie quiere joder a nadie aquí —intervino Tarek—. ¿Acaso nunca has colaborado con algún agente policía? —Hugh miró a Tarek como si estuviera loco solo por decirlo, pero, a mi parecer, andaba por buen camino para calmar al tipo—. ¿Eres nuevo en el negocio? —habló tranquilamente Tarek, imitando el tono de su interlocutor—. Necesitamos a mi chica, que es por lo que hemos venido. El poli no dirá nada ni de tu negocio ni del mío, te lo garantizo. Digamos que él también está interesado en entrenar.

—¿Ah sí? Quizá quiera empezar a hacerlo con uno de mis chicos —dijo con una sonrisa socarrona—. No me fio de ti, Donovan, así que, si no eres capaz de pelear con Michael no saldrás de aquí. —Miró de reojo a Tarek—. Ninguno de vosotros lo hará. Estoy seguro de que Michael estará encantado de pelear contigo, tal vez lo recuerdes. —Hizo un gesto con la mano que tenía libre a los gorilas de detrás. Al girarnos, vimos a un tipo lleno de tatuajes hasta el cuello que parecía no tener nada que perder en la vida, y su expresión dejaba ver que estaba más que dispuesto a combatir contra Hugh—. Estuvo en chirona diez años gracias a ti, es el momento de que ajustéis cuentas.

—Aquí nadie va a ajustar cuentas con nadie —repuso Tarek.

—Oh, venga, hermano, deja que el poli demuestre lo que vale —dije, notablemente más divertido de lo que estaba hacía unos segundos—. Me gustaría ver cuánto aguanta —añadí al mismo tiempo que me apoyaba sobre la cajonera, cruzando los brazos sobre el pecho en una postura relajada y desenfadada—. ¿Acaso tienes miedo, poli? ¿No crees que puedes con este tío tan siniestro? —La mirada de Hugh me dejó bien claro que quería dispararme.

—No creo que meternos en esta clase de asuntos sea lo que más nos convenga, Ken —refunfuñó El Egipcio sin dirigirme una mirada.

—Si es la única forma de conseguir información sobre Ash, lo haré —se envalentonó el policía.

—Sabía que no podría resistirse a su orgullo. Bien, seguidme —dijo el tipo de la Beretta, con ella aún en la mano.

Entre gruñidos, los dos gorilas que estaban detrás de nosotros nos indicaron el camino que debíamos seguir. A la cabecera de la marcha iba el dueño del gimnasio. Hugh iba por delante de mí, no parecía nervioso y eso me sorprendía. Estaba deseando ver cómo le partían su cara de niño pijo. Por supuesto, intervendría si su vida corriera peligro, no me gustaría tener que lidiar con una

Ash cabreada encima, si es que le pasaba algo, pero nadie podría robarme la diversión. Además, el tiempo transcurría y no disponíamos de él como para desperdiciarlo negociando. Esta gente quería sangre y sangre les daríamos.

Tras lo que parecía la oficina maltrecha del tipejo había un *ring* privado. Supuse que ahí era donde tenían lugar las veladas ilegales y me extrañó que no estuviese teniendo lugar una.

El espacio no era muy amplio, diría que estaba enfocado a unas veinte personas a lo sumo, sin contar el cuadrilátero. Probablemente llevase allí a sus mejores luchadores y, por supuesto, a los mejores apostadores. Si mi intuición no me fallaba, aquel era el lugar donde llevaba a cabo sus más lucrativos negocios. Aún se podía ver un poco de sangre salpicada a los alrededores del *ring*.

Sin permiso de nadie, me senté en una de las sillas de plástico de la primera fila. Los matones me miraron con cierto desprecio; yo, en cambio, me acomodé en el asiento dispuesto a disfrutar del espectáculo. Solo me faltaban las palomitas para que todo fuera perfecto.

Le eché un vistazo al tío que tendría que enfrentarse con Hugh que, con una sonrisa socarrona de autosuficiencia, no le quitaba los ojos de encima a nuestro humano. El policía se acercó a una de las esquinas del *ring* y, como si le preocupase estropear sus pertenencias, dejó en otra de las sillas de plástico tanto su abrigo como su reloj de pulsera. Estiré las piernas y me recliné.

—¿Una cerveza? Por favor —le dije a uno de los gorilas que se situó detrás de mí, como si no se fiara que me quedara quieto. Este me miró con repugnancia—. ¿No? Lástima, creí que serías más divertido. —En aquella ocasión, el tipo no pudo disimular una mueca de exasperación.

Tarek se sentó en la silla contigua a mí, y, a decir verdad, actuaba como un auténtico representante. Tal era así, que el tipo con pintas de mafioso se sentó a su lado, completamente confiado y cómodo.

Al mirarlo, me recorrió la rabia. Era la causa de que aún no pudiera estar con mi *luaidh*, le arrancaría el cuello si no supiera que Tarek no me lo permitiría. El Egipcio odiaba acabar con vidas “inocentes”. Se justificaba así mismo diciendo que él no era la persona que debía juzgar a nadie.

Yo, en cambio, sabía con exactitud que no me costaría más de cinco minutos acabar con las personas que se encontraban en la sala. «Piensa qué opinaría de ti Natalia», me dijo una voz interna. Mierda, eso bastó para frenar mis instintos automáticamente.

—Cuando quieras, Mikey —alentó el mafioso a su matón.

El hombre tatuado se quitó la ajustada camiseta de algodón gris y me la tiró

con la intención de que me cayera sobre la cara. Por supuesto, mis reflejos me permitieron atraparla con la mano antes de que llegara a pasar.

—Genial. Me encanta que las mujeres se desnuden para mí —dije al tiempo que le guiñaba un ojo.

—También puedo destrozarte la cara a ti cuando termine con tu amiguito —espetó con rabia—. ¿O prefieres ser tú el primero en subirse aquí? —me desafió, comprobé cómo se le hinchaba la vena de la frente, por supuesto por la ira.

—Por favor, no lastimo a mujeres, jamás podría perdonármelo.

—Haz el favor de centrarte en nuestro amigo, Mikey, no te despistes con este gallo de corral —dijo el mafiosillo, al tiempo que me dirigía una mirada de advertencia. Tarek hizo lo mismo, así que decidí mantenerme callado.

Hugh subió al *ring* atravesando las cuerdas que delimitan el cuadrilátero. El tal Mikey estaba calentando los brazos, su mirada de odio hacia el poli incluso me dio pena. Si algo jugaba a favor del niño pijo eran los motivos personales que tenía aquel tipo, pelear cegado por la venganza nunca era buena idea. El otro gorila que antes nos seguía estaba en el *ring*. Colocó a ambos luchadores uno enfrente del otro, separándolos con su brazo metido entre ambos.

—Voy a cobrarme los diez años que estuve en chirona, hijo de puta — escuché decir al de los tatuajes. Ventajas de tener un buen oído.

El gorila contó rápidamente hasta tres y, antes de que pudiera terminar de levantar su brazo para dar comienzo a la pelea, el tal Mikey ya estaba soltando su primer derechazo. Hugh, que al parecer lo vio venir, lo esquivó sin ninguna dificultad al agacharse. Desde su posición, tomó impulso y pudo asestarle el primer golpe a su contrincante, retirándose unos pasos de inmediato.

Mikey, cegado por la ira, se abalanzó sobre el poli, colérico. Se agarró a su cintura y, como una ráfaga, comenzó a darle golpes rápidos en los riñones. Hugh comenzó a poner muecas de dolor, pero eso no le impidió golpear al tipo en la nuca. Aprovechando el aturdimiento que esto le ocasionó, le golpeó en la boca con una patada frontal que lo impulsó unos pocos metros. Ahora el tipo sangraba sin moderación.

El tal Mikey comenzó a bordear el *ring*, en un intento de recuperar algo de energía. Su agente comenzaba a palidecer ante el inesperado desenlace que estaban teniendo los acontecimientos. Incluso yo estaba un poco sorprendido, no me había imaginado que Hugh fuera tan bueno peleando. Me recordaba a Ash al luchar, quizá por eso se habían llevado tan bien, o tal vez entrenaban juntos.

En cuanto volví a dirigir la mirada al cuadrilátero, el matón consiguió asestarle un puñetazo a Hugh en la boca, haciéndole un pequeño corte que en

unos minutos se hincharía de forma antinatural. Al menos me llevaría eso, adiós a su cara de niño pijo. Hugh, más sorprendido que dolorido, se llevó la mano al labio sangrante. Molesto, se remangó las mangas largas de la camiseta en un gesto que indicaba que se había cansado de jugar. En poco más de un abrir y cerrar de ojos, se había ensañado con la cara de su contrincante, que no dejaba de recibir golpes uno detrás de otro.

El tipo con pintas de mafioso se puso en pie, ansioso, desesperado, y comenzó a gritarle a su boxeador, el cual estaba arrinconado entre las cuerdas. Hugh le golpeaba en los costados con tal rapidez que el pobre desgraciado solo podía intentar cubrirse. En cuanto se protegía el costado, Hugh le asestaba en la cabeza, hasta que, finalmente, un gancho de derecha hizo que el tipo se alzara del suelo.

Cayó desplomado, inconsciente, con una gran cantidad de sangre por el cuerpo y boca abajo después de rebotar contra las cuerdas. Maldita sea, me hubiera gustado algo más de diversión, le había resultado demasiado fácil al poli. Al menos, ahora, después del espectáculo, nos darían algo de información.

—Se escuchó un gruñido por parte del mafioso, pero se limitó a levantarse, darse la vuelta y regresó a su oficina. Antes de desaparecer tras el marco de la puerta, se dirigió a su otro guardaespaldas.

—Llévate a tu hermano y dale algo de hielo, Duke.

Hugh se bajó del cuadrilátero, se puso de nuevo su reloj de pulsera y se alisó como le fue posible la camiseta, con la misma dignidad de siempre.

—Te sientan bien los morritos, preciosa —dije al ver su labio hinchado—, quizás de rojo te quedarían mejor.

—No seas capullo, Ryan —me regañó Tarek—. Vamos a ver si nos cuentan algo sobre nuestra princesita.

—Cuando todo esto termine, Ryan, vamos a tener unas palabras tú y yo —amenazó el poli.

—Oh, sí, qué miedo —me mofé como los niños.

En cuanto Hugh se adecentó del todo, volvimos a entrar en la oficina teñida de humo del jefazo. En la otra sala, el guardaespaldas todavía intentaba reanimar al boxeador vencido. Tarek fue menos educado esta vez y se sentó sobre el mismo escritorio, en el lado en el que se encontraba el mafioso en su butacón, de nuevo con un habano encendido.

—Bueno, ¿qué queréis saber? —preguntó el mafioso al tiempo que prendía mejor su habano con una cerilla.

—Sabemos con exactitud que mi chica ha andado por aquí, su moto está

fuera y ya me he cansado de esperar una respuesta —anunciaba—. Quiero saber qué te preguntó y qué le dijiste —hablaba El Egipcio, con calma al tiempo que se inclinaba de forma amenazadora sobre el tipo. El mafioso soltó todo el humo del puro sobre la cara de mi amigo.

—Vino preguntando por un indeseable al que no quiero ni ver en mi gimnasio. —Se removió incómodo en su butacón—. James es un malnacido, viene aquí a quitarme a mis mejores boxeadores ofreciéndoles más dinero y prometiendo Dios sabe que mierdas. Es un maldito bastardo.

—No te desvíes del tema, estamos aquí por ella —dijo Hugh con cierta dificultad a raíz de su labio hinchado.

—Tranquilo, Donovan. ¿No quieres un poco de hielo? —Desvió la mirada hacia Hugh y después volvió a mirar a Tarek, que esperaba paciente sobre el escritorio—. Quería saber con qué frecuencia aparecía por aquí y si yo sabía dónde encontrar a ese hijo de puta. Le iba a decir que no, pero se le cruzó algún cable y se marchó de repente. Sinceramente, creo que vuestra amiguita tiene algún problema en la cabeza —dio una larga calada a su puro—. Justo después de eso, llegó aquí ese maldito cabrón e intentó ofrecerle un trato a mi Michael. Él lo rechazó, por supuesto.

—¿Hace cuánto de eso con exactitud? —se interesó Hugh impaciente, mirando su reloj de pulsera. El mafioso se mostraba receloso, desconfiado.

—Creía que a la que buscabais era a la mujer, pero, en fin. Si lo detienes, a mí me harías un gran favor quitándomelo del medio. Llegó aquí diez minutos antes que vosotros.

En ese momento, en lo único en lo que pude pensar fue en la rapidez con la que los pandilleros habían destrozado mi moto y en cómo íbamos a encontrar a partir de ese momento a Ash. ¿Cómo seguirla? Se nos debía estar escapando algo. Lleno de rabia, salí de la sala dejando atrás a todos con el mafioso, necesitaba coger aire.

Pronto pasaría el límite de tiempo que me había dado James y la esperanza de encontrarlas a ella y a Natalia con vida era cada vez menor. Mi paciencia poco a poco iba mermando. Me dejé caer sobre un muro de piedra, tenía que pensar en algo cuando de pronto lo vi.

A un metro del lugar en el que me encontraba, comenzaba un hilo de lo que parecía ser aceite de coche. Iba en dirección oeste y, junto al reguero, había una pisada de una bota. Eso era, Ash debía haber hecho un pequeño desperfecto en el depósito del Mercedes de James. Quizá lo vio entrar en el gimnasio y aprovechó esos minutos de ventaja, así dejaría un rastro que seguir. Sabía que había sido

ella por la marca de la bota, solo ella tenía una suela en la que ponía «Kendra», su exnovia le había tallado su nombre por algún motivo que nunca llegué a entender.

Hugh y Tarek se dirigían hacia mi posición con paso lento, no parecían albergar esperanza alguna. El Egipcio me puso la mano sobre el hombro en lo que supuse que sería un intento de animarme. Le señalé el asfalto donde se encontraba la mancha con la suela de la bota de Ash. Su rostro mostró incredulidad, parecía tan sorprendido como animado en cuestión de segundos. En silencio, Hugh y Tarek se dirigieron una mirada llena de esperanzas.

—¡Eh, tú! ¡Hijo de puta! ¡Aléjate de mi coche o te mato! —se escuchó gritar de pronto a Hugh.

Unos jóvenes corrían en varias direcciones desde el BMW del poli. Tenía la ventanilla del piloto destrozada. De haber tardado un minuto más en salir, no habríamos vuelto a ver el coche. Tarek y yo no pudimos evitar sonreír ante el espectáculo que el policía estaba dando, parecía un padre reprendiendo a un niño. A paso algo más apresurado que la última vez, fuimos todos al coche.

En esa ocasión, no quise protestar con respecto a quién conduciría. Dejaría que fuese su dueño, pero no pensaba volver a sentarme atrás. Iba a resultar curioso ver cómo Tarek se metía en el asiento trasero de un deportivo. No sin resignación, El Egipcio abrió una de las puertas traseras mientras el policía y yo nos acomodábamos en los asientos delanteros.

—Solo nos queda esperar a que nos dé tiempo a llegar a dondequiera que esté James antes del amanecer —añadí.

Con mis dos acompañantes en silencio, el policía, sin mediar palabra alguna, puso el coche en marcha.

Capítulo 23

El surco que había dejado el aceite siguió una línea casi recta hasta el cementerio de la Sagrada Cruz, en el distrito de Brooklyn. Una vez allí, acababa en una de las calles sin salida que daban a los muros del camposanto. El rastro del aceite acababa allí mismo, junto a las pisadas que Ash había dejado al final del camino.

El aire helado del invierno neoyorquino que entraba por la ventanilla del coche resultaba contradictorio con mis emociones, tenía el corazón latiendo a mil por hora, podía sentir que Natalia estaba cerca, algo en mi instinto me lo decía. Eufórico como me sentía, intenté bajarme del coche con rapidez, Tarek me lo impidió.

—No seas estúpido, Ken —me dijo—, sé que estás ansioso, pero no te vuelvas descuidado, mira a tu alrededor.

Al hacerle caso, observé con más detalle la entrada de la casa blanca que teníamos a pocos metros. La rodeaban cámaras de vigilancia. Sin duda era la casa del paranoico de James, nadie podía derrochar tanto en seguridad.

Sin previo aviso, vi cómo una piedra arrancaba la cámara más cercana a nosotros del árbol en el que había sido instalada. Cuando giré la cabeza para mirar al policía, ya tenía una segunda roca en la mano.

—¿Qué pasa? Así fue como decidí hacerme policía —dijo justificándose.

—¿Tirando piedras? —Tarek parecía casi más perplejo que yo. ¿Qué coño hacía este imbécil?

—Cuando éramos niños, mi hermano y yo ahuyentamos así a un tipo que intentó colarse en casa desde el árbol que estaba al lado de la habitación de nuestros padres. —Al ver que no decíamos nada, continuó—: El tipo cayó del árbol y, entre mi hermano y yo, lo inmovilizamos con cuerdas hasta que llegó la policía. Fue cuando decidí que quería entrar al cuerpo.

Tarek y yo nos miramos un instante y a continuación estallamos en sonoras carcajadas. La cara de Hugh parecía un poema, no sabía si ponerse furioso, resignarse o hacerse el ofendido.

—Qué bonita historia, poli, cuéntame más. ¿Cómo te diste cuenta de que eras marica? ¿Fue antes o después de las pedradas? —dije entre risas, a punto de ahogarme por ellas.

—Vete a la mierda, Ryan.

—No te enfades, poli. ¿O debería empezar a llamarte princesa? —Se burlaba

El Egipto al mismo tiempo que se dejaba caer sobre las rodillas, tratando de apoyarse para no perder el equilibrio por las carcajadas. Hugh se separó de nuestro lado, no creía que fuera a lanzar la piedra que tenía en la mano.

Tarek se puso rígido, agarró sin previo aviso al poli del cuello de la camisa y se lo llevó al coche, el cual puso marcha atrás hasta quedar escondido en una de las calles transversales, ocultándolo por completo. Me escondí por puro instinto y divisé cómo de la puerta de la casa se asomaba una persona... Hijo de puta.

James miraba la cámara que había quedado tras el golpe de la piedra. Confuso, miró alrededor en busca del que había causado el desperfecto. Tarek era listo, no sé cómo lo había conseguido, pero había camuflado el olor del estúpido policía, solo se oían en el ambiente los cipreses del cementerio y el césped húmedo que lo rodeaba.

Jugando a nuestro favor, de pronto saltó un gato junto a la cámara, dejándose caer sobre sus cuatro patas en el asfalto. James no pudo disimular el desagrado en su rostro al ver al felino. En el fondo, quería algo de acción, de eso estaba seguro. Al fin y al cabo, andaba esperándonos. Íbamos a tener que organizar un plan, dudaba que James no estuviera preparado, o solo. El gusano de mi cuñado miró hacia la calle, intentando adivinar alguna silueta entre los árboles, pero, por supuesto, no vio nada.

Había algo extraño en su comportamiento. Sin duda, miraba de la misma forma en la que siempre lo hacía, con esa expresión de lunático, pero no parecía especialmente preocupado porque su cámara de vigilancia se hubiera averiado, eso sí era poco usual en él. James siempre había querido tener el control de todo lo que sucedía a su alrededor y un punto muerto en la visión, habría sido motivo más que suficiente para tener un ataque. ¿Por qué no reaccionaba?

Entonces lo supe. Sabía que estábamos allí. Como si me hubiera leído el pensamiento, se dirigió hasta el interior de la casa con una sonrisa perversa en el rostro. Nada más escuchar cómo la puerta de la casa se cerraba, salí del coche y me ensañé contra un árbol sobre cuya corteza dejé la marca de mi puño.

—Sabe que estamos aquí y las tiene a las dos.

—Mierda. ¿Cómo coño sabe que estamos aquí? —preguntó Hugh bastante frustrado.

—Quizás jugar al tiro al plato con piedras le ha ayudado a descubrirlo —le contesté, molesto por sus estupideces. Si ya antes no lo toleraba, en aquel momento bien podría haberlo matado—. Sigo sin saber qué coño haces aquí, esto no va contigo.

—¿Perdona? Te recuerdo que has estado utilizando mi coche, toda la

tecnología policial que está a mi disposición, jugándome el pellejo y que, por si no era suficiente, estamos hablando también de mi amiga.

—Solo estás aquí porque Ash tiene algún fetiche extraño con los policías. Habríamos llegado mucho antes si no hubiéramos tenido que llevar a un puto humano a las espaldas. —En realidad, en ese momento no era consciente de lo que estaba diciendo, pero necesitaba desquitarme, llevaba días necesítándolo.

Iba a estallar.

—Eres un desagradecido de mier...

El teléfono móvil del policía empezó a sonar con un tono de llamada que me resultó de lo más molesto. No sabía quién coño llamaba por teléfono a las cuatro de la mañana.

«Donovan, entras en media hora y llevas tres días sin pasar por la comisaría. Más te vale estar aquí en quince putos minutos y tener una buena excusa o te suspenderé de empleo y sueldo. No tendré más remedio que reevaluarte con la comisión».

Escuchaba perfectamente lo que sucedía al otro lado de la línea. El semblante de Hugh se vino abajo, su rostro cambió de color y se debatía entre el amarillo y el blanco. Yo le había dicho al policía que no pintaba nada con nosotros, pero no me había dado cuenta de que había dejado de ir al trabajo por Ash.

—Vete, lo entendemos —dijo Tarek, asintiendo con comprensión.

—No puedo irme, no dejaré a Ash en manos de ese psicópata.

—Poli, si Ash estuviera aquí, te patearía el culo por faltar al trabajo. No te preocupes, nosotros nos encargamos.

—Me importa una mierda mi trabajo.

—¿De verdad? —repuse yo—. ¿Después de la historia tan bonita que nos has contado?

—¿Por qué no te vas un poco a la mierda, Ryan? Me tienes hasta los huevos con tus comentarios, si no fuera por Ash...

—¿Qué? Si no fuera por Ash, ni estarías aquí, imbécil —dije al tiempo que iba encarándome con el policía.

—¿Voy a tener que intervenir siempre entre vosotros dos? Va a llegar el día en que me canse y os parta el cuello a ambos y, creedme, no habrá aviso —advirtió Tarek—. Poli, vete antes de que pierdas tu trabajo, nosotros nos encargamos.

—Pero...

—Nada de peros, largo.

A regañadientes y no sin antes mirarme con expresión de desagrado, Hugh

volvió a meterse en su BMW sin ventana en el lado del copiloto. Aún tuvo que sacudir algunos trozos de cristal del sillón al abrir la puerta. Un par de segundos más tarde, el coche había desaparecido al doblar una esquina y apenas lo seguíamos oyendo.

Tras la marcha del humano, Tarek y yo trataríamos de indagar un plan para introducirnos en la casa sin que el maldito hijo de perra de James nos viera. Iba a resultar una tarea de lo más ardua. Era cierto que nos habíamos quedado sin medio de transporte, pero confiábamos haber logrado entrar antes de la hora aproximada que quedaba para el alba.

De repente, era mi teléfono móvil el que sonaba dentro del bolsillo de la chaqueta, me había llegado un mensaje de texto y solo podía ser de James.

«Ya me he deshecho de uno de tus novios. Ahora te toca a ti deshacerte del otro. Espero que lo hagas bien o, de lo contrario, el precio será una vida. La pregunta aquí es: ¿cuál será?».

En ese momento, me sentí como si una bola de demolición me hubiera golpeado. Vi a Tarek mover los labios, parecía estar formulándome una pregunta, pero no conseguía escucharle. Todo a mi alrededor parecía dar vueltas. Jamás podría elegir entre ellas y jamás me perdonaría si lo hiciera.

Volví en mí cuando El Egipcio me zarandeó repetidamente.

—¿Qué pasa? Era James, ¿verdad?

—Tienes que irte tú también.

—¿Estás de coña? ¿De qué estás hablando, Ken?

—Que te vayas, tienes que irte —respondí casi como un autómata.

—A ver, Ken, ¿qué te decía ese malnacido? —Preso de un estado de pánico, empujé a Tarek para tratar inútilmente de moverlo.

—¡Lárgate, joder! ¡Vete! ¡Tienes que irte! —Descontrolado como estaba, me llevé las manos a la cabeza ¿Qué demonios iba a hacer?

—Ken...

—¡Si no te vas, la matará! ¡Matará a una de ellas!

El Egipcio me dedicó una mirada de advertencia. Estábamos empezando a hacer demasiado ruido y alguien había encendido las luces de una de las casas más cercanas a nosotros. Me arrastró hacia las sombras de un callejón, ni los gatos notaron nuestra presencia.

—Relájate, Ken. Cuéntame qué pasa, despacio, que pueda entenderte.

En lugar de molestarme en hablar siquiera, lo que hice fue mostrarle el contenido del mensaje. En su rostro no hubo cambio alguno, su expresión continuaba siendo la misma tras leerlo. Sin decir nada al respecto, me devolvió

el móvil.

—Eres consciente de que si me marcho no podré volver en tu ayuda, ¿verdad? —Hizo una pausa, esperando una respuesta por mi parte—. Apenas queda tiempo para el amanecer. Si me voy... estarás solo, Ryan.

Era completamente consciente de ese hecho y, en el fondo, también era consciente de que mi vida terminaría ese día. Pensaba ofrecerme a cambio de ellas. James no podría desperdiciar tal oportunidad. Tendría a su disposición a un luchador al que pudiera torturar a su antojo, al que proporcionar los medios justos para mantener con vida. Era consciente de que me atormentaría con Roisín y me humillaría hasta tal punto de acabar deseando mi propia muerte, pero no podía permitir que privara a Natalia de una vida larga y feliz. Ni a Ash de tener la libertad que se merecía.

Tarek entendió a la perfección mi silencio. Me dio unas palmadas en el hombro y se dispuso a marcharse. La hora de la verdad había llegado. James tendría lo que querría, no sin luchar primero. En cuanto Tarek hubo desaparecido, la puerta principal de la casa se abrió ligeramente. Ese cabrón sabía todos y cada uno de mis movimientos. Tomé aire y me dirigí hacia la casa.

Subí los cinco escalones que había antes de llegar a la puerta con la sensación más extraña del mundo recorriéndome el cuerpo. Me sentía como una cobaya de laboratorio a la que estuvieran examinando y la cual no iba pasar el examen sanitario. A pesar de tratarse solo de cinco escalones, a mí me pareció que estuviera subiendo una pirámide maya.

El recibidor de la casa era bastante siniestro. Una polvorienta foto enmarcada de los padres de James con él de pequeño adornaba la mugrienta pared de la izquierda. A la derecha, un espejo con marco dorado descansaba sobre una mesilla para depositar las llaves. El suelo, hasta donde alcanzaba a ver, era de moqueta rojiza en bastante mal estado, con grandes zonas llenas de humedad.

Reconocía la casa. Había ido a cenar allí en una ocasión.

Mi cuerpo reaccionó alarmado. Natalia andaba cerca, podía sentirla, aunque fuera de manera casi imperceptible. Mis instintos más salvajes se activaron sin aviso, solo quería matar a ese hijo de puta por todo lo que habría hecho sufrir a mi *luaidh* y a mi hermana. Una vez dentro de la casa, comprobé que había cámaras de vigilancia también en el interior, me resultaba de lo más extraño, pero pegaba mucho con el estilo del hijo de puta de James.

Despacio, fui introduciéndome en la casa. Tras el recibidor estaba el comedor, con una mesa rectangular de madera desgastada y maltratada. Se notaba claramente que fumaban y dejaban los cigarrillos encima de ella, tenía

quemaduras por todas partes y la casa apestaba a los cigarrillos de James. Sin embargo, el olor que impregnaba toda la vivienda era tan intenso, que apenas lograba percibir el de mi mujer. Estaba por todas partes, desde la tela vieja de los sofás del salón hasta el papel pintado del baño.

En la planta principal no había rastro de nadie y no se escuchaba ni el más mínimo ruido, solo el de mis pesados pasos haciendo crujir la madera descuidada. En el piso superior tampoco había nadie, solo dos dormitorios pequeños e igual de sucios que la planta inferior, llenos de polvo y con algún que otro insecto anidado en los rincones, y un baño que parecía llevar sin limpiar desde el día en el que los inquilinos se habían instalado.

Al final del pasillo, una trampilla daba al desván que se podía apreciar desde la calle. Iba a tener que introducirme por ella, el amanecer estaba próximo y era la zona con menos luz a la que podía ir si no encontraba nada.

Entrar en el desván se me hizo bastante complicado. El techo a dos aguas era demasiado bajo para mi estatura, tenía que andar encorvado por el habitáculo, pero no había nada de interés, tan solo unas cajas viejas con fotos y discos antiguos. El único rincón de la casa que me faltaba por explorar era el sótano, pero confiaba en que James no fuera tan absurdamente predecible, no estábamos en una película de Hollywood. Tenía que darme prisa y debía aprovechar el tiempo.

Se accedía al subsuelo de la casa a través de la cocina, había en ella una puerta que conducía al mismo. Al ver la profundidad de los peldaños al descender, algo me daba mala espina, un sexto sentido me advertía de lo que estaba por venir.

Un aire frío ascendía desde el final de las escaleras, pero cuando terminé de bajar, una vez más no había nada. Era evidente que alguien había estado pasando allí los días: las pequeñas ventanas estaban tapadas con toallas y había dos cajas de pizza vacías junto a un sofá mucho menos cuidado que el de la sala de estar.

Algo no me cuadraba, al bajar había sentido una corriente de aire, pero todo el sótano parecía tapiado y las ventanas no se abrían. Recorrí despacio toda la habitación, ¿Qué se me estaba pasando? Había una mesita soportando un televisor bastante grande. Al mirarlo de cerca, vi que estaba muy limpio, sin nada de polvo, a diferencia del resto de la casa.

Entonces fue cuando comprendí que era el monitor por el que James vigilaba las cámaras, pues aquella habitación era la única que no tenía una instalada. Me sentía como un estúpido, ese maldito cabrón había estado vigilándome en todo momento. Enfurecido, encendí la pantalla y vi las imágenes de todas las

cámaras.

Hijo de la gran puta.

De repente, todo lo que había sentido durante esos tres días se volvió insignificante; la angustia, la rabia y la impotencia no eran nada comparados con lo que sentí al verla a ella. Natalia estaba aovillada sobre un colchón mugriento, con el rostro completamente demacrado, cubierto por manchas, como si le hubieran tirado un cubo de agua sucia encima.

Se la veía más delgada y débil, con la ropa hecha jirones y la mirada perdida. Nunca una imagen me había hecho tanto daño, no podía imaginarme lo que había tenido que pasar por mi culpa. Tenía que sacarla de ahí. Tenía que averiguar dónde estaba. Después podría odiarme, no me importaba que no quisiera volver a verme jamás.

Con el corazón palpitando desbocado, busqué por toda la sala alguna pista sin encontrar nada en absoluto, me sentía atropellado por todo lo que pasaba. ¡Maldito James! Con toda la rabia que pude, le di un empujón a la mesita donde estaba el monitor, haciendo que cayera de forma estrepitosa en el suelo.

—¿Te estás divirtiendo?! ¡Maldito cabrón! —le grité a la nada— ¿Qué coño es lo que quieres?!

Cuando la ira fue aplacándose, pude ver que cerca de dónde había caído la tele se había hecho una pequeña apertura en la pared a la que había ido a parar. Al acercarme al muro, comprobé, palpando con las manos, que una parte de él no estaba hecha de ladrillo, sino de madera cuidadosamente pintada para que se confundiera con el resto de la pared. Con unas cuantas patadas y algunos tirones de los tablones, conseguí apartar las planchas de madera y descubrir un oscuro pasillo tras ellos.

Allí estaba Natalia. Mi instinto me lo decía.

Capítulo 24

Si el resto de la casa carecía de iluminación, aquel pasillo oculto tras la pared se llevaba la palma. Incluso a mí me costaba ver a través de él, y eso que los vampiros teníamos buena visión nocturna.

Improvisando una linterna, saqué el teléfono móvil y lo utilicé como tal. Tras iluminar el pasillo, vi que estaba sin construir. Las paredes no eran más que un túnel de tierra, de ahí el frío que había notado con anterioridad.

Con cuidado de no hacer ruido con las piedras que pudiera encontrarme en el camino, fui avanzando por el largo pasillo, que no parecía tener un final y no lograba ver a lo lejos ningún tipo de desvío o lugar al que se dirigiera. La humedad era notable en el ambiente; caían gotas del techo, que también era de tierra. Era como si el pasillo se hubiera hecho con posterioridad a la compra de la casa. No me extrañaría. James era un paranoico desquiciado.

Me preguntaba dónde estaba aquel túnel, pues las paredes comenzaban a estar cubiertas por raíces, como si estuviéramos justo debajo de los árboles. Empezaba a sentirme algo incómodo. Estaba debajo del puto cementerio. Un escalofrío me recorrió, como si estuviera violando la paz de aquellos que ya estaban muertos.

A pocos metros distinguí un cruce y, agilizando el paso, fui hasta él. Me encontraba con un dilema que resolver. Había dos posibles direcciones para tomar y el tiempo no esperaba.

Otra vez volvió el estado de agitación a mi cuerpo. Sabía que mientras más tiempo perdiera, menos posibilidades tenía de encontrar a Natalia con vida, o incluso a Ash, a la que no había logrado ver en ninguna de las imágenes del monitor en el sótano. ¿Qué dirección debía tomar?

Sin aviso, el largo pasillo se sumió en una oscuridad total. Intenté varias veces encender la pantalla de mi teléfono móvil sin éxito alguno: me había quedado sin batería. Tenía que ser coña. Arrastrado por mi frustración con los teléfonos, me decidí por el camino de la izquierda.

Cuando tenía veinte años, las linternas no me daban tantos problemas. Por más años que pasaban, no lograba acostumbrarme a la nueva tecnología. Ash se reía mucho de mí por eso, su facilidad de adaptación siempre me sorprendía.

Seguí hacia adelante unos metros más, extremando la precaución, no quería que James me pillara por sorpresa. En momentos como ese, era el oído el sentido del que más podía valerme, y solo lograba escuchar el leve resonar de mis pasos

y el ruido de una cancela metálica. Finalmente, llegué a unos escalones de piedra ligeramente iluminados por la luz natural.

Los escalones que seguían la luz habían tenido alguna vez buen aspecto, pero no en aquel momento. Estaban completamente desgastados y medio derruidos, habían sido pisados más veces de las que deberían durante mucho tiempo. ¿Quién demonios pasaba continuamente por este lugar?

Subiendo llegué, tras empujar una puerta de madera bastante gruesa y entornada, al interior de lo que parecía un mausoleo con un total de ocho tumbas en el interior. Seis de ellas estaban empotradas en las paredes y dos, las más grandes, se encontraban en el centro de una cripta que daba muy mal rollo. Todas tenían nombres de lo más anticuado y un apellido común: Preston.

La cancela que había oído golpear repetidas veces era la puerta de entrada al mausoleo, que estaba mal cerrada. Un objeto reluciente reflejaba la luz de la luna sobre una de las tumbas empotradas. Me acerqué a recogerlo, por si acaso era una pista que había dejado James, pero era una simple pitillera plateada con un nombre grabado en letras cursivas: John Calvert Preston. El mismo nombre que había sobre la lápida. Era extraño, la pitillera estaba bastante nueva, pero la fecha de la muerte databa cincuenta años atrás.

La marca de los cigarrillos era Sobranie, un tabaco de lujo. Me llevaría la pitillera conmigo, Ash estaría encantada de tenerla. Una vez me la metí en el bolsillo trasero de los vaqueros regresé a los escalones que llegaban al túnel.

Un escalofrío me recorrió la espalda cuando creí sentir unos ojos clavados sobre mi nuca, pero, cuando me di la vuelta, no conseguí ver a nadie. Traté de sacudirme para deshacerme de esa sensación y volví a adentrarme en el oscuro pasillo. Me había equivocado de camino y no podía permitírmelo, quedaba muy poco tiempo y necesitaba volver a tener a Natalia entre mis brazos, saber que estaba segura e inspirar el olor a verbena que tanto la caracterizaba.

Volver a encontrar la bifurcación no me costó demasiado tiempo. Esta vez mi paso fue menos cauteloso ya que conocía el camino. Siendo honesto conmigo mismo, me importaba bien poco encontrarme con James, casi quería hacerlo, así podría ajustar cuentas con él de una buena vez y zanjar todo aquel asunto.

Un estallido atronador se escuchó desde el fondo de la bifurcación, por el lado contrario al que me había dirigido. Aceleré el paso hasta tal punto que casi corría, pero la sensación de lentitud me invadía. Un extraño adormecimiento de las extremidades me aconteció, supongo que debido a la ansiedad del momento.

El segundo pasillo era exactamente igual al anterior. De no haber estado seguro de que había cambiado de dirección, hubiera pensado que volvía al

mausoleo. No obstante, al final del recorrido, con lo que me topé fue con una enorme puerta que parecía de lo más pesada. En medio de ella había una placa decorativa en metal con lo que parecía ser una pelea de ciervos. La cerradura lucía sólida y de difícil acceso sin llave.

Furioso, agarré el pomo para tratar de abrirla inútilmente, una vez más el cabrón de James jugaba conmigo. A la derecha, en la parte superior de la puerta, distinguí un puntito rojo. Lo observé de cerca. ¡Cómo no, otra cámara! Lleno de rabia, la golpeé con un fuerte puñetazo, causándome un terrible dolor en los nudillos al que no presté atención. Jamás imaginé que pudiera odiar tanto a alguien. James moriría, aunque me costara la vida.

Busqué alrededor algún mecanismo para abrir la puerta o algo que pudiera servirme de ayuda hasta que me di cuenta de una cosa: en el mausoleo había visto una especie de valla hecha de alambre. Giré sobre mis talones y me dirigía a toda prisa a la cripta. Agarré un trozo y volví a la gran puerta.

Ash me había enseñado cómo utilizar prácticamente cualquier cosa como ganzúa, era una artista en lo que al allanamiento se trataba. Era como una rata escurridiza a la que llevas años tratando de pillar sin éxito y, en aquel momento..., no podía quererla más por ello.

Tras haber examinado con atención y detenimiento la cerradura, confirmé que me sería complicado llegar hasta el tirador con el alambre, pero no era nada para lo que mi amiga no me hubiese preparado. Solo tenía que buscar la forma de hacer que James creyera que no lo lograba y me rendía, y para ello tendría que buscar la forma de desactivar la maldita cámara, a la que no había afectado mi golpe.

Lo que había detrás de esa puerta debía de ser importante para James ya que, con diferencia, era la parte más protegida que había visto. Ninguna de las puertas de la casa tenía la solidez ni el grosor de esta. A diferencia del resto de los túneles, aquella puerta estaba algo iluminada por unos apliques laterales

Tenía que encontrar la forma de deshacerme de esa maldita barrera. Entonces lo vi claro. Tomé el mechero de gasolina que estaba en la pitillera y traté de quemar el objetivo de la cámara. Si no lograba que se fundiera, al menos conseguiría que se distorsionara la imagen para poder trabajar con calma en la cerradura.

No estaba seguro de contar con el factor sorpresa frente a James, pero me arriesgaría.

Finalmente, mi idea dio resultado. El cristal de la cámara quedó completamente negro por el mechero. Sin embargo, no sabía si la dichosa

cámara tenía micrófono, así que también tendría que ser silencioso. Me acuclillé frente a la complicada cerradura y deseé que todo saliera bien.

Partí el alambre que tenía en dos para utilizarlo modo de ganzúa y de llave de presión. Con ágiles y firmes movimientos me dispuse a abrir la maldita cerradura. De mi frente comenzaban a brotar las primeras gotas de sudor, indicios de la tensión. Estaba sumamente concentrado. Tras lo que para mí fue una eternidad, sentí el clic de la cerradura al ceder. Solo debía entrar con cautela.

A través de la rendija de la puerta, comprobé que lo que había a continuación era más túnel de tierra húmeda y cada vez más maloliente. Entré a través de ella algo desilusionado cuando, de pronto, vi en el suelo marcas de lo que parecía una pelea.

En la pared de la izquierda, una mancha oscura había quedado plasmada en una zona hundida, era sangre. Justo debajo de la mancha se había quedado enredada en una raíz saliente la funda sobaquera de la pistola que solía llevar Ash, sin arma, por supuesto. James debió forcejear con ella antes de llevársela.

Al otro lado, vi clavado a la pared con un cuchillo lo que sin duda era un trozo de la chaqueta del bastardo de James. Un terrible despiste, se había dejado la navaja allí. La agarré sin dudarle, no haría gran cosa con ella, pero al menos era algo.

A pocos metros en el suelo mal camuflado, había una pequeña trampa de madera, algo corroída, con un pequeño charco de sangre que bien podía pensar que era de ambos. Me guardé el cuchillo en la parte de atrás del cinturón, a modo de funda improvisada y, con menos dudas, abrí la trampa y seguí adelante. No había escalera para bajar.

Mi corazón se paró en seco. En medio de la mugrienta sala estaba Natalia, encadenada encima de un colchón mohoso. Era imposible no sentir su dolor. Preso del mismo sentimiento de un psicópata, me tiré por el hueco, haciendo un ruido atronador al caer.

El rostro de Natalia, que antes se encontraba enterrado en el colchón, se giró hacia mí. Tenía el labio inferior hinchado y maltratado. No sabía qué cara debía de tener yo, pues, por un momento, ella entró en pánico. Debía de tener la expresión de un loco desquiciado, dispuesto a cualquier cosa.

—Vete... —dijo entre susurros casi inaudibles—. ¿Qué...? —Tosió—. ¿Qué haces aquí?

—¿De verdad creías que te ibas a librar de mí tan fácilmente? —Tras decirle esto último, ella intentó sonreír con dificultad.

—Eres un estúpido.

—Sí, pero guapo.

—Muy bonito, tortolitos, pero ¿podrías intentar sacarnos primero de aquí? Ese hijo de puta no tardará en volver. —La voz de Ash sonó a mis espaldas.

Me di la vuelta y vi a mi amiga, no en mejores condiciones que Natalia. Su cara había sufrido terribles golpes y, a juzgar por su aspecto, dudaba que se los hubieran hecho con los puños. Un surco de sangre emanaba de su hombro izquierdo. Estaba herida de un disparo, ese era el ruido que había escuchado en el pasillo. Tenía las manos atadas a una viga, sin posibilidad de moverse.

—Vete a desatarla, zoquete. Ese bastardo ha ido a curarse las heridas que le he hecho por el camino, pero no tardará en volver —me hostigó Ash.

Como alma que lleva el diablo, corrí hacia mi mujer. De un único tirón, partí las cadenas que la ataban a la pared. Le aparté con cuidado el cabello del rostro apagado, apenas tenía fuerzas para sostener la cabeza sobre sus hombros, estaba demasiado débil. Tras darle un abrazo que me devolvió la vida, fui a desatar a mi amiga.

Una vez quedaron liberadas, regresé a donde estaba Natalia para tratar con delicadeza de ponerla en pie, mientras Ash trataba de suavizar sus muñecas de las cuerdas que había llevado. Cogí el móvil de Ash. Como era de esperar, no había cobertura.

—Llévate a Natalia fuera de aquí y llama al policía para que venga a buscarla. Pronto será de día y la quiero lejos de James. —Daba órdenes a Ash como si de un militar se tratara. Mi participación en la Segunda Guerra Mundial como alférez me había ayudado a desarrollar aquella habilidad.

—¿Y qué piensas hacer tú, imbécil? —me cuestionó Ash. Distinguí en los ojos de Natalia el terror, pero apenas podía decir palabra alguna en el estado en el que se encontraba.

—He dicho que te la lleves, yo tengo cuentas pendientes que saldar. Nadie hace daño a mi familia y vive para contarlo.

—Ryan... —dijo Natalia antes de desplomarse sobre Ash. Ella la sostuvo con cuidado para intentar no lastimarla y para no hacerse daño ella misma.

—Ten cuidado —le dije antes de darles la espalda.

La puerta que teníamos a la derecha se abrió de par en par. Si antes James tenía cara de desquiciado, en aquel momento bien podría habersele confundido con el mismísimo demonio.

Como un loco, miraba a Ash y de Ash pasaba a Natalia, hasta que fijó su mirada en mí. Entonces sus iris se volvieron más oscuros aún y una sonrisa de lo más macabra asomó por las comisuras de los labios mientras aún se sujetaba al

marco de la puerta.

—Bien, ha llegado la hora de que tengamos una reunión familiar ¿no, cuñado? —Su voz sonaba como la de los asesinos en serie, retorcida y escalofriante, tenía un aire seductor acompañado de un efecto sedante. Ponía los pelos de punta.

—Ash, ya —le dije sin apartar la vista de James—. Vete.

Cuando el lunático se dio cuenta de que Ash se marchaba con Natalia, perdió los estribos y se abalanzó en nuestra dirección, dispuesto a impedirlo. Como un jugador de fútbol americano, le hice un placaje con el que acabamos ambos en el suelo. Él trataba inútilmente de agarrar los tobillos de Ash con los brazos extendidos, pero, finalmente escuché cómo la trampilla se cerraba, dejándonos al fin solos.

—Apuesto a que nada ha salido como esperabas, James. —Me enfrenté a él.

—Bueno, digamos que no me ha hecho gracia que te hayas llevado a la que sería mi próxima fuente de ingresos —habló—. Que tu putita se haya ido... me es indiferente. A ti, sin embargo, te tengo donde quiero. —A base de fuerza consiguió soltarse—. Es hora de que pagues por haberme quitado a Roisín.

—¿Estás seguro de que es eso? —respondí, recomponiéndome cuando se me escurrió de entre los brazos—. Siempre me has mirado de una manera muy extraña.

—¿Estás insinuando algo, cuñado? ¿Acaso crees que eres suficiente hombre para mí? —Sonrió—. No me durarías ni un asalto.

—Bueno... Siempre he despertado pasiones allá por donde voy. —Mientras hablaba, observaba de reojo todo lo que había en esa extraña habitación, intentando buscar algo que le perjudicase—. Pero no eres mi tipo, lo siento.

—¿Buscas algo con lo que defenderte? —El maldito cabrón se había dado cuenta—. De hecho, podrías revisar la parte trasera de tu pantalón, creo que has perdido algo. —No me hizo falta buscar en mi cinturón con la mano para darme cuenta de que me había quitado el cuchillo en el forcejeo.

Satisfecho al notar que me había dado cuenta de ese detalle, se llevó los brazos en cruz al pecho en una pose en la que él creía que dictaminaba la superioridad de su maniobra. Yo, en cambio, comencé a trazar un círculo lentamente para dirigirme despacio a la habitación de la que había salido James. Intuía que en ella podría encontrar alguna cosa que me sirviera.

James estaba colocado a dos pasos de la puerta, tendría que ser listo si lo quería desplazar de ese lugar.

—Y bueno, ¿te dio tiempo de despedirte de Natalia? —dijo para distraerme

—. Yo le he cogido algo de cariño estos días. Es dura, ¿sabes? Aguantaba los golpes mejor que tu hermana. —Quería sacarme de mis casillas y faltaba poco para que lo consiguiera.

A pesar de sus intentos por enfurecerme, mantuve la calma y seguí dando pasos cortos hacia él. Mi intención era que pensase que me preparaba para atacarle y, así, desplazarlo lentamente lo suficiente como para alejarlo. Pero el cabrón era listo, además de rápido, y se abalanzó sobre mí con el cuchillo que antes me había quitado, haciéndome un corte poco profundo en el brazo y alejándose sobre la marcha.

Mierda, el hijo de puta me había roto la camiseta de Armani.

—Joder, James, me gustaba esta camiseta —dije como si el corte no hubiera significado nada.

James me dedicó una sonrisa maliciosa al volver a su posición de partida. No obstante, comenzó a imitar mis movimientos y empezó a moverse hacia el lado opuesto hacia el que lo hacía yo.

Estuve alerta en todo momento, pues sabía que no tardaría demasiado en intentar hacerme otro corte. Aprovecharía ese momento para asestarle un golpe y entrar en el cuarto que tenía a tan solo un paso de mí.

Como si me hubiera leído la mente, el desgraciado me lanzó el cuchillo desde la distancia de seguridad en la que estaba. La hoja metálica atravesó lenta y dolorosamente la tela de mi pantalón hasta llegar la última capa de piel y músculo del muslo que consiguió alcanzar, haciendo que casi perdiera el equilibrio.

Aprovechando el frenesí que su pequeña victoria le ocasionó, abrí la puerta de un golpe y pasé a través de ella, cerrándola tras de mí. Afortunadamente, tenía un pestillo que cerré de inmediato. Aunque la puerta no fuera tan gruesa como la que me había encontrado antes, le costaría forzarla. Aún dolorido, me miré el muslo ahora ensangrentado y retiré lo más rápidamente posible el arma.

El dolor era terriblemente intenso, aunque por fortuna no duró mucho. Tras sentir un poco de calor por la sangre que brotaba de la herida, al sacar el cuchillo del muslo noté cómo el tejido empezaba a regenerarse con rapidez.

—¿De verdad crees que esta puerta puede pararme? ¿Vamos a jugar al escondite ahora? —escuché decir a James.

Como un loco al que han encerrado en un psiquiátrico, James embistió contra la puerta, abriéndola de golpe. Me abalancé contra él a pesar del dolor que me desgarraba el muslo, tratando de quitarle la pistola de las manos. Y de pronto, disparó.

PARTE TRES: EL REENCUENTRO



Capítulo 25

Un olor intenso me hacía cosquillas en la nariz. Era como almizcle. Estaba confusa y la cabeza me dolía terriblemente. ¿Dónde estaba? ¿Estaba viva? Traté de incorporarme cuando sentí una mano en mi espalda que acompañaba mis movimientos. Por puro instinto, me puse rígida y me preparé para recibir el golpe, cubriéndome la cara con los brazos.

Los últimos días había pasado más tiempo inconsciente que consciente, y cada vez que me despertaba, lo hacía bajo la blanquísima luz de los fluorescentes del zulo de ese hombre, así que realmente había perdido por completo la noción del tiempo.

—Tranquila, *sweetheart*. Ya estás a salvo —me dijo una voz grave que me resultaba vagamente familiar.

La mano que antes había estado en mi espalda me apretó el hombro con delicadeza, animándome a relajarme. Sin embargo, mi instinto me lo impedía, tenía que ser una trampa.

—El cuarto de baño está listo para que lo utilices en cuanto te veas preparada, y después de que hayas descansado lo suficiente, haremos que tus amigas vengan a buscarte —añadió la voz.

—Ryan... —Fue todo lo que pude decir tras recordar ligeramente una imagen en la que él venía a buscarme—. ¡Hay que ir a buscarlo! —En cuestión de segundos, estaba histérica. Había recordado todo, cómo él me liberaba y Ash me llevaba con ella.

—No te preocupes por Ken, sabe apañárselas solo —me decía con calma—. Tú ocúpate de descansar.

—¿Cómo puedes decirme que esté tranquila?! —le grité al gorila del Dead End. Al abrir los ojos, logre diferenciar qué se trataba de él. ¿Cómo me había dicho que se llamaba?—. Quiero ir con él, ¡debemos ayudarlo!

—La mejor forma de ayudarlo ahora mismo es no dándole motivos para preocuparse por ti —me dijo tajantemente. No dejaba lugar a duda.

Con un suspiro que revelaba cansancio y alivio, se dejó caer sobre un sillón que miraba hacia donde yo estaba sentada. Era una... ¿cama? Ni siquiera me había preocupado por fijarme en dónde me encontraba. Lo cierto era que el dormitorio oscuro, apenas iluminado por una lamparita de mesa, resultaba mucho más tranquilizador que la sucia habitación que tenía como último recuerdo.

Cuando traté de incorporarme, sentí que mi cuerpo estaba hecho polvo. Había recibido innumerables golpes y dormir en un colchón en el suelo no había ayudado lo más mínimo a sentirme bien. Tras una punzada que me quitó el aire de los pulmones, noté cómo me agarraba.

—Ryan me matará por esto... —dijo mientras me alzaba en brazos y me llevaba a la habitación contigua, donde había un baño increíblemente amplio con una bañera en la que cabían al menos tres personas.

Jamás había visto algo de semejantes dimensiones, claro que, viendo el tamaño de su dueño, se podía entender.

Me sentó sobre el inodoro y se acercó a la ducha. Una vez allí, abrió el grifo y del techo comenzó a caer un agua que llenó de vapor en pocos segundos el baño. El portero de discoteca o lo que quiera que fuese, por supuesto, seguía vestido como tal. Sacó del mueble del lavabo varias toallas y las dejó a mi lado.

—Como comprenderás..., a partir de ahora yo no puedo ayudarte —comentó tratando una vez más de tranquilizarme—. Pero estaré en el dormitorio en todo momento. La ducha te sentará bien. Cuando termines, podrás comer lo que quieras.

Tras una mirada compasiva, me dejó a solas. Junto a las toallas había dejado una bata a modo de única muda. Obviamente, me quedaría enorme, pero agradecía poder quitarme la ropa sucia y hecha harapos que llevaba. En cuanto metí un pie en el agua tibia, sentí una calidez que me desplomó. Todos y cada uno de los músculos de mi espalda se relajaron, dejando más claramente al descubierto el abatimiento que me invadía.

Al mirarme en el espejo, contemplé mi cuerpo cubierto de moratones. ¿Qué iba a decirles a las chicas? ¿Y dónde estaban ellas? ¿Estarían buscándome? Me invadió una pena enorme. Necesitaba a Mel, había creído que jamás volvería a verla.

No tenía forma de comunicarme con mis amigas. Pensar en cómo podrían estar pasándolo por mi culpa me mataba. Las lágrimas cayeron sin aviso por mis mejillas y, por fin, dejé que saliera toda la angustia que había sentido durante los últimos días sin preocuparme de que nadie pudiera verme.

Me enjaboné el cuerpo al menos dos veces antes de aclararlo. En el baño no faltaba absolutamente de nada. Para ser un hombre, tenía toda clase de productos, nada que ver con Ryan, al que había visto lavarse el pelo con gel corporal en Las Vegas. Cuando salí de la bañera, noté cómo el suelo tenía calefacción, era una sensación acogedora, notaba mis pies calentitos. Rápidamente y sin mirarme en el espejo —no necesitaba saber cómo tenía el

rostro—, me puse la bata y envolví mi pelo en una toalla.

El gorila del Dead End, tal y como había asegurado, seguía en el dormitorio, en el mismo butacón en el que se había sentado antes. Se había cambiado de ropa y ahora llevaba unos vaqueros azules y una camiseta negra de manga larga. Parecía una persona completamente distinta. De verdad, ¿cómo me había dicho que se llamaba?

—Tarek —contestó él a mi pregunta muda. ¿Otro vampiro más?

—¿Pero qué coño...? —Las palabras salieron de mi boca sin que yo me diera cuenta—. ¿Tú también eres como Ryan?

—No, por favor —respondió Tarek tras una carcajada—. Yo soy mucho más inteligente y no padezco ningún tipo de trastorno narcisista —dijo guiñándome un ojo, era la primera vez que se los veía y eran de un color dorado increíble.

A pesar de que había evitado por completo contestar a mi pregunta, me había hecho sonreír.

—¿Te apetecen unos huevos revueltos? —preguntó aún sonriendo. Entonces, mis tripas rugieron desesperadamente—. Bueno, creo que tu estómago ha hablado por ti.

Enseguida me dio la espalda y bajó por unas escaleras metálicas en las que no había reparado antes. Tras pocos pasos, había desaparecido.

Una vez en el piso inferior, mientras olía el aroma a huevos y pimienta, contemplé el lugar en el que me encontraba. La mesa de comedor junto a la que me había quedado de pie era colosal y había alrededor diez sillas. Era extraño, el *loft* de Tarek no parecía ser un sitio en el que se reuniese demasiada gente, debido al mobiliario tan minimalista que tenía, pero la mesa estaba preparada para celebrar banquetes.

Lo que más me había llamado la atención al bajar las escaleras del dormitorio era que todo el mobiliario, junto a las tupidas cortinas que cubrían una pared entera del enorme apartamento, era negro. Estaba segura de conocer el color favorito de Tarek, a pesar de no haber intercambiado apenas palabras con él.

Tras haber examinado con detalle todo el entorno que me rodeaba, volví a dirigir la mirada hacia la cocina, que parecía de revista. A Tarek se le veía extremadamente cómodo entre los fogones y, mientras él se perdía entre platos y sartenes, yo me senté en la gigantesca mesa, sintiéndome más pequeña de lo que ya era.

Sin poder evitarlo, pensé en Ryan. ¿Cómo estaría? No podía quedarme ahí encerrada y esperar sin más a que regresara, tenía que hacer algo por él.

—No vas a ir a ningún sitio mientras estés bajo mi protección —dijo sin

mirarme Tarek.

—¿Cómo dices? —Me había sacado de mis pensamientos.

—Ryan está bien, Natalia, y no voy a dejar que salgas de aquí hasta que él no llegue. A pesar de que seamos amigos, por su *luaidh* podría llegar a matarme. — Aún seguía envuelto en la cocina.

—¿Sería mucho pedir que no entraras en mi cabeza por unos instantes? De vez en cuando me gusta pensar en soledad... y eso —dije bastante molesta, no tenía ni un poco de intimidad.

—No tengo por costumbre leerle la mente a los demás, pero piensas en voz bastante alta —dijo como si sirviera a modo de disculpa—. Intentaré no hacerlo, no te preocupes.

—Gracias —¿De verdad estaba dando las gracias por poder pensar? Era de locos—. ¿Y cómo sabes lo que pienso? ¿Lo escuchas sin más? ¿Tienes que estar atento? ¿O qué?

—Depende de la situación en la que me encuentre —respondió dejando delante de mí un enorme plato en el que habría como mínimo cuatro huevos revueltos.

Sin darme cuenta, tenía ya el tenedor en la mano, me había llenado la boca de comida y estaba preparada para el segundo asalto. En cuanto fui consciente de mi comportamiento, me erguí, traté con dificultad de masticar la gran cantidad de comida que me había llevado a la boca e intenté serenarme. Tarek empezó a sonreír, satisfecho al verme.

—Cuanto menor sea el número de pensamientos que tengo yo en la cabeza, con mayor claridad puedo escuchar lo que piensan los demás —terminó de decir.

—¿Cómo es eso? ¿Si tú no estás pensando demasiado es más fácil? —Sentía una tremenda curiosidad.

—Exacto —dejó junto a mi plato medio vacío un vaso de zumo de naranja y se sentó en la silla del anfitrión—. Mi mente prioriza lo que pienso yo sobre lo que piensa el resto.

—Entonces Ryan habrá escuchado todos mis pensamientos. No lo veo yo mucho de pensarse las cosas, no tiene filtros —dije al mismo tiempo que me llevaba el vaso a la boca.

—Al igual que el cerebro de cada humano funciona de manera diferente al de otros, sucede con el nuestro —contestó algo más distante, había sacado de algún bolsillo su teléfono móvil y no parecía satisfecho ante lo que había encontrado—. No sé cómo funciona en el caso de Ken, ni en el de Barbie. Perdona, Ryan y Ash.

—Ella invade los pensamientos, ya te lo digo yo —dije secamente al recordar la noche en la que había aparecido en el apartamento.

—Es una mujer complicada.

—Si tú lo dices... —Puso cara de saber con exactitud lo que pensaba de ella y decidió no añadir nada más al respecto—. ¿No habrás...? —Era absurdo pensar que no me había leído la mente—. Deja de meterte en mi cabeza. Quiero irme con las chicas —zanjé.

Empezaba a sentirme bastante incómoda. No sabía nada de este tipo y me sentía intimidada.

—¿Prefieres *Underworld* o *Blade*? —me preguntó mientras se ponía en pie e iba hacia la televisión.

—Es coña, ¿no? —Me dejó flipada.

—Me hacen gracia, simplemente —respondió al tiempo que se hacía con uno de los DVD—. Los licántropos no existen.

Su semblante cambió completamente en cuanto su móvil comenzó a vibrar sobre la mesa del comedor. Contestó en un tono de voz tan serio y tan rápidamente, que me costó comprender que seguía hablando en inglés. Con intención de alejarse de oídos indiscretos, o al menos de los míos, se dirigió hacia la zona de estar del *loft*, así que no conseguí escuchar el resto de la conversación. Resignada, aunque no por ello menos intrigada, llevé la loza sucia hasta la cocina. Al moverme, volví a caer en que solo iba vestida con una bata, lo que hizo que me sintiera más incómoda todavía.

Pasados unos minutos, Tarek se acercó a mi posición, en la cual me había quedado paralizada.

—Era el poli. Dos de tus amigas vendrán a verte en unas dos horas aproximadamente... Les ha contado que, tras hablar con los abogados la otra noche en casa de Ryan, te perdiste en Brooklyn y acabaste en una zona de frecuentes trifurcas callejeras. Allí tuviste la mala suerte de llevarte un golpe bastante grande, por lo que te enviaron a un hospital de la zona. Has estado inconsciente todo este tiempo, pero hemos conseguido persuadir a los médicos para que te den el alta.

—¿Y Ryan? —A pesar de toda la información que me había dado de repente, solo me interesaba saber cómo estaba él.

—El poli se encarga.

—¿Quién coño es el poli? ¿Y por qué no me cuentas toda la verdad? —Me daba la sensación de que me ocultaba algo y se pensaba que era estúpida.

—¿El poli? Joder, Hugh, le conoces.

—No sabía que era policía... Pero dime, ¿qué pasa con Ryan? —Empezaba a impacientarme.

—No sabemos nada de él. Ash le ha perdido la pista en la casa —dijo finalmente. De pronto, sentí una terrible punzada de dolor en el pecho—. Estamos haciendo todo lo que podemos, *sweetheart*, te lo aseguro.

Sin decir ni una sola palabra, me dirigí de nuevo al baño, que estaba en la parte superior del *loft*. Cogí los harapos que había llevado y me los volví a poner, sin importarme que estuvieran sucios. Antes de bajar las escaleras, tomé una gran bocanada de aire. Con total decisión, atravesé el salón, pasando por alto el hecho de que me había tropezado ligeramente con la alfombra que había en el suelo, y llegué hasta la gran puerta de entrada a la casa. Cuando traté de girar el picaporte, no se movió ni un milímetro.

—No creías que iba a dejar la puerta abierta, ¿verdad?

—Me importa una mierda, quiero que abras ahora mismo. Voy a ir a buscar a Ryan con o sin tu permiso.

Tarek hizo caso omiso a mis palabras y se sentó en el enorme sofá, preocupándose por encender la televisión primero. Enfurecida por su estúpida actitud, me acerqué hacia donde estaba, rezando para que no me matara por lo que iba a hacer. Él simplemente giró la cabeza para mirar qué diablos estaba haciendo. Una vez estuve a su lado, empecé a forcejear por mirar en sus bolsillos en busca de la llave de la puerta.

—Te he dicho que saldré de aquí con o sin tu permiso. —No conseguía moverlo ni un centímetro y aquello debía de hacerle mucha gracia, pues sonreía.

—Me caes bien, *sweetheart*, eres una mujer de acción. —Su respuesta no consiguió sino enfadarme más—. Pero la puerta no se abre con llave.

Furiosa, di una pequeña patadita al sofá en el que se encontraba y, como un niño enfadado, pegué los brazos a los costados. Busqué y busqué algo que me sirviera como vía de escape.

—¿Me das tu teléfono? Me gustaría llamar y hasta los presidiarios tienen derecho a una llamada —dije muy enfadada.

—No —respondió visiblemente divertido. Fingiendo un desinterés total, cambió el canal con el mando a distancia.

—Pues tú a mí no me caes nada bien. —Me dirigí al piso superior, buscando el cuarto de baño de nuevo para encerrarme en él—. ¡Y en cuanto pueda, te arrepentirás de esto! ¡Soy muy rencorosa! —grité para que pudiera escucharme desde la planta inferior.

—¡Aquí abajo también hay baño! —me contestó, a lo que yo respondí con un

gruñido. Aquel hombre me sacaba de quicio.

Había intentado contar los azulejos de la pared del baño innumerables veces, pero, a pesar de que había conseguido calmarme un poco, estaba tan cansada, que perdía la cuenta una y otra vez. Hacía un rato que había comenzado a escuchar ruidos en lo que parecía ser la cocina, por el constante movimiento de las sillas. No obstante, aún por orgullo, no me había atrevido a salir del baño.

Sin embargo, los murmullos de una voz masculina que no parecía ser de Tarek hicieron que me pusiera en pie como un resorte. ¿Podía ser Ryan? Eufórica ante la idea, salí del baño y me precipité escaleras abajo.

La decepción me golpeó en el estómago cuando me di cuenta de que los que estaban sentados en el comedor eran Hugh y Ash, no se me ocurrían personas a las que tuviera menos ganas de ver.

—Hola a ti también —me dijo de repente Ash cuando me quedé parada entre el segundo y tercer escalón—. Puedes cambiar ya la cara de asco que tienes.

Hugh, al darse cuenta de la tensión que se había generado, levantó tímidamente la mano en forma de saludo y comenzó a acercarse hasta mi posición. Yo no me moví.

—¿Cómo estás, Nati? —Me agarró suavemente de los hombros y noté cómo, a su vez, me examinaba el cuerpo con la mirada—. Creí que ibas a dejar que se pusiera cómoda —dijo mirando ahora a Tarek.

—Ha sido ella la que ha vuelto a ponerse la ropa sucia. Creyó que podría salir por la puerta sin más —respondió.

—¿Por qué iba a querer irse de aquí? —preguntó Ash con notable curiosidad.

—Quiero ir a buscar a Ryan y este imbécil no me deja salir. Soy prisionera de nuevo —dije con sarcasmo.

—¿Y qué ibas a conseguir tú que no hayamos hecho nosotros? —me dijo desafiante la impertinente de Ash.

—Pues probablemente más de lo que conseguiría quedándome aquí cruzada de brazos como vosotros —contesté, más indignada que nunca—. Se supone que es vuestro amigo, ¿por qué no estáis intentando averiguar dónde está? ¿O al menos qué le ha pasado para que aún no haya vuelto?

—Bueno, mi amigo no es... —dijo Hugh por lo bajini. Ash se levantó tan rápidamente, que parecía que hubiera estado en todo momento de pie.

—¿Disculpa? —De su tono de voz había desaparecido hasta el último rastro de burla con el que solía dirigirse a mí, esta vez solo había enfado—. El único motivo por el que no he vuelto todavía a esa maldita casa es porque en esa zona

de Brooklyn no ha acabado de ponerse el sol.

»¿De verdad crees que estoy tranquila *de brazos cruzados*? Solo me fui de allí porque él me pidió que te alejara de James y porque con una puta herida de bala, con la que acabé por ir a buscarte a ti, no podía serle de provecho.

—Lo último que le dije a ese hombre fue que no era posible que lo amase y llevo días sin poder dejar de pensar que es la mayor mentira que he dicho nunca —repliqué—. Lo siento si he herido tu orgullo, pero no me parece justo tener que quedarme aquí hasta que el sol se ponga si soy la única que puede ayudar —le respondí sin tapujos. De pronto, mi mirada se clavó en Hugh—. Tú. A ti te he visto de día. Tú puedes salir. ¡¿Por qué no estás buscándole?!

—El Action Man nos hace falta aquí, *sweetheart*. Es el que puede hacer el papel de oficialidad frente a tus amigas —repuso Tarek aún desde su silla—. Además, mírale. Está hecho una mierda.

Tras echarle un rápido vistazo a Hugh con algo menos de severidad, comprobé que lo que decía era cierto. Las ojeras que se habían creado bajo sus ojos revelaban las escasas horas de sueño que debía haber tenido. Más resignada que enfadada, me disponía a volver a marcharme, esta vez al dormitorio en lugar de al cuarto de baño. Necesitaba relajar mis músculos, pues sentía que en cualquier momento podría sufrir un *shock*. No hubo ninguna objeción al hecho de que me marchara.

Jamás me había sentido tan impotente como cuando me colé entre las suaves sábanas de seda de la cama de Tarek; la sangre me hervía de rabia hasta en el último capilar que componía mi cuerpo. Me negaba a creer que no pudiera hacer nada por Ryan.

Dios, había sido tan estúpida al dejarle de aquella manera en la *suite* del Bellagio... Por segunda vez desde que había llegado a casa de Tarek, los ojos se me llenaron de lágrimas, pero esta vez no iba a dejarlas recorrer mis mejillas. Me apresuré a secármelas con las manos y me cubrí con las sábanas hasta la barbilla.

Hasta que no sentí una mano sobre el hombro, no me di cuenta de que Ash había subido al dormitorio y se había sentado en el borde de la cama. La mirada que me dedicó me resultaba de lo más extraña, había dejado de ser distante, parecía incluso amigable.

—He traído algo para que puedas cambiarte —dijo señalando un pequeño montón de ropa que había dejado a los pies de la cama—. No tiene pinta de ser tu estilo, pero es lo más cómodo que tengo.

—No quiero tu ropa, prefiero ponerme de nuevo la bata inmensa de Tarek —dije aún cubierta por las sábanas.

Volví a la posición en la que me encontraba inicialmente, hecha un ovillo y mirando a la nada. Sorprendiéndome, escuché que una puerta se cerraba en la parte inferior del *loft*.

—No creo que una bata te sea de utilidad cuando nos vayamos de aquí.

—¿Qué? —Era imposible que hubiese escuchado bien—. ¿Qué has dicho?

—Yo me daría prisa, los ascensores de hoy en día bajan y suben veintinueve plantas en un abrir y cerrar de ojos. Han ido a recibir a tus amigas, ¿prefieres quedarte a saludarlas o que vayamos a rescatar a tu hombre?

Sin importarme mucho lo que pudiera pensar y sin preocuparme lo más mínimo el aspecto que pudiera tener, salí de la cama veloz y me desvestí delante de Ash para ponerme, en un abrir y cerrar de ojos, las mallas de deporte que me había traído junto a una camiseta y una sudadera. Las zapatillas deportivas me quedaban algo sueltas, pero no me importó.

—La próxima vez que vayas a hacer eso avisa para no mirar —dijo dándose la vuelta—. No me gustaría meterme en problemas con Ryan por haber visto tus encantos.

—Como si no tuviéramos lo mismo —le dije quitándole importancia.

—Tenemos lo mismo, pero yo me ceno a muñequitas como tú todas las noches.

—Menos lobo, Caperucita —contesté en español—. No tendrías nada que hacer conmigo, me va más el pelo rubio —acabé en inglés.

Parecía increíble, pero sí, estábamos bromeando juntas. No sabía muy bien si era por el hecho de que me iba a sacar de allí o porque empezaba a caerme mejor.

—Mira, ya tenemos algo en común. —En dos saltos, ya se encontraba de nuevo en la base de la escalera, me iba a costar seguirle el ritmo—. He dejado mi chaquetón sobre el sofá, te hará más falta a ti que a mí.

—¿No te buscarás un problema con los demás por ayudarme? —pregunté cuando ya habíamos salido del *loft* y estábamos entrando en uno de los ascensores—. ¿Y por qué has decidido hacerlo? Creía que estarías feliz de perderme de vista.

—Las dos queremos ver a ese calzonazos sano y salvo, ¿no? —Se encogió de hombros apoyada en la pared del ascensor, como quien no quiere la cosa—. Además, quizás así me presentes a alguna de tus amigas.

—Lo siento, no hay ninguna que me caiga mal. Pero si eso cambia, te lo haré saber —sonrió.

Era cierto que las veintinueve plantas se bajaban con rapidez. Cuando quise

darme cuenta, ya estábamos en el amplio recibidor del edificio. Al fondo de la sala podía ver las espaldas de Hugh y Tarek frente a la puerta principal, cuando sentí un tirón apartándome del ascensor y llevándome a un pasillo que se encontraba por la parte de atrás.

—No vamos a salir por la puerta principal—me indicó—. Ven, sígueme, tengo el coche en la otra salida.

El oscuro corredor llevaba a una puerta cortafuegos a través de la que accedimos por fin a la calle. El frío caló en mí rápidamente y la nieve que cubría la acera me salpicaba los tobillos al andar. Me rodeé a mí misma con los brazos con intención de darme calor, no sabía cómo Ash podía aguantar solo con una chaqueta.

Bueno, sí que lo sabía.

—Sube —me dijo abriendo con el mando de las llaves un Ford Mustang negro antiguo.

—¿Ninguno de vosotros tiene un coche normalito? —Me acordé de mi pobre Corsa—. Mi coche apesta en comparación con los vuestros.

—Lleva conmigo desde el año 69, para mí no puede ser más normalito.

—¿Y un coche tan viejo supera los cincuenta kilómetros por hora? Al mío, siendo del 98, le cuesta llegar a los ochenta —me burlé ya desde el asiento del copiloto.

—Yo no compro porquerías. Y, antes de que digas nada, sí, sé que tienes un Opel Corsa, piensas con mucha rapidez.

«Si vuelves a leerme el pensamiento sin mi consentimiento, te meteré un palo por...».

—Me queda claro —me respondió a lo que le había dicho sin necesidad de hablar.

Capítulo 26

Enseguida comprobé que la potencia del coche de Ash no tenía nada que ver con la del mío. A pesar de que contaba con casi cincuenta años, el coche parecía prácticamente nuevo. ¿Acaso todos los vampiros estaban obsesionados con los vehículos de motor? Me resultaba curioso que cada vez me sentía más cómoda estando entre vampiros.

—¿Cómo conociste a Ryan? —Intenté entablar algo de conversación en el camino.

—No creo que te gustase esa historia —me dijo con la vista fija en la carretera.

—¿Por qué no iba a gustarme?

—Conocí a Ryan en un momento difícil de su vida.

—No me importa lo que haya hecho en el pasado. —No podía hablar más en serio, si se hubiera tratado de un psicópata o un asesino en serie, habría dicho lo mismo.

—Muy bien..., pues encontré a Ryan en el año... ¿sesenta? No estoy segura del todo. Estaba solo en un callejón, con una humana entre los brazos... Parecía un completo loco. No te gustaría verlo así, te lo garantizo. Nada que ver con el Ryan que tú conoces —relató. Yo la escuchaba mirando por la ventanilla la ciudad de Nueva York, iluminada por luces artificiales que formaban estelas debido a la velocidad a la que nos movíamos.

»La chica estaba muerta. Ryan había bebido sangre suficiente como para estar bien alimentado y que ella estuviera a salvo, pero no podía parar. Me costó conseguir que se separara de su cadáver. —Hizo una pausa para comprobar mi estado de ánimo. Al ver que no parecía estar decepcionada, continuó—. Estaba completamente perdido. Ni siquiera sabía qué le había pasado, ni cómo había acabado siendo...lo que somos.

»Le enseñé a controlarse alimentándose de mí, no fue agradable. —Sonrió al comprobar que esto último no me había hecho gracia—. Te dije que no te iba a gustar la historia.

—Sigue contándome, quiero saberlo todo sobre él.

—Fue a tantas personas a las que mató, que se convirtió en historia. Le apodaron el Hombre Cocodrilo. Los habitantes del pueblo donde lo encontré creían que sus víctimas servían de alimento a cocodrilos, de ahí su nombre, ¿puedes adivinar por qué? —Entorné los ojos a modo de indignación. Ella

continuó—. Lo malo de todo esto fueron las vidas que se cobró. Mi sangre no lo saciaba, pero podía mantenerlo con vida. Después de eso encontró a su hermana Roisín.

—¿Roisín? ¿La mujer de la que hablaba el sociópata con el que estuve encerrada? —El corazón empezó a palpitarme más deprisa—. Estaba obsesionado con ella.

—Sí, Era la hermana pequeña de Ryan, una chica de lo más jovial y alegre cuando yo la conocí. Desgraciadamente, ya estaba con James por aquel entonces y la relación fue marchitándola poco a poco.

—¿También era vampira? —quise saber.

—Sí, algo extraño, a decir verdad. Algún vampiro debió de atacar la casa de la infancia de Ryan y convertirlos a ambos —dijo como si nada—. Lo que no entendí nunca es cómo pudieron despertarse en lugares completamente diferentes. Por desgracia..., sus padres no sobrevivieron.

—¿Cómo se convierte un humano en vampiro? ¿Un mordisco y ya está? — Me miró como si fuera tonta solo por formular la pregunta y, en cierto modo, así me sentía, pues sabía con exactitud que no funcionaba así. De lo contrario, yo ya no podría ver la luz del sol.

—No solo te muerden, tiene que haber una intención de convertir a la otra persona. Es muy raro que conviertan a alguien involuntariamente.

—¿Pero es posible? —pregunté. Ella me miró con una ceja arqueada.

—Solo a veces.

—¿Cómo lo hacen? —El tema realmente me interesaba.

—Tenemos una sustancia que podemos segregar en los colmillos.

—¿Cómo las serpientes? —La imagen que se formó en mi mente me resultó de lo más asquerosa.

—Se podría decir así. Pero, en cualquier caso, tenemos que querer hacerlo para que ocurra y, dependiendo de la sangre del humano..., sobrevive a la transición o no.

Cuando me di cuenta, el coche de Ash se había detenido en una calle residencial sin salida rematada por una tosca pared de ladrillo.

Supuse que habíamos vuelto al lugar de mi secuestro, a pesar de que no recordaba absolutamente nada de la forma en la que había llegado la primera vez. De repente, mi acompañante se giró hacia mí y me ofreció una pequeña arma, yo estaba incrédula, mirándola como quién ha visto un fantasma.

—Aquí está el seguro y por aquí se recarga. Utilízala solo si es necesario.

Ella se bajó enseguida y, con un gesto, me instó a que me quedara dentro del

vehículo. De la parte trasera de su pantalón sacó otra pistola más grande que la que me había dejado a mí y, con paso cauteloso, se acercó hasta la entrada de la casa.

Yo estaba increíblemente nerviosa, jamás había empuñado un arma, el pulso se me aceleraba por segundos y las manos me comenzaban a sudar y a temblar. No creía que fuera capaz de disparar, llegado el momento. A pesar de ello, tenía el arma bien agarrada y las instrucciones que me había dado Ash grabadas en la memoria.

Observé cómo abría la puerta, que no estaba cerrada con llave. Permaneció allí quieta, mirando al interior de la casa unos momentos. ¿Pasaba algo?

Su comportamiento me parecía extraño, aun sabiendo que se trataba de una mujer de otra especie. En un abrir y cerrar de ojos, volvía a estar junto al coche y me había abierto la puerta.

—James no está, pero puedo oler la sangre de Ryan. —Tras decirme estas últimas palabras, salí del coche casi tan rápidamente como había llegado ella hasta mí.

Como si me hubiera transformado en otra persona, me erguí, empuñé la pistola y miré a Ash con determinación. Entraría en esa casa, aunque estuviera el mismísimo diablo esperándome. Con paso firme, ambas nos introdujimos en el edificio. Me resultaba extraño estar allí otra vez, pero de diferente forma.

Pasamos con rapidez por un comedor que daba hasta la cocina, y de ahí bajamos hasta el sótano de la mugrienta casa. En el suelo había un televisor enorme destrozado y junto a él varios tablones de madera rotos en la pared que daban a una especie de túnel.

Ash pasó primero a través de él. No quería arriesgarse a que me ocurriera nada, ella era, sin duda, la más experimentada de las dos. El interior del pasadizo parecía una de las cuevas de Indiana Jones, todo estaba hecho de tierra, era un túnel húmedo y de cuyas paredes sobresalían raíces de todo tipo y grosor. Ash caminaba deprisa y yo trataba de no tropezarme con las piedras y raíces del suelo al seguirla. Apenas veía absolutamente nada, iba completamente a ciegas. Cuando mi acompañante se dio cuenta de ello, me dio un mechero de gasolina que podía mantener encendido.

En cuanto pude tener luz, me di cuenta de que Ash empezaba a correr.

—¡Lo siento, tengo que adelantarme! ¡Ve por el túnel de la izquierda! —me gritaba mientras desaparecía en la oscuridad.

Yo intenté imitarla, pero, tras haber avanzado unos metros, algo me hizo tropezar y caí de bruces contra el suelo; que las zapatillas de deporte me

quedaran grandes empezaba a ser un estorbo. Con toda la dignidad que pude, aunque no me estuviese mirando nadie, traté de recomponerme y de sacudir la tierra de la ropa que me habían prestado. Decidí que no correría, pero avanzaría lo más rápidamente posible y, en cuestión de instantes, llegué a la bifurcación de la que me había hablado Ash. Al torcer hacia la izquierda, escuché unas voces.

Si antes creía que mi corazón estaba desbocado, entonces se me había detenido. Una de las voces que había escuchado era la de Ryan. Sonaba como si le costara trabajo respirar. Sin pensármelo dos veces, aceleré el paso y, milagrosamente, sin un solo tropiezo y completamente a oscuras, llegué al pie de unos escalones de piedra rematados por una gruesa puerta de madera e iluminados por la luz de la luna.

Cuando mis ojos se habituaron a lo que me rodeaba, logré distinguir a Ryan retorcido sobre los escalones. Presa de la emoción, dejé caer al suelo lo poco que llevaba en las manos, el mechero y la pistola que me había dado Ash, y corrí hacia él. Lo abracé con fuerza, todo el cuerpo me vibraba. Había sentido tanto miedo de no volver a verlo, que tenerlo entre mis brazos me parecía un espejismo. Las lágrimas me caían desbocadas por la cara.

—Me estás aplastando, preciosa. Deja que sea yo quien se ocupe de eso — dijo con esfuerzo y sonriéndome con esa expresión que tanto quería.

—Lo siento —respondí al mismo tiempo que aflojaba mi abrazo, pero sin soltarlo del todo aún.

Cuando las lágrimas dejaron de caerme por las mejillas y la vista se me aclaró lo suficiente como para poder mirarlo, contemplé su cuerpo lleno de unas heridas terribles. Toda la piel que dejaba al descubierto su ropa estaba casi en carne viva, enrojecida, ensangrentada y desgarrada. Lara me había enseñado numerosas veces fotos de quemaduras y las de mi marido debían de ser, como mínimo, de segundo grado. Las que podía ver, le cubrían el rostro y el cuello por completo.

—¿Qué te ha pasado? —dije preocupada. Le acaricié el pelo con cariño, pero vi en su expresión una ligera mueca de dolor.

—James le ha disparado y le ha dejado a la luz del sol —contestó Ash. No me había percatado de su presencia. Había recogido del suelo su mechero y estaba repasando la hoja de un cuchillo con la llama.

—¿Te ha disparado? —Alarmada, le examiné de arriba abajo. El color oscuro de su camiseta no me había permitido ver una mancha de sangre en su abdomen. Ryan hizo amago de contestar, pero su amiga no se lo permitió.

—En boca cerrada no entran moscas, Ryan —dijo arrodillándose junto a

nosotros, con la hoja del cuchillo de un tono carmesí debido al fuego—. Toma esto, necesito que alumbres —dijo tendiéndome el mechero.

—¿Qué vas a hacer? —Estaba completamente histérica, pues creía saber qué se proponía. Mis sospechas estaban casi confirmadas al ver cómo Ryan cerraba los ojos con fuerza—. No irás...

—Mira para otro lado si no puedes soportarlo, pero hay que sacar eso de ahí antes de que cicatrice —tras decir eso, le puso a Ryan la funda del cuchillo en la boca—. Muerde con fuerza, sé que te gusta.

Vi cómo Ash le levantaba a Ryan la camiseta y, sin poder evitarlo, aparté la vista.

—Nati, apunta más alto —me indicaba Ash, pues al girarme había bajado los brazos con el mechero.

De repente, escuché a Ryan emitir sonidos guturales debido al dolor que casi podía sentir yo misma. El olor a piel quemada de las heridas más superficiales aumentó a medida que avanzaba la operación no reglamentaria de Ash. Con lo que pude adivinar que era cada movimiento de muñeca de ella, se escuchaban uno o varios quejidos de él. Me resultaba insoportable. Para intentar relajarme, pensé en lo indignada que estaría Lara si supiese lo que había presenciado fuera de un hospital. Cómo me hubiera gustado que fuera ella y no Ash quien lo estuviera atendiendo, ella era médica, al menos.

—Ya está, tío, listo —escuché decir a Ash. Cuando volví a mirarlos, el abdomen de mi marido volvía a estar tapado por su sucia camiseta.

—¿Ya está? ¿Así como así? —pregunté ilusionada—. ¿Se va a poner bien?

—Me vendría bien algo de cariño —dijo sonriente y tosió.

—En realidad... —Ash volvió a sacarme de mi ensoñación en la que lo único a lo que me dedicaba era a abrazar a Ryan hasta que se recuperara—. Voy a volver a necesitar tu ayuda. —Mi expresión inquisidora la invitó a continuar—. Necesita alimentarse para que sus células se regeneren. No estás en tu pleno potencial porque llevas varios días mal alimentada, pero sé que en casa de Tarek has comido, temíamos que llegase esta situación. —En un instinto reflejo, me llevé una de las manos al cuello, donde Ryan me había mordido en nuestra cama de Las Vegas—. Mi sangre no sirve, es básicamente sangre humana reciclada.

Sin pensarlo demasiado, me incliné hacia él con la intención de ofrecerle el cuello cuando me tomó de la mano y se llevó mi muñeca a los labios, mientras me miraba directamente a los ojos. La situación resultaba de lo más excitante, a pesar de la gravedad del asunto, y, a través del brillo de los ojos de Ryan, su intención era puramente carnal, un gesto de posesión. No podía dejar de mirarlo

cuando finalmente hundió sus colmillos en mi muñeca. Una vez más, sentí el pinchazo inicial seguido de una calidez impropia del momento.

Ash debió notar lo erótico de la escena, pues apartó la mirada, o quizás era por la sangre. Notaba cómo el pecho de mi marido se hinchaba cada vez más y más por la succión. Yo empezaba a sentir que la cabeza me pesaba. Con rapidez, todo me daba vueltas y un leve pitidito empezó a sonar en mis oídos. Él me sostuvo por la espalda, debía de saber que perdería el equilibrio. Me agarraba con vigor, notaba que estaba cada vez más fuerte, y a su vez, yo me sentía cada vez más mareada. Era tal la fuerza que ejercía, que me costaba trabajo moverme.

—Deberías parar ya, Ryan —escuché de fondo decir a Ash. Él hizo caso omiso—. Ryan, para.

Mi marido parecía completamente cegado, no hacía caso a lo que Ash decía, solo tenía su mirada fija en mí y, por puro instinto de supervivencia, era incapaz de frenarse. Consciente de ese hecho, solo podía mirarle a los ojos y pedirle yo misma que parase, rogándole al cielo que me hiciera caso.

—Ryan... —pude decir—, tienes que parar, cariño. —Apoyé la mano que me quedaba libre sobre su muslo en busca de algo a lo que sostenerme. En su mirada apareció el rastro de un Ryan algo más sereno, el mismo que tenía frente a mí en Central Park.

Notaba los latidos de mi corazón en la muñeca cuando, por fin, sus dientes se separaron de ella. Sin duda, había ejercido una fuerte presión, pues se podía apreciar el comienzo de un hematoma. Ryan pasó de la serenidad a la angustia. Su cara palidecía ante lo que acaba de ocurrir. Ash se levantó y se adentró en lo que quiera que hubiese tras los escalones para darnos algo de espacio.

Ryan, sin decir palabra, me rodeó con su enorme cuerpo, bastante mejor tras la ingesta de sangre. A mí, en cambio, me costaba reponerme. Me besaba el cabello repetidas veces, trazándome caricias en la espalda con sus manos.

—Ya ha pasado todo —intentó asegurarme—. No tendremos que volver a preocuparnos por James durante mucho tiempo.

A pesar de no conseguir creerme del todo sus palabras, estar con él me reconfortaba lo suficiente como para que consiguiera olvidar lo que había vivido los últimos días: los aterradores monólogos macabros sobre historias que no querría recordar jamás, el hambre, los golpes... Lo único que deseé durante ese tiempo era estar con Ryan, me dolía pensar no volver a verle.

Cuando me sentí algo más recuperada tras sus atenciones, conseguí devolverle el abrazo con toda la fuerza que pude. Había sido una estúpida en Las Vegas, pero todo había pasado tan rápido... Nadie en su sano juicio habría creído

que, en cuestión de días, alguien pudiera enamorarse. O de noches, mejor dicho.

Me separé un poco de él para volver a mirar una vez más sus ojos verdes llenos de un brillo cristalino. Sus cejas, sus pestañas, su nariz, sus labios... No podía dejar de mirar sus labios. Y notaba cómo él no podía dejar de mirar los míos. No obstante, cuando volví a alzar la mirada, comprobé cómo sus iris volvían a tornarse pantanosos.

Con extremo cuidado, se levantó y me tendió la mano para ayudarme a que yo lo hiciera también. Cuando comprendí finalmente que no tendría el final que esperaba, me sentí abatida. Ryan, de espaldas a mí una vez me hube levantado, comenzaba a alejarse en la dirección en la que había desaparecido Ash.

—Ryan... —Esperaba fervientemente que se diera la vuelta, pero no lo hizo—. Me dijiste que era tu ser amado. —Se frenó en seco y aprecié cómo se tensaba, a pesar de ello aún seguía de espaldas.

—También recuerdo que me llamaste loco.

—¿Acaso no es una locura? —Lentamente, fui acercándome a él—. Es una locura porque jamás creí que fuera posible —finalmente, se giró despacio—. Nunca creí que se pudiera querer a alguien de la forma en la que te quiero en tan poco tiempo. —Solo podía mirarle a los ojos, me sentía vulnerable al abrir mi corazón. Él no decía absolutamente nada—. Me dijiste que todo o nada y elegí mal mi respuesta.

Y, sin más dilación, lo agarré de la camiseta y tiré de él hacia mí para robarle el beso más apasionado que jamás le hubiera dado a nadie. Lentamente, su cuerpo fue relajándose y dejándose llevar por la embriaguez del momento. Su boca dominante exigía casi tanto como la mía. Un fuego interno me recorrió de los pies a la cabeza al sentir cómo me dejaba vencer. Estaba completamente a su merced.

—Oh, mierda —dijo Ash cuando la escuché volver a adentrarse en el túnel—. Qué puto asco.

Capítulo 27

Los gritos amenazadores y femeninos se escuchaban desde el rellano de la planta vigésimo novena, a pesar de que no se pudiera distinguir muy bien lo que quiera que estuvieran diciendo. A medida que Ryan, Ash y yo nos acercábamos a la puerta del apartamento número tres, comprobé que era de su interior de donde provenían. Ash marcó en el picaporte el código de seguridad y, cuando se abrió la puerta, aumentaron los decibelios del escándalo, nadie había reparado en nuestra presencia.

Ryan estaba prácticamente recuperado. El único rastro que quedaba de sus heridas era un leve enrojecimiento del rostro, igual que el propio de los extranjeros en la Playa del Inglés. Yo, en cambio, tenía un aspecto horrible, no tanto como cuando llevaba la ropa sucia, pero claramente se notaba que había sido sometida a innumerables golpes. Ash parecía la misma prepotente de siempre con su espalda erguida. Sin embargo, ahora no la veía como antes. Podría decirse... que me caía bien.

De pronto, la cabeza de Melisa se giró en nuestra dirección. Dejó a Hugh con la palabra en la boca y se abalanzó sobre mí de tal manera, que retrocedí unos cuantos pasos involuntariamente. Cuando se apartó lo suficiente como para poder mirarme sin soltarme, vi cómo sus ojeras eran casi tan marcadas como las que había visto antes al que ahora sabía que era policía. Nunca había observado en ella una expresión tan clara de alivio.

—¿Tú eres consciente de lo que nos has hecho pasar? —Con las manos me apartó el pelo de la cara—. ¿Estás bien? ¿Cómo te encuentras? ¡Lara, ya está aquí! —Alzó la voz para que mi otra amiga, que estaba avasallando de mala manera a Tarek, reaccionase.

Me resultó de lo más impactante ver cómo Tarek, que bien podría medir dos metros, tenía la cabeza agachada mientras Lara le gritaba sobre cuestiones médicas y señalaba con el dedo para enfatizar su enfado.

—¡Nati! —De pronto volví a encontrarme rodeada por otros brazos—. Ven, siéntate en el sofá. Tengo que asegurarme de que todo está en su sitio y estoy rodeada de irresponsables e incompetentes que te dan un alta sin asegurarse de que puedes tenerla. —Fulminó a Tarek con la mirada—. Por supuesto, pienso demandar a ese hospital.

—Te tiene bien agarrado por las...

Pero un puñetazo de Melisa dejó la frase de Ryan a medias. Lara y yo nos

quedamos a medio camino hacia el salón al escuchar el golpe. Melisa no era una persona violenta, jamás la había visto pegar a nadie.

Todos los ojos de la sala estaban puestos ahora en ellos dos, incrédulos y expectantes. La expresión que tenía Melisa en el rostro era una mezcla entre rabia y desorden mental. Ryan, ahora con los ojos como platos, la miraba sin mover ni un solo músculo de su cuerpo. Parecía estar dispuesto a recibir todos los golpes que mi amiga quisiera darle.

—¡Psicópata de mierda! —le dijo antes de darle un empujón que consiguió desplazarlo un poco—. ¡Yo confié en ti! —siguió diciendo y volvió a empujarle—. ¡Eres un puto pedazo de mierda! ¡No tienes ni puta idea de la que te va a caer por esto! —A base de más empujones, consiguió acorralarlo contra una pared.

—Melis...—intentó decir.

—¡Que te calles! —Todos seguíamos anonadados por lo que estaba sucediendo—. ¡Voy a asegurarme de que no puedas tener descendencia, cabrón!

De pronto, las estrepitosas carcajadas de Ash enfurecieron mucho más a Melisa.

—Barbie... —se escuchó decir a Tarek—. Yo no haría eso.

Una de las manos de Melisa se aferró con fuerza a la entrepierna de Ryan y la otra le agarró del pelo para golpearle la cabeza contra la pared. Si los ojos de mi marido antes parecían confusos, ya no sabría decir qué expresaban. Rogaba al cielo que, por favor, no moviera ni un músculo, porque Melisa lo mataría. Sin embargo, yo tenía que tomar cartas en el asunto.

—Mel, suéltale —le dije secamente. Mi amiga ni siquiera me miró—. Me gustaría que esas partes siguieran funcionando.

—Reza para que vuelva a hacer caso a algo que me digas, guapa —me contestó con desdén, volviendo a golpear la cabeza de Ryan con un golpe seco.

Y sin más dilación, unas manos agarraron las muñecas de mi amiga, haciendo que lo soltara sin apenas esfuerzo. Ash tenía completamente controlada a Melisa.

—Bueno, rubia, tranquila. —Melisa pataleaba frenética, buscando la forma de alcanzar a darle a cualquiera de los dos. Jamás pensé que alguien pudiera volverse tan loco.

—¡Quítame las putas manos de encima!

Lara había tenido suficiente espectáculo por un día y terminó de arrastrarme hasta el salón mientras seguíamos escuchando los improperios de Melisa.

Una vez en el sofá, mi amiga, que siempre llevaba su linternita con ella, me examinó brevemente haciendo que siguiera con la mirada los movimientos de su dedo. Tras comprobar que mis constantes estaban bien, quiso echar un vistazo al

resto de las heridas. Con cierto disimulo, escondí la muñeca por la que Ryan había bebido detrás de mi espalda, ya era suficientemente malo todo lo que había pasado como para añadir explicaciones incómodas.

Mi amiga dio por válido el argumento que Tarek le había formulado, el cual consistía en que había recibido golpes en una pelea callejera en la que me vi envuelta. Era suficientemente creíble, pues ese maniaco me había golpeado con frecuencia.

—Pareces tener síntomas de anemia —me dijo—, la coloración de tus ojos se ha vuelto amarillenta.

—La comida de los hospitales no es buena, ya sabes —mentí—. Y, según me dijeron, perdí algo de sangre tras los golpes —no parecía muy satisfecha tras mi explicación, pero no tuvo más remedio que conformarse.

—La comida de los hospitales está preparada especialmente para la mejora de los pacientes —respondió—, pero te dieron el alta bastante antes de la cuenta. Vas a necesitar reposo antes de pensar siquiera en coger un avión.

—Eso no será problema. Le daré todo lo que necesite —escuché decir a Ryan, que se había recuperado de la impresión y nos había seguido—, haré lo que sea preciso.

—¡Tú no vas a volver a tocarla! —dijo Melisa desde la cocina.

Lara parecía confusa ante el comentario de Ryan, como si la intensidad de sus palabras fuera algo que nadie pudiera esperarse. Yo no podía evitar mirarle con cara de estúpida enamorada. Ahora que por fin estaba con él, nada más me importaba. Mi amiga debió de notar algo de eso, pues se levantó de la posición en la que se encontraba.

—Voy a contarle a Melisa lo de tus heridas, y... a intentar que se calme —dijo mirando a Ryan—. Calculo que dentro de media hora nos iremos al apartamento. —En esa ocasión me miraba a mí—.Aprovecha bien el tiempo.

Consciente de que lo que realmente quería mi amiga era que me despidiera de mi marido, tuve un escalofrío en el cuerpo y Ryan debió de sentir lo mismo, pues cogió una manta que había en una mesita junto al sofá y me la puso por encima de los hombros.

—¿Sabes que mis amigas creen que fui a buscarte para divorciarnos? —le dije con cierto pesar en la voz—. En aquel momento no me sentía capaz de volver a verte.

—Lo sé —dijo algo apesadumbrado—. Tus amigas vinieron al Dead End y allí hablé con Melisa. Fue así como nos dimos cuenta de que pasaba algo raro.

—Siento lo que pasó en el Bellagio, me sentí... completamente abrumada. —

Él me pasó el brazo por encima del hombro, atrayéndome hacia sí.

—Comprendo que, para alguien de tu especie, puede resultar complicado de entender. —Me dio un beso en el pelo, tratando de tranquilizarme.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunté con verdadera incertidumbre. No sabía cómo afrontar la situación. Quería estar con él, pero no sabía cómo.

—Aún queda para el día de tu vuelo de vuelta. Ve con tus amigas, ya pensaremos cómo decirlo. Eso sí. —Podía intuir lo que quería decirme tras su gesto burlón—. A Melisa se lo dices tú.

Tras aquellas últimas palabras, Ryan me tomó del mentón para darme un beso de lo más tierno, cuando de pronto escuché:

—Ah, no, de eso nada, señorita ¡Nos vamos! —nos interrumpió Mel mientras se acercaba a nosotros.

—¿Sabes qué? Haz lo que te dé la gana. —Melisa no me miraba cuando me hablaba, estaba en la cocina de nuestro apartamento de alquiler rebuscando en los armarios.

—Pero Mel, no quiero que estemos así. —Me sentía completamente frustrada—. Quiero que entiendas que, a pesar de todo lo que ha pasado, no tiene por qué volver a ocurrir nada malo. Solo vamos a ir a cenar. —Había pasado de mirarme con rabia a hacerlo con condescendencia—. ¿Te traigo algo rico? —le dije poniendo cara de corderito. Sabía que mi amiga se podía vender al diablo por un buen burrito.

—Un filete de ternera —contestó sarcástica. Mi amiga llevaba años sin probar ningún producto animal, pero su tono de voz dejaba ver que había bajado un poco la guardia.

—Puedo añadir un buen batido, si quieres —tanteé—. Venga, Mel, sabes que no puedo irme estando enfadada, no lo haré hasta que sepa que todo está bien entre nosotras—le decía a mi amiga con cierta angustia.

—Entonces voy contigo.

—No me importa si eso hace que vuelvas a confiar en mí. —Lo decía completamente en serio. Solo quería que volviéramos a ser las mismas de hacía una semana.

—Bien, porque hay un sitio en Greenwich Village que tengo muchas ganas de probar. —Sin decirle nada a mi amiga, escribí un mensaje en mi nuevo Smartphone, ya que el viejo terminó hecho añicos, y le enseñé el contenido junto con la respuesta.

«Melisa quiere ir a Greenwich Village, ella manda hoy».

«Ok, sin problema».

La respuesta de Ryan no había terminado de convencerla, pero al menos había accedido a dejarme salir de una vez por todas. Tras esto último, fui a la habitación que antes era de Lara a cambiarme. Mel me había trasladado allí, quería evitar fugas repentinas por las escaleras de emergencias. Una vez en el interior de la estancia, me miré el dedo anular, el que ahora volvía a llevar el anillo que Ryan me había dado en Las Vegas. Antes de separarnos en casa de Tarek había vuelto a ponérmelo.

Era consciente de que Ryan ya me había visto de todas las maneras posibles en el poco tiempo que había durado nuestro matrimonio, pero llevaba demasiado sin arreglarme de verdad y me moría de ganas por hacerlo.

Había algo que tenía muy claro con mi aspecto, iba a hacerme ondas en el pelo. En cuanto a la ropa, había elegido un vestido de punto negro ceñido al cuerpo, con un escote en pico, que, a pesar de tener la apertura, seguía teniendo cuello vuelto. El vestido era corto, lo suficiente como para que me costara trabajo sentarme sin enseñar nada. También llevaría unas botas de caña alta y un suéter que cubriría mis encantos hasta que estuviéramos solos..., si se daba la ocasión.

Me maquillé sin prisa. Para cuando terminé, me sentí orgullosa, había conseguido el efecto que deseaba. Sabía que iba a dejarlo sin aliento.

Como si supiera que ya estaba lista, mi móvil sonó con un mensaje que me decía que estaba fuera esperando. Me parecía asombroso, pero estaba increíblemente nerviosa, parecía una adolescente teniendo su primera cita, hasta llevaba carabina. Melisa estaba esperándome en el salón, llevaba un rato lista.

—Cualquiera diría que vamos a un restaurante de lujo —apuntó tras repasarme de arriba abajo con la mirada—. Ni de coña vamos a ir a ningún otro sitio después de cenar, que lo sepas. Comemos y volvemos. —Mi primer instinto había consistido en replicarle, pero mi intuición me decía que era mejor no responder.

—Claro, claro —dije al tiempo que tomaba mi bolso para salir por la puerta.

Ryan fue lo primero que vi al salir a la calle, tan guapo como siempre y apoyado en un flamante coche rojo metalizado. Sonreía satisfecho y no me podía quitar los ojos de encima. Por pura cortesía, sonrió a Mel. Ella, en cambio, le mostró su terrible indiferencia. Aun así, eso no impidió que siguiera intentando suavizar las cosas con ella.

Cuando llegamos al pie de la calle, Ryan me tendió la mano para acercarme hasta el coche, no sin darme un beso de lo más inocente delante de Mel. Trató de

ayudarla a ella también, pero el orgullo de esta se lo negó y bajó sin necesidad de ser atendida por él.

—Oye, Melisa, tengo entendido que estudiaste Historia del Arte. —Al ver que no decía nada sino simplemente se limitaba a mirarlo, prosiguió—. Te he traído un libro sobre una de mis pintoras preferidas. Abrió hace décadas su propia galería aquí, en Nueva York. No es gran cosa, pero espero que te guste —le dijo mostrando una sonrisa que, a mi parecer, llevaba connotaciones ocultas, y entregándole el libro.

—No parece ser una persona que se interese demasiado por el arte —respondió ella al entrar en el coche con el libro en las manos—, pero gracias.

—Si no intentaras matarme cada vez que me ves, podría sorprenderte con mayor frecuencia —dijo retorciéndose en su asiento, incómodo supuse.

—Lo dudo —contestó mi amiga antes de sacar el móvil y comenzar a ignorarnos casi por completo. Sabía que, en realidad, analizaba por el rabillo del ojo todos nuestros movimientos.

—Intuyo que este coche... —No pude continuar la frase pues, en cuestión de segundos, estábamos a una máxima velocidad, algo que siempre hacía Ryan. La tracción del coche me pegó al respaldo del asiento—. Se supone que estás intentando ganarte la confianza de Melisa, matarla no creo que sea lo más apropiado, cariño. —Ryan se rio ante mi comentario, pero no disminuyó la velocidad.

El recorrido hasta Greenwich Village fue de lo más ameno, a pesar del agujero negro que había formado en el asiento trasero la mirada acusadora de Melisa. Lo único que comentó ella en todo el trayecto fue algún que otro “¡ja!” ante aportaciones de mi marido.

Había una cantidad importante de personas frente al restaurante. Dudaba mucho que pudiéramos conseguir una mesa, pues había incluso gente esperando fuera del local. A Ryan no pareció importarle lo más mínimo. Tras bajarnos del coche, nos dirigimos a paso tranquilo a la entrada.

—Mel, ¿tú sabías que habría tanta gente? —le pregunté pensando en la posibilidad de tener que marcharnos y que ella no quisiera cambiar de lugar.

—Sabía que estaba de moda, pero no esperaba que el furor fuera tanto.

—No pasa nada, voy a hablar con algún camarero para comprobar si hay algún sitio libre —nos dijo Ryan antes de desaparecer entre la multitud.

Ryan volvió hacia nosotras para decirnos que, afortunadamente, había conseguido una mesa. A Melisa no pareció impresionarle, pero estaba de lo más contenta.

La cena resultó agradable, podría incluso decir que, en alguna ocasión, Ryan había conseguido suavizar a Mel, pero esta impresión desaparecía con rapidez en cuanto ella volvía a su frialdad. Me habría gustado poder estar más cerca de mi marido durante todo el tiempo, pero no podía sabiendo que mi amiga estaba acechando cada uno de nuestros movimientos.

Ansiaba poder darle un beso sin unos ojos taladrándome la nuca.

Un camarero de lo más simpático recogió los platos y dejó la cuenta sobre la mesa. Ryan se apresuró a dejar su tarjeta de crédito sobre ella sin dar la posibilidad siquiera de saber el importe de esta. Cuando finalmente habíamos terminado, nos levantamos para irnos del restaurante. Melisa se puso en la cabeza de la marcha para darnos al menos un poco de espacio, supuse. Ryan aprovechó ese momento para agarrarme de la cintura e invitarme a caminar junto a él.

—Tengo intenciones de secuestrarte en cuanto tenga ocasión. Quiero enseñarte las vistas de mi ático —me dijo bajito en el oído.

—¿No crees que con un secuestro por viaje he tenido bastante? —le di un pequeño codazo en el costado. Su expresión palideció al darse cuenta de lo poco acertada que había sido su elección de palabras—. Tranquilo, solo bromeaba. De todos modos, dudo que Melisa te dé esa oportunidad—añadí.

—Pues tenemos un problema, porque creo que ese vestido te queda demasiado ajustado y deberías quitártelo. —Me sonrojé como una estúpida—. Así que no te preocupes, yo me encargo de despistarla.

Al salir del restaurante, pude ver que Melisa estaba de espaldas a nosotros. ¿Hablaban con alguien? Mi marido hinchó el pecho con orgullo ante el desarrollo de los acontecimientos, pero la sonrisa satisfecha se le borró de los labios en cuanto se dio cuenta de que quien acompañaba a mi compañera de piso era Hugh. Había podido notar que no eran precisamente buenos amigos.

—¿Qué haces aquí, poli? —le preguntó cuando llegamos a su altura. Otra persona que parecía haberse dado cuenta de lo mal que se llevaban era Melisa, pues sonreía divertida.

—Viene conmigo. —Ash apareció expulsando el humo de un cigarrillo que parecía haber terminado de fumarse hacía un instante—. Hay un pub en el que tocan rock en directo e íbamos a tomar algo —dijo rodeando a Hugh por los hombros con el brazo—. ¿Os venís?

—No, gracias —respondió Ryan de inmediato sin disimular su desagrado por Hugh—. Creo que las chicas quieren irse a casa.

—Pues a mí sí que me apetece tomarme algo —dijo Melisa.

—Pero si tú no bebes —añadí yo. Me extrañaba que se apuntase a un plan en el que participaran tanto Ryan como Ash.

—¿Sabes lo que es un refresco? —contestó con sorna.

—Quizá tu amiga solo sepa; el camarero del local..., lo dudo mucho. Pero, oye, siempre puedes partírle la cara, ¿no, Ryan? —dijo Ash con toda la intención de molestar a ambos—. ¿Tú qué dices, Nati, te apetece?

Melisa ignoró su comentario y continuó su conversación con Hugh. Parecían estar hablando de cuestiones de papeleo respecto a la denuncia de mi desaparición de hacía ya... ¿casi una semana? Ryan se mostraba bastante decepcionado con la situación y, en cierto modo, yo también lo estaba. Quería estar con él a solas y cada vez veía más complicado que eso sucediera.

Caminamos hacia el local, que, al parecer, estaba a unas manzanas del restaurante. Melisa mantenía una entretenida conversación con Hugh, Ash iba riéndose conmigo de Ryan, encontrábamos terriblemente divertido meternos con él y la verdad es que no nos lo ponía difícil.

El pub se encontraba en un sótano y estaba casi tan abarrotado como el restaurante, con la diferencia de que había toda clase de personas, desde las más sencillas como Mel, hasta personas de lo más fanáticas. Lo que sí quedaba claro en todo momento es que mi vestuario no era el más apropiado para un sitio como aquel. Tras llegar a unas mesas que había al fondo del local, bien pegadas al pequeño escenario, apareció Ash con cervezas para todos, incluida Melisa, que había repetido unas cuantas veces que no quería beber.

—Creí que había dejado bastante claro que yo no bebo.

—Venga, rubia —dijo Ash al tiempo que depositaba la cerveza junto a ella—, así puedes dejar de apretar el culo por un rato. Vive un poco.

—No te molestes en intentarlo, Ash, si no tiene sabor a tutti-fruti, no tienes nada que hacer —me uní. Melisa abrió los ojos, ofendida.

—Me estás tocando lo que no me tienes que tocar, Natalia —repuso en español antes de beberse medio botellín de golpe—, así que tráeme comida para compensar este sabor de mierda —terminó en inglés.

Eufórica por haber conseguido que mi amiga por fin se relajara un poco, comencé a dar grititos y aplausos. Todos comenzaron a sonreír y a imitar mis movimientos. Ryan, algo más relajado con la presencia de Hugh, se sentó junto a mí y pasó su brazo por mis hombros.

Melisa, a pesar de poner una mueca de desaprobación, continuó bebiendo con todos los ojos puestos en ella. Ash, complaciente ante su petición, fue en busca de unas patatas fritas. La verdad era que, a pesar de que acabábamos de cenar, yo

continuaba teniendo bastante hambre, no me terminaba de saciar la comida vegana de mi amiga.

Ryan se había terminado su cerveza prácticamente de un solo trago y no se despegaba de mí ni un solo centímetro, hasta tal punto, que había decidido cogerme en brazos y sentarme en sus rodillas. Nuestros tres acompañantes mostraron gestos de clara desaprobación, pero incluso Mel lo pasó por alto.

El ambiente era agradable y la música, aunque no fuera la que yo solía escuchar, era buena; se podía decir que nos lo estábamos pasando todos bastante bien. Ash estaba totalmente relajada, relataba historias de algún que otro conflicto que había resuelto de manera elocuente y Hugh, divertido, se metía con su forma de pelear.

En una de las ocasiones en las que el policía, como lo llamaba mi marido, había ido a buscar la siguiente ronda, se sentó en su lugar junto a Melisa, un tío de lo más descarado. Realmente era un chico súper atractivo, lo que él no sabía, el pobre ingenuo, es que no tenía posibilidad con ella.

—Belleza, ¿puedo invitarte a tu próxima cerveza? —le preguntó a Mel. Ash parecía divertida ante la incomodidad de Melisa, pues sonreía.

—Me parece que no —dijo tratando de ser lo más educada posible.

—Venga, por favor, no se suelen ver mujeres como tú en este sitio. —Había puesto cara de corderito.

—Suele haber una razón para eso —dijo Ash al mismo tiempo que le pasaba el brazo por encima de los hombros de mi amiga. Yo me había quedado petrificada. ¿De verdad estaba... marcando terreno?—. La señorita ha dicho que no, y yo que tú me iría, ocupas el sitio de mi amigo.

El chico parecía de lo más confuso al mirar a Melisa, como si se estuviera preguntando a sí mismo si no se trataba de una treta, pero al ver la expresión en los ojos de Ash, decidió marcharse sin añadir nada más. «Buena elección», pensé yo.

—No necesitaba que me protegieras, ni que hicieras la escenita de “cuidado, que tiene pareja” —le dijo mi amiga, Ash aún la rodeaba con el brazo y parecía que era a propósito.

—Pero es divertido, rubia.

—Me llamo Melisa —dijo indignada—, y no tienes ningún derecho a hablar por mí. —Se quitó el brazo de Ash de los hombros y se marchó a la barra, suponía que huyendo de la escena que se había formado.

Hugh, confuso, había vuelto con las cervezas en las manos.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó intrigado por la escena.

—No lo sé —respondió Ryan. Se acercó a mi oído—. Pero tú y yo nos vamos ahora —me susurró al mismo tiempo que me ponía en pie. Se despidió de Ash con un gesto de la cabeza y con gran rapidez, se dispuso a sacarme del local.

—Ryan, Mel nos va a matar si nos vamos —dije una vez fuera del pub.

—¿No te apetece conocer las vistas de mi apartamento? —comentó divertido.

Sin duda me apetecía terriblemente estar con él a solas, mi mente se debatía entre lo que era correcto y lo que mi corazón quería. En situaciones como aquella, solía mordirme el labio inferior debido a las dudas, Ryan parecía encantado con ese gesto, pues se acercó a mi boca para devorarme con un beso atronador.

Su lengua juguetona dejaba a la luz claramente cuáles eran sus intenciones. Húmeda y caliente, se movía a través de mí. Me aferraba a él y lo agradecía, pues con la pasión que desprendían todos y cada uno de mis poros, bien podría caerme de bruces contra el suelo.

Encantada como estaba, me dejé hacer, me aferré a sus hombros en un intento de no perder el equilibrio, era tal la magnitud del calor de sus labios que solo rezaba por no desmayarme.

Resultaba increíblemente exquisito.

—¿Qué decides? —me preguntó una vez que sus labios se separaron de los míos, devolviéndome a una realidad en la que no quería estar.

—Vamos —logré responder, no sin esfuerzo—, enséñame todo lo que quieras.

Satisfecho, volvió a impactar sobre mis labios con otro remolino de pasión, esta vez más corto que el anterior, pues supuse que no quería dar lugar a que Melisa se diera cuenta de nuestra ausencia y nos encontrara allí.

Capítulo 28

En un abrir y cerrar de ojos estábamos en su deportivo, un coche espectacular. Antes de subirme en él, me tomé cierto tiempo para disfrutar de su vista. Mi color favorito era el rojo y verlo metalizado en ese coche, no conseguía, sino que me gustara más aún. El interior, tapizado de piel en tonos beige y negros, era fascinante, no sabía por qué me sentía tan atraída por ese coche. Ryan me contemplaba reflexivo.

—¿Quieres conducirlo? —ofreció.

—No, no, no podría —decía aún con los ojos puestos en el vehículo. Y, sin más, Ryan depositó las llaves del deportivo en mis manos.

—Sé que quieres hacerlo y, Nati, no tengas reparo. Todo lo que es mío, es tuyo ahora —me dijo con total sinceridad en los ojos.

Estaba dudosa, sin embargo, una excitación extraña se apoderó de mi cuerpo, sentía cómo la adrenalina se apoderaba de mi ser. Jamás tendría otra oportunidad de conducir un coche como ese. Me senté en el asiento del piloto y pasé la llave por el contacto. Escuché cómo el deportivo rugía con descaro, preparado para la acción.

Ryan, notablemente contento, se sentó en el asiento contiguo. Mi mirada le preguntaba de manera muda si estaba seguro, a lo que él respondió con un gesto afirmativo. Para estar más segura en la conducción, me quité los zapatos de tacón que llevaba, dejándolos rápidamente en la parte trasera del coche, y, a continuación, ajusté el asiento. Después de eso, mi marido se aseguró de que me ponía el cinturón de seguridad abrochándomelo él mismo.

La sensación de libertad era increíble. A pesar de la velocidad que el coche podía tomar, en el interior de este no se apreciaba, únicamente lo notaba por los destellos de los edificios al dejarlos atrás. Ryan me iba dando indicaciones para llegar hasta su ático y creo que me llevó por el camino más largo para que disfrutara algo más de tiempo del coche. Dejamos el deportivo en la correspondiente plaza de aparcamiento del inmenso edificio.

El ascensor llevaba directamente al interior del ático. Lo primero que vieron mis ojos al abrirse las puertas fue un amplio recibidor del más cálido color crema, con un aparador de madera oscura a un lado, coronado por un espejo, y una pequeña pared forrada de discos de vinilo al otro.

—Bienvenida a casa —me sorprendió Ryan abrazándome por la espalda.

El calor que desprendía la chimenea de gas del salón hacía que no te quisieras

ir de esa habitación nunca. Sobre ella había un enorme televisor frente a un sofá de piel color chocolate. Cada esquina de la gigantesca habitación, en la que además había una mesa de comedor de madera con cuatro sillas acolchadas a juego con el sofá, estaba rematada por una planta diferente, lo que daba un aspecto algo más hogareño a una casa que desprendía masculinidad, a pesar de estar decorada con gusto.

El resto de las paredes estaban repletas de videojuegos y películas. Pero lo que se llevaba la palma estaba detrás de unas persianas de madera bastante gruesas, que Ryan levantó tan solo apretando un botón junto al aparador del recibidor.

—¿Puedo...? —pregunté con cierta timidez a medida que me iba acercando a las dobles puertas de cristal.

—Por supuesto —contestó él.

Al llegar hasta ellas, las abrí y salí al balcón. Las vistas, como ya Ryan me había dejado caer varias veces a lo largo de la noche, eran sobrecogedoras: a nuestros pies se encontraba el río Este y a lo lejos se podía divisar el distrito de Queens. La noche estaba fría, pero a la altura a la que nos encontrábamos, lo era todavía más. Como si Ryan supiera que el aire helado iba a calarme hasta los huesos, apareció detrás de mí con una manta pocos segundos después de haber salido.

Lo que divisaban mis ojos era increíble, todo un fondo repleto de luces de todos los colores. Casi creía que era más magnífico que contemplar El Roque Nublo. Siempre me había sentido atraída por las luces brillantes, «como las polillas», había pensado en alguna ocasión. Y estaba con Ryan, no se me ocurría lugar mejor en el que quisiera estar.

Sus manos recorrieron lentamente el contorno de mi cuerpo, tratando de darme calor, pero de una manera de lo más sensual. Dejándome llevar por el placentero contacto de sus caricias, permití que mi cuerpo descansara contra el suyo. Él, desde mi retaguardia, me besaba suavemente el cuello y trazaba líneas sutiles con su lengua juguetona al avanzar hasta mi hombro.

El frío que había sentido tan solo minutos antes había desaparecido por completo. Me di la vuelta, quería verle, pues contemplar su cara se me antojaba una mejor vista que la de Queens. Sus ojos, en los que se veía el reflejo de la luna, eran hipnotizadores. La profundidad del color verde me embriagaba, era como mirar las llamas de una hoguera, no podías evitar hacerlo.

Fueron pocos segundos los que pudimos sostenernos la mirada antes de abalanzarnos el uno sobre el otro. Ryan me levantó del suelo sin ningún esfuerzo

y, con pasión, me llevó al interior del ático.

Me depositó suavemente sobre una alfombra que había junto a la chimenea. Un cosquilleo producido por las fibras del lujoso tapiz me recorría la espalda. Sin darme cuenta, ya no llevaba puesto el vestido y Ryan no tenía la camiseta.

A través de las luces que desprendían las llamas de gas de la chimenea podía contemplar, entre diferentes tipos de sombras, los magníficos músculos de mi marido, ahora contraídos por mantenerse sobre sus codos, tratando de no aplastarme. Mi primer impulso fue acariciar la curvatura de su cuello y trazar un recorrido hasta llegar a su pecho. Era tan suave...

Apoyado sobre las rodillas, sus labios comenzaron a trazar una línea desde mi mandíbula hasta mis clavículas, tomándose un tiempo deliberado en esa zona, pues podía notar con claridad que me excitaba. Yo, a su vez, le acariciaba el pelo y me sentía tan unida a él, que parecía como si el tiempo se hubiera detenido.

Sus labios firmes y seguros bajaban lentamente por mi abdomen y, con suma suavidad, dejó al descubierto mi feminidad para después acariciarla lentamente, notando toda la humedad que desprendía.

Mi cuerpo estaba preparado y se lo hizo saber, pues, inconscientemente se arqueó ofreciéndole todo aquello que quisiera. Sonriente, prosiguió con su tarea, despacio, provocándome descargas de electricidad que me subían desde la punta de los pies por todo el cuerpo. La cabeza me daba vueltas, no tardaría en explotar. Lo único en lo que podía pensar era en tenerlo dentro de mí, quería sentir su plenitud junto a la mía. Suavemente, introdujo su perfecto miembro por la profundidad de mi sexo, dando paso a una explosión que recorrió todo mi cuerpo. Una liberación de energía me había atropellado. Sentía el cuerpo ligero, como si no pudiera controlarlo. No me pertenecía.

Con un amor que me sorprendió, Ryan me besaba el puente de la nariz, dejándome coger las bocanadas de aire que tanto necesitaba.

—Eres increíble —pude decir entre jadeos.

—No he hecho más que empezar.

Y su boca se hundió contra mis labios. Su lengua, que antes había estado juguetona, ahora exigía y apremiaba la urgencia en ella. Comenzó a mover las caderas despacio, dejando que ambos cuerpos se acostumbraran el uno al otro. Al mirarle, podía notar cómo estaba haciendo un gran esfuerzo por no lastimarme.

Excitada, me arqueé para ponérselo más fácil y un rugido animal salió de su garganta, haciendo que sus embestidas fueran cada vez menos gentiles. Sus hábiles movimientos me dejaban sin aliento. Poco a poco, su ritmo aumentaba.

Pasó las manos por mi cintura para sujetarme desde atrás y atraerme hasta él, hundiéndose por completo, y me asestó tal embestida que sentí que no podría vivir nunca más sin aquello. Pronto sus temblores se asemejaron a los míos cuando, sin más, un pitido se adueñó de mí.

Flotaba, o quizá lo que hacía era caer al vacío, pero una sensación que solo podría describir como de eternidad absoluta invadió cada milímetro de mi cuerpo. No sentía el aire a mi alrededor, pero tampoco la necesidad de respirar. Todo estaba en calma. Despacio, comencé a sentir una brisa, me refrescaba, me atraía a la realidad. Cuando abrí los ojos, ahí estaba él, respirando sobre mi piel.

Minutos que parecieron horas nos llevó volver a movernos. Ryan, sin prisas, me vistió, no sin darme un beso en cada parte del cuerpo que iba cubriendo. Sentía que no podría querer jamás a nadie como lo amaba a él. Una sensación de completa felicidad me recorría de los pies a la cabeza.

Cuando Ryan se ponía él mismo la camiseta, comenzó a vibrar mi móvil.

Mierda, debía de ser Melisa y no sabía cuántas veces habría llamado, no me había dado cuenta de que lo tenía en modo silencio. Corriendo, cogí el aparato, no sin antes casi tirarlo por los aires.

—¿Qué es eso de que te quedas a vivir con Ryan en Nueva York?! —me gritó al oído. Iba a ser una conversación larga.

Epílogo

Oh, Dios mío, son las mejores tortitas que he comido en mi vida —dijo Marta engullendo una inmensa tortita con virutas de beicon y bañada en sirope de arce.

—Pues espera a que pruebes esta tortilla de marisco —añadió Ryan—, es mi especialidad —dijo inflando el pecho con orgullo. Marta abrió los ojos como platos.

—No seas mentiroso, esposo mío, que lo has mandado a hacer en el hotel de aquí al lado —desmentí—. No es que no sepa cocinar... —Me llevé la mano hacia la boca antes de continuar, a modo de barrera sonora para él cuando me dirigía a Marta—. Pero el último desayuno me costó dos días en cama —le dije entre susurros.

Mi marido, que tenía muy buen oído, me dio un cachete en el trasero haciéndose el ofendido. Todas mis queridas amigas rieron escandalosamente, a excepción de Melisa, que no estaba con nosotras. Ella había decidido ir de turismo cultural a Chelsea. Al final habían ocurrido tantas cosas inesperadas en nuestro viaje, que no había tenido tiempo de ir a hacer lo que más quería: ver arte.

No había insistido en que se quedara al brunch que Ryan había organizado a modo de despedida de mis amigas, ya tendría una con ella más íntima. Melisa era, sin duda, la persona a la que más echaría de menos no podía imaginarme sin ella. Habíamos vivido tantas cosas juntas, que me costaba un enorme trabajo decirle adiós, no sabía si sería capaz.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó Ryan. Solo yo podía escucharle en ese tono.

—No me hago a la idea de no volver a ver a Mel. —Mi rostro se apesadumbró—. Me gustaría no tener que decirle adiós...

—Quizás no tengas que hacerlo —me dijo de repente.

—¿A qué te refieres? —quise saber, había conseguido dejarme intrigada, algo que a mi nuevo marido le encantaba hacer.

—Ya lo sabrás —dijo al tiempo que depositaba un tierno beso en mi coronilla, antes de desaparecer por la cocina de nuestra casa.

La mesa de comedor estaba abarrotada de comida, habíamos tenido que alquilar sillas para que pudiéramos sentarnos todos. Frente a mí se encontraba Hugh, completamente absorto en una conversación con Raquel. Aunque parecía

increíble, junto a la mesa, a pocos pasos había un billar en el que Ash, Tarek y Lara se enzarzaban en una partida de lo más divertida, sobre todo porque Lara trataba inútilmente de hacer trampas y siempre la pillaban.

Marta, que comía como si llevara décadas sin hacerlo, estaba junto a mí. A pesar de que continuamente tenía la boca llena, no paraba de decirme que me echaría de menos y que ella también quería quedarse. «Ya no voy a tener a alguien que me obligue a salir a hacer *running*», me había dicho. A mi otro lado se sentaba Emma, que intentaba socializar mientras resolvía en su ordenador portátil cuestiones de trabajo. Le esperaba un importante juicio al volver.

—Tía, no me puedo creer que vayas a vivir en el Upper East Side —comentó cuando pudo cerrar varias de las pestañas de su navegador—. ¡Tienes lo mejor de Nueva York a un salto!

Al principio, a todas les había costado asimilar que sí, iba a volver en el mismo vuelo que ellas, pero para comenzar a organizar las cuestiones de la mudanza, ya que de los permisos de residencia se había encargado Ryan.

—He visto eso, Lara —escuché decir a Tarek.

—Como siempre llevas esas gafas, creí que te costaría más —dijo riendo la aludida.

—Natalia —me dijo Ash de pronto —, me había olvidado, te he traído algo.

Miré a Ryan desconcertada, me resultaba extraño que Ash tuviera ningún tipo de presente para mí, fuera de la índole que fuera. En la expresión de mi marido pude comprobar que no tenía conocimiento alguno de lo que se trataba. Desapareció por el salón unos segundos y regresó con un paquete rectangular bastante grande.

—Caray, Ash, no sé qué decir. —Estaba perpleja.

—Lo de quedarse boquiabierto viene después de abrirlo —me pinchó.

Abrí con tremenda curiosidad el paquete, tratando de no romper demasiado el papel en el que estaba envuelto. En los ojos de ella vi que no le importaba si lo destrozaba o no. Al abrir la caja que estaba en el interior del envoltorio, comprobé que se trataba de una chaqueta de cuero espectacular. Parecía entallada y, a pesar de que Ash sabía que no fumaba, en la manga había un bolsillo que era perfecto para un mechero.

—Para que me des fuego cuando te lo pida —dijo sonriente.

—No me gusta que os hayáis hecho tan amigos —agregó Ryan, que había reaparecido—. Es una mala influencia para ti.

—Pues te jodes, porque esto no es más que el principio, me has dado una muñequita a la que pervertir.

—Sería un reto mayor que pervirtieras a su amiga, te costaría mucho más — le picó mi marido. Ash me miró con expresión de disculpa.

—He venido porque sabía que ella no iba a estar. —Bebió de su cerveza.

—¿Por qué se llevan tan mal? —pregunté sin poder terminar de entenderlo. Para mí Melisa era lo mejor.

Ryan se limitó a encogerse de hombros y, sin previo aviso, me abrazó y me levantó ligeramente de la silla debido al ímpetu con el que lo hacía. A veces mi marido se olvidaba de la fuerza que tenía.

La última semana me había enseñado todos los rincones del Upper East Side, quería que conociera bien la zona para cuando saliera sola de día. No le hacía especialmente feliz no poder estar conmigo en todo momento, pero entendía que yo no podía vivir únicamente de noche. Aunque no tuviera inconveniente.

Lara se había aburrido finalmente de intentar ganar haciendo trampas y se había unido a nosotros en el coloquio. Ash, que había ido a por un cenicero que Ryan tenía únicamente para ella, se disponía a encender uno de los cigarrillos de lujo que él le había regalado cuando de pronto la mano de la médica golpeó la suya, tirándolo de inmediato al suelo.

—Esa porquería es cancerígena y no tengo porqué tragármela yo —le regañó. Ash, divertida, empezó a reír haciendo que Lara se exasperase más.

—No creo que un cigarrillo me mate, doctora —le respondió burlona.

—Me da lo mismo si tú quieres matarte lentamente y exponerte a tener un cáncer de lengua o de pulmón. Cuando eso suceda, será problema de los médicos estadounidenses —siguió diciendo Lara cuando, de pronto y para sorpresa de todos, el que empezó a reír fue Tarek—. ¿Y a ti qué te hace tanta gracia?

—Lara..., tranquila, cariño, quizá se ha acordado de un chiste que le contaron anoche —dijo Emma, como siempre la mediadora.

—No, me ha hecho gracia ella. Tiene agallas para quitarle los cigarrillos a Barbie —respondió.

—Bueno, pues te haga gracia el asunto o no, experto en medicina, yo no tengo porqué respirar ese humo.

—Lara, ni que fuera la primera vez que respiras el humo del tabaco, ¿o acaso ya te has olvidado de cuando yo fumaba en tu casa? —traté de calmarla.

—¿Qué tú fumabas? —dijeron a la vez mi marido y Ash.

—Hace tiempo, sí. No siempre he sido la chica buena que veis ahora —bromeé.

—Tendríais que haberla conocido por aquella época —acometió Emma, suspirando al decirlo—. Menudos sustos nos daba.

—Bueno, sustos, tampoco era para tanto —intenté disimular—. Solo vivía la vida intensamente.

—Me parece, Ryan, que poco voy a pervertir a tu mujer —dijo Ash—. Creo que, si me descuido, será ella la que me meta en problemas a mí.

Ryan me miraba como lo haría un padre que teme que su hijo sea un pandillero. Yo no podía evitar reírme, me resultaba gracioso que pudiera pensar en mí de una manera diferente. Me trataba como si fuera una muñeca de porcelana que pudiera romperse con el más mínimo gesto impulsivo. Yo era un poco más dura que eso, a pesar de que no lo demostrase a menudo. Debería haberse dado cuenta tras Las Vegas.

—Me encanta que vayas a darme guerra, hará nuestra vida más entretenida —me susurró al oído.

—Oh, por Dios, dejad eso para después. Todo el puto día igual, qué asco —dijo Ash al tiempo que apartaba la vista.

—A mí no me desagrada verlos, es como una película, me entretiene —añadió de pronto Marta, que, al parecer, al fin se había quedado satisfecha con lo que había comido.

—Oye, poli, ¿puedes ir a por más cervezas? Se están terminando —le preguntó Ryan.

Había conseguido que se llevaran un poco mejor, aunque seguían con piques innecesarios entre ellos. Con la amabilidad que tanto caracterizaba a Hugh, accedió a comprar las cervezas y Raquel se ofreció a acompañarle.

Me hubiera encantado que mis amigas se quedasen a vivir en Nueva York. Había creado un vínculo muy especial con todas y cada una. Se habían vuelto como de mi familia, no iba a encontrar otras como ellas, lo tenía muy claro.

Ryan se alejó para ir a recoger un poco la cocina con los restos del brunch y yo decidí ayudarle. El ático en el que ahora vivía era enorme, podríamos estar en la cocina hablando y nadie escucharía lo que dijéramos. Me costaba trabajo a habituarme, en más de una ocasión había acabado en la habitación equivocada sin querer.

Él estaba junto al fregadero, vaciando los platos en el triturador de basuras antes de dejarlos en el lavavajillas. Yo dejé unos cuantos vasos en la encimera antes de abrazarle y acariciarle el abdomen.

—¿Con tus amigas aquí...? —preguntó él bromeando.

—Estúpido...

—Sí, pero guapo —dijimos los dos a la vez.

Él se dio la vuelta y, tras haberse secado las manos, me rodeó la cintura con

los brazos y me dio un corto beso.

—Me hace muy feliz que hayas decidido quedarte —comentó antes de darme otro que pretendió alargar. Yo no le dejé.

—A mí me alegra mucho haber decidido hacerlo, pero aún hay muchas cosas de las que hablar.

—La mesa de billar no quiero quitarla, no me obligues a hacerlo —bromeó.

—Me gusta la mesa. No me refería a cuestiones decorativas.

—Tienes hueco más que de sobra en el ropero, lo sabes —siguió pinchándome, robándome otro beso.

—No me distraigas, Ryan. —Reí al responderle.

—¿Qué quieres, esposa mía?

—No sé cómo decirlo.

—Prueba intentándolo. Sabes que puedes decirme cualquier cosa.

—A pesar de que te amo, algún día moriré —le dije sin rodeos. Su cara se tornó seria, tanto, que soltó su abrazo—. Podrías...

—No —respondió directamente—. Lo siento, pero no.

—¿Por qué no? —Me parecía casi un insulto que se negara tan rápidamente—. ¿Acaso no quieres estar conmigo siempre?

—Sabes perfectamente el riesgo que supone, sé que has hablado con Ash —fue todo lo que dijo antes de escapar de su hueco entre la encimera y yo.

¿Se lo había contado? ¡Traidora! Me quedé como una estúpida en la cocina mientras Ryan desaparecía.

—Tienes que entenderlo, *sweetheart*, las probabilidades de que no sobrevivas son bastante altas —me sorprendió Tarek entrando en la cocina.

—Eres un chismoso, ¿qué haces poniendo la oreja?

—No lo escuché.

—Pues peor me lo pones, deja de meterte en mi cabeza.

—A mí no me importaría que fueras de los nuestros —dijo Ash. ¿Todos estaban en la cocina ahora?

—Dios mío, sois peores que mis amigas cuando una conoce a un chico. —Estaba de lo más indignada.

—No es habitual que se mezclen vampiros y humanos, somos nuevos en esto —dijo sonriente la traidora de Ash—. Ninguno de nosotros lo ha hecho —confesó.

—¿Por qué le has dicho a Ryan que hablaste conmigo? —insistí.

—Porque sabía que me lo ibas a pedir tarde o temprano. —Mi marido, que había dejado que sus amigos hablasen por él, volvió a hacer acto de presencia.

—Sabes que también puedo pedírselo a ellos ¿verdad?

—Ni de coña —Ash y Tarek hablaron al unísono.

—Fantástico, la Triple Alianza —dije al tiempo que me enfurruñaba—. Ya veremos si sigues viéndome igual cuando me salgan canas por los años. —Me disponía a marcharme.

Me sentía completamente estúpida por haber siquiera pensado en ello. Por supuesto que ninguno de los tres iba a escuchar lo que yo pensaba al respecto, nunca me tenían en cuenta. Lo único que hacía que no me fuera inmediatamente era que no me podía imaginar lejos del maldito de Ryan. Eso y que, si volvía a cambiar de opinión, todos pensarían que era una neurótica.

Me dirigí a la habitación en la que dormía con Ryan, sin importarme las miradas que me dedicaron las chicas en el proceso. Hugh y Raquel ya habían vuelto y estaban distribuidos con las demás entre el sofá y las sillas. Cuando llegué al cuarto, me dejé caer de bruces sobre el enorme colchón.

¿Por qué era tan difícil de entender lo que quería? ¿Acaso estaba loca por querer pasar la eternidad con él? Quizás así era.

—Nati... —escuché decir detrás de mí a Ryan—, entiende que es un riesgo que no voy a correr. Jamás podría perdonarme si te ocurriera algo.

—¿Por qué estás tan seguro de que no saldría bien? —pregunté con la boca casi pegada a la almohada—. No quiero envejecer y que no me quieras después.

—Nati...

—Da igual, Ryan, te convenceré. Tarde o temprano, lo haré. —Había sido una promesa más para mí misma que hacia él.

—Bueno, tienes tiempo para intentarlo —me dijo con una sonrisa de nuevo en la cara—. ¿Sabe usted que está muy sexy haciendo pucheritos en la cama? —Estaba inclinándose para besarme cuando de pronto el timbre del telefonillo de la casa nos interrumpió.

—¡Nati, ha venido Mel! —gritó Raquel desde el salón.

—Creo que voy a ir a encerrar a Ash en algún baño. Y a esconder mis pelotas.

—Ya no te odia tanto. A ella... la odia incluso más que antes.

Nos levantamos ambos de la cama para dirigirnos al salón. Marta, con total confianza, abrió a Mel, que se disponía a subir los interminables treinta pisos del edificio. Pronto escuchamos el dindón que sonaba tras abrirse las puertas del ascensor en el lado este del salón, dando paso a una Melisa que irradiaba entusiasmo.

—Me encanta Chelsea —dijo nada más entrar—. Y, Ryan, ¿a que no sabes

qué? Encontré la galería que aparece en el libro que me regalaste.

—¿No me digas? —dijo mientras me miraba con picardía—. ¿Viste algo que te gustara?

—¿Todo? Me habría fusionado con el asfalto de ese barrio con tal de quedarme allí para siempre. —Tras suspirar como una adolescente enamorada del cantante de un grupo, se dejó caer en el sofá sin reparar que justo a su lado se encontraba Ash.

Tarek, que ya sabía lo que tomábamos cada una de nosotras, le trajo a Melisa un vaso de zumo de naranja. Ash se removía con clara incomodidad a su lado, creo que no se había levantado del sitio por no empezar otra guerra, siempre tenían alguna entre ellas desde aquella noche en el pub.

Todos estábamos allí, no me faltaba nadie. Miré nostálgica a todas mis amigas, pensando en los años que había pasado junto a ellas. Habíamos madurado juntas, nos habíamos enamorado, nos habían roto el corazón, y me dolía enormemente separarme de ellas. A partir de ese día no volveríamos a vivir juntas nuestras experiencias. No perdería el contacto con ellas, por supuesto, pero no podría abrazar a Raquel cuando estuviera mal, pinchar a Emma cuando se estresara, echarle la bronca a Lara cuando iba a lo suyo, o incluso reírme de la forma en la que Marta se manchaba al comer.

Pero, sin duda, a la que más echaría de menos sería a Melisa. Esas charlas mañaneras mientras desayunábamos antes de ir a trabajar, los días en los que decidíamos ir de paseo por la Avenida de Las Canteras... Iba a extrañarlas a todas, pero a ella más que a nadie.

—¿En qué piensas? —me preguntó Ryan.

—Las voy a echar de menos —respondí casi automáticamente.

—¿A tus amigas? ¿Hablas en serio? —Sonrió ampliamente—. No deberías. Yo aún no las conozco del todo, pero estoy seguro de que, en un abrir y cerrar de ojos, las tendremos a todas peleándose para ver quién puede utilizar la habitación de invitados.

Y sus labios acallaron los míos.

Agradecimientos

En primer lugar, queríamos agradecer a todas esas personas que siempre han confiado en nosotras y nos han demostrado su apoyo. De todo corazón: gracias.

Nos gustaría agradecer a nuestras amigas, que han sido toda una fuente de inspiración por ser cómo son. No habría surgido este libro de no haberlas tenido como amigas. Darles las gracias también al grupo de RomántiCanarias por el apoyo que siempre nos han brindado, y por haberse convertido en un pilar fundamental de nuestras vidas.

Queríamos agradecer a todos los escritores y escritoras del mundo por la gran labor que desempeñan en la creación de libros, sin ellos, tal vez, jamás nos habríamos sentido inspiradas para realizar este proyecto.

Por último, pero, por supuesto, no por ello menos importante, a ti, lector. Muchísimas gracias por confiar en nosotras para leer la obra. Con todo nuestro cariño, esperamos que te haya gustado.

Autoras

Leticia Blanco: Nació en ese pequeño rincón del Atlántico, en el que puedes broncearte casi todo el año, en Las Palmas de Gran Canaria. Comenzó su aventura literaria en la adolescencia leyendo novelas románticas que le robaba a su tía de la estantería cuando no miraba. ¡Nunca llegó a pillarla!

Fue entonces cuando descubrió que la lectura le apasionaba y que quería hacerla parte de su vida. A los 28 años se aventuró a escribir su primera novela junto a una amiga, llena de romanticismo y un toque picante. Podrás encontrar otras publicaciones de ella bajo el seudónimo de L. White, tales como *Tequila, sal... ¡y pimienta!*

Lucía Brisbane: Si hay un recuerdo claro que guarda de su infancia es uno, a su padre leyendo libros y libros en el sofá azul de su casa de Las Palmas de Gran Canaria. Gracias a él entró durante sus primeros años de primaria en el mundo de la literatura, uno que jamás podrá abandonar.

Autora experimental, correctora y, sobre todo, lectora, intentará trasladarte a historias o poemas en los que podrás encontrar pedacitos de su personalidad y su amor por las palabras.

^[1] N. de las A.: Cuando la protagonista y sus amigas se comunican entre ellas en español, utilizan el pronombre personal “ustedes” propio del habla en Canarias. Cuando ellas u otros personajes utilicen el “vosotros” será cuando la conversación sea en inglés por equivalencia al “you”.